

children of the gods

oppression

jessica therrien

oppression

Oppression

Children of the Gods #1

Jessica Therrien

Sinopsis

Oppression cuenta la historia de una joven que descubre que pertenece a una sociedad secreta de individuos. con una vida extraordinariamente larga y habilidades inusuales. Temerosos de las profecías acerca de su única hija, sus padres la mantuvieron oculta del mundo (y de la sociedad) por el tiempo que pudieron. Pero cuando sus muertes prematuras la hacen salir para valerse por sí misma, la verdad de sus orígenes y la fatídica profecía, al fin la encuentran.

Children of the Gods se unirá a las filas de obras muy populares como la saga Crepúsculo, Los juegos del Hambre, y Cazadores de Sombras; el romance paranormal y la aventura de la señora Therrien, promete ser el siguiente favorito de los fans en su género.



1

Traducido por Salilakab
Corregido por Endri_rios

Era el 12 de diciembre de 1973; lo recuerdo porque era mi décimo quinto cumpleaños y la navidad se acercaba, así que esperábamos nieve. En esta área del norte de California, raramente tenemos algo que no sea una blanca navidad. Chilcoot se encuentra en lo alto de las montañas de Sierra Nevada, una señal pequeña y verde es la única evidencia de que existe ahí un pequeño poblado: Chilcoot, California, 5000 pies de elevación y población de 58. Un conductor distraído podría fácilmente pasar de largo las 2 millas del tramo de carretera que tocan sus fronteras sin darse cuenta de que lo ha visto.

Íbamos de camino a la ciudad, la más cercana a nuestra casa está a más de una hora de distancia, mi papá sonreía de oreja a oreja mientras manejaba su nuevo Cadillac Coupe de Ville contra el viento, amaba su auto.

—Ahora, Elyse, asegúrate que el árbol sea resistente, agradable y alto —Dijo papá.

—Lo sé papá, creo que he tenido suficientes árboles en mi vida, como para reconocer uno bueno, además nunca me dejas escogerlo de cualquier forma —Murmuré para mis adentros. Vi las mejillas de mi madre sonriendo, ella debió escucharme y sabía que era cierto, habíamos tenido esta tradición de cumpleaños por los últimos veinte años, se supone que yo debería elegir nuestro árbol de navidad, pero mis elecciones casi nunca pasaban la inspección final de mi padre.

—¿Te gusta éste? —Él preguntó —el tuyo está un poco delgado al fondo, ¿este está mucho mejor no crees?

—Cierto —murmuré mecánicamente.

—Mira, Sarah, ella es una buena jugadora, sabe reconocer lo bueno cuando lo ve

Mi madre nunca respondía, él era demasiado perfeccionista como para dejar que alguien más manejara ese tipo de cosas, era, de hecho,



divertido, una de esas excentricidades que yo había pasado por alto siempre en mi juventud.

Eran las dos de la tarde, pero el día estaba oscuro, el sol había sido absorbido por el blanco que todo lo consume. Yo estaba mirando por la ventana trasera mientras sucedía, tratando de juzgar la visibilidad a través de la tormenta de nieve, no podía ver a lo lejos, más allá del borde de la valla que discurría junto a la carretera.

—Richard, más lento —gritó mi madre.

Las palabras desencadenaron el incidente como si lo hubiera visto venir. El coche se desvió en el carril de al lado, y sentí la pérdida de control cuando la carretera asfaltada se convirtió enhielo resbaladizo. Mi cuerpo se tensó en respuesta a la sensación de deslizamiento y me preparé para el impacto. Cada segundo a cámara lenta me pareció una eternidad mientras reparaba en los últimos momentos de mi vida.

Me aferré a esos segundos, grabándome las imágenes finales q mis ojos pudieran ver y escuchando las líneas finales que podían marcar el final.

—¡Ellie!

La voz aterrada de mi madre atravesó el silencio de la cabina con un tipo de incertidumbre antes del golpe.

Han pasado 39 años desde el accidente y esas fotos aun disparan el último recuerdo que tengo de ellos. Miro las fotografías descoloridas, el delicado papel usado en sus bordes, yo nunca lo olvidaría. Esas últimas palabras de mis padres, la imagen parpadeante de un rojo oscuro que manchaba la nieve como una herida abierta en la tierra, y el Cadillac arrugado volcado en el lugar.

Las fotos eran antiguas, demasiado viejas como para que yo estuviera en ellas, pero lo estaba. El cabello castaño sedoso ondulado en sus hombros y yo estaba agradecida de aun poder recordar el color chocolate de su cabello porque el blanco y negro de la imagen no le hacía justicia, la falta de color ocultaba sus ojos café casi dorado y mejillas rosadas, era hermosa. Mi padre, a su izquierda, estaba mirando demasiado concentrado en la cámara con el ceño fruncido y la boca cerrada, su piel oscura por haber trabajado bajo el sol, contrastaba su cabello rubio corto que llevaba peinado partido y cepillado a un lado, yo estaba en a sus pies y estábamos posando frente a un árbol, como una familia típica de una



libro de historias. Era la navidad de 1939, me veía de tres años, pero la verdad es que era mucho más grande.

Nací en 1923, con una anormalidad genética rara, tal como mi madre y mi padre, envejezco cinco veces más lento que las personas promedio, he vivido por ochenta y nueve años haciéndome ver como dieciocho años para el resto del mundo y por la mayor parte me siento joven. Estoy viviendo ahora en San Francisco, encontré que es más fácil ocultarse en las grandes ciudades que en los poblados pequeños, me he estado mudando cada cinco años o menos desde que ellos murieron. En la ciudad soy solo otra cara, otro cuerpo en la multitud, completamente invisible entre las masas.

—Hemos hecho grandes esfuerzos para vivir como lo hacemos, Ellie. Es por tu seguridad. —Mi padre siempre había insistido —Nuestros cuerpos son durables y fuertes, pero eso es una bendición y una maldición, el secreto de nuestras identidades es muy valioso y no sé que podría suceder si fuéramos descubiertos. Las personas como nosotros no podría vivir una vida normal si fuéramos expuestos

Eso es lo que siempre aprendí sobre mí y el porqué era tan diferente, tenía que vivir en secreto, en retrospectiva, hay muchas cosas que me hubiera gustado saber, muchas preguntas sin respuesta. ¿Qué había de mis abuelos? ¿Qué sería de mi futuro? ¿Estaba destinada a estar sola? ¿Cómo hicieron mis padres para encontrarse el uno al otro? ¿Había más personas así? Mi padre nunca dio detalles. Al contrario, el evitaba mis preguntas, siempre sugiriendo una distracción que divergiera mi intención por un rato.

—Es tiempo de que aprendas a vivir fuera de radar como lo hemos hecho nosotros, por ahora, ¿Por qué no te damos una mascota?

Me compraron una Border Collie. Era negra con manchas blancas y los pies blancos. La llame Sweetie, y la amé como no había amado a nadie, ella iba conmigo para todos lados, y en mi mundo sin amigos, Sweetie se convirtió en la mejor amiga que hubiera tenido jamás, el lazo que habíamos formado parecía inquebrantable, pero como la naturaleza manda, Sweetie murió cuando tenía nueve años. Ese día entendí porque mis padres no querían que tuviera amigos, amigos que yo amaría, que crecerían, me dejarían y morirían.



El teléfono sonó fuerte y de manera inesperada, despertándome de mi nostalgia, regresé las viejas fotos al pequeño baúl dorado y tropecé con una caja aún sin desembalar tratando de llegar al recibidor. Me acababa de mudar hacía dos semanas, la sala de estar aun desnuda, vacía de muebles, era un completo desastre. Lo tomé al tercer timbrazo, aun perdida un poco en mi mente.

—¿Hola? —Pregunté esperando por la única persona que tenía mi número.

—¿Ellie?

—Oye —Dije, feliz de escucharla —Sé que no había llamado, lo siento

Atrapé mi reflejo en el espejo del pasillo, aun tan joven. Mi cabello castaño oscuro estaba echado atrás en una sencilla coleta de caballo, mis mejillas sin arrugas y sonrosadas, me sentí culpable escuchando la voz mayor de Anna. Al paso de los años, ella se había convertido en una mujer de cuarenta y cinco y yo apenas había cambiado.

—¿Ya te mudaste? —Preguntó emocionada.

Suspiré mirando alrededor el piso desordenado

—Estoy en eso

—¿Cómo has estado?

—Bien —mentí

Ella me conocía muy bien

—¿Quieres venir?

—No lo sé, no aún. Sé que es muy pronto, pero…

—Lo siento —dijo. ¿Que se supone que debas decir cuando tu segunda madre muere?

—Aún me levanto y la escucho, pensando que tal vez lo soñé

—Ella vivió una vida larga y feliz, Elyse. Ochenta y nueve años es más de lo que muchos viviremos

—¿Si sabes que es la edad que yo tengo verdad?

—Lo sé

Sentí que me presionaba la garganta y las lágrimas venían, no había forma de detenerlo. ¿No había llorado suficiente?



—¿Así que, cómo estás tú? —Pregunté arrojándome hacía la conversación de nuevo, no quería pensar en la edad de Betsy. —¿Cómo está Chloe?

—Estoy bien —respondió ella. —Sí, estoy bien —escuché el dolor en su voz, el miedo, la preocupación —Chloe te extraña, está preocupada por ti, ambas lo estamos —Sus palabras quedaron colgadas en el aire.

Hablar sobre eso era demasiado

—Yo, este..., te llamo después Anna

Tenía que salir, mi mal humor no me iba a hacer ningún bien, podía ir a la tienda de alimentos, necesitaba comida y baldes de helado para volver a mi peso normal, Betsy estaría muy enojada.

—Ya no tienes carne en tus huesos —Me habría dicho —No es saludable Elyse —. Podía imaginar su anciana frente arrugada en el centro, los labios apretados en señal de desaprobación, echaba de menos esa mirada, había tanto amor detrás de eso, tanta preocupación materna.

Intenté todo el día no pensar en Betsy, vi películas, limpié y desempaqué, leí, hice crucigramas, pero aquí estaba de nuevo recordando, parecía que todo lo que hice fue recordar, después de un rato, me dejé caer en la tentación y dejé de resistirme a los recuerdos, fluyeron con todo su peso, una avalancha de tristeza nostálgica que se enterraron en las profundidades de mi propia mente.

La luz de día entro por las persianas abiertas de la ventana de mi cuarto, despertándome antes que mi alarma, miré el reloj de mi cama con un suspiro, 7:22 am. Los recuerdos de mi vida con Betsy habían continuado toda la noche, entrando y saliendo de mis sueños, supongo que era lo esperado, ella había conseguido todo esto para mi, un nuevo número de seguridad social, una licencia, un lugar para vivir, ella me había preparado para iniciar una nueva vida, me había preparado para su muerte de alguna forma, le debía esos recuerdos.

Hoy, necesitaba buscar algún tipo de trabajo que me mantuviera ocupada, no era que necesitara el dinero, mis padres y Betsy me habían dejado mucho a mi disposición, pero quería hacer duelo. Parecía que no importara lo que hiciera, no podría escapar de la culpa que sentía por tener mucha más vida por vivir, sabía que eventualmente había aprendido



a apagar mis sentimientos, ser testigo de la muerte era parte de mi existencia, pero hoy estaba fuera de mis manos.

Aunque ya había estado aquí por un par de semanas todavía no estaba acostumbrada a mi nueva casa, no se sentía para nada como un hogar, mi unidad era una de las tres que estaba encima de una cafetería en el Lower Haight en la esquina de Waller y Steiner, era un edificio clásico con fachada de lugar de vendimia. Había una puerta para cada apartamento que bajaba a la acera, todas llegaban a una estrecha escalera que conducía al segundo piso, la entrada se abría hacia el lado izquierdo de la cocina con su piso de plástico azul y blanco, los gabinetes de arce, y la transición a la sala de estar con un simple cambio en el suelo, de linóleo, muy unida a la alfombra azul-gris. A la derecha de la sala era un pasillo único con un cuarto de baño a la izquierda y una habitación solitaria a la derecha.

Mi ropa aun estaba empacada en las maletas en las que las traje. Yo no era una chica complicada, así que eso no afectaba mucho mi estilo de vida, escogí cualquier conjunto que estuviera hasta arriba, comúnmente era un pantalón de mezclilla y una playera de algún equipo de baseball. No intentaba impresionar a nadie, de hecho estaba intentando lo contrario, así que no importaba mucho que vistiera al salir de la puerta.

No estaba acostumbrada al transporte público pero el Área de la Bahía tenía un sistema de metro subterráneo cercano, una conveniencia a la que aun me estaba acostumbrando. Yo no tenía intención de pararme en la cafetería que estaba en la planta baja de mi departamento, pero tenía ganas de pasar por el lugar esta mañana. Era una razón muy tonta, una que probablemente no admitiría a nadie que preguntara. Pero de tiempo en tiempo *él* podría estar ahí, uno de los trabajadores de la cafetería. No sabía su nombre, pero él parecía quedarse fuera al limpiar las mesas o al tomar su descanso.

Nunca nos habíamos dicho una palabra al otro, al menos verbalmente. La mayor parte del tiempo nuestros ojos hacían la conversación. Una rápida sonrisa decía todo, era un intercambio inocente, seguro y aun así excitante.

Mientras bajaba las escaleras, el mero pensamiento era trivial y alocado, pero esperaba que estuviera ahí. La última vez que lo había visto estaba apoyado contra la pared clavando sus zapatos en el pavimento



esperando a alguien. Sus brazos estaban cruzados, con la cabeza baja y su cabello cayéndole al frente. Él no me vio al principio, pero cuando pase el volteó a verme directamente. Su expresión estaba alegre, como si me hubiera estado esperando a mí. Cuando nuestros ojos se encontraron fue como si nos hubiéramos conocido por años, como si hubiéramos compartido cientos de secretos. O tal vez es así como se mira cuando dos personas estaban enamoradas. Yo no pensaba así, me reprimí a mi misma por considerar la idea.

Cuando entré por la puerta y no lo vi, suspiré con decepción. Me tomé mi tiempo hurgando en mi bolsa y cerrando mi puerta, a pesar de mi retardo él nunca apareció. No era parte de mí preocuparme mucho por esas cosas. No me permitía a mi misma relacionarme con las personas. Debería pensar en su ausencia como algo bueno, era menos la tentación. Sin embargo, me encontré mirando el letrero que decía CEARNO'S durante demasiado tiempo. No sé que me poseyó, pero decidí entrar. No había comido aún esta mañana. Así es como lo justifiqué.

Era la primera vez que entraba al café. Con plena luz del día no brillaba de la forma que debería. Las únicas ventanas estaban al frente de la tienda e incluso esas estaban cubiertas por cortinas largas y café, pero era acogedor, como el estudio de unos viejos amigos. Sillas acojinadas alineadas en la pared y un tocadiscos junto a una mesa de billar a lo lejos en la esquina derecha.

—¿Qué puedo hacer por ti? —preguntó un chico joven detrás de la esquina. Era él.

Cuando nuestros ojos se encontraron, perdí la habilidad de hablar. Era hermoso, y me sentí intimidada. ¿Qué me preguntó? Estaba muy ocupada tratando de averiguar cómo era su hermoso rostro y sus suaves labios que me tenían tan nerviosa.

—¿El gato se llevó tu lengua? —bromeó, poniendo un rizo de sus cabellos dorados detrás de las orejas. Me miró mientras yo intentaba entender la conexión, la misteriosa cercanía entre nosotros, que no podía concentrarme.

—No — tuve que desviar mi mirada de él para responder —solo pensaba —necesitaba concentrarme —solo… umm… quiero un mocha frío mediano y un muffin de arándano —tal vez era la forma en la que él



me miraba, sus labios escondían una sonrisa y me pregunté si tenía pasta de dientes en mi mejilla o algo.

Una sonrisa cruzó su rostro cuando miró en mi dirección, con las manos ocupadas preparando la bebida.

—¿Así que vives escaleras arriba?

—Si —respondí simplemente. Miré lejos de él tratando de detener mi interés de continuar la conversación o cualquier tipo de innecesario coqueteo.

—Soy William —dijo. —Nos estábamos preguntando cuando se mostraría la misteriosa chica de escaleras arriba

—Oh ¿De verdad? —miré el mocha.

—Ya sabes, la última persona que vivió en tu lugar era un cliente frecuente, sin presiones, sin embargo.

—Creo que debo comenzar a beber más café

—Esperaba que dijeras eso

Podría ser una gran excusa para mí para asegurarme de verlo cada mañana, algo que esperar, pero en mi mente, las cosas habían ido muy lejos. Este era un enamoramiento secreto que rompía todas mis reglas.

—La verdadera diversión empieza a las cinco, sin embargo.

—¿Lo hace?

—Deberías bajar alguna vez

—Sí, puede que lo haga —mentí.

La puerta chilló al entrar otro cliente. Difícilmente la hubiera notado, pero a medida que se acercaba al mostrador, hubo susurros, y William se puso tenso. La joven tenía el pelo rizado negro natural que se plegaba alrededor de la barbilla, pero su ropa áspera no parecía coincidir con su porte delicado. Botas militares negras brillantes completaba su distintivo estilo punk grunge.

—No me odies por esto —William susurró mientras intencionalmente vertía toda la mocha en la parte delantera de mi camiseta blanca y pantalones vaqueros.



Aspiré con sorpresa cuando el líquido helado empapaba mi ropa y enfriaba mi piel.

—¡Oh ve eso! —Dijo fingiendo preocupación y corriendo alrededor del mostrador —lo siento mucho —. Sus ojos se quedaron fijos en la chica de las botas militares mientras me tomaba de la mano.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté, logrando soltarme, pero su toque dejaba un calor persistente.

Él me agarro de nuevo, sin razón.

—Vamos, yo tengo toallas en la parte de atrás, estoy seguro de que podemos sacar eso

Me llevó con él cuando se abrió paso a través de una puerta giratoria, sin dejar a nadie para atender a los clientes. A medida que entrabamos en la parte de atrás, me di cuenta de otro empleado encargado de hacer un inventario de los suministros.

—Sam, te necesito para trabajar en el mostrador —William demandó con una mirada ansiosa mientras tomaba toallas blancas limpias de un estante. Nuestras manos aun permanecían unidas y el calor subía.

—¿De verdad? Ya casi termino —protestó Sam, pero cuando sus ojos me encontraron sus ojos se ampliaron y sonrió —si, seguro, no hay problema

Presioné las toallas contra mi ropa mojada de mocha.

—Mira, estoy bien, de verdad —intenté convencerlo mientras Sam nos dejaba solos.

—No, no lo estás, tienes que irte —dijo, quitándose el delantal y agarrando mi mano una vez más.

—¿Ir donde? Tengo planes… no estoy…

—Bueno, ahora tienes nuevos planes. Te están siguiendo Elyse. Solo confía en mi ¿sí?

Liberé mi mano, pero aún podía sentir el calor en mi palma

—¿Quién esta siguiéndome? ¿Y cómo sabes mi nombre? —Me había esmerado en no decírselo.

Detuvo su ímpetu y me miró directamente a los ojos, dándose cuenta que no iba a seguirlo en su modo enloquecido sin alguna razón.



—Yo sé más que tu nombre, y te diré todo, pero tienes que venir conmigo ¿Está bien?

La forma en que me miró antes era más que un simple vistazo accidental en mi dirección. Había evidentemente más cosas pasando aquí ¿Y que había de él? Al estar tan cerca de él me tenía de manera sorprendente en el borde, echó una ojeada a la puerta giratoria y de vuelta a mí.

—Elyse, necesitamos irnos, tienes que creerme ¿Está bien?

—Está bien —acepté con el corazón latiendo rápidamente.

La siguiente cosa que sé es que me estaba halando detrás de él, corriendo conmigo a través de callejones y calles muy transitadas. Yo no sabía hacia donde estábamos corriendo, pero obligué a mis músculos a seguir adelante. El calor pulsaba por debajo de mi ropa, y yo respiraba con dificultad a medida que esquivábamos los coches y los taxis se detuvieron en el tráfico de la mañana. Tocaban las bocinas y la gente nos gritaba, pero William ignoraba a todos. Estaba ocupado buscando, mirando en todas direcciones con los ojos rápidos como si nos estuvieran cazando.

—¿A dónde vamos? —pregunté sin aliento cuando nos detuvimos para que un auto pasara.

—Te explicare después, solo sigue —con otro tirón, me llevó a una estación de MUNI, tirando de mí por el agarre cálido que tenía en mi mano. Justo cuando el tren se iba, nos deslizamos entre las puertas al cerrarse, y William miró por la ventana, sonriendo a algo, o tal vez, a alguien en la distancia.

No sé porque lo seguí. Pudo ser mi atracción por él o la emoción que sentí cuando nuestros ojos se encontraron, pero algo me haló a él, de una forma muy peligrosa. Me senté en uno de los grises asientos de plástico y golpee el piso con mi pie de manera ansiosa. ¿Qué estaba haciendo? Esto no era inteligente. Él volteó a verme, nos sonreímos ligeramente, pero su atención volvió rápidamente a la gente que estaba a nuestro alrededor.

Algo me había obligado a confiar en él, pero cuando llamaron una de las siguientes estaciones, dudé. ¿Qué estaba haciendo siguiendo a un completo desconocido que me estaba llevando a quién sabe dónde? Esperaba por cualquiera que pudiera entrar o salir, esperando que él no sospechara mi siguiente movimiento. Justo cuando las puertas



comenzaban a cerrarse, salté a la plataforma, dejándolo a él pegado contra los vidrios del tren en movimiento.

Me quedé parada en la estación preguntándome si lo que había hecho había sido inteligente o un error, pero mientras subía las escaleras inmóviles de cemento, llegué a la conclusión de que la gente en esta ciudad estaba loca. No sabía que podía haber sucedido. Además yo hubiera notado si estaba siendo perseguida ¿o no? súbitamente consciente, mis ojos escanearon las calles, buscando una pista, un rostro misteriosamente reconocible, pero no había nada. Estaba paranoica.

Mientras subía la colina pavimentada, la cercanía de las cosas me hizo sentir un poco de claustrofobia. Intenté olvidarme de lo que acababa de suceder, pero no podía dejar de sentirme en el borde. La mañana completa había sido muy rara, y ahora estaba bañada en café y necesitaba regresar todo el camino a casa para cambiarme. Mi estomago gruñó y me di cuenta, aparte de todo, que nunca llegué a comerme mi muffin de arándanos. Éste no era mi día.

—Hola —vino una voz por detrás.

Noté a la chica inmediatamente. Era muy guapa, incluso con sus botas militares. No parecía mortal, pero después de la advertencia de William, apresuré el paso.

—Espera —Dijo.

¿Ella me conocía? No podía recordar haberla conocido antes. Un destello de una sonrisa atravesó su rostro, mientras yo miraba hacia atrás y veía que ella casi me había alcanzado.

—No nos conocemos —dijo respondiendo a mi muda pregunta —Soy Kara

Miré a sus ojos por primera vez, casi sospechando de su saludo.

—Hola —respondí, era mejor quedar bien y amable con las personas. Menos complicado.

—¿Dónde está tu novio? —su pregunta era abruptamente muy personal.

—¿Qué? —grité incapaz de detener mi reacción inmediata. Yo nunca había conocido a ésta chica —él no es mi novio.

Ella se rió



—Lo sé

—¿Me estás siguiendo? —pregunté francamente.

—Si

No esperaba que ella fuera tan honesta, pero me incito a seguir adelante. Sentí que mis cejas hacían una mueca

—¿Por qué?

—¿De verdad no sabes nada cierto?

Su sonrisa de autosatisfacción por saber algo me puso nerviosa. Puede que haya cometido un error.

—¿Sobre qué?

—Vamos, se que tienes hambre, consigamos algo para comer

No tenía idea que tipo de persona era. Se veía inofensiva. Una mujer en sus veintitantos, con un rostro severo pero bello no era exactamente lo que esperaba de un acosador, sin embargo ella acababa de confesar haberme estado siguiendo. No me gustó como se estaban moviendo las cosas.

—Creo que me voy a ir —respondí.

—Elyse —Como William, ella sabía mi nombre sin habérselo dicho —Relájate, no va a pasar nada. Dios, eres tan nerviosa

—Ni siquiera me conoces —respondí

Puso los ojos en blanco

—Sé más de lo que crees

—¿Cómo qué? —Pregunté a mitad de la calle

—Eres solitaria. Te gusta escribir poesía. Comes cenas de microondas para la mayor parte de las comidas. Y más importante, no sabes nada de ti misma

Ella sabía mucho de mí, más de lo que me hacía sentir cómoda. Me hacía preguntarme qué tan de cerca me había estado observando, desde hace cuanto me ha estado vigilando. Tenía que saber por qué. Esta podría ser la segunda mala decisión del día, o podría no serlo.

—¿Vas a venir o qué? —Preguntó.



De acuerdo, estaba hambrienta, muy hambrienta y utilicé esa excusa para seguirla al comedor doblando la esquina.

El comedor era bastante grande y lleno de gente. La gente se esparcía sobre un patio con sombrillas y hablaban en voz alta mientras comía.

El suelo era de azulejo blanco y negro, como un tablero de ajedrez, y había un solo mostrador que tenía bandejas y un registro en el extremo.

—Tienen burritos de desayuno, sé que te gustan

—¿Por qué lo dices así?

—¿Así como?

—Como que tú lo sabes

—Lo sé

Suspiré —Como sea

Kara eligió la mesa del la esquina, al fondo. Quería esperar a estar sentadas para interrogarla.

—Así que me vas a explicar a que te refieres con que no me conozco a mí misma

Se tomo un tiempo antes de contestar —No

¿Qué demonio pasaba con esta chica? No podía imaginarlo.

—¿Por qué no? —Pregunté.

—Mientras menos sepas de ti, más fácil será mi trabajo

Mis ojos se estrecharon —¿Tu trabajo?

—Si —respondió un poco incómoda. —Mira la única razón por la que quería hablar contigo es para darte mi discurso, antes de que descubras quién soy, quién eres. Tal vez seas capaz de ver las cosas desde mi perspectiva en el futuro y no me odies

No tenía idea de lo que hablaba y no me gustaba como sonaba, pero necesitaba saber.

—Escuchémoslo

—Creo que la mejor forma es por una analogía, por ejemplo, tu comes carne —La afirmación era una acusación.

—Así es —Respondí, esperando a que hubiera más



—¿Crees en el asesinato de animales?

—¿Perdón?

—Es solo una pregunta. ¿Lo haces?

Me quedé mirando la salchicha derramándose fuera de mi burrito.

—Bueno yo… solo porque… —La sola pregunta me había dejado tartamuda con la frustración.

—Ese es mi punto, no tiene sentido, parte de ti habla moralmente y lógicamente, entiende que asesinar es malo, algo en ti está en desacuerdo con el pensamiento, la ganadería de pollos y vacas en cuartos pequeños, viviendo una vida predeterminada y tortuosa está mal, tu sabes eso. Sin embargo, en un día como hoy, te encuentras en la fila, anhelando ese desayuno, un burrito con salsa picante. Está en ti. El instinto de la supervivencia. Tu cuerpo te dice que necesita carne, alimento, salsa, y entonces tú comes. Puedes escoger los huevos y el queso, pero tú piensas que eso es un sacrificio

La confrontación me puso tensa y a la defensiva. No era asunto suyo lo que comía, pero de alguna manera había perdido la mayor parte de mi apetito.

—De acuerdos, entonces me atrapaste. ¿Me entregaras por ser una hipócrita moral? —Ella rió sutilmente, pero respondió con innegable sinceridad

—Mira, no te sientas mal. Yo hago las mismas cosas que tú haces. Yo solo quiero marcar un punto, en mi defensa. Las personas critican. Está en su naturaleza. Van a juzgar casi todas las cosas que les incumban. Los ciudadanos culpan de sus propias deficiencias al gobierno mientras ellos se basan en los frutos de su existencia. Ellos maldicen la existencia del petróleo y sus efectos sobre el ambiente pero manejan sus autos al trabajo y ambientan su hogar. ¿Tienen elección? ¿Podrían ellos sobrevivir sin eso?

—¿Así que cuál es tu punto? —Pregunté con una leve hostilidad

—Creo que lo entenderás muy pronto —su voz sonaba casi demasiado alegre, lo que la hacía incluso más antagonista.

—¿Entonces es todo?

—Es todo —después de que comió el último bocado de su burrito, se paró para limpiar su bandeja —Nos vemos, Elyse —dijo. Sin decir otra



palabra, se dio la vuelta, caminó fuera de la vista, y me dejó totalmente insatisfecha.

Pensé en ir a casa, pero después de tan extraña mañana, solo sentí ganas de perderme en la ciudad, tomé un autobús y dejé que me llevara al centro de la cuidad, desde que me mudé aquí, empecé a adorar el sentimiento eclético y el zumbido de las calles, aprecié el hecho de que podía caminar con mis ropas llenas de café y a nadie le importaba, la gente era libre aquí y podía ser, verse, actuar o vivir como quisieran, me recordaba al circo aceptando a los marginados y aquellos que eran diferentes, incluyéndome. En san Francisco, es donde yo pertenecía, y era el lugar perfecto para estar sola, pero no por mí misma.

Hoy el sol brillaba a través de los frondosos árboles que crecieron a través del concreto, echando parches oscuros en la acera, estaba agradecida que la naturaleza se negara a rendirse aquí, incluso en medio de la máquina hecha por el hombre, perseveraron.

Me quedé hasta la noche, tratando de entender la extraña chica que decía que me conocía mejor que yo misma, pero no podía entenderla. Luego, ahí estaba William, que había estado en lo cierto. Si quería respuestas, yo sabía que él las tendría, o al menos yo esperaba que las tuviera.

2

Traducido por Clyo
Corregido por Caroliberta

Cuando llegué a casa, me acordé de lo que William había dicho sobre Cearno después de las 5:00 y esperaba que él todavía esté allí. Antes de que incluso tenga la oportunidad de alcanzar la puerta de la cafetería, una mano me agarró del brazo y tiró de mí hacia el sombrío callejón entre mi edificio y el otro.

—Soy yo, —dijo él, tomando mi mano. Podía sentir el calor empezando a construirse por debajo de nuestras palmas.

Suspiré. —Rayos. Me asustaste.

—Bien, ahora estamos a mano.

Su apariencia era una distracción, sus ojos de un verde polvoriento y una boca seductora por naturaleza. —Lo siento.

Sacudió la cabeza y se río con alivio.

—Bueno, siempre y cuando lo sientas, pero no estés muerta.

—¿Muerta? Mira, tenemos que hablar, esto es...

—Deberíamos ir a otro lugar. No sé si es seguro aquí.

—Okey, —respondí, pero él parecía dudarlo, recordando mi último intento de escape—. Te creo.

Él asintió. —Mi coche está a la vuelta.

Conducía un Honda Civic azul plateado, y una vez que estuvimos en el interior, se relajó.

—Siento que tengamos que quedar de esta manera, —se río para sus adentros—. Las cosas no han ido exactamente como lo planeé, pero creo que la noche todavía es salvable. —Me miró, midiendo mi reacción.

—Probablemente piensas que estoy loco.

—Un poco, —admití con una sonrisa. No se suponía que deba estar fomentando este tipo de cosas, pero no pude evitarlo— ¿Cómo lo planeaste?



Mi pregunta pareció animarlo. —Oh, ya sabes, brillar con mi encanto, cena, flores, una película. De la manera en que la gente normal lo hace.

No estaba segura en que me había metido, o que estaba pasando, pero por alguna razón yo confiaba en él.

Era un pensamiento agradable imaginarme que estoy en una cita.

Nunca había estado en una.

Terminamos en una pequeña biblioteca pública. Mientras caminábamos hacia el edificio de granito blanco, él se acercó por mi mano de nuevo, y yo instintivamente me alejé antes de que tuviera una oportunidad de entrelazar sus dedos con los míos. Fue un rápido movimiento defensivo, casi como si tuviera miedo de su toque, y tal vez lo tenía. Tenía miedo de que pudiera significar algo que no debería, de que me pueda gustar.

—No es lo que piensas, —dijo.

—Para nada, es simplemente…

—Simplemente no quieres que tome tu mano, —él terminó por mí—. Lo entiendo. —Continuamos caminando en silencio, pero sus ojos estaban buscando algo o alguien—. Sabes, si estuviéramos en una cita, esperarías que tome tu mano.

—Sólo que ésta no es una cita, —le contesté.

Se detuvo, tratando de pensar en cómo explicármelo. —Si estuviéramos tocándonos, eso nos protegería.

Ya estaba empezando a irritarme. —¿De quién? —Le pregunté, pero él ignoró mi pregunta.

—¿Puedes sentirlo? —El Levantó mis dedos lánguidos y apoyó su palma de su mano contra la mía. El calor era sutil al principio, pero emanaba más mientras las manteníamos unidas.

—¿Qué es? —Le pregunté.

Él tomó un respiro hondo con una nueva esperanza en sus ojos, mientras lentamente y con cautela cruzaba sus dedos en las ranuras de mis nudillos. —Los amigos pueden tomarse de las manos, ¿verdad?

—No, —dije con una sonrisa modesta, pero no me aparté—. Ni siquiera te conozco.

—Lo harás.



Yo estaba en lo cierto. Su tacto era peligroso, me había gustado demasiado.

Cuando llegamos al nivel del sótano de la biblioteca, me dejó en libertad, arrastrando sus dedos sueltos a través de las hileras de libros. El lugar estaba silencioso y olía a papel viejo, pero en el buen sentido. Si había alguien más en este nivel, se había mantenido escondido y callado.

—Me encanta aquí abajo, —susurró—. Hay tanto conocimiento en esta pequeña habitación.

Yo nunca lo había pensado de esa manera, pero él tenía razón. Debe haber miles de libros llenando fila tras fila de las estanterías independientes.

Verdad, ciencia, amor, arte, una colección interminable de conocimiento para tomar gratis.

—Y aún así, no hay nadie aquí, —observé. Parecía extraño que tanto conocimiento pueda ser ignorado tan fácilmente.

—Nunca hay nadie, —dijo, poniéndose cómodo en el piso de uno de los pasillos—. Vengo mucho por aquí.

Me senté a su lado mientras él comenzó a rebuscar entre los libros, sacando títulos interesantes.

—Entonces, ¿sobre qué es esto? ¿Sabes quién me está siguiendo?

—Sí, —respondió, simplemente, inclinando la cabeza mientras leía los lomos de los libros, en busca de un título específico.

—¿Y bien?

—Después de lo que ocurrió en el tren, me lo pensé mejor, y decidí mantenerlo en secreto por un tiempo más.

—¿Por qué?

—Tú no vas a creerme, y yo no quiero que salgas corriendo de nuevo como si fuera alguna clase loco.

—Si te creo. En mi camino a casa, Kara me encontró. Hablé con ella, y lo admitió. Tenías razón. Ella me seguía.

Se quedó inmóvil y me miró con alarma. —¿Hablaste con ella?

—Sí, no me dijo nada sin embargo. Es por eso que necesito que tú me lo digas, —insté.



—No puedo creer que le hayas hablado. Ella es peligrosa, Elyse.

—Se veía muy normal para mí.

—No lo es.

Por más que haya estado disfrutando de intimar con William en el pasillo estrecho y limitado de libros, tenía una razón para estar aquí.

—Mira, ¿sabes algo o sólo estás tratando de seducirme en los pasillos abandonados del sótano de la biblioteca?

Se echó a reír. —No estoy tratando de seducirte, no a menos, que tú quieras que lo haga, —dijo con una mirada que era demasiado honesta.

La idea me recordó que éramos apenas nosotros dos aquí abajo, juntos y solos. Todo lo que tendría que hacer era decir 'sí, quiero que lo hagas,' y tal vez él me besaría justo aquí, encima de todos estos libros.

—Nunca me han seducido. Nunca me han besado, —admití—. No estoy segura de que eso funcionaría.

¿Qué tenía este tipo? Estaba diciéndole cosas que sabía que no debería. Amigos, me dije en un esfuerzo por cerrar la fantasía que había dejado correr salvajemente en mi cabeza. Lo más que podríamos que llegar a ser, era amigos.

—Oh, confía en mí, —me prometió con una sonrisa confiada—. Esto funcionaria.

—Probablemente tienes razón. —¿Qué estaba haciendo? Hablar con él era como jugar con fuego, y me tenía probando mis límites—. Entonces, mejor no.

Pretendí cambiar mi enfoque, y comencé a buscar entre los libros, como si en realidad estuviera leyendo parte de ellos. Que no lo estaba.

—Me resulta difícil de creer que nunca has sido besada.

Me sonrojé. —Créelo.

—Es algo adorable.

—Eso no es exactamente a lo que me refería. Quiero decir, trato de enfatizar un punto para desviar la atención de mí misma.

—No creo que esté funcionando.

—Bueno, estoy bastante segura de que doy la vibra.



—¿Qué vibra?

—La 'no estoy interesada así que déjeme en paz' vibra.

Él se limitó a levantar una ceja ante ésta, aparentemente loca, sugerencia.

—Así que ¿no vas a decirme quién me está siguiendo? —Le pregunté, tratando de cambiar de tema.

—Aquí, —dijo sacando una antigua copia de los himnos homéricos desde el fondo. Era de color rojo oscuro con letras doradas y parecía que había sido leída de cabo a rabo más veces de las que pudiera soportar. Él se deslizó por la alfombra barata industrial hacia mí. Estábamos sentados tan cerca que nos tocábamos—. Quería mostrarte esto.

—Okey, —dije sin ver la conexión.

Él me miró, de pronto mucho más serio de lo que había estado. —Hay tantos libros aquí. Es como si pudieras encontrar la respuesta a cualquier pregunta si sólo buscas con el esfuerzo suficiente, ¿sabes?

—Si, —respondí con escepticismo, tratando de leer la insinuación en sus palabras.

—¿Te puedo leer algo de esto? Espero que te ayude.

Yo estaba completamente perdida. —¿Qué me ayude a qué?

—No todo esto es cierto, por supuesto. Sólo partes. Entendieron mal tantas cosas.

—¿Quiénes? —Él podría haber estado hablando cosas sin sentido, pero sus ojos eran tan sinceros, que tuve que tomarlo en serio.

—Sólo escucha, ¿de acuerdo?

El libro tenía las puntas dobladas. No sabía si él lo había hecho, pero se volcó directamente a la página que quería. Mientras me leía, trate de concentrarme en las palabras, pero su ronroneante voz era espesa como la miel, distrayéndome más de lo que esperaba.

—*"Afrodita, hija de Zeus, respondióle en el acto: Oh Anquises, el más glorioso de los hombres que de la tierra han nacido, no soy ciertamente una diosa: ¿por qué me confundes con las inmortales?, sino mortal, y mujer fue la madre que me dio a luz".*—



Él levantó la vista del libro, y me miró con rapidez antes de continuar un poco más adelante.

—"El amor se apoderó de Anquises, quien profirió estas palabras dirigiéndose a ella: 'Si eres mortal y fue mujer la madre que te dio a luz, y tu padre es Otreo de ínclito nombre, según dices, y has venido aquí por la voluntad de Hermes, el nuncio inmortal, en adelante serás llamada esposa mía todos los días; y ninguno de los dioses ni de los mortales hombres me detendrá hasta haberme unido amorosamente contigo, aunque el mismo Apolo, el que hiere de lejos, me tirara luctuosas flechas con su arco de plata. Yo quisiera, oh mujer semejante a una diosa, subir a tu lecho y hundirme luego en la mansión de Hades'"—

Nos sentamos en silencio durante un momento después de que hubo terminado. Sabía que él estaba esperando con impaciencia mi respuesta, pero yo no sabía qué decir.

—Es muy bueno, —me las arregle para decir.

Una esperanzada risa entrecortada escapó de sus labios. —Me alegro que te haya gustado.

—No lo entiendo.

Una sonrisa agrietó su expresión endurecida. Me di cuenta de que estaba decepcionado, pero ¿qué esperaba?

—Muy bien, —dijo—. Olvídate del libro. Voy a hacer un trato contigo.

—¿Qué clase de trato?

—Dejas que mañana te saque, en una cita —añadió apresuradamente—, y a cambio, te lo cuento todo.

—Si es que incluso hay algo que contar. Esto me suena como una estafa o algo.

—No es una estafa.

—En realidad no hago eso de las citas, —confesé, aún tentada por la oferta—. ¿No puedes sólo decírmelo ahora?

—No, no lo creo, —respondió él, contento con su acuerdo—. De mi manera es mucho más divertido.

Nos quedamos hasta que la biblioteca cerró, y él me llevó a casa, dejando todas mis preguntas sin respuesta.



—Okey, entonces, te recojo aquí mañana a las 6:30, —dijo mientras me dejaba en frente de mi apartamento—. No 'lo olvides', porque te veré por aquí, y entonces tendrás que inventarte una excusa. Y va a ser raro.

—Bueno, entonces supongo que no tengo más remedio. —Le seguí el juego.

—No. —Su sonrisa era como un golpe en el pecho, su brillo era abrumador. ¿Cómo podría resistirme?

3

Traducido por Flor_18
Corregido por anvi15

A la mañana siguiente me encontré a mi misma mirando de reojo la única hoja de papel pegada debajo de un imán a mi refrigerador —el teléfono de Anna. Tenía que decirle a alguien.

El primer día del quinto grado fue el día que conocí a Anna, y se marcó en mi mente como un rayo de luz atravesando a través de las nubes. El edificio de la escuela era una construcción de dos pisos de ladrillo rojo, que era mucho más intimidante que mis años de educación en casa. No era la escuela la que me había puesto nerviosa, sin embargo. Sabía que eso sería bastante fácil. Era el encontrar y tener amigos lo que me preocupaba.

Betsy tomó mi mano sin dudar y me guió a través de las puertas principales.

—No estés nerviosa, Ellie, —me tranquilizó. La tensión de mi cuerpo irradiaba en el firme agarre que tenía de su mano.

Cuando entramos al atrio de la escuela el aire olía a madera y polvo. Podía decir que el lugar era viejo. Los numerosos pies que habían transitado el corredor habían desgastado el piso de madera hasta dejarlo delgado y desnivelado. Salones de clase se alineaban en las dos paredes paralelas, como hileras de fichas de dominó preparadas para caer sobre mí a la primera señal de un movimiento en falso. ¿En qué me había metido?

Srta. Kay Clase de 5° Grado, estaba indicado en un colorido cartel pegado sobre la ventana, y Betsy me dejó ir sola. El salón era un barullo cuando entré. Casi nadie giró su cabeza para ver. Había casi veinte niños corriendo frenéticamente alrededor haciéndose preguntas entre ellos y garabateando las respuestas en papel.

—Tú debes ser Elyse, —la Srta. Kay me saludó, y yo respondí con un tímido "sí".

Continué viendo a los estudiantes correr de un lado al otro en lo que parecía ser un completo desorden. Así no era como me había imaginado una educación estructurada.

—Están jugando bingo multiplicador, —ella comenzó a explicar.

—¡BINGO! —gritó un chico pelirrojo lleno de pecas, confirmando la razón detrás del caos.



—Muy bien, Benny, excelente. Todos vayan a sus asientos, —se dirigió a la clase—. Elyse, te puedes sentar donde quieras.

Genial. Ya era el centro de atención. Mis latidos eran tan fuertes y ruidosos que estaba segura de que todos podían escuchar el ruido sordo, pero la presión fue rápidamente remediada. Una niña con la nariz como un botón y el cabello como seda negra me hizo señas para que tomara el asiento junto al de ella.

—Soy Anna, —me susurró—. ¿Cuál es tu nombre?

—Elyse, —contesté.

—Muy bien chicos, antes de revisar la tarjeta de bingo de Benny, déjenme presentarles a nuestra nueva estudiante.

—Su nombre es Elyse, —interrumpió la niña del cabello de seda.

—Sí, su nombre es Elyse. Todos por favor háganla sentir como en casa ¿de acuerdo? Anna ¿porqué no dejas que Elyse mire la tarjeta contigo mientras controlamos las respuestas?

—Okey, —ella accedió moviendo su escritorio para que estuviera junto al mío. Vi que su mano se deslizó a su bolsillo. Me pasó algo en su puño cerrado y esperó con una sonrisa mientras lo examinaba.

—No dejes que la Srta. Kay lo vea, —susurró—. Es un secreto.

Deslicé el caramelo envuelto en mi bolsillo —el primero de muchos secretos que llegaríamos a compartir. Desde el momento en que su escritorio rozó el borde del mío, fuimos inseparables. Nuestra amistad llegó naturalmente. Estar con Anna no representaba un esfuerzo, era cómodo.

Sólo era yo misma cuando estaba a su alrededor, y con ella pasaba igual. No había secretos, ningún secreto excepto uno, y por los siguientes tres años, ese secreto fue mío y mío solamente.

La escuela media fue una maligna sucesión de pandillas, abusadores, y presión social, un monstruo que me hubiera comido viva de no ser por Anna. Su ruda y precoz personalidad contrarrestaba mi tímida naturaleza haciendo de nosotras las dos mitades perfectas de una sola entidad.

El nivel de educación era todavía como una brisa, así que la escuela se convirtió en un lugar de reunión, un lugar donde podíamos unir fuerzas y deslizarnos hacia nuestro pequeño mundo lejos de las tareas de los salvajes estudiantes de secundaria. Los veranos, sin embargo, eran ilimitados. Dónde y cómo eran pasados los días no importaba, siempre y cuando estuviéramos juntas, pero esta felicidad tenía dos caras. Cuanto más quería a Anna y la necesitaba, más dolor sentiría cuando la perdiera. Con cada segundo la alegría de la amistad



se volvía más profunda, así que cuando el tiempo de que terminara llegara, sabía que iba a destrozar mi alma.

—¿Alguna vez escuchaste hablar de hermanas de sangre? —Anna preguntó desde la cama. Estaba acostada sobre su estómago pasando las páginas de nuestro recién impreso anuario escolar.

—No, —le dije—. ¿Qué son?

—Sólo algo que April dijo en la escuela.

—¿Bueno, qué dijo? —La presioné desde el piso de mi habitación. Busqué la foto de April en mi propio anuario. Era una abusadora. Hasta se veía así.

—Dijo que ella y Susan deberían de poder tomarse la foto juntas, porque eran hermanas. Por supuesto le dije 'no, no lo son', pero ella dijo que eran hermanas de sangre, porque pusieron sus cortes juntos y mezclaron la sangre.

Pensé brevemente sobre lo que Betsy diría, cómo la enfermera en ella lo desaprobaría. "*Elyse, así es como la gente esparce las enfermedades. Ten cuidado*".

Anna debió de tomar mi silencio como que yo también estaba contemplando la decisión de hacernos hermanas de sangre.

—Somos más como hermanas que ellas dos. A Susan ni siquiera le agrada tanto April. Creo que deberíamos hacerlo. Mejores amigas para siempre, ¿verdad?

Me quedé congelada. No era seguro. No porque Anna no fuera sana, sino porque yo no era... normal. ¿Le pasaría algo a ella? ¿Y si la ponía enferma? Mi condición era algo en lo que no había pensado en mucho tiempo. Había sido tan fácil empujar la realidad hacia el fondo de mi cabeza a través de los años, hacer pasar mi cuerpo detenido en su crecimiento como pequeño, chiquito, o frágil, pero aquí estaba, mirándome fijo a la cara. Anna quería poner a prueba toda la biología de él. No sabía en que se estaba metiendo.

—Aquí, me sacaré esta costra en mi rodilla de ayer. ¿Tienes una costra o algo?

—No, pero está bien, lo haremos más tarde o algo.

—Oh, vamos, no seas un bebé. Sé que tienes una ampolla en tu mano por las barras del patio de juegos. —Me tomó la mano derecha y me tironeó la agrietada piel sin advertirme.

—¡Ouch! ¿Estás loca? —grité mientras recuperaba mi mano para examinar el daño.

—Date prisa, antes de que se seque, —insistió.

Antes de que lo supiera ella había puesto mi mano en su rodilla y estaba restregando las dos heridas juntas.



—Listo, ¿ves? —me miró buscando por aprobación, pero yo no pude responder. Mis ojos estaban fijos en su cara. No estaba segura de qué estaba esperando, pero estaba esperando que pasara. Su expresión puede haber significado cualquier cosa—una mirada en blanco en algún lugar entre preocupación y sorpresa.

—¿Qué? —fue todo lo que pude decir.

—Ya no está. —Buscó en mis ojos por respuestas.

—¿Qué ya no está?

Tomó mi mano y la giró con un jadeo, tirando de la evidencia cerca de su rodilla para comparar. Aparte de la sangre embarrada, la piel de su rodilla estaba sana. Se lamió la mano y limpió la superficie sólo para estar segura. Nada. Pasé mi pulgar por la piel de mi palma, pero ni siquiera había una cicatriz.

Los pasos de Betsy nos advirtieron de su proximidad, así que escondimos nuestra piel manchada de sangre y tratamos de parecer ocupadas.

—Hola chicas, ¿cómo les está yendo? —Ella preguntó desde la puerta.

—Bien, —dijimos al unísono. Estaba muy distraída para notar nuestras respuestas mecánicas o la inmensa tensión en la habitación.

—Bien, escucha Anna, llamé a tu mamá. Ella está en camino para venir a buscarte. Necesito una noche a solas con Ellie, ¿ok? No te preocupes, no estás en problemas, —dijo tranquilizadoramente y se dio la vuelta para irse.

—¿Crees que sepa? —pregunté preocupada.

—No —Anna me contestó con seguridad.

Sabía que no había manera de esconder el hecho de que yo había causado que se sane. Anna me conocía demasiado bien. Sabía lo que estaba pensando antes de que hablara.

—Mira, no sabía que eso iba a pasar… —dije, tratando de encontrar palabras que salvaran mi amistad, palabras que me hicieran ver menos fenómeno, pero ella me detuvo.

—No se lo diré a nadie, Elyse, —dijo con ojos sinceros—. Nunca.

Todos estos años después, seguía compartiendo mis secretos con Anna, y antes de que lo supiera, estaba marcando su número.

—¿Crees que tal vez me están estafando? —pregunté después de contarle acerca de mi día.

—Tal vez, —contestó—, pero todo en lo que te ha metido es en una cita. Él no pidió dinero, ¿verdad?



—No. Tampoco la chica, pero él sabía mi nombre. Los dos lo sabían.

—Elyse, acabas de mudarte sobre el lugar en el que trabaja. Por supuesto que sabe tu nombre. El propietario es probablemente su jefe.

—¿Qué hay con la chica? ¿Cómo sabría ella?

—Probablemente es la loca acechadora de su exnovia.

Pensé sobre eso.

—No lo sé. Dijo que me estaban siguiendo. Tú sabes, mis padres me mantuvieron escondida por una razón.

—Dudo que te estuvieran escondiendo de un joven chico que trabaja en una cafetería, —se rió—. Creo que deberías ir. Sólo te estás inventando excusas. Nunca entendí porque estás tan en contra de tener citas.

—Tú sabes por qué.

Ella hizo una pausa.

—Bueno, tú sabes que no concuerdo contigo.

—¿Qué pasa si el tipo quiere casarse?

—Entonces te casas con él. —Su voz se levantó como si la respuesta fuera obvia.

—Eventualmente se dará cuenta de mi edad, —le argumenté—. No seríamos capaces de envejecer juntos. ¿Y qué hay con los niños? Ni siquiera sé si puedo tener hijos.

—¿Por qué siempre tienes que irte a los extremos? Tener citas no es casarse, Elyse. ¿Dónde está el daño en divertirte un poco?

Ya hemos tenido esta conversación antes, pero Anna nunca dejaba las cosas como estaban. ¿No entendía la más obvia razón? ¿Qué pasaba si me enamoraba? ¿Qué pasaría cuando viviera más que él? Sería más doloroso que un corazón roto el verlo envejecer y morir mientras él me deja atrás atrapada en una fisura del tiempo. Me destruiría. Si había siquiera una posibilidad ¿por qué arriesgarse? No quería hablar sobre la muerte con Anna, sin embargo. No quería enfrentar el hecho de que sólo tenía cincuenta años más con ella como mucho, y luego estaría sola. Mi corazón se sintió oprimido ante eso.

—No voy a ir, —concluí.



4

Traducido por Sol_tb
Corregido por anvi15

Tan rápido como corté el teléfono con Anna, cambié de parecer. Ella tenía razón. Tener una cita no significaba un compromiso de por vida. ¿Por qué no divertirme? Durante toda la mañana me detuve en los detalles de la noche anterior, sin prestar atención a las advertencias lógicas de mi conciencia.

Cuando eran alrededor de las cuatro en punto, me permití prepararme. Tomé una ducha extra larga, afeitándome y lavándome con champú dos veces, y mientras me secaba mi lacio cabello, me di cuenta de que nunca tuve una verdadera razón para preocuparme por mi apariencia.

Miré en el espejo mis ojos castaños, tratando de decidir si yo era bonita.

Quizás lo era. Podía serlo si trataba.

No debería importarme, pero estaba emocionada, demasiado emocionada.

Apagué el secador antes de terminar y trate de pensar objetivamente, para ignorar todas las razones que alimentaban mi curiosidad. ¿Realmente valía la pena? ¿Y si era un engaño? Y si incluso no lo era, ¿Entonces qué? No podía permitirme enamorarme de alguien. Siempre lo había sabido. El verdadero amor no estaba en mi destino. Mientras comenzaba a cuestionar mi decisión y a pensar en la manera de salir de ella, escuché un golpe en la puerta. Era demasiado temprano para que William estuviera aquí, y no estaba esperando a nadie más. Me senté en mi cama y permanecí quieta, esperando que la persona pensara que no estaba en casa. Golpearon otra vez, pero yo no quería responder. Todo esto me tenía con los pelos de punta. Me sentía tan vulnerable.

—¿Elyse? —el sonido de la voz de William hizo que me pusiera de pie. Agarré mi bata y fui a abrir la puerta.

—Hola, perdón. No sabía que eras tú, —Dije, agradecida de decir esas palabras antes de echarle una mirada. Era incluso más hermoso de lo que mi memoria le daba crédito, y me quedé sin palabras en ese momento. Su



piel, del color del caramelo, su mandíbula, fuerte y definida, cada parte de él llamaba mi atención.

—Hey, sé que vine un poco temprano, pero he estado esperando en casa todo el día para salir contigo.

—Bueno, —contesté, todavía insegura—. Sí, solo déjame poner algo encima.

Me volví para subir las escaleras y me di cuenta que no podía dejarlo allí afuera. Me volví.

—Entra.

No había considerado realmente que era lo que iba a usar.

Pensaba que tenía dos horas por delante para decidirme.

Después de decidir que el desgastado vaquero y las desvanecidas camisetas que tenía en mi armario no servirían, empecé a escarbar entre la vieja ropa que todavía no había desempacado.

—Perdón por la falta de muebles, —grité desde mi habitación.

Me puse mi vestido floral veraniego, que Betsy me había regalado cuando cumplí ochenta. Mi cabello aún colgaba húmedo y lacio, y los únicos zapatos que combinaban eran las negras sandalias que había estado usado todos los días.

Cuando me armé de valor para volver a la sala de estar, encontré a William poniéndose cómodo en mi improvisado sillón armado con mantas.

—Te ves muy bien, —me dijo cuando levantando las cejas.

—Gracias, —murmuré como respuesta. Me sentí consciente del vestido, pero debía admitir que me gustaba la atención. Me gustaba mucho—. Así que, ¿Cómo va a funcionar esto? —agarré mi cartera, recordándome que hacía esto por una razón—. ¿Vas a decirme lo que sabes?

—Directo a l grano, ¿eh? —Se rió de sí mismo—. Te lo diré mañana, una vez que la cita haya terminado.

—¿Por qué no esta noche?

El negó con la cabeza.

—Lo arruinaría.

—Está bien.



Acepté con demasiada facilidad. Por lo menos eso significaría una razón más para verlo de nuevo.

—¿A dónde vamos?

—Estaba pensando que podríamos ver Annie Hall. Hay un cine-teatro en el centro de la ciudad en el que pasan películas viejas.

—Me encanta esa película, —sonreí, olvidándome de todas las dudas y preocupaciones que tenía dos segundos antes—. La vi el día que se estrenó.

Me detuve, dándome cuenta de mis descuidadas palabras mientras salían de mi torpe boca.

—¿En 1977? —preguntó, con ojos brillantes y casuales.

—Quiero decir en DVD, —me corregí y reí nerviosamente.

Diez minutos en esto y ya estaba actuando como una completa idiota y dejando que se me escapen las cosas.

—Bueno, pensé que podría gustarte.

—¿En serio? —soné demasiado complacida. Él había estado pensando en mí, pensando en qué me gustaría. Es evidente que cualquier intento de ser indiferente hacia él, era imposible.

—Si, pareces del tipo romántica desesperanzada. ¿Estoy en lo correcto?

Él tenía razón sobre la parte de desesperanzada, y en cuanto a lo romántica, suponía que eso también era desesperanzador.

—Si, supongo que lo soy.

No había necesidad de entrar en detalles sobre mi desesperanza romántica, ¿no?

—Me gusta tu pequeño nido de mantas. —dijo—. Tal vez deberías probar con diseño de interiores.

Yo sonreí. Él era bueno rompiendo el hielo.

—Cállate, —le respondí en broma. Estaba sorprendida de lo fácil que era ser yo misma con él. A pesar del obvio efecto paralizante que parecía tener sobre mí, sentía que podía decir lo que quisiera y actuar como quisiera, y eso estaba bien para él. Él estaba relajado y tranquilo, se mostraba confiado y sin miedo de su entorno. No estaba segura de cómo



iba a manejar toda una noche a solas con él, pero las cosas parecían ir bien.

—¿Qué música te gusta? —me preguntó una vez que ya estábamos en su auto.

—Tengo de todas las clases.

—Um, no lo sé.

Yo no estaba muy familiarizada con lo que se estaba escuchando en estos días.

Betsy y yo escuchábamos mucha música de los cuarenta —Billie Holiday, Frank Sinatra, Bing Crosby. Pensé en preguntarle si tenía algo de ellos, sólo para probar su afirmación de que él tenía de todas las clases, pero me quedé callada.

—Que tal… —Hizo una pausa mientras hojeaba uno de sus varios libros de CDs— ¿Foo fighters?

—Claro, —estuve de acuerdo, asintiendo con la cabeza al nombre desconocido.

—¿Has escuchado de ellos antes? —preguntó.

—No.

Él me miró y sonrió ampliamente antes de pasar su mano por sus largos cabellos hacia atrás.

—Wow, —dijo mientras ponía el CD—. Realmente has estado encerrada.

El cine era viejo y reducido. Los folletos de Rocky Horror Picture Show estaban en una boletería vintage.

William pagó las entradas sin quejarse, incluso cuando yo ofrecí pagar la mía.

Decidimos no parar a comprar ningún snack en el descuidado quiosco para guardar lugar para la cena. El cine tenía solo un proyector en un salón como para cuarenta personas, así que esperaba ver algo más de gente, pero el lugar estaba vacío. Las paredes eran de madera tallada con motivos de ángeles y la pintura blanca descascarada. Tenía un olor almizclado y una apariencia sucia que sólo añadía autenticidad. Parecía que hubiera sido un teatro real de actuación en su mejor momento



—Solía venir seguido aquí. —dijo William—. Lo han descuidado, pero era un hermoso lugar antes.

—¿Como encuentras esta especie de lugares secretos? —pregunté.

—La gente con secretos necesita lugares para guardarlos.

Me quedé mirándolo, como si tal vez esforzándome bastante sería capaz de entender las cosas por mi cuenta. —Me gustaría que sólo me dijeras lo que está pasando.

—Te dije que te lo diría todo, pero todavía me debes la mitad de la cita.

Las luces se apagaron justo cuando nos estábamos sentando en nuestros lugares a pesar de que seguíamos siendo los únicos dos en el lugar.

Como éramos solo nosotros, podíamos haber hablado, pero no lo hicimos. No estaba segura donde estaba la mente de William, pero la mía estaba en todas partes. Entre medio de los recuerdos de nuestra noche en la librería, mis pensamientos escogían el tacto de su brazo contra el mío o cómo su rodilla paseaba a la deriva hacia la piel desnuda de la mía. Aunque mis ojos estaban puestos en la pantalla, no estaban viendo.

—Esta es mi escena favorita, —susurró en mi oído. Estábamos solos, así que no había necesidad de la cercanía, pero me gustó.

Toda la experiencia parecía pasar en un parpadeo en cuestión de segundos, y yo deseaba poder regatear con el tiempo por unos preciosos minutos más.

Cuando llegamos a los créditos, yo me resistía a abandonar esa cercanía —cercanía que me hacía hormiguear la piel. Esperé hasta que desaparecieran las últimas palabras de la pantalla antes de atreverme a distanciarme de él.

—¿Tienes hambre? —preguntó.

Comida Mexicana de José estaba escrito en letras rojas en frente del edificio. Un sombrero colgaba de la “J” y unas maracas estaban pintadas al final. El lugar tenía personalidad, haciéndome pensar que no era de una cadena de restoranes.

Tenía estucos marrones sencillos, un techo rojo y azulejos españoles. En el interior, las paredes estaban pintadas de color verde pastel y rosa, y la bandera mexicana colgaba con orgullo en la entrada.



—¿Quieres un margarita o algo? —Me preguntó después de que nos sentáramos en la esquina.

—No tengo veintiuno aun.

—Correcto, —respondió él con una sonrisa—.Yo tampoco.

—Hey chicos, —dijo una mujer mexicana corpulenta saludándonos.

—¿Qué puedo ofrecerles para beber?

—Solo algo de agua ¿Está bien? —Me preguntó.

—Sí, el agua está muy bien. —Yo probablemente bebería aceite de hígado de bacalao puro, solo para sentarme a su lado.

—Está bien. He aquí algunos menús. Vuelvo enseguida, —la camarera dijo, disculpándose.

—Entonces, ¿qué haces para divertirte cuando no estás siendo obligada a tener citas?

Me eché a reír.

—Sí, porque eso sucede todos los días. —Practiqué apartar la mirada de él, algo que me pareció extraordinariamente difícil de hacer.

—No lo sé. Me gusta escribir poesía, hacer crucigramas, cosas aburridas.

—Suena como que necesitas salir.

Me encogí de hombros.

—Bueno, ¿y tú? ¿Cuál es tu idea de diversión?

—Una noche con la única y exclusiva señorita Elyse Ellen Adler, por supuesto.

Alejé la mirada de nuevo. Sabía mi nombre completo. No esperaba eso. Mantuve la mirada baja, pero yo notaba que sus ojos tendían a caer intensamente en mí cuando creía que mi atención estaba en otra parte. Por suerte, nuestra mesera volvió rápidamente con nuestras bebidas y abrió su cuaderno de notas.

—Bueno, aquí hay algunas patatas fritas y salsa con dos aguas. ¿Están listos para ordenar?

William asintió con la cabeza para que yo vaya primero.

—El burrito de pollo asado para mí, —le contesté.



—Y algunos tacos de carne asada, —agregó.

—Está bien. Permítanme tomar estos, —dijo recogiendo nuestros menús.

Tan pronto como se marchó, William empezó con las preguntas. Me gustaban sus preguntas. Tan patético como era, me hizo sentir como si realmente estaba interesado en mí, y me dejé disfrutar del sentimiento, algo que nunca podría sentir de nuevo.

—¿Has notado a alguien más siguiéndote? ¿Nuevos amigos desde que te mudaste aquí?

—¿Aparte de Kara? No, y en cuanto a nuevos amigos, eres más o menos el primero, —le contesté con sinceridad.

—Bien.

Mientras hacía preguntas, yo tenía una para él.

—¿Cómo sabes mi nombre? —, Pregunté.

—Siempre lo he conocido.

Agarré una papa y empecé a mordisquearla con nerviosismo.

—¿Cómo? ¿Trabajas para el gobierno o algo así? —La pregunta sonó ridícula.

Él era demasiado joven, demasiado informal para ser oficial de nadie.

—Oh, sí. Soy un súper espía, —dijo con una cara seria. Luego su expresión se quebró—. No, no trabajo para el gobierno, pero tienes razón al ser cautelosa. No deberías confiar tanto en la gente.

—¿En ti?

—Afortunadamente, soy la única persona en la que sí puedes confiar.

Me encontré inmensamente curiosa acerca de él.

—Estoy contento de haberte encontrado primero. —Él tomó una copa de agua, mirándome por encima del borde.

—Aquí vamos. Un burrito de pollo asado y tacos de carne asada, —la camarera anunció, rompiendo el intenso momento—. ¿Cualquier otra cosa que pueda traerles?

—No, creo que no, —respondió William.

Mantuve mis ojos en él mientras hablaba a nuestra camarera.



—¿Te puedo preguntar algo más? —Preguntó, volviéndose hacia mí—. Volviendo a nuestra cita.

—Claro, —me encogí de hombros, mordiendo mi burrito.

—Si se pudiera resumir toda tu vida en un solo sabor, ¿cuál sería? ¿A qué crees que sabe tu vida?

Me eché a reír.

—No lo sé. Esa es una pregunta extraña. —Pensé en eso sin embargo. Tendría que ser algo amargo, pero de alguna manera dulce, algo que se viera mejor de lo que sabría—. Tal vez. . . ¿chocolate semi-dulce?

—¿Sólo semi-dulce? —Observó.

—Tengo mis razones, —me defendí— ¿Qué hay de ti? ¿Algo dulce y delicioso?

—Hmm, tengo que replantear. Ha cambiado definitivamente desde que te conocí.

Él me sonrió, y yo retrocedí un poco en el cojín del asiento de la cabina, alejando mí mirada de inmediato en una dirección diferente, lejos de la suya.

—Mantequilla de maní, —decidió.

—¿Por qué mantequilla de maní?

—Tengo mis razones, —se burló.

—Eso no es muy dulce.

—No, pero va bien con el chocolate.

—Oh, —dije, mientras mi rostro enrojecía por el calor, di otro mordisco para tratar de esconder mi obvia sonrisa—. Me gusta la mantequilla de maní. —Yo no estaba acostumbrada a este tipo de piropos.

—Tú sabes, —dijo. —Voy a tener que cambiar a tacos de carne asada... éstos son bastante buenos.

Ya era de noche cuando salimos fuera del restaurante, a pesar de que parecía que acababámos de venir de mi casa. Las horas habían pasado volando en paradero desconocido.



—Solo quiero hacer una parada más, —dijo, poniendo una música relajante. De vez en cuando yo le echaba un vistazo, golpeaba su mano sobre el volante y movía su cabeza al ritmo. Era difícil no disfrutarlo. Realmente no me importa a donde íbamos, pero no me esperaba que fuera la tienda de comestibles.

—Ya vuelvo, ¿vale?"

—Claro, —le dije. Al menos esto me daría algún tiempo para pensar.

Tenía que decidir qué hacer. Mientras más temprano terminara las cosas tanto menos daño haría, así que tendría que decir algo esta noche. Sentía un nudo en el estómago de nuevo. No era justo. Lágrimas de frustración comenzando a formarse, y la constante batalla entre la cabeza y el corazón haciendo estragos en mí. No tenía más remedio. Le diría al final de nuestra noche perfecta, yo sería la que arruinaría todo. Por lo menos se llevaría a cabo, y no me vería tentada a seguir las cosas después de la mañana.

—No es semi-dulce o algo así, pero espero que realmente te guste el chocolate, —dijo abriendo la puerta del coche con una caja de conos de helado en la mano.

—¿A quién no le gusta el chocolate? —Le respondí alegremente. Su encanto fue revitalizante. Todo el conflicto pareció desvanecerse con una sola mirada y una sonrisa.

—¿Y ahora qué? —pregunté —. ¿Dónde deberíamos ir?

—¿Quieres ir a Cearno?

—¿Hay mucha gente allí?

Parecía emocionado.

—Sí, estoy seguro de que sí.

—No sé, —le dije, con la esperanza de eludir mezclarme con la gente que tendría que evitar hacer amistad.

—Está bien. Entonces tengo otro lugar secreto que quiero mostrarte.

Nos hallábamos en un parque, abandonado en la noche. Los pasamanos y mesas de picnic eran la única compañía que mantenía. La luz de la luna se filtraba a través de las nubes iluminando el suelo con un brillo pacifico.



—¿Quieres salir? —pregunté.

—Sí, vamos a abrir el helado antes de que se derrita.

Los grandes árboles arraigados que se cernían sobre las erosionadas mesas de picnic y los columpios habían cubierto el suelo con hojas secas que crujían bajo mis pies.

William me entregó un cono de chocolate mediano, y me senté en la mesa desgastada dejando las piernas colgando del borde.

—Así que, aparte de trabajar en Cearno, ¿vas a la universidad o algo así? —, pregunté.

—Creo que se puede decir que voy la escuela, —respondió.

—¿Del Estado de San Francisco o cuál?

—No, no has oído hablar de ella. Es más bien una institución privada.

—¿En qué te estás especializando?

—Mitología Griega, —respondió él, tratando de no sonreír. Tal vez se sentía avergonzado de ello. Por lo menos ahora, la referencia de la noche anterior a los himnos homéricos tenía más sentido.

—Lo he pasado muy bien esta noche. Para no ser una persona muy sociable eres bastante tolerante.

—Por un soborno, sí, —bromeé—. Ha sido en realidad un buen momento.

—Hey, al menos te estoy ganando.

—Ya lo veremos. —Ganarme no era una opción.

—Una vez que hayas entregado tu parte del trato.

—El suspenso te está matando, ¿no? —Me di cuenta que se estaba divirtiendo con esto—. Vamos, te llevaré a casa.

Me preocupé por nuestra despedida todo el camino hasta mi apartamento. Tenía que trazar la línea, cortarlo, o dejarlo afuera. Esta fue la primera y última noche maravillosa que tendríamos juntos. Después de mañana por la mañana, tendría que buscar una buena excusa para evitarlo. Él me acompañó hasta la puerta. Esto era todo.

—Escucha, William, solo quiero decir...

Cuando me volví para mirarlo, sus ojos eran penetrantes, como si su mirada podría penetrar todas las barreras. De repente una sensación de



euforia nubló mi juicio, y me sentí totalmente vulnerable. Mis ojos se dirigieron rápidamente a su boca como a los extremos curvados en sus mejillas con hoyuelos, y mi corazón comenzó a acelerarse haciendo que mi cuerpo se caliente. La calidez era abrumadora, no como calor, no como algo que yo podría describir. Algo estaba sucediendo. Él me está haciendo esto a mí, pensé, pero la confusión parecía alejarse como la propagada sensación de euforia.

Yo no había apartado la mirada de sus labios, todavía con una sonrisa desvanecida. No pude. Me imaginaba rozándolos con los míos. Quería estar más cerca de él.

La calidez se había extendido a mi cabeza, dejando una sensación de vacío en mi pecho. Yo lo necesitaba. El vacío era un agujero que sólo él podría llenar.

Él era el alivio.

Se expandió en todas las direcciones, este anhelo por él. Todo lo que él tenía que hacer era decir las palabras, *"Bésame",* y yo obedecería. Encontré de nuevo sus ojos, esa mirada penetrante. Yo estaba desesperada, en busca de cualquier signo de la reciprocidad. Su expresión disminuyó, pero ahí estaba. Él también lo sintió. Yo lo sabía. De repente, cerró sus párpados, y la niebla empezó a disiparse. Sólo los restos difusos de la sensación se quedaron como prueba de mi corta intoxicación.

—Lo siento, —dijo en voz baja. Esperé a que él continuara, pero se dio vuelta para salir en su lugar, y salió corriendo por la calle.

—¿William? —pregunté tras él pero él no miró atrás.

Quería perseguirlo o gritar tras él ¿qué fue eso?, pero mi cabeza, ahora libre de su extraño control hipnótico, me dijo que sea inteligente y entrara. Mientras yacía en la cama esa noche, volví a vivir cada momento una y otra vez, con la esperanza de retomar algo que me podría haber perdido, pero siempre, era el mismo final inconcluso con su inexplicable despedida. Traté de considerar la idea de que tal vez yo había causado la extraña fiebre de euforia que me hizo necesitarlo más que la más adictiva de las drogas, que me había dispuesto a hacer todo lo que pidiera a cambio de su aprobación, pero la viva imagen de sus ojos intensos me dio la certeza de que era él.



Yo quería más que nada ser directa y simplemente preguntarle qué pasó. Tal vez había una buena y perfecta explicación por el incidente. Me imaginaba cómo hubiera discurrido la conversación: "Así que, ayer por la noche cuando me lanzaste una especie de hechizo de amor debilitante... ¿qué fue eso?" Al darse cuenta de lo absurdo de mi pregunta, me imaginaba su expresión de desconcierto mientras él pensaba, esta chica está loca. Era demasiado arriesgado. Yo tenía curiosidad, pero no estaba dispuesta a hacer el completo ridículo. Tal vez él me explicaría por la mañana, si no, tendría que ser sutil, no quedar como una loca.



5

Traducido por Maddie
Corregido por anvi15

Todavía estaba oscuro afuera cuando desperté con el sonido de alguien en mi apartamento. Los ruidos eran débiles, alguien intentó guardar silencio sin éxito. Mi mente inmediatamente se dio cuenta y se puso a la defensiva, como un animal que sabe que está siendo cazado. Cuidadosa de no hacer ni un sonido, silenciosamente me arrastré de la cama y fui de puntillas camino a mi escritorio, esperando encontrar algo para usar como un arma.

Sin mucha suerte, agarre la única cosa que parecía algo factible, una pesada caja de joyería afilada, del tamaño de la palma de mi mano.

Decidiendo entre sí podría tirarlo al intruso o tal vez usarlo para cargar un golpe más pesado si no había oportunidad de escapar, agarré la pieza y la aferré con fuerza en mi temblorosa mano. Mi corazón empezó a acelerarse, trastabillando irregularmente en cada latido mientras los sonidos se volvían tan fuertes que estaba segura que se oirían desde lejos

Pasé por la puerta, girando la perilla sin hacer ruido con los dientes apretados esperando que las bisagras se abstengan de su esporádico chirrido. Lo hicieron, pero aun así, el pánico empezó a apoderarse de mí mientras avanzaba por la pared del pasillo que llevaba a mi cuarto. Los ruidos se habían detenido.

Solo había dos hipótesis viables. La primera, era un ladrón, y con este lugar siendo tan pequeño, eventualmente me encontraría, y luego ¿Quién sabe qué?

La segunda y la más probable que pasó por mi mente me hizo paralizar del miedo al considerarla. Me estaban siguiendo, y quien sea que estaba detrás de eso había enviado a alguien para recoger lo que sea que quisieran, tal vez incluso mi vida.

Era imposible saber lo que me sucedería. Respiré rápida y silenciosamente, tratando de decidir si debería esperar o correr. El sudor empezó a pegarse en mi pijama de algodón mientras escuchaba cualquier indicio de un sonido. Nada.



Me acerqué, casi lista para hacer un movimiento cuando una mano cubrió mi boca desde atrás, y todo mi cuerpo se tensó desde mi interior. Con un dedo en sus labios, William me soltó y se trasladó a mirar alrededor de la esquina. Contuve mi respiración mientras él se volteaba hacia la cocina y fuera de vista, dejándome sola en el pasillo.

Por un segundo el lugar se estaba en silencio, al siguiente Kara estaba bajando de golpe hacia William, con un cuchillo elaborado y listo.

Se enrollaron y forcejearon en el suelo de mi sala de estar, mientras yo miraba demasiado aturdida por el shock como para gritar.

Ella lo había atrapado debajo de ella, el cuchillo presionando contra su cuello.

—Espera, —Grité, pero ella no me reconoció. Pasaron segundos, minutos. Luego con una cuidadosa mano, Kara entregó el cuchillo a William y lo besó en la boca.

—¿Qué demonios? —dije en voz alta.

—Jesús, Kara, —dijo él, empujándola. Ella se acurrucó contra la pared tímidamente.

—¿Qué está pasando? —exigí—. Ella estaba tratando de matarte y luego...

—No estaba tratando de matarlo, —respondió Kara a la defensiva—. Él iba a atacarme. Fue defensa propia.

—Bueno si tú no hubieras estado arrastrándose en su departamento, no hubiera tenido que atacarte.

—Mira quién habla. ¿Qué estás haciendo aquí?

—No cambies las cosas. Tú sabes por qué estoy aquí. Responde la pregunta. —William iba y venía entre nosotras dos. Como un lobo protegiendo su guarida.

—Estaba buscando pruebas, —respondió ella—. Quería saber si ella es quien tú CREES que es.

William la miró.

—Fuera de mi cabeza, Kara.



—Sé que eres curioso. Vamos a ver que ella lo pruebe. —Kara se levantó y William dio un paso a la defensiva hacia ella—. No necesito que ella pruebe nada, y tú tampoco.

Ella lo ignoró y mantuvo sus ojos fijos en mí.

—Bien, entonces soy curiosa. Quiero verlo con mis propios ojos.

—Cuidado, —le advirtió a ella—. No me pongas a prueba.

Esperé en silencio a que uno de ellos hiciera algún movimiento.

—¿Ellos saben? —exigió él.

Ella se encogió de hombros.

—Saben lo que les digo.

—Así que, ¿Qué les contaste?

No tenía idea de lo que estaban hablando, pero la manera en la que Kara me miró hizo que me alistara para defenderme.

—Nada, aún.

—¿Contar a quién qué? —intervine con fuerza—. Estoy harta de ser mencionada como si no estuviera aquí.

Es entonces cuando la diminuta cuchilla fue volando a través del aire, estacándose en mi pierna. Dejé escapar un llanto de dolor, y me agarré el muslo derecho. William lo había visto venir, y fijó a Kara a la pared en cuestión de segundos.

—No está bien, —él hervía apretando los dientes.

Ella no se resistió pero sus palabras salieron con furia.

—Déjame ir.

—Hazte un favor a ti misma y guárdalo para ti.

—No me amenaces, —se atragantó.

—Fuera de. Aquí, —le espetó él, liberándola.

Ella cayó al piso y echó a correr hacia las escaleras, mirándolo con odio fijamente. —Hazte un favor y no llegues a mi lado malo.

—Demonios, —maldijo mientras ella cerró de un golpe la puerta detrás a sus espaldas. Luego, dándose cuenta que aún estaba congelada por el golpe, regresó hacía mi. —¿Te encuentras bien?



—¡No! —grité, dejándolo acompañarme a la pila de mantas de mi suelo—. Solo pensé en preguntar.

Se arrodilló a mi lado y enderezó mi pierna, agarrando el borde de la cuchilla con sus fuertes dedos.

—Uno, dos…

—¡Ouch! —le grité mientras sacaba el metal de mi carne—. Ni siquiera dijiste tres.

—Tres es para cobardes.

Rodo suavemente el algodón suelto de los pantalones de mi pijama para examinar el corte.

—¿Quiénes son ustedes?

—Bueno, aparentemente ella es una rabiosa lunática, —dijo él con una sonrisa—. Y yo solo soy el chico que trata de mantenerte a salvo.

Después de mirar cuidadosamente al corte, William tomó el cuchillo de Kara y deslizó el filo contra la yema de su dedo pulgar, cortando lo suficientemente profundo para extraer sangre.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunté, asombrada.

—Siempre con preguntas, —respondió, sacudiendo su cabeza—. Solo sosten tus caballos, Ellie.

Se movió a presionar su pulgar contra el corte de mi pierna, y casi lo detuve, pero él no lo hizo. Él sabía. De alguna manera él sabía que eso me curaría.

—¿Cómo lo sabes? — susurré la pregunta en secreto.

Cuando levantó el pulgar, ambos cortes se habían ido. Se limpió la sangre fresca con su camisa, y se quedó mirando la impecable piel.

—Sé lo que todo Descendiente sabe, —respondió—. Que hay una niña, la última sanadora, quien se ha estado ocultando. La que hemos estado esperando. La única que cambiará todo.

—Pero yo soy…

—Sé que eso no tiene sentido para ti, —me interrumpió—. Hay otros, Elyse. No estás sola. Eso es lo primero que deberías saber.

Mi mente eligió la palabra que había sentido.



—¿Otros? —Él estaba en lo cierto. Yo no creía en él—. Quiero pruebas.

—Todo lo que tengo ahora mismo es una imagen que mi padre me dio, —dijo él, viniendo a sentarse a mi lado en las mantas—. La he estado llevando conmigo por si acaso. Él me dijo que tus padres tienen una igual, pero no estoy seguro de que la hayas visto. —William me entregó la foto—. Si necesitas más pruebas, estaba planeando mostrártelas, pero tenemos que esperar hasta la mañana.

No pude registrar las palabras que estaba diciendo, o tal vez solo me negué a creer en ellas. La cara de William estaba nerviosa, y él se quedo mirándome fijamente. Traté de leer la razón detrás de todo eso, intenté entender como podría ser verdad. Era tan estúpido, tan ingenuo confiar en él, confiar en alguien, pero lo hice.

Miré hacia abajo a la foto que había estado sosteniendo pero sin mirarla realmente, y para mi sorpresa, la había visto. Era en blanco y negro y vieja, justo como la que tenía en mi caja de oro, pero ésta estaba en mejores condiciones. Un grupo de personas estaban afuera contra una pared como si fueran a tomarse una foto de generación. Todos los rostros estaban sonrientes, incluyendo a mi madre y padre.

—Ahí, a un lado de tus padres, ese es mi papá, —afirmó él.

Yo no podía creerlo. Cosas como éstas no me pasaban a mí, no era posible que sucedieran, pero la evidencia de eso estaba justamente en mis manos. Me quedé sin palabras, ni pensamientos, ni reacciones, o tal vez demasiado de todo para definir una emoción claramente. Tomó más de un minuto para que mi primer pasamiento saliera a flote.

—Y tú, tú eres… ¿uno de ellos? —pregunté con tranquila esperanza. Mi piel se ruborizó caliente y roja mientras mi pulso se aceleró. Recé para que no se dé cuenta. Él me mostró su blanca y brillante sonrisa.

—¿Un Descendiente? Si, por supuesto.

De repente todas las piezas deformes de mi vida que nunca parecieron encajar en algún lugar. Eran otras. No estaba sola. Por primera vez, sentí como si nada fuera imposible, como si mi futuro podría estar lleno de todas las cosas que creí que nunca tendría.

—Un Descendiente —repetí la palabra. No me sonaba familiar. Me volví hacia él, viéndolo todo con otros ojos— ¿Cuántos años tienes?

—Trescientos dieciséis.



—¿En serio? —Le pregunté con asombro.

—No, no realmente. —Él rió para sí mismo—. Tengo noventa y dos, pero esto va a ser muy divertido.

Me dejé sonreír. No podía evitarlo. Por favor, no dejes que esto sea un sueño, pensé. Ciertamente, parecía uno. Había demasiados pensamientos corriendo por mi cabeza para procesar cualquier otra cosa más que pura alegría.

—¿A qué te referías cuando dijiste que yo era la última sanadora? ¿Tú no curas también?

—No, todos tenemos diferentes habilidades. La tuya es sanar.

—¿Habilidades? —Me burlé— ¿Qué, cómo súper poderes?

La pregunta era un chiste, pero él lo tomó más seriamente de lo que esperaba.

—Bueno, algo así. Algunas habilidades son un poco demasiado extrañas como para llamarlas súper poderes. Cada linaje familiar tiene el poder de sus ancestros, razón por la cual nos llamamos Descendientes. Mi papá dice que tú tienes el poder de tu madre, Descendiente de Asclepio, conocido como el dios de la curación.

—¿El dios de la curación? —Le pregunté con estupor. Una risa ahogada se escapó de mis labios. Esto tenía que ser una broma.

—No somos dioses, sin embargo, —añadió—. De hecho, ni ninguno de los dioses de la mitología griega. Ellos son nuestros ancestros, y eran como nosotros. Hemos estado alrededor por un tiempo. Lo siento. Estoy asumiendo que tú no sabes nada de eso, ¿Verdad?

Me eché a reír

—Tienes que estar bromeando. ¿Dioses?

—Corrección. *No* dioses.

—Correcto, —dije con las cejas levantadas—. ¿Realmente no esperas que te crea? —lo miré directamente a los ojos, llamando a su engaño, pero él solo sonrió.

—Imaginé que no lo harías. Es como tratar de decir alguien que los unicornios existen o algo así. Es difícil creer a menos que lo veas por ti mismo.



—Entonces ¿Puedes probarlo? —la foto era convincente, pero necesitaba más.

—Sí, mañana ¿De acuerdo? Me aseguraré de que tengas la lección de historia completa.

—Bueno, no puedes contarme ahora, ¿Acerca de la historia?

—¿Pensé que no me creerías?

—Bueno, digamos que hipotéticamente sí.

—Entonces, sí, *hipotéticamente*, sí me crees, yo explicaría que hemos tenido que vivir en la clandestinidad desde la exposición de nuestra raza en Grecia después de A.C. nuestros ancestros pensaron que ellos podían vivir en paz con los humanos así que intentaron integrarse…

—Espera, —interrumpí, un poco expulsada— ¿Humanos? ¿Qué estás diciendo? ¿No somos humanos?

Por la mirada en su rostro, podía decir que él realmente no consideró mi reacción al aparentemente pequeño detalle de su explicación. —Bueno, sí y no. Obviamente tenemos similitudes. En apariencia, somos los mismos, pero no, no somos humanos, somos Descendientes, somos diferentes.

Suspiré en vez de responder. No porque no le creyera, sino porque en realidad estaba empezando a asentarse en mi. Toda mi vida, nunca me había sentido normal, pero tal vez no lo era. Tal vez era normal. Simplemente nunca me sentí como un *humano* normal, porque no era uno de ellos.

—Bueno, salir de su escondite no fue muy bueno. —William continuó, hablando a través de mi pérdida de palabras—. Claramente estamos viviendo en secreto otra vez, pero ahí es de donde los mitos proceden. La gente embelleció la verdad. Nuestros ancestros dejaron que los humanos creyesen que eran dioses por sus habilidades, y eso se les fue de las manos. Hubo una guerra entre nuestra raza y los humanos, que no necesariamente perdimos, pero nos retiramos de vuelta a escondernos. Ahora, aquí estamos.

Toda su historia sonaba como algo completamente compuesto, pero no tuve la sensación de que me estaba mintiendo. No sabía que pensar. Luego estaba Kara. *Realmente tú no sabes nada ¿O sí?* sus palabras me habían estado confundiendo todo el tiempo, pero finalmente tenían sentido. Tal vez William estaba diciendo la verdad.



—¿Qué hay acerca de mi padre? —pregunté, cavando más profundo.

—Tu padre tenía el poder de Hefesto. Él podía manipular materias, metal, piedra, madera, esa clase de cosas.

—¿Cómo sabes tanto de mí y mi familia? —Pregunté, dándome cuenta que él sabía más de mis padres que yo.

—Mi papá, —respondió William—. Él era amigo de tus padres.

Miré hacia abajo a la imagen de ellos con tantos otros.

—¿Cuántos hay? —pregunté, devolviéndole la foto.

Él lo metió en su bolsillo trasero y se echó hacia atrás contra la pared. —Más de 300 familias aquí en San Francisco, pero hay muchas otras en otros lugares. Hay cinco comunidades principales en U.S. —Nueva York, Los Ángeles, Dallas, Chicago, y aquí. Claro que hay otros más pequeños en otros lugares, y siempre puedes vivir por tu cuenta si tú quieres, como lo hiciste. Vivir solo es difícil, sin embargo. No hay apoyo. No hay red de seguridad. No muchos de nosotros elegimos eso

—Yo no elegí eso, —corregí—, mis padres lo hicieron

No sabía por qué de repente me sentía tan a la defensiva y amarga por su decisión, probablemente porque no lo entendía. ¿Por qué me sacarían de esta vida y me esconderían lejos como si no existiera? Hubiera querido saber la razón. Deseaba que me hubieran contado lo que soy, que no tuviera que cavar alrededor por respuestas como un perro olfateando en un juego, en busca de los pedazos rotos y sepultados de mi vida.

—¿Sabes que es lo que nos hizo de la manera que somos? ¿Qué nos dio nuestras habilidades? —pregunté, sintiendo el lugar de mi pierna donde el corte debería estar.

—¿Qué nos hizo a cualquiera de nosotros? ¿La evolución, Dios, el big-bang? Estamos tan perdidos como todos los demás en eso.

—Pero tiene que haber algo de teología al menos, ¿Verdad? No puedo imaginar que los mitos sean ciertos. ¿Lo son?

—Partes de ellos lo son, pero nadie realmente sabe de dónde vienen nuestras habilidades. Hay teorías. Algunos dicen que nuestros poderes son dados por Dios, y lo asociaron a una esperanza de vida de 500 años con la Biblia, porque la gente vivía cientos de años en aquel entonces. Otros rechazan la idea porque en realidad no hay ninguna conexión. Todavía



debatimos sobre ello, pero nadie cree realmente que nuestros ancestros fueron dioses. Ellos fueron justo como nosotros.

—¿Qué crees tú?

—Trato de no pensar demasiado en cosas de las que no puedo estar seguro, solo trato de vivir en el momento.

—No tienes ni siquiera el más mínimo interés por saber de dónde venimos, ¿De saber por qué somos diferentes?

—¿Quién dice que somos diferentes? Para mí, ser un Descendiente es completamente normal. Ellos son los que son diferentes.

En realidad nunca pensé eso. Siempre había pensado en mí misma como la única, la marginada. Ahora que hay más, muchos más, tal vez no tiene sentido seguir viéndolo de esa manera.

—Así que, ¿Cuál es tu habilidad?

Él lo pensó, aparentemente inseguro si debería decírmelo.

—Persuasión.

Sonreí para mí misma recordando el intenso deseo que tenía de besarlo al final de nuestra cita. —Bueno, supongo que la manera en que actuaste anoche tiene más sentido ahora.

Él sonrió de nuevo, un poco avergonzado. —Sí, lo siento por eso. Me dejé llevar un poco

—¿Y Kara?

—Gajes del oficio, —respondió con encogimiento de hombros—. Ella me besó. Quiero decir, ella estaba en una posición dominante. No lo vi venir. No pude haberlo evitado.

Se dio cuenta cuando me miró que eso no era a lo que me refería.

—Relájate, —dije—. Entonces te besó. ¿Por qué me importaría? —Miré hacia otro lado. Si no podía ver mis ojos, tal vez no vería la mentira en ellos—. Así que, ¿Cuál es su habilidad?

Él se perdió en sus pensamientos por un momento, confundido por mi reacción.

—Ella lee las mentes, —respondió finalmente—. También es una súper máquina altamente capacitada para matar, pero eso no es realmente



una habilidad, más como una destreza que fue desarrollando a lo largo de los años.

—Entonces estás diciendo que mi joyero no podría haber sido muy efectivo —dije, poniendo mi inútil arma delante de mí.

—Eso era lo mejor que podías hacer, ¿eh? —preguntó William—. ¿Tu plan era matarla con tu pequeña caja de metal?

—Sip, —respondí, sin preocuparme de lo que ya había pasado. Tenía preguntas—. ¿Por qué quiere matarme?

—Ella no quiere matarte, —dijo sacudiendo su cabeza—. Es complicado. Ella no está de nuestro lado.

—Entonces, ¿Qué quiere de mi?

—Creo que en el fondo ella quiere que la profecía sea verdad. Quiere libertad.

—¿Cuál es la profecía?

Me miró con empatía.

—Deberías dormir un poco, — dijo en lugar de responder la pregunta. No lo acepté—. Tienes que decirme. Dijiste que las personas han estado esperando por mí, para cambiar las cosas.

—Lo han estado.

—Bueno, quiero saber.

—Por supuesto que sí, pero no puedo contarte todo de una vez. —Se puso de pie, estirando sus brazos encima de su cabeza antes de volver a mirarme a la cara—. Hay mucho que no entenderías.

Él tomó mis dos manos, encendiendo un calor sutil en la punta de sus dedos, y me levantó sobre mis pies.

—¿Y qué con las manos calientes?

—Mañana.

Me acompañó a mi habitación y me vio tirar las cubiertas a mi alrededor.

—¿Qué estabas haciendo aquí? —pregunté, esperando tener siquiera la más mínima respuesta de él.



—Estaba pasando la noche en la escalera de incendios, esperando a Kara. —Sacudió su cabeza enojado por el pensamiento de ella—. Sabía que iba a venir.

—¿No necesitas dormir?

—Voy a quedar dormido en el sofá con tu mantita. Si estás de acuerdo, —respondió.

Asentí.

—Sólo me hace sentir mejor si estoy cerca.

—A mí también.

6

Traducido por Zulex
Corregido por Caroliberta

—Despierta, deja de dormir, —dijo William con un codazo—. Tenemos clase.

—¿Eh?— mi voz gruñó con sueño.

William rió claramente divertido. —¡Hey! —Debí haberme dormido de nuevo.

—Despierta.

Me senté en la cama en posición vertical, al darme cuenta de que William estaba aquí, todo debió de ser verdad. Yo no lo había soñado.

—¿Clase? —pregunté frotándome los ojos.

—Si. Vístete te voy a llevar al instituto.

—¿Qué es el instituto?

—Es donde voy a la escuela.

Como los detalles de la noche anterior comenzaron a llegar de nuevo a mí, un sentido de anticipación me hizo despertarme bien—. ¿Hay otras personas ahí?

—¿Descendientes? Sí, esa es la idea.

No tenía ni idea de que era eso de las clases o el instituto, pero yo quería saber más. Cuando me puse un Levi y un top azul, me di cuenta de que, aunque no todo estaba claro para mí, la única cosa que había importado nunca estuvo tan estrechamente a mi alcance. Si había otros, el amor era una posibilidad, y a pesar de mis inseguridades traté de convencerme por lo demás. La verdad es que por primera vez estaba a mi favor. Me sonreí a mi misma en el espejo del baño, no pude contener mi alegría.

El camino hacia el instituto no fue nada como lo esperaba. No hubo un campus elaborado o un camino secreto que condujera a algún lugar misterioso aislado. De hecho, fue todo lo contrario, William nos llevó directamente al corazón de la ciudad de San Francisco. Yo debería haber



sabido que la bulliciosa ciudad llena de gente sería el mejor lugar para ocultar una organización de este tipo. Una sonrisa de lado se instaló en su mejilla al ver mis curiosos ojos tratando de entender donde podría estar este lugar.

—¿Qué? —finalmente le pregunté. Un poco avergonzada por su excesivo interés en mí.

—Nada sólo que eres… divertida de ver.

Las esquinas de mi boca dieron el esbozo de una sonrisa—. ¿Por qué?

—Es como si estuvieras tratando de encontrar el Monte Olimpo por la ventana o algo así. Es lindo.

—Bueno, no lo sé, —dije riéndome de mi misma—. No tengo ni idea de que esperar.

—¿Qué estás imaginando? —sus ojos se quedaron adelante en el camino, mientras esperaba mi respuesta.

—¿Honestamente? No puedo dejar de imaginarme gente caminando por ahí vestidos con togas y bandas para la cabeza con olivo. —Sonreí, sabiendo que el pensamiento era completamente ridículo, pero era lo que mi mente había conjurado.

El estalló en una carcajada. —Estás bromeando ¿Verdad?

—Tú lo pediste.

—Estás lejos, —dijo, todavía riendo para sus adentros—. Ni siquiera cerca.

Nos detuvimos en la unidad de una estructura de aparcamiento subterráneo cerrado, William se detuvo e introdujo su tarjeta de acceso. El instituto no era más que un edificio con oficinas indistintas. Nada llamaba la atención sobre él. No había números, ni signos, nada sospechoso en absoluto, era lo suficientemente alto como para mezclarse, pero no lo sufrientemente alto como para destacar. Las paredes exteriores grises no eran ni nuevas ni viejas, y las ventanas que se encontraban encima eran brillantes y claras las de la primera planta, estaban tintadas de oscuro, como si esa parte del edificio estuviera durmiendo. Nunca en un millón de años me hubiera imaginado que era un centro para personas con poderes.

Aparcamos cerca del ascensor y nos llevó a la primera planta, cuando las puertas se abrieron, yo estaba confundida repentinamente. Esperaba



algo inusual, pero lo que vi no era sin duda ninguna escuela de cualquier tipo, pero no había nada extraño en el lugar tampoco.

El interior de edificio no era nada como el exterior suave. Los suelos eran de un color mármol blanco brillante, el sonido se reflejaba en el suelo como un tambor, mientras tacones afilados hacían clik-clak resonando en toda la superficie. Directamente sobre el suelo virgen, el techo era tan notable, decorado con escenas elaboradas de famosos mitos griegos. Ya sea por su propia cuenta o como parte de una imagen de colaboración, casi todas las figuras estaban representadas. Las pinturas cubrían toda la superficie con colores explosivos y la técnica, me recordó a la capilla Sixtina. Arañas de cristal colgaban dramáticas en las cuatro esquinas de la habitación alrededor de una más grandiosa que se hundía en el punto más bajo y brillaba como el sol. Un borde de oro con formas de corona conectaba el extravagante techo a las paredes lisas.

—¿Qué es este lugar?— susurré. Era lo suficientemente ruidoso como para hablar en voz alta, pero me sentí intimidada por el ambiente de negocios. Estaba concurrido con gente. Los hombres de traje y corbata y las mujeres en faldas y tacones se entrecruzaban a través de las palabras, una intersección de varias personas que se ocupaban del día a día.

—Es la sede de San Francisco de *Asuntos de Descendientes*,— dijo en un volumen normal.

—Pensé que esto era el instituto.

—Eso está en el piso de arriba, pero tenemos que conseguir un registro por tu primera vez.

Mis oídos se agudizaron. —¿Registro para qué? —Betsy y yo habíamos pasado años asegurándonos de quedarnos anónimas. El registro para algo no estaba bien en mi mente.

—Para las clases.

—No sé si me sienta cómoda con eso. —La gente se precipitó junto a nosotros, irritada de que estuviéramos de pie en su camino.

—Confía en mí. Yo tampoco me sentía cómodo —fue empático—. Pero mi papá dijo que era necesario. Éstas son tus personas, Elyse. Ha llegado el momento de que tú puedas ser parte de esto.



No tardo mucho para convencerme. Las cosas aquí eran diferentes, se trataba de mi misma clase, y no tenía que preocuparme por ocultar quien era o exponerme. Estábamos todos en el mismo barco.

—Muy bien, —dije con una sonrisa ansiosa.

Caminamos hacia la recepción esquivando las corrientes de gente que se acercaban y tomamos nuestro lugar en la línea con el resto de los ciudadanos vestidos de manera informal.

—Hola, señora, ¿En qué puedo ayudarle? —La joven secretaria le preguntó a la anciana que se encontraba en la parte delantera de la línea. Su cabello de color rojo natural, recogido en un moño que me recordó a la década de 1930. Sus facciones, suaves y rosas, reaccionando con calma al tono agresivo de la señora a la que estaba ayudando.

—Me presenté por una prorroga de vencimiento en la residencia de mi comunidad hace una semana. —La voz nasal de la anciana estaba molesta y preocupada—. Se vence hoy y no he recibido respuesta.

—Está bien, señora. Si usted va a través de esa puerta de la derecha puede hablar con alguien de procedimientos.

—¿Así que esperé en esta línea para nada? —la mujer escupió.

—Voy a hacerles saber que está en camino, —dijo la recepcionista, imperturbable. Cuando la mujer caminó lejos, vi su cuerpo envejecido con furia. Me di cuenta de que ella debía tener alrededor de 400 años de edad. Pensé un poco acerca de lo que esa mujer había pasado. Muchos años de vida obligaban a alguien a ser un poco gruñón.

—¿Cómo puedo ayudarle, señor? —Su voz estaba ahora más cerca a medida que avanzábamos a través de la línea.

—Si. Tengo mi notificación para la renovación de la identificación. Sólo lo estoy comprobando, —dijo el hombre frente a nosotros, él se veía alrededor de cuarenta años, lo que lo convertía en 200 años de edad más o menos. Tenía el pelo como la sal y pimienta negra, y todo en él parecía tan normal. Fue entonces cuando me di cuenta de que todo el mundo aquí era un poco demasiado normal. ¿Dónde estaban todas las personas con los poderes locos que se suponen que tenían? Todo era demasiado aburrido para una comunidad de descendientes mitológicos.

—¿Por qué no hay nadie aquí usando sus poderes? —le pregunté a William.



—Oh, están prohibidos en este piso. Sólo por precaución.

—¿Qué pasa con las otras plantas? ¿Por qué no toman precauciones ahí?

—Bueno, necesitas una tarjeta de identificación para acceder a los ascensores, así que es bastante seguro.

De repente no había nadie delante de nosotros, y éramos los siguientes.

—Hola, —solté, pero no estaba segura de lo que implicaba el registro, así que dejé a William continuar.

—Estamos aquí para obtener su certificado. Ella es nueva en la comunidad, —él explicó.

—¿Nombre? —noté que ella se lo preguntó a él y no a mí.

—Elyse Adler, —aclaré marcando un punto al contestar.

Mientras ella escribía mi nombre, yo casi esperaba un equipo de rechazo en la entrada, tirando campanas y silbatos declarándome impostora. En cambio ella respondió: —Aquí vamos... parece que la mayoría de la información ya ha sido introducida. Permítanme solamente que imprima su tarjeta de identificación, —habló para mi, observando a William, por supuesto. Yo comprendía su deseo de dirigirse a él, ésta era la excusa perfecta para admirar su alucinante buena apariencia, esto todavía me molestaba.

—¿Enserio? —pregunté confundida—. Yo no recuerdo haber llenado nada ¿Cómo puede estar segura de que es mi archivo?

Ella arqueo las cejas ante mi pregunta aparentemente ridícula.

—La imagen, —dijo, volviendo a la pantalla para mostrar todo mi perfil. Efectivamente la foto de mi más reciente licencia de conducir me devolvió la mirada desde su monitor.

—También nos gustaría que participara en la escuela, —añadió William.

—Ciertamente, —revoloteó.

Rodé los ojos, lo que lo hizo reír un poco en voz baja. Él era amable, pero no coqueteaba mientras se concluyó la transacción.

—¿Jamás te cansas? —pregunté, un poco molesta a medida que nos dirigíamos al ascensor interno.



—¿Qué? —preguntó, obviamente jugando al tonto.

—Oh, vamos. De tener las mujeres babeando por ti de esa manera.

Fingió que pensaba en ello por un segundo. —No, nunca, —bromeó—. ¿Por qué? ¿Estás celosa?

Sólo tomó un minuto antes de que lo decidiera. —Tal vez, —dije.

Él se rió, claramente pensando que era absurdo. —Lo estás.

Me entregó mi nueva identificación, no más compleja que una sencilla tarjeta de la biblioteca, y me agarró la mano libre al llegar a los ascensores. Aunque fui muy consciente de la cálida piel de la palma de William, observé como cada persona escaneaba su tarjeta al entrar e hice lo mismo. Me pregunté qué pasaría si ingresas sin una tarjeta, pero dejé que el pensamiento se alejara, ya que William me dio una mirada emocionada. Nos montamos en el ascensor como se indica, deteniéndose cada pocos pisos para dejar salir pequeños grupos de personas bien vestidas.

Cuando finalmente llegamos a la última planta, yo no sabía que esperar, y cuando las puertas se abrieron me quede estupefacta ante la visualización de la actividad humana. Nos quedamos fuera en el medio del pasillo, los estudiantes estaban haciendo su camino a la clase. Ninguno de ellos parecía darse cuenta de nuestra llegada. Ellos simplemente siguieron como lo harían normalmente, o como era normal para ellos. Pero no eran un grupo normal de chicos. Había un montón de estudiantes que, como nosotros, no tenían la capacidad de ver hacia el exterior, y caminaban a clase igual que nosotros, pero intercaladas entre la multitud, hubo quienes se destacaban entre ella. El más cercano transeúnte, un chico que era aparentemente débil y pequeño, llevaba a una chica en los hombros como si nada.

—No alardees, —William se burló de él.

—Estás celoso, —bromeó el chico de vuelta.

Una imagen borrosa de una joven paso por delante de nosotros a una velocidad que era incomprensible, y como un destello de luz se había ido. El muchacho que caminaba a mi lado creció dos metros en menos de un segundo, al parecer buscando a un amigo por el pasillo, antes de reducir de nuevo a su tamaño normal. A unas pocas personas por delante de



nosotros, pude ver a una niña rodeada de lo que parecía ser un campo de fuerza que mantenía a la gente a distancia.

Añadido a todo el efecto, estaba la corriente de objetos transportados por el aire que corría justo por encima del intenso tráfico del comedor, como un río en movimiento de escombros. Sillas de escritorio, papel, libros dispersos, pares de computadora, mochilas, un teléfono celular, estaban flotando por encima de nuestras cabezas con una serie de otros elementos a su camino a alguna parte.

—¿Cómo sucede esto? —pregunté, señalando por encima de mi cabeza.

—El señor Gransky, —William sonrió a los objetos por encima de nosotros—. Él es el conserje de aquí. Hace que sea más fácil mantener el edificio completamente limpio y organizado cuando puede mover cosas con su mente. Además le hace favores a la gente también, el correo entre departamentos y esas cosas. Siempre está moviendo cosas de forma aleatoria.

—Un buen Multitarea —añadí con asombro mientras los elementos continuaban subiendo por encima de nosotros.

No había nada complicado sobre el lugar, sólo las características típicas de cualquier edificio. Blancos pisos de linóleo coloreados con manchas grises y marcas de desgaste reflejaba la luz fluorescente falsa. Las puertas y ventanas se alineaban en la única sala que parecía continuar en la esquina de cada extremo en un cuadrado.

De repente, de la nada, alguien salió delante de nosotros, casi me provoca tropezar con mis propios pies.

—Wow, —dijo William, capturándome por el brazo—. ¿Qué pasa con el ataque sorpresa, profesor?

—Lo siento, —dijo el anciano con una voz aguda y divertida—. La chica tiene que venir conmigo.

Antes de darme cuenta, el profesor me agarró de la muñeca, tirando de mí en la dirección opuesta de la gente y lejos de William. Yo no sabía qué hacer. ¿Quién era este hombre, y a donde me llevaba?

—¿William? —grité con preocupación.



—Espera, Iosif, —el gritó con una sonrisa. El profesor se detuvo, dando a William la oportunidad de alcanzarnos—. Tenemos orígenes e historia en este momento. ¿No puedes esperar para hablar con ella?

—No, cariño, tengo que hablar contigo ahora. ¿Está bien?

Para mi sorpresa, él se dirigía a mí y no a William.

—Um, supongo que sí, —dije llena de incertidumbre. Mis ojos miraron a William para escapar, pero él simplemente se divertía por la insistencia del anciano.

—Está bien, —dijo William con una mirada traviesa en los ojos—. Pero me debes una.

Me quede boquiabierta. Se suponía que él debía de sacarme de ésta, no negociar un acuerdo.

—Está bien, Está bien, — Iosif estuvo de acuerdo con impaciencia—. Un pase para el pasillo gratis, pero eso es todo.

Con una inclinación de cabeza, nos fuimos de nuevo, y William solamente saludó y sonrió, encontrando divertida mi expresión.

—¡William! —grité. ¿Qué estaba haciendo, cambiándome por un pase?

—Vas a estar bien, —gritó de nuevo— El viejo no va a morder. No a menos que luches.

La sonrisa de William nunca desapareció, y estaba segura de que duro mucho tiempo después de que lo perdí en la multitud. Me prometí a mi misma vengarme, pero ¿Qué podía haber hecho en realidad? El profesor Iosif, claramente tenía autoridad sobre él. Sin embargo, en la medida que a mí respecta, William me debía una.

7

Traducido por Maricel_redbird
Corregido por Caroliberta

El profesor era extremadamente anciano. Su pelo blanco se había reducido en la parte superior, y lo poco que le quedaba estaba ubicado a los lados de su cabeza, rizado y salvaje como una calva de un Albert Einstein. Tenía unas gafas de alambre de montura redonda y una nariz puntiaguda y torcida que ayudaba a sostenerlos en su lugar.

Su cuerpo se veía encorvado mientras caminaba por el pasillo colmado de gente, lo que lo hacía ligeramente más bajo que yo. Cuando llegamos a su oficina, cerró la puerta y sonrió ampliamente, sin miedo a mostrar su extraño y confuso desorden de dientes. Aunque parecía tan loco como se veía, su personalidad en general era amable y afable.

—Estoy tan contento de que hayas llegado finalmente. Estaba empezando a preocuparme. —Pareció encontrar sus propias palabras divertidas y se rió para sus adentros.

—Venir a dónde, ¿Al Instituto? —Le pregunté, sin saber que había estado esperándome.

—Bueno, sí.

—Yo ni siquiera sabía que existía este lugar hasta esta mañana, —respondí con honestidad.

—Eso es comprensible, —dijo mientras buscaba a tientas algo. Su oficina estaba a oscuras. La poca luz que había, provenía de los espacios existentes entre las altas torres de libros que estaban apilados contra la ventana. Había una cocina y algunos armarios a la derecha y dos estantes a la izquierda que albergaba una colección de elementos tan viejos que podrían encontrarse en un museo. Imaginaba que las antigüedades eran en realidad objetos personales que él había recolectado a lo largo de los últimos 400 años que había vivido. Su escritorio estaba completamente cubierto con periódicos, el correo abierto y documentos sin clasificar, y me preguntaba si por el aspecto del lugar, él lo consideraría como una segunda residencia.

—¿Gustarías un té? —preguntó, finalmente encontrando lo que estaba buscando.



Como no quería ser grosera, acepté y dejé que mis ojos investigaran un poco más los alrededores mientras él lo preparaba.

—¿Por qué no estás haciéndome preguntas? —Colocó la taza de té delante de mí y se sentó detrás de su escritorio—. Yo sé que tienes muchas para hacer

—Oh, —le contesté. Yo sí tenía un montón de preguntas. Pero no estaba acostumbrada a que hubiese alguien dispuesto a responderlas.

—Vamos a empezar con tu habilidad, —insistió más allá de mi falta de respuesta. Sus cejas se arquearon reflejando curiosidad.

—Estás familiarizada con el proceso.

Devolví su mirada calculadora con una exasperada.

—Bueno, sí y no. Sé que mi sangre puede curar, pero ¿Cómo funciona exactamente? —Me di cuenta que podría saber más de lo yo que pensaba.

—¿Puedo curar a cualquiera?

—Sí, en esencia, y cualquiera puede curarte. Tú eres nuestra cura como todos son la tuya. Sin embargo, hay algunos detalles que parecen no ser de tu conocimiento. Sólo la sangre de tu lado derecho es la que cura.

—¿Mi lado izquierdo no cura? —Siempre había estado demasiado asustada como para experimentar con ella. A excepción de aquella vez con Anna, William había sido el otro al que había sanado.

—Tu lado izquierdo contiene un veneno muy singular. Una pequeña cantidad sólo puede paralizar a una víctima, pero en dosis mayores, es letal.

¿Veneno? La idea hizo que mi interior se retuerza con culpa, me sentí enferma. ¿Qué hubiese pasado si la hoja de Kara me hubiese golpeado en la pierna izquierda? Habría envenenado a William.

—No tenía ni idea, —le dije con incredulidad. Pensé brevemente en el día en que Anna y yo habíamos intercambiado sangre, y lo afortunadas que habíamos sido de que haya agarrado mi mano que sana y no la venenosa.

—¿Asumo que el veneno tiene el mismo efecto en... los seres humanos? —Se sentía extraño pensar en Anna como ser humano, como si yo no fuese de la misma especie. ¿Éramos realmente tan diferentes?

Su rostro reflejó una cierta incomodidad. —No se nos permite utilizar nuestras habilidades en los seres humanos, Elyse, pero sí. Básicamente tu sangre los puede sanar o herir por igual. —Me tomó un tiempo en registrar la primera parte de lo que había dicho—. ¿Por qué no se nos permite

sanar a un ser humano?, —Le pregunté, preocupada por el hecho de que ya lo había hecho—. Es la ley. Una ley muy estricta.

Decidí mantener el secreto para mí misma, sólo por si acaso.

—Lo siento, —dije—. No me crié en una comunidad. Mis padres ocultaron todo esto de mí. Ellos no me dijeron que había otros.

—Ellos hicieron lo que tenían que hacer, por el bien de nuestro mundo, por tu propio bien.

—¿Qué significa eso? —Le pregunté frustrada.

—William dijo algo acerca de que todo el mundo estaba esperando al último curandero. ¿Cómo me conocía? ¿Cómo alguno de ustedes me conoce?

—Él es ansioso, —respondió Losif con una sonrisa secreta—. Y tiene razón. Te hemos estado esperando, y es muy importante que no dejes que nadie sepa quién eres en realidad. Nadie lo ha descubierto aún. —Me eché a reír. —Bueno, eso será bastante fácil, ya que ni siquiera sé quién soy.

—Bueno, es tiempo de que sepas. Te he traído aquí por esa misma razón, —dijo él, irguiéndose en una postura más seria—, para revelarte la verdad acerca de nosotros y sobre ti misma. A través de los siglos, nuestra especie ha sido oprimida. Los poderes han crecido acostumbrados a la cantidad de control que mantienen. —Hablaba con ojos intensos y oídos cuidadosos.

—Antes de que nacieras, mi esposa tuvo una visión de uno que pondría fin a esta situación, cuyo destino estaba tan profundamente entrelazado con el futuro, que debía ser protegido. Esa noche, se buscó a los padres que traerían a este niño, aún por nacer, al mundo y se les dijo que tendrían que vivir fuera de las comunidades y mantener a su hijo en la oscuridad acerca de quién era realmente. Ese niño eres tú, y ahora el momento, ha llegado.

—No lo entiendo. ¿Ha llegado el momento de qué?

—Para que tú puedas cumplir con la profecía, dirigir la guerra, líbranos del enemigo, —dijo, gesticulando con los brazos con entusiasmo, mientras exclamaba.

Una explosión de carcajadas incontrolables salieron rodando fuera de mí. Fue la única reacción que pude procesar. —No puede hablar en serio. —Incluso a través de mi risa, su expresión no vaciló.

—En realidad sí, lo estoy.



—No quiero ser grosera, —le dije con franqueza—. Pero esa es la cosa más ridícula que he oído.

Había un millón de posibilidades a uno de que yo fuese esta gran salvadora de la profecía. Yo sabía eso a ciencia cierta. No había manera de que alguien tan joven y emocionalmente inestable como yo, pudiera tener un impacto de tal magnitud.

—Tú no tienes que aceptar la profecía para que sea verdad.

—No puede realmente creer que yo vaya a salvar a su mundo.

—Es inevitable.

—Tal vez para alguien más, —no estaba de acuerdo con él—. Yo no sé nada
acerca de... nada. No se absolutamente nada acerca de su mundo. Usted tiene a la chica equivocada, profesor.

—Yo te aseguro que no.

Miré sus locos ojos azules que parecían haberse desvanecido con la edad. Eran honestos, creyentes, sinceros, y eso me asustó. —Yo ni siquiera sabía lo que debía hacer. Además, no tengo nada en contra... de quien quiera que sea que sienta que es su enemigo.

—El Consejo, —respondió— y lo harás.

¿Cómo podría tomar a este loco hombre en serio? Había perdido, obviamente su sentido de la realidad hace varios años. —Mire, tengo que ir a clase, —dije, tratando de buscar una salida. Me levanté y me dirigí hacia la puerta sin estar debidamente excusada—. Fue... un placer hablar con usted. —¿Qué otra cosa podía decir?

—Recuerda lo que te dije, —continuó, hablando conmigo a través de su puerta abierta mientras me escabullía lejos—. Tu destino te encontrará. Ah, y Orígenes es en salón 22A.

No miré hacia atrás, mientras corría por el pasillo vacío y cuando encontré la puerta correcta, dejé que mis hombros se relajaran un poco, tratando de olvidar la conversación que acababa de soportar.

Entré en el salón de clases con más de treinta minutos de retraso y justo en medio de una conferencia.

—...tenemos que ser responsables. Las decisiones que tomamos no sólo nos afectan a nosotros mismos. — A pesar de mi tardanza, el profesor me dio una mirada de agradable sorpresa. La extraña atención me hizo retorcer de vergüenza, por lo que traté de evitar mirarlo directamente a los ojos. Por suerte, William estaba sentado en la parte trasera cerca de un asiento vacío y me zambullí en él, desesperada, tratando de evitar las



miradas curiosas. En la pizarra había un nombre escrito en una elegante letra cursiva, Dr. Nickel. Él era un hombre alto, guapo, con un corte de cabello limpio, su color de pelo era gris y una contextura física fuerte para su edad.

Su sonrisa carismática alcanzó la parte posterior del salón de clases, expresando claramente su amor por la enseñanza, y lo reconocí de inmediato.

Yo sabía que lo había visto antes, pero no sabía dónde. —Tenemos un nuevo estudiante, —el profesor anunció, haciendo que toda la clase se volviera hacia mí. Yo levanté la mano, saludando al grupo, pero no pude encontrar palabras que decir—. Yo sé que todos estamos familiarizados con nuestra ascendencia, pero me gustaría hacer una rápida visión general sólo para poner a Elyse al día con las clases.

Haa... aparentemente me conocía muy bien. Los estudiantes desviaron su atención hacia el Dr. Nickel, y me dejé caer aún más bajo en la silla. —¿Cuál es su primera impresión de la palabra mito? ¿Alguien? ¿La primera palabra que se les viene a la mente?

—Leyenda.

—Imaginario.

—Una historia.

—Sí, una historia, —dijo el Dr. Nickel través de una sonrisa en sus labios—. La palabra griega de la cual se deriva la palabra mitología significa en realidad 'contar historias', pero en verdad, la mitología se describe a menudo como una verdad para una cultura en particular. En el caso de la mitología griega, era cierto, muy cierto, para los seres humanos que eran conscientes de la existencia de nuestros antepasados. La mitología griega de hoy surgió de un punto particular de la historia en que nuestros antepasados fueron inconscientes acerca de las consecuencias de la interacción con la sociedad humana. La mayor parte de lo que se conoce ha sido embellecido, en su momento histórico, más allá de la realidad, pero todavía hay partes de ella que marcan los acontecimientos importantes de nuestra historia. Como todos sabemos, la guerra de Troya, está cargada historia. La guerra de Troya, hoy, se ha convertido en algo más que una interesante fábula, fue la razón de nuestra decisión de estar más aislados. La batalla era entre nosotros y los humanos, no sólo los propios seres humanos. Entonces si nuestro pueblo estaba totalmente integrado en la sociedad humana, y por muchos años vivieron en paz, ¿Qué fue lo que cambió?

En esencia, ¿qué causó la guerra que nos divide? Si tuviéramos que integrarnos ahora, ¿Qué tipo de problemas afrontaríamos? ¿Serían los mismos?

—Hostilidad humana, —gritó, un muchacho pelirrojo sonando bastante hostil el mismo.

—No necesariamente, —dijo la muchacha a su lado. Otras voces comenzaron a elevarse a través de la habitación.

—Bueno, basado en la historia de nuestro pueblo, la hostilidad humana sin duda sería un problema.

—Eso fue hace años. Los tiempos han cambiado.

—La historia se repite. No habría diferencia.

El Dr. Nickel levantó una mano, calmando a la clase.

—Bueno, vamos a analizar por qué hemos experimentado hostilidad humana durante ese periodo histórico, —dijo, tratando de enfocar la discusión.

—Hemos sido arrogantes, —respondió la otra chica. —Tratando de hacernos pasar nosotros mismos como dioses.

—Correcto, —respondió alguien más—. Así que si no nos hubiésemos presentado de tal manera, y si no hubiésemos actuado de manera superior, quizás la reacción humana hubiese sido diferente.

—¿Estás bromeando? —dijo una niña arisca con una alta cola de caballo: —Cientos de descendientes fueron asesinados en ese entonces. La gente no nos quería alrededor. Ellos se sentían amenazados. Las cosas están bien de la manera en que están.

—¿Está bien según que estándares? —repentinamente William tomó la palabra—. No pretendas que no sabes cómo es el Consejo. ¿Hablas de la hostilidad humana? ¿Qué sobre nuestra propia hostilidad hacia los seres humanos?

—Hay excelentes argumentos elaborados en ambas partes, —el Dr. Nickel Interrumpió—, y consecuencias.

Me senté en silencio durante la hora siguiente, escuchando y aprendiendo mientras el Dr. Nickel trabajaba en los pros y contras de la exposición de la raza descendiente a los seres humanos.

Pros: un mundo mejor, libertad, la capacidad de utilizar los poderes en público, la calidad de vida sería diferente, menos delincuencia, la interacción humana y la lista seguía.



Contras: la hostilidad humana, experimentos gubernamentales secretos, la persecución, otra guerra con los humanos, el Consejo a la lucha por el poder. Y nuevamente, la lista seguía.

Cuando el Dr. Nickel dio por terminada la clase, esperaba que William saliera con el resto de los estudiantes, que ahora estaban haciendo uso de sus habilidades, pero me agarró la mano y se dirigió hacia el profesor.

—Oye, papá, —dijo William, y fue ahí que me di cuenta que lo había visto en una fotografía junto a mis padres.

—Hola, Elyse, —el Dr. Nickel me saludó.

—Hola, —le contesté, ya estaba acostumbrándome a que las personas sepan mi nombre de antemano.

—¿Te estás adaptando bien?

Me eché a reír. —Lo estaba, hasta que un tipo loco me dijo que tenía que salvar al mundo.

—Sabía que te lo diría, —dijo William, un poco irritado—. ¿Dijo algo más?

—¿Algo más? ¿Qué, lo de la profecía no es locura suficiente para ti? —William lanzó una mirada secreta de su padre—. No es una locura, —respondió William.
—No debemos hablar de esto aquí, —el Dr. Nickel insistió, mirando a la puerta abierta del salón de clases.

—Ven conmigo.

Seguí a ambos a una oficina. William cerró la puerta detrás de nosotros y se sentó contra la pared mientras yo temblaba, no estaba segura de qué esperar.
—Elyse, ¿Por qué no te sientas? —Sugirió el Dr. Nickels—. Sé que esto puede ser un poco difícil de procesar.

Me senté sin decir una palabra. No era tan fácil de mandar a volar las palabras de este hombre, o tomarlas como un completo disparate.

Era elaborado, profesional, y había conocido a mis padres. —El oráculo puede ver todas las cosas que serán, pero sólo las cosas que causan un cambio profundo son prioritarias dentro de su mente, cosas que cambiaran el curso del futuro. Es un trabajo duro, saber qué va a suceder. ¿Cuándo las cosas no se desarrollan de la manera en que deberían, ves sin hacer nada las consecuencias de estos eventos desfavorables mientras se



desarrollan ante ti o tratas de intervenir y tratar de cambiar el curso de la marea? No mucho tiempo después de que fueras concebida, te vio, Elyse. Vio ¿Qué pasaría si ella no hubiese ido esa noche?

—¿Qué noche?

—La noche en que tus padres se marcharon para esconderse. ¿Por qué abandonarían a su propia gente?

Mis ojos iban y venían de uno a otro, mientras mordisqueaba mis cutículas.

—¿Qué piensas tú al respecto. ¿Por qué dejarían a su gente?

No podía dejar de mirar de uno al otro. —¿Qué es lo que estás tratando de decir? —pregunté. No había nada especial sobre mí. Estas personas claramente pensaban que yo era alguien más—. Él está diciendo que Iosif está en lo cierto—, dijo William.

Yo no sabía qué decir. ¿Qué puedes decirle a la gente que piensa que tú eres la respuesta? Yo no era quien pensaba que era, no iba a salvarlos de nadie.

—Pero, ¿Cómo sabes que tienes a la chica adecuada?

—Yo estaba allí la noche en que la profecía fue revelada, —continuó el Dr. Nickel—. Richard y Sarah no se decidían. —Los nombres de mis padres salieron de su lengua, como si lo hubiese dicho un millar de veces—. Pero no tenían otra opción. El oráculo les dijo que tu supervivencia era esencial, que cuando el tiempo llegue, nos llevarías a una nueva era de existencia, y que el corrupto Consejo llegaría a su fin. Su única opción era someterse a la clandestinidad, esconderse antes de que nacieras, antes de que tú pudieras ser registrada dentro de una comunidad. El Consejo tiene muchas capacidades y medios a su alcance, y con el correr de los años supieron acerca del significado de tu existencia. Es por eso que tus padres se marcharon, y esa es la razón por la que no sabías de donde provenías.

Mis labios estaban apretados de rabia. Necesitaba culpar a alguien por mi ignorancia. —¿Por qué no me dijiste todo esto cuando nos conocimos? —le pregunté a William con tono acusador.

—Sí como no, parece que te lo estás tomando muy bien, —respondió. —El futuro nunca es certero, Elyse, —añadió el Dr. Nickel.



—Para ser honesto, no hay garantía de que tú caminaras hacia ese futuro. Hay ciertos eventos que deben ocurrir en un determinado orden para poner las cosas en movimiento. Sin ellos, no hay profecía.

—¿Qué hechos? —Exigió William.

—No lo puedo decir, —respondió su padre con auténtico arrepentimiento en sus ojos—. Al decírtelo alteraría el curso. —William miró a su padre con recelo.

—Entonces, ¿Lo qué me estás diciendo es que todo este embrollo es un gran TAL VEZ? —pregunté.

Él asintió con la cabeza. —En cierto modo, pero tu protección fue un empujón en la dirección correcta.

—Iosif parece pensar que es inevitable.

El Dr. Nickel sonrió. —Es un poco optimista, por estar casado con el oráculo y todo eso.

Yo no lo podía creer. Toda mi vida, me habían aislado, dejado de lado, "protegido", para ser un peón en el juego de alguien más. Nunca tuve la posibilidad de elegir. Sentí la amargura de la traición cuando pensaba en mis padres. ¿Cómo podrían haberme ocultado esto toda mi vida? ¿Todos sabían acerca de esta profecía, menos yo? Los Nickel, mis padres, el mundo de los descendientes, ¿el Consejo? Una ráfaga repentina de miedo se abrió camino dentro de mi corazón. Si el Consejo era realmente tan corrupto como todos decían, y si realmente yo era su enemigo, entonces ¿mi muerte no sería la solución perfecta para ellos?

—¿Qué pasa con el Consejo? ¿Qué saben ellos? ¿Por qué no han intentado...
—Intentado qué? —preguntó William.

Los dos me miraron para responder mi pregunta.

—Matarme.
—Me pregunté eso a mí mismo, —respondió el doctor Nickel.

—Estoy seguro de que son conscientes de la profecía, pero Honestamente no estoy seguro si ya se han dado cuenta de quién eres, Elyse, pero cuando lo hagan el oráculo nos lo hará saber.

—Entonces, ¿Qué debo hacer hasta entonces? —pregunté.



—Seguir con tu rutina como de costumbre, supongo.

—¿Cómo de costumbre? —De alguna manera, eso parecía más fácil decirlo que hacerlo—. Bueno, tal vez yo no debería estar aquí, tan expuesta, —le dije con cierta incertidumbre. No quería irme, pero si todo esto era verdad, tal vez estaba destinado a una vida de fugitiva. —Obviamente, permanecer oculta...

—Tú has estado oculta durante mucho tiempo, —me interrumpió el Dr. Nickel. —Eventualmente tendrás que afrontar su futuro, es hora de dejar que la profecía se cumpla. Te necesitamos.

8

Traducido por Nanao-chan
Corregido por Caroliberta

En los siguientes días, fue fácil fingir que nada había cambiado. La negación era para mí un amigo cercano, y William era la perfecta distracción. Él se quedaba mientras me encerraba en mi apartamento, evitando el Instituto con la excusa de que tenía una entrega de muebles. En el tercer día sin poner un pie fuera, él decidió tomar cartas en el asunto con sus propias manos.

—Se acabó, —anunció desde mi sofá morado nuevo.

—¿Qué? —respondí desde el suelo. Había estado tumbada sobre mi espalda mirando fijamente las aspas del ventilador que daban vueltas.

—Tenemos que salir de aquí. Mírate.

Subí la cabeza con calma, mirándole, y entonces volví a dejarla caer sobre la alfombra.

—¿No puede una chica solamente estar tirada en el suelo si le gusta?

—Eres tan melodramática, —dijo él, saltando fuera del sofá—. Levanta.

Suspiré y me obligué a sentarme. —Es demasiado tarde como para ir a cualquier lado.

—Sí, para una ancianita.

Rehusé a echarme atrás. —Ochenta y nueve *es* ser vieja, —discutí.

Entrecerró sus poderosos ojos verdes. —No hagas que te persuada. Lo haré. —Me tomó el pelo.

Sonreí. Era difícil decirle que no. —Vale. ¿Dónde quieres ir?

—Quiero presentarte a mis amigos.

Amigos. La idea acababa de pasar por mi mente, y ya me sentía nerviosa y excitada. Podría tener amigos como yo. —Está bien, —le di la razón, levantándome.

***



Cuando el océano entró en el campo de visión, tan cerca que podía ver las olas superficiales rompiendo en la orilla, me di cuenta de por qué William me había dicho que me vistiera para estar caliente.

—¿La playa? —pregunté, sorprendida de que algo aplacara la ansiedad que sentía. No tenía mucha experiencia en conocer a gente nueva.

—Sí, está abierta y desierta por la noche, así que todo el mundo puede usar sus poderes aquí.

—¿No estás preocupado de que esté demasiado expuesto?

—Nics cuida de eso, —dijo naturalmente— ¿Preparada?

—Sí, —dije, comenzando a mordisquear la piel alrededor de mis uñas.

William me ayudó a ponerme el abrigo, y salimos a la arena. La luz plateada brillaba en la profundamente azul superficie del agua en calma, pero el brillo era pálido en comparación con el brillo en los ojos de William.

—No estés nerviosa—, dijo sintiendo mi ansiedad. —No tienes nada de qué preocuparte.

—Lo sé. Simplemente no he tenido que ser sociable en un tiempo.

Se paró y se colocó frente a mí, tomando mis manos y entrelazando nuestros dedos, algo a lo que aún no estaba acostumbrada. El suave calor que creció entre nuestras palmas se sintió bien en el frío. Con tantas cosas en mi mente, casi lo olvido.

—¿Por qué nuestras manos se calientan de esta forma? —pregunté. —¿Les pasa a todos los Descendientes?

—No, sólo a nosotros. —Su cara se ruborizó bajo la suave luz del cielo nocturno como si algo fuera de este mundo que hubiera sido esculpido por la mano de la perfección. Sus rasgos se veían intensos y magníficos contra su resplandeciente piel. Sus labios, de un brillante rojo sangre, atraparon mi mirada mientras ellos se estabilizaban en la hipnotizadora sonrisa que siempre hacía mi estómago diera brincos.

—Así que, ¿qué significa eso?

—Obviamente significa que te pongo caliente.

—Vamos, en serio, —inquirí.

—¿Qué? ¿No es así?



—¿En serio?

—Te lo dije. Eso nos protege. Mientras nos toquemos, nuestras habilidades se magnifican. Somos más fuertes cuando estamos juntos.

Caminamos por la larga orilla de la playa, tomándonos nuestro tiempo para llegar a donde quiera que fuese el misterioso lugar de la reunión. Caminaba con cautela, lanzando pullas a la marea permaneciendo simplemente fuera del alcance de las sigilosas olas. William caminaba un poco adelantado, pateando y salpicando por el agua.

—Vamos, Elyse, vive un poco, —se mofó.

Sonreí por su comportamiento varonil. Estaba feliz de que pudiese ser el mismo a mi alrededor, y de que se sintiera lo suficientemente a gusto como para ser tan salvaje como le diera la gana.

—No quiero mojarme, —expliqué.

Meneó su cabeza. —Mala excusa.

—¿Y cómo es qué es una mala excusa?

—¿A quién le importa si te mojas? —preguntó socarronamente.

—Ehm, pues a mí. No quiero sentir frío.

—¿Y qué si sientes frío?

—Bueno, no es muy agradable, —dije, pensando que habría cerrado la discusión.

Se rió a carcajadas, gravemente y desde el corazón.

—¿Así que vas simplemente a vivir en tu pequeña concha porque es cómoda? — Se volvió para encarar el mar abierto haciendo el gesto de respirar profundamente—. Piensa en toda la diversión que te perderás. Tienes que salir de la caja y aprender a *amar* el frío. Quiero decir si tú...— pero antes de que acabara la frase, me agaché y le lancé con las manos un buen chorro de agua helada a su espalda.

Se congeló. Inmediatamente me preocupé de que se hubiese enfadado, que me había pasado y arruinado la noche. Cuando finalmente se dio la vuelta, su expresión era ilegible y no sabía que pensar.

—Vale, eso es, —dijo él, con una siniestra mueca apareciendo en su cara. Desde fuera de algún sitio brincó hacia mí, y dejé salir un grito instintivo mientras intentaba cogerme en la abandonada orilla. Corrí



descuidadamente por el agua, salpicando mis húmedos pies y los vaqueros. La risa de William estaba cerca detrás mío mientras salpicaba en mi dirección.

Me sentí libre, como una niña pequeña de nuevo, rompiendo las reglas no dichas de la edad adulta, y las risotadas salían de mí incontrolablemente. Este abandono me dio coraje, y me volví para encarar a mi perseguidor. Asumí una posición agachada y él hizo gestos como si fuera una pelea.

—Vas a cogerlo, —me amenazó con una magnífica sonrisa.

—Ya lo veremos, —devolví, y el frenesí de salpicaduras comenzó.

Cuando nuestras risas contagiosas se volvieron demasiadas, caímos en la arena y nos despatarramos boca arriba. Nuestros cuerpos estaban drenados y cansados mientras respirábamos pesadamente.

—¿Estás fría? —preguntó entre respiraciones.

—Sí, —admití.

—¿Valió la pena?

Sonreí. —Definitivamente. —El frío se me había metido hasta los huesos y me hacía temblar, pero me daba igual. William tenía razón. La vida era mejor cuando vivía fuera de mi zona confortable.

—¿Aún quieres encontrarte con todo el mundo? —preguntó, volviéndose en el suelo para encararme. Su pelo mojado estaba oscuro y pegado a su cabeza.

—Seguro, vamos, —dije con un nuevo sentimiento de atrevimiento.

—Vale, están justo ahí arriba andando por la playa. No serás capaz de verles hasta que pasemos a través del escudo de Nics, —dijo levantándose.

—¿Su escudo? —pregunté mientras me ayudaba a levantarme del suelo con una fuerza impresionante—. ¿Cuál es exactamente su habilidad?

—Ella es descendiente de Nyx, la diosa de la oscuridad o la noche. Realmente su poder tiene más que ver con la manipulación de la luz, que crea a veces una ilusión de oscuridad. Ahí es de donde viene el malentendido. Es realmente útil cuando queremos salir por ahí.



—Interesante, —dije, dándole vueltas a las implicaciones—. Vale, vámonos.

—También, deberías saber, —advirtió—. Es un poco extraño pasarlo. El escudo, me refiero. Crea un muro extrayéndolo de la luz, y la oscuridad puede ser un poco desorientadora si no te lo esperas.

—¿No es un muro negro de alguna forma obvio para la gente de la que queremos escondernos?

—Bueno, es invisible hasta que la pasas.

—Entonces, ¿cómo es un escudo si podemos ver a través de él? —pregunté confusa.

Él rió por mi persistente interés, pero contestó a mi pregunta.

—Puedes ver lo que Nics quiere que veas. Ella le dice a la luz qué reflejar a través del escudo, y lo que no quiere que los demás vean, como nosotros, ella le dice a la luz que no lo refleje.

—Suena como si fuera una habilidad complicada.

Él sonrió. —Sí, pero no para ella.

Mientras nos acercábamos al lugar invisible que buscábamos, podía oír voces en la distancia, una mezcla de risas y discursos en voz baja.

—Así que, ¿no es a prueba de sonido, entonces? —dije cayendo en la cuenta.

—No, —contestó—, pero estamos muy lejos, nadie viene aquí.

—Están allí, —oí una voz invisible de chica mientras tropezaba con la oscuridad. Inhalé repentinamente por lo abrupto de la oscuridad.

—¿Estás bien? —preguntó William cerca mío. No podía ver nada excepto el vacío negro y sólido, incluso no podía verme a mí misma.

—Creo que sí, —contesté.

—Simplemente sigue andando recto. Aquí. —Sentí su mano buscando, y la dejé encontrar la mía.

—Vale, ¿cuán lejos está? —me pregunté en voz alta.

—No mucho, unos veinte pies.

Caminé despacio y con cuidado, intentando no tropezar sobre la arena. Mis ojos estaban cerrados mientras dejaba mi concentracion ir a la deriva



al calor de William y su mano llena de arena en vez de al negro abismo enfrente de mí. Cuando alcanzamos el filo del muro, mis ojos aún estaba fuertemente apretados, y la voz de William era la única indicación de que se había terminado.

—Okey, Elyse, —se rió—. Abre los ojos.

Mientras lo hacía, una chica vino a saludarnos. Su sonrisa blanca era brillante contra su piel oscura como el café. Era hermosa, con un cuerpo en forma y rastas hasta los hombros que se veían bien en ella.

—Hola, —dijo agitando la mano—. Soy Nicole, pero todo el mundo me llama Nics. —Su expresión se volvió repentinamente curiosa— ¿Qué ha pasado?

William y yo nos miramos buscando la respuesta a la aleatoria pregunta.

—¿Se cayeron?— supuso, riéndose de nosotros.

—Oh, —dijo William mientras se daba cuenta de que estábamos empapados y cubiertos de arena—. No, simplemente estábamos... ella empezó.

—Hey, —dijo un chico alto y guapo acercándose. Su pelo corto y rubio estaba revuelto y su cara expresiva mostraba una gran sonrisa.

—¿Sam? —pregunté, recordándole como el único que hacía inventario en la tienda de café.

—Sí, —dijo él, extendiendo la mano para estrechar la mía, con su cara llena de energía y excitación—. Encantado finalmente de conocerte, Elyse.

Me sonrojé un poco cuando dijo mi nombre, preguntándome si William le había hablado de mí.

—Igualmente, —añadí.

Pude ver otras dos figuras que permanecían cerca la una de la otra en el resplandor naranja de una hoguera lejana que había estado ardiendo salvajemente en un segundo plano. Me pregunté por qué no habían venido a encontrarse con nosotros, pero antes de que pudiera preguntarlo, los dos se elevaron del suelo, flotando en medio del aire. En el tiempo de un pestañeo, la chica desapareció, reduciéndose a una oleada multicolor de luz brillante que revoloteaba como un colibrí en movimientos circulares alrededor del chico, como un arcoíris en movimiento. A pesar de



sus mejores esfuerzos por coger la brillante luz en sus manos, ella continuó estando justo fuera de su alcance. Mientras ella se alejaba de él, él despegó del suelo elevándose para cazarla, los dos volando en formación en espiral hacia nosotros.

—Ahora puedes ver por qué necesitamos el escudo— dijo William. Estaba contenta de saber que no era la única miraba a la pareja descaradamente.

Mientras el arcoíris se acercaba, ella volvió a su forma corporal para aterrizar. Los rizos de su pelo rubio desordenado por el viento caían sobre sus hombros. Tenía un cuerpo pequeño y voluptuoso que era más grueso que el mío, pero las curvas eran sexys y le añadían una belleza clásica. El chico, que descendió despacio a su lado, tenía una capa de pelo negro afeitado casi hasta deaparecer y un cuerpo corto y robusto que se pasaba de peso sólo un poquito.

—Elyse, estos son Paul y Rachel, —los presentó William.

—Hola, —dije un poco tímida—. Perdón por mirar tan fijamente, pero no había visto nunca antes algo como eso.

—Está bien, —la cara de Rachel se iluminó mientras hablaba.

—Vengan al fuego, deben de estar congelándose. —Ella nos dio una mirada interesada, obviamente preguntándose por qué estábamos mojados, antes de agarrar mi brazo e ir hacia delante. Paul se mantuvo de pie, caminando a mi otro lado mientras William, Nics y Sam nos seguían de cerca.

—¿De qué linaje eres? —preguntó Paul mientras andábamos. La pregunta pareció tan natural para él mientras me preguntaba a lo que me dedicaba.

—¿Linaje? —pregunté, honestamente sin entenderle.

Él le dio a William un rápido vistazo mientras se daba cuenta de que no sabía mucho acerca de lo que era.

—¿De quién eres descendiente? —clarificó William.

—Ah. De Asclepius—, me volví, esperando que fuese la respuesta que buscaba. Sonó tan extraño afirmar que estabas emparentada con un dios griego... También esperaba que él se riese de mí.



—¿No es de curación? —pensó sobre ello un segundo—. Pienso que es realmente raro.

Rachel miró a Paul. —Sí, proféticamente raro.

—Oh, vamos, —interrumpió William, dándome una mirada—. Toda esta cosa de la curación es sólo un rumor.

Repentinamente recordé lo que Iosif había dicho sobre no dejar saber a nadie quién era.

—¿Cuál es tu habilidad, Paul? —pregunté rápidamente, intentando quitar la atención sobre mí.

—Soy de los Hermes, —contestó, pero aún sentía ojos curiosos sobre mí. —Es realmente corriente. Rachel tiene uno más raro. Ella es de los Iris. Ambos somos mensajeros. —Tomó asiento en la arena y estiró sus manos hacia las cálidas llamas. El calor del fuego se sentía bien contra mis ropas empapadas, así que me senté tan cerca como pude.

—Soy más rápida, —dijo Rachel con una sonrisilla.

—Debe ser duro resistirse cuando estás en público, —dije.

—Muy duro. —Ella miró a Paul, que asintió—. Por lo menos podemos volar hasta el Instituto.

—Vale, mi turno. —Oí la voz de William detrás de mí.

Me volví ansiosamente para encontrar su mirada.

—William, —dijo Rachel gimoteando—. Acabamos de conocerla. Tú puedes verla todo el tiempo.

Podía decir por su tono que era de los que hacían mohines y arruinaba las cosas, pero sus ojos de cachorrillo no perturban a William en absoluto.

—Que mal, —dijo él en el acto, y Rachel salió como un cohete por el aire, irritada e insatisfecha.

Paul rodó sus ojos y me dio una mirada de disculpa antes de que despegara detrás de la bola de luz que escapaba.

—Mucho mejor—, dijo William, sentándose a mi lado.

—¿De qué iba todo eso? —pregunté—. Creí que querías que conociese a tus amigos.

—Bien, ya los has conocido, y ahora te quiero para mí, —explicó.



Me sonrojé por sus cándidas palabras.

—¿Dónde han ido Sam y Nics?

-—Oh, ellos están peleando bajo el agua. Ellos hacen eso.

—Hey, chicos ¿queréis ayudar a Nics y a mí a construir un castillo de arena? —nos gritó Sam detrás nuestro.

—Realmente no, —contestó William.

—Yo tampoco, —confesó él—, pero ella me lo está haciendo.

—¿Cómo que te lo está haciendo? —pregunté.

—Ella dijo que extraería la luz alrededor de mi cabeza si no aceptaba. —Presionó sus dedos sobre su cabeza—. Eso es psicótico, ¿a que sí?

No pude contener la risa.

—Simplemente dale un pequeño chispazo y ella se calmará, —sugirió William.

—¿Chispazo? —pregunte—. ¿Es que puedes poner en shock a la gente o algo así?

—Ojalá, —rió Sam—. No le has contado mi pobre excusa para mi habilidad, William, ¿o qué?

—¿Puedes creerlo?— contestó él. —Nosotros tenemos realmente cosas más interesantes de las que hablar.

Sam nos ignoró y continuó. —Soy de los Dionisios, Dios del vino y el teatro. Básicamente puedo convertir cualquier líquido en vino, —dijo poniendo los ojos en blanco.

—Incluyendo el líquido de tu cuerpo, —añadió William—. Él puede hacerte un feliz borrachín, porque hace que te desmayes completamente sin la menor idea de cómo está tu cuerpo. Impresionante, ¿eh?

—Suena como una habilidad genial para mí, —dije.

—No sé. Cuando lo comparamos con esto, —señaló a la pareja voladora, revoloteando por encima de las parpadeantes llamas como algún tipo de espectáculo de luces.

—Sam, —gritó Nics desde lejos.

—Yo no tendría a Nics esperando, —advirtió William.



—Dale un pequeño chispazo como dije, y dejará que escurras el bulto.

—Sí, vale, —se mofó—. Me gustaría verte en problemas con ella. Simplemente voy a quedarme aquí. Al menos si me hace daño, Elyse puede repararla herida. —Él le dio un golpecito cariñoso a mi hombro con un falso puñetazo y se sentó a mi lado.

—No sé, —dije insegura. No era exactamente una sanadora experimentada, y la expectación me hacía tensarme— ¿Ella es violenta, o algo así?

—No, rió William. —Él está siendo ridículo, Nics es genial.

—¡Ha! —Sam claramente no estaba de acuerdo.

—¿Has oído alguna vez la frase "tercera rueda", —le lanzó la indirecta William a Sam.

—Lo siento, compañero, con tercera rueda o no, ella está loca y yo no voy a ir a ningún lado.

William me echó una mirada sutil, intentando meterme en algún secreto, antes de encontrar la mirada de su amigo con una concentración intensa. Repentinamente Sam pareció hipnotizado, con su expresión suave y embobado. El momento fue breve, pero me di cuenta de lo que intentaba hacer: influenciar a Sam con su habilidad. William rió mientras dejaba caer su mirada y terminaba la conexión.

—Vamos Will. Te dije que no hicieras eso. No puedo creer que tú...tan ridículo... —farfulló Sam mientras iba hacia Nics.

—Ésta es una forma de librarse de él, —se mofó William.

Salida desde quien sabe donde, la luz multicolor lució enfrente nuestro, y Rachel cambió a su forma física en segundos.

—Alguien viene, —advirtió. Su expresión era seria y preocupada.

—¿Cuántos? ¿Más de uno? —preguntó William inmediatamente.

—Tres chicos y una chica, —contestó Paul mientras se aproximaba con las otros dos—. Son jóvenes. Adolescentes.

—¿Qué debo hacer? —Preguntó Nics—. ¿Debería dejar caer el escudo?

—No, —insistió Sam, haciéndonos señas para que bajásemos la voz. —Si dejas caer el escudo, apareceremos de la nada ante ellos. Podrías exponer tu habilidad.



—Ellos se retrasan, —dijo William, antes de que los cuatro pararan cerca del muro negro invisible de Nics.

—Rick, —soltó una risita la chica con un rastro de advertencia en su voz.

—¿Qué? Te gusta.

—Sí, —otra burla y carcajada.

—Hey, —gritó ella mientras el tercero la acercaba, intentando besarla—. ¿Qué estás haciendo? Para, Steve, para.

—Deberíamos hacer algo, —dije, nada cómoda de verla pelear.

—No podemos, —contestó Rachel, mirando al resto del grupo.

—No debemos usar habilidades, —añadió William.

El grito desgarrador que llegó a través del escudo de Nics hizo que todo el mundo girara la cabeza al mismo tiempo. Uno de los agresores tiró a la chica al suelo. —Por favor, no hagan esto, —rogó.

—Tengo que hacer algo, dijo William, dirigiéndose hacia la pelea.

—William, —dijo Sam cogiéndole del brazo—. No puedes, Expondrás la habilidad de Nics.

La chica joven se levantó de un salto y gritó de nuevo, mientras dos de los chicos agarraban y desgarraban sus ropas.

—Tenemos que hacer *algo,* —dije muy seriamente.

Sam le dio a Nics una mirada arrepentida antes de concentrarse repentinamente en los dos hombres agresivos. Sus ojos se volvieron fijos, fuertes y afilados, como un animal cogiendo el rastro de su presa.

—Sam—, advirtió Nics.

—No me siento bien… —dijo uno de los hombres antes de caer de rodillas, con la cara primero golpeando la arena.

—Sam, no lo hagas, —demandó Nics, moviéndose hasta estar delante suya.

William la agarró. —Es demasiado tarde. —Ella peleó mientras los otros dos hombres se dejaban caer y colapsaban en un montón al lado de su víctima. La chica estaba histérica, con sus ojos llenos de lágrimas mirando alrededor con el subconsciente, pero sin ver nada. Frenética por escapar,



cogió su monedero y pateó al rubio en el estómago antes de dejar la escena rápidamente.

Cuando William dejó ir a Nics, ella cayó hacia delante empujando a Sam al suelo. —Tú, idiota, —gritó con lágrimas en los ojos—. ¿Por qué? ¿Por qué hiciste eso? ¿Y para qué? Si nos encuentran, sabes lo que harán.

Todos estábamos silenciosos con una especie de tensión llena de miedo que estaba punteada con incertidumbre. Una línea había sido cruzada, la que tenía la estampa de prohibido. Nuestros ojos no se encontraron, pero la atmósfera era gruesa de pavor. Podía sentirla.

—¿Will? —miré a Sam mientras hablaba. Sus ojos estaban bien abiertos y preocupados mientras se volvía hacia William en busca de aprobación. Ellos me llenaron de miedo. —No podía solo verla… ella no sabría nada—, balbuceó. —Estará bien, ¿cierto?

—Sí, —dijo William demasiado rápido para ser cierto—. Tu sabes…es… ella no vio nada…— Pero él había movido ficha, y estaba claro que nadie sentía certeza sobre las consecuencias.

—¿Podemos simplemente dejarlos? —preguntó Rachel a nadie en particular.

—Si, —contestó William, tomando el mando de la situación—. Tenemos que irnos. —Miró alrededor a todo el mundo y asintió de forma decisiva—. Nos encontramos en Cearno.

Todos dividimos sin una palabra, demasiado conmocionados para hablar de ello.

9

Traducido por Kar
Corregido por Caroliberta

Cearno estaba tranquilo. Sólo unos pocos clientes sorbían té y café detrás de sus libros y periódicos. Una pareja hablaba suavemente en una esquina poco iluminada, y luego estaba el mismo Cearno, limpiando tras el mostrador.

Por lo que William me dijo, Cearno nunca podría escapar de las hordas de clientes que siempre lo encontrarían. Su habilidad era demasiado agradable para guardársela para sí. Todo lo que preparaba resultaba irresistiblemente delicioso. Era un maestro del gusto. Incluso el simple té helado de granadilla que yo estaba saboreando lentamente, llenaba mi boca con tal majestuoso y picante sabor que sentía como si cada sorbo fuera una experiencia.

Paul había optado por ir con Sam y Nics, arguyendo que alguien tenía que actuar como mediador entre los dos, así que William, Rachel y yo esperamos a que aparecieran en un puesto de la esquina. Nadie dijo una palabra mientras nos sentábamos ahí, y mientras pasaba el tiempo, la tensión y el silencio nos mantenían cautivos. Finalmente tuve que romper el hielo.

—¿Van a arrestarlo? —dejé escapar. No pude contener la frustración en mi voz. ¿Por qué no estaban hablando sobre eso? ¿Si algo iba a sucederle, no había nada que pudiéramos hacer? Era como mirar rebaños de ovejas dispersarse sin rumbo, asustados del lobo, pero poniéndose más vulnerables a la caza—. ¿Qué va a suceder?

—No lo sé, —respondió William inseguro.

—Bueno, ¿cuál es la situación? —insistí. Su falta de seguridad me ponía nerviosa—. ¿Qué es lo peor que podría pasarle?

—Podrían matarlo, —respondió Rachel con disgusto—. ¿No es esa su solución para todo? —El sarcasmo era obvio cuando hablaba, incluso para su disposición pocas veces alegre, pero tenía que asegurarme de que no hablaba en serio.

—No lo matarían, ¿verdad?

—No, —respondió William en su lugar—. No lo matarían. —Pero incluso él no parecía convencido de sus propias palabras, como si fuera algo que esperara en vez de algo que supiera con seguridad.

Rachel resopló y volvió a concentrarse en su sorbete, un signo aparente de su escepticismo.



Nadie sabía en realidad lo que pasaría. ¿Matarían a alguien de su propia clase por algo tan trivial como esto? Mi corazón comenzó a saltar en incómodos patrones de nuevo.

—¿Cómo sucedió esto? —murmuré para mí misma.

—¿Qué? —preguntó Rachel, su curiosidad despertó.

—Esto, El Concejo… ¿quiénes son? Quiero decir, ¿ustedes eligen a esta gente en oficina o…?

—¿Elegir? —dijo Rachel riéndose entre dientes, quitándose su cabello dorado de los ojos.

—¿Dónde oíste eso? El Concejo está lejos de ser elegido.

—Supongo que simplemente había asumido que las comunidades eran una democracia.

Era difícil creer que un grupo de gente capaz de tales habilidades milagrosas sería alguna vez regidos contra su voluntad.

—El Concrjo ha afirmado que son los herederos legítimos por miles de años. Es como una familia real. En realidad no tienes la posibilidad de votar por ellos. Solo esperas que la siguiente generación enderece las cosas, lo que, claramente, no han hecho.

William estaba preocupado, sus ojos estaban ocupados encontrando a cada persona en la cafetería y evaluando cada uno de sus movimientos. Me pregunté si su paranoia era tan obvia para Rachel como lo era para mí.

—Chicos, no deberían hablar de esto aquí, —sus labios apretados y su ceño fruncido se sumaban a su tono serio, pero era demasiado apuesto para que tuviera algún efecto.

—¿Nadie ha tratado de destronarlos? —pregunté.

Hubo una larga pausa mientras Rachel le ofrecía a William la oportunidad de responder, pero él apartó la mirada, y ella siguió hablando de buena gana.

—Ellos son los Descendientes de la primera generación de Olímpicos —dijo Rachel, disfrutando del calor de la conversación—. No es posible.

William le lanzó una mirada fría como el hielo que decía más de lo que yo entendía. Lo tomé como una exageración, un síntoma de su preocupación.

—¿Primera generación? ¿Cómo Zeus? —insistí.

—Exacto. Hay seis de ellos, —ella hizo una pausa, reevaluándolo un poco. Hubo un breve momento en el que sus ojos volaban hacia William, encontrando la misma mirada fría de antes, sólo que esta vez me di cuenta de la vacilante



tensión entre ellos antes de que continuara—. Cinco, en realidad. Son descendientes de Zeus, Hera, Hades, Deméter, y Hestia, y sus habilidades no son nada despreciables, si sabes a lo que me refiero.

William dejó de intentar dirigir la conversación, luego de varios intentos subliminales. En cambio, escuchó mientras Rachel me explicaba las cosas, cosas de las que, como cultura, no estaban orgullosos.

Era difícil para mí, verlo preocupado. Casi podía sentir el dolor desgarrador que él sentía en el estómago, simplemente al leer las apretadas líneas en su rostro. Cuando él lucía así, me costaba concentrarme, pero yo quería saber.

—Christoph es el peor de todos ellos, —continuó—. Tiene la sangre de Zeus, así que piensa que debería ser el más poderoso. Él está más ansioso de castigar que los otros.

—Entonces, ¿qué puede hacer? ¿Lanzar rayos o qué?

—Todo eso del rayo fue una tapadera. Hay un linaje que puede manipular la electricidad, pero Zeus sólo lo usó para cubrirse. En realidad fue bastante inteligente. Lo mantuvo protegido. La habilidad del linaje de Zeus es la mejor de todas. Puede quitarte tu poder como si no fuera nada con una sola mirada o, si es a su favor, puede ampliarlo por diez.

—Aunque sólo para hombres, —corrigió William, cediendo un poco a nuestra conversación.

—Adrianna es su contraparte. Ella es de Hera, y puede hacer lo mismo pero solamente para mujeres. Es la forma que tiene la naturaleza de equilibrar la balanza, supongo.

—A menos que ambos fueran corruptos, —agregué.

—Lo son, —dijo él con vergüenza en la voz.

—La verdad es que, si esa chica de la playa recuerda algo, y de alguna forma ellos se enteran, ninguna de las consecuencias es buena.

—Christoph podría quitarle su habilidad. Antec, que es descendiente de Hades —agregó Rachel—, podría enviarlo al inframundo por quién sabe cuánto tiempo…

—Espera, ¿inframundo? —pregunté sorprendida—. ¿Me estás diciendo que eso es real?

—Es una prisión para nuestra clase, —respondió William.

—Antec la controla, y si esa es tu sentencia, puede hacerte desaparecer justo en el lugar.

—¿Cómo es? —pregunté, imaginándome un hoyo infernal lleno de fuego.



—Nadie sabe en realidad, —dijo Rachel. Un segundo estás aquí, al siguiente te has ido.

Había otro castigo, obviamente, uno que estaba bastante segura de poder adivinar. Sin embargo, los detalles fueron un shock para mí.

William suspiró con remordimiento. —Dimitri es otro escenario poco feliz. Es descendiente de Deméter.

—¿La diosa de la cosecha? —pregunté. Era difícil imaginar a la diosa de la cosecha causando algún daño, pero entonces de nuevo, nada había resultado ser como los mitos griegos con los que estaba familiarizada.

—Sí, —respondió William—, pero la habilidad que ha pasado por su línea de sangre es mucho más letal de lo que pensarías.

—Dimitri puede hacer que cualquier cosa viva crezca y florezca, o muera. Incluyéndonos —explicó Rachel.

—Para las plantas, la habilidad no es mucho, pero el crecimiento para nosotros significa que puede hacernos envejecer, quitarnos siglos de vida incluso.

—O, puede simplemente matarte con el toque de su mano, —dijo la voz de Sam mientras se aproximaba a la mesa.

Todos saltamos. Se había acercado sigilosamente a nosotros con tanta facilidad, y me pregunté cuánto había escuchado. ¿Estaba escuchando desde la distancia mientras discutíamos las posibilidades de su destino potencialmente deprimente?

—¿Estás bien? —preguntó William.

—Estará bien, hermano, —dijo Paul, palmeando a Sam en la espalda—. Nadie vio nada.

—¿Qué pasa con el dialecto de la década, hermano? —preguntó Nics en tono de broma mientras avanzaba hasta ponerse a su lado.

Todos parecían mucho más animados sobre la situación de lo que nosotros estábamos.

—Los tiempos están cambiando. Tienes que ir con la corriente, amigo, —continuó Paul con una sonrisa. Rachel puso los ojos en blanco y sacudió la cabeza, pero una sonrisa simpática brilló brevemente en su rostro.

—De verdad, estará bien.

—Tiene razón, —Nics estuvo de acuerdo—. Esos tipos probablemente estaban ebrios antes de que Sam llegara a ellos. Incluso si ellos despertaran y recordaran haberse desmayado de repente, la gente simplemente pensaría que bebieron demasiado.



—Además, —agregó Sam, tratando de convencerse a sí mismo y al resto de nosotros de que estaría bien—. La chica en realidad no vio nada tampoco. No tendría mucho que decir. Tres chicos ebrios se desmayan antes de asaltarla, —no me incrimina demasiado, ¿verdad?

Yo tenía miedo de preguntar. Todos estaban tan optimistas, pero la cuestión problemática quemaba en mi mente.

—¿El Concejo tiene formas de saber si un Descendiente utiliza su habilidad en alguien?

—Sólo si un agente está en la vecindad, —respondió Nics confiada. La mayoría de las habilidades de los Descendientes sólo funcionan dentro de un rango de corta distancia, así que tienen que estar cerca, me imagino.

De repente sentí la culpa de su elección en mi consciencia. Si un agente lo hubiera visto, todo sería mi culpa. Kara me había seguido a mí.

—Sí, y nosotros estábamos bastante aislados, —contribuyó Sam. Parecía tan esperanzado. No me atrevía a decir nada sobre Kara.

Hasta el momento, todo parecía haber salido bien, aunque ninguno de nosotros pudiera negar el malestar persistente que cargaba la noche. Era algo que sólo el tiempo diría.

—Bueno, voy a comer algo antes de que Cearno cierre la tienda, —dijo Paul, casualmente desviándose del tema— ¿Ustedes quieren algo?

Después de nuestra orden, Cearno limpió y se preparó para marcharse a casa—. Sólo dejen cerrado cuando se vayan, —le dijo confiadamente a William antes de salir por la puerta. Estuvimos hasta más tarde de lo que esperaba, pero ninguno de nosotros hubiese sido capaz de dormir de todas formas. Todo lo que podíamos hacer era esperar. Para pasar el tiempo, hicimos lo único que pudimos —esperar que todo estuviera bien.

Los seis teníamos el lugar sólo para nosotros. Paul y Rachel pidieron el tablero de dardos y se marcharon a su pequeño mundo donde todo era seguro y bueno. De vez en cuando alcanzaba a ver un destello de color explosivo o a cualquiera de los dos cerniéndose casualmente lejos del suelo, una situación a la que no podía imaginar que llegara a acostumbrarme.

Sam tomaba ventaja de su habilidad. Sin haber tomado una copa, estaba notablemente achispado, aunque intentaba ocultarlo. Se aferraba a Nics, y aunque a ella usualmente le gustaba provocarlo, estaba tranquila y comprensiva esta noche, en reciprocidad a su necesidad de ella. Se habían apoderado de la rockola, bailando un vals ebrio en cada canción, sin importar cual fuera el ritmo.



William y yo nos quedamos en nuestra mesa, mordisqueando restos de pasteles y sorbiendo los famosos café con leche nocturnos de Cearno.

—¿Por qué no me dijiste nada de esto, William? ¿Sobre el Concejo?— Pregunté por sobre la música.

Me miró, una mezcla de culpa y rendición en sus ojos. Su mirada no titubeó. Era honesta y mordaz, como un lugar con paredes de espejo donde no puedes escapar de ti mismo.

—Hay seis primeras generaciones de Olímpicos. Rachel dejó fuera uno de ellos.

—Dejó fuera a Poseidón, —dije asintiendo—. Lo noté, —cogí un arándano de una de las magdalenas y lo metí en mi boca, saboreándolo.

—Sólo que, Poseidón nunca fue de las primeras generaciones de Olímpicos. El sexto fue Ares. Algo parecido a lo de Zeus, Poseidón era su tapadera.

—Entonces, ¿cuál es su habilidad?— pregunté, esperando que fuera peor que la muerte.

—Puede imitar cualquier habilidad. Siendo el dios de la guerra, puede desafiar a cualquiera como un igual usando sus propios poderes.

—Está bien, —dije, sin captar la significancia. No parecía algo más amenazante que las otras habilidades del Consejo—. ¿Por qué Rachel dejaría eso afuera?

Él tomó una respiración profunda antes de contestar. —La línea de sangre de mi padre es Ares.

—¿Tu papá?

—Sí. Yo no salí como él, —dijo.

—¿Él es parte del Concejo?

—Bueno, sí y no, —se frotó la nuca, deslizando sus dedos por su pelo. Un hábito nervioso que le había detectado. Su rostro no dejaba ver ninguna vacilación al responder mi pregunta, pero ahí estaba.

—No tienes que explicarme, —le dije decepcionada. No se sentía lo bastante cómodo para confiar en mí. ¿Por qué lo haría? No nos habíamos conocido hace mucho, pero me parecía que sí.

—Sé que no tengo que hacerlo, —estuvo de acuerdo. Se perdió en sus pensamientos por un momento. Se tomó su tiempo para recordar los detalles, o quizás sólo estaba reacio a decirme.

—Mi padre sólo me contó su lado de la historia una vez, —continuó.— Pero incluso si no lo hubiera hecho, yo lo hubiese aprendido en la escuela. No hace



mucho tiempo, irrumpió una de las más grandes guerras civiles entre nuestra gente. Mi papá… él la empezó.

Me miró con ojos preocupados, buscando una reacción que no estaba ahí.

—¿Qué pasó? —pregunté, esperando que mi voz no traicionara mi sorpresa.

—Mi papá pasó la mayor parte de su vida con ellos. Era parte del Concejo tanto como Christoph. Después de un tiempo, sin embargo, él comenzó a darse cuenta de cosas. Christoph como que se tomó el rol de líder sin que nadie se diera cuenta de cómo había sucedido. Él tenía una manera de ser particular. Era articulado y convincente. Mi papá decía que podía persuadirte de cortarte tu propia mano y hacerte creer que era por un bien mayor. Él manipula, justifica cosas malas con razones buenas.

Podía ver el odio ondeando en su interior como un denso humo negro, oscuro y amenazador. Nunca antes había visto esa mirada en sus ojos, y hacía que el odio fuera contagioso. Yo encontraba fácil estar en mala disposición con cualquiera que lo hubiera herido lo suficiente para evocar tales sentimientos.

—Cuando las cosas empezaron a ir realmente mal, —continuó—. Mi papá fue donde Lilia. Su habilidad es la más vital de todas. Es descendiente de Hestia, y sin ella, la diosa del fuego y del hogar, ninguna de sus habilidades funciona. Si ella no está en la vecindad de al menos dos de los miembros del Concilio, todos sus poderes simplemente dejan de existir. Ella no estaba muy convencida acerca de Christoph, y el plan de mi padre era convencerla de irse, que eso era lo correcto, la única forma de ponerlos en su lugar y de establecer una verdadera democracia. Bueno, Christoph lo había visto venir y ya tenía a Lilia convencida de ver las cosas a su manera. Le dijo que era su deber quedarse y que sin ellos sería el caos, que los Descendientes no podrían manejar la democracia. Que el Concejo es todo lo que ellos conocían.

—Entonces, ¿Christoph lo echó? —pregunté.

—No, —respondió William—. Él se marchó. Su única otra opción era tratar de destronarlos. Había mucha gente del lado de mi padre, y lucharon por años. Un montón de gente murió, Descendientes y humanos, pero cuando llegaban muy cerca, o derrotaban alguno de los mejores hombres de Christoph, era todo para nada. Él los amenazaba diciendo que cada día que la guerra continuara, él asesinaría humanos en ataques masivos de los que, según él, podían culparse a los mismos humanos. Christoph sabía que mi padre era un buen hombre, así que su plan era aterrorizar a la raza humana hasta que mi padre se rindiera. Bueno, función. Él falló. Toda esa muerte y sangre en sus manos por nada.



—No, no fue por nada, —me manifesté contra su amargura—. ¿Es por eso que no me dijiste? ¿porque estabas avergonzado? Porque no es demasiado tarde para…

—No, esa no es la razón, —interrumpió—. Sé que él peleaba por una buena causa. Simplemente no quería darte ideas.

—¿Ideas? —pregunté, choqueada y confundida por su acusación. ¿Con qué tipo de ideas podría él pensar que iba a salir yo? Sabía que él creía que yo estaba destinada a cumplir la profecía, pero ¿Acaso se imaginaba que yo azotaría las puertas, con espada en mano, lista para luchar? No pude evitar reírme. —Eso es ridículo.

—Lo sé, —confesó inmediatamente. Ambos sorbimos nuestros cafés, ignorando completamente todo lo que nos rodeaba—. Es que sigo teniendo este sueño. Estamos en el centro de la ciudad, al acecho en los oscuros rincones de bares, tratando de evitar que nos vean. Alguien está tras nosotros, así que tenemos que seguir en movimiento, y tú estás muy asustada, pero no me dices por qué vienen por ti. Entonces comenzamos a correr. Un hombre nos persigue, y eventualmente agarra mi chaqueta, pero cuando me hace voltear, el hombre es mi padre. Él dice, "la necesitamos para luchar", y tan pronto como tú lo ves, me dejas ahí y te vas con él voluntariamente. Y eso es todo. Te pierdo por su guerra, y nunca puedo volver a encontrarte.

—Es sólo un sueño, William, —le aseguré con una sacudida de cabeza.

—Lo sé, —dijo, bajando su mirada a sus zapatos.

Sus ojos permanecieron bajos, sus pestañas, largas y tupidas, lo escondían de mí. Estaba avergonzado o apenado por lo que había admitido, pero yo apreciaba la idea de que quisiera protegerme de la sola idea de perdernos. Era en esos momentos que él se destacaba para mí como la luna sobre el agua—una luz cautivadora que atrae las miradas.

Los músculos de su mandíbula latían mientras apretaba los dientes inconscientemente, sus suaves labios se relajaron en una suave mueca. Sus cejas se hundieron en su ceño, y yo puse un dedo en su barbilla dura y levanté su rostro hacia el mío.

—Sólo es un sueño, —dije. Sonreí ante su gran preocupación por una idea tan tonta. Después de todo lo que había pasado con Sam, no podía creer que esto fuera lo que lo estuviera deprimiendo.

Sus labios tan llenos y perfectos, tocaron los míos suavemente, suaves como los pétalos de rosa. Apenas se encontraron al principio, como si le asustara que la presión completa de su beso me aplastara. Podía sentir la añoranza en su tacto mientras las yemas de sus dedos encontraban mi cuello. Ese beso fue más que



deseo, más que sólo porque podíamos. Fue un beso desesperado que decía, “Te necesito.”

—Consigan un cuarto, —gritó Sam embriagado desde el otro lado del lugar.

Nuestros tímidos ojos se encontraron, ambos sonrojados y avergonzados, y nos reímos.

—Oh, cállate tú, marinero ebrio, —le gritó William de vuelta.

—¿Es ese un desafío?

—No, —rió William. Era agradable verlo sonriendo de nuevo.

—Es la única forma de decidirlo, —dijo Sam agarrando un par de tacos de billar.

—¿Quieres jugar? —me preguntó William con una sonrisa.

—Estoy cansada, —confesé. Ve tu, yo me iré a la cama.

Empujó su silla lejos de la mesa. —Iré contigo.

—No tienes que hacerlo. Sólo voy arriba. Estaré bien.

—Sí, estará bien, —dijo Sam arrastrando las palabras, antes de tropezar sobre la silla y buscando a tientas el suelo.

—Creo que deberías quedarte, —dije, mirando a Nics doblarse sobre sí misma en una risa ebria.

—Probablemente deba vigilar a esos dos, —concordó William—. ¿Estás segura de que estarás bien?

Asentí. —Sí.

Sonrió y me dio un rápido beso en la mejilla antes de aceptar el desafío de Sam. —Comencemos.

10

Traducido por DarkVishous y **ale**
Corregido por Clyo y Caroliberta

Cuando me fui de Cearno en un estado adormilado, encontré la puerta de mi apartamento entreabierta. Agarré el picaporte y la abrí con cautela, asumiendo que había olvidado cerrar todo de camino.

—¿Hola? —pregunté, por si acaso.

No hubo respuesta. Cerré la puerta detrás de mí.

No fue hasta que llegué a la parte superior de las escaleras que sentí algo húmedo en mi palma, y noté que había sangre en mi mano. Me dirigí hacía el lavabo, buscando dónde me había cortado, cuando la oí.

—No es tu sangre, —dijo Kara, detrás de mí, haciéndome saltar en un pie en el aire.

—¿Qué estás haciendo aquí, Kara? —le pregunté, cautelosa y vigilante. La última vez que la había visto, ella me había apuñalado en la pierna.

Ella se dejó caer en un rincón, sentándose en el suelo de mi cocina, en un caos sangriento.

Mi cara lo registró con shock. —¿Qué te pasó?

Esperé por una respuesta, pero ella sólo me miró brevemente, molesta por la pregunta, y siguió con la mirada perdida en la distancia.

—¿Estás herida?

Si ella no quería hablar conmigo lo averiguaría por mí misma. Me arrodillé frente a ella, mirando por encima de sus manos, brazos y cara manchada de sangre. Ella parecía estar bien.

—No es mi sangre tampoco, —dijo ella, sus ojos finalmente encontrándose con los míos.

—¿De quién es, Kara?

—Eso no importa.

—Eso sí importa, —dije ansiosa—, ¿Están ellos bien?



Ella sacudió la cabeza. —No. Ella está muerta.

—¿Quién está muerta? —engatusé.

—La chica que todos pensaron salvar esta noche. ¿Por qué tenían que meterse?

Mi estomago se apretó al pensar en ella. Tal vez dieciocho años, era muy joven.

—¿Por qué está muerta, Kara?

—¿Por qué crees? Tuve que matarla. Él me hizo hacerlo.

—Oh, mi Dios, —dije en shock, tomando asiento en el piso al lado de ella. No sabía quién era él, pero si Kara se veía obligada a matar personas, algo estaba muy mal. Un sentimiento de inquietud se instaló en mi pecho.

Había olvidado que ella podía leer mis pensamientos, hasta que respondió a mi pregunta. —Él es Ryder, mi jefe.

—¿Por qué hizo que la mataras?

—Tú y tus amigos. Ese es el por qué. Nosotros no podemos utilizar nuestras habilidades con los humanos.

Sus palabras herían. Sam sólo estaba tratando de ayudar.

—Pero ella no lo vio. Ella no sabía nada.

—Ese no es el punto, —dijo entre dientes—. No está permitido.

Negué con la cabeza con ira. No era culpa de la chica. Ella era la víctima.

—¿Qué pasa con los chicos? —pregunté.

—Muertos. Ryder se hizo cargo de ellos.

Nos sentamos en silencio durante unos minutos mientras tomaba la mórbida realidad. Me quedé mirando las manchas secas que habían teñido sus manos y brazos de color rojo.

—Aquí, —le dije, parándome para mojar un trapo en el fregadero—. Deberías limpiarte. Puedes utilizar la ducha si quieres.

Ella me miró con los ojos vacíos. —No deberías ser agradable conmigo.

Le pasé la toalla. —¿Por qué no?



—Porque cuando se enteren de quien eres en realidad, van a hacer que yo vaya tras de ti también, y no voy a tener elección.

Un pensamiento inquietante. Traté de fingir que no era cierto.

—Siempre hay una elección.

—No para mí.

No pensaba que Kara me haría daño, a no ser que tuviera que hacerlo, y si ese era el caso, quería asegurarme de que nunca llegáramos a eso. Tenía la esperanza de que William tuviera un plan.

Kara rió para sus adentros mientras se ponía de pie.

—¿Qué? —pregunté.

—¿Qué clase de plan crees que tiene? ¿Hacer que todos caigan de amor por él?

—¿De qué estás hablando?

—Su línea de sangre, —ella esperó que cayera en cuenta—. Él no te lo dijo.

—¿Qué?

—Su linaje viene de Afrodita, — ella sonrió—. Diosa del amor. Esa es su habilidad. Él puede hacer que las personas se enamoren de él. Sólo dejame decirte, que espero que tengas un mejor plan que ese.

Cuando se dirigió a la ducha, mi estomago empezó a atar nudos. Me sentí mal y humillada. ¿Era sólo su juguete, su pequeño títere danzante en torno a los movimientos de sus hilos?

—Oh, y Elyse, —dijo Kara, sacudiéndome de mi enfurecida diatriba interna—. Ryder sabe acerca de Anna. —Ella bajó su mirada—. Lo siento. —Con eso, cerró la puerta de baño y las cañerías gimieron cuando abrió el grifo.

El tiempo pareció detenerse, o tal vez era sólo mi corazón el que dejó de funcionar. Mi cuerpo temblaba de miedo. ¿Qué quiso decir con que Ryder sabía sobre Anna? Necesitaba respuestas. Corrí al cuarto de baño. —¡Hey! —grité—. Necesito hablar contigo.

No hubo respuesta.



—Kara, —gritaba yo, cada vez más frenética mientras pasaban los segundos—. ¿Qué quieres decir con que él lo sabe? —Moví la manija, pero estaba cerrada.

—¿Qué? —Llamó ella desde el interior—. Lo que sea que estés diciendo, no puedo oírlo. —Su tono burlón me envió por encima del borde.

—¡Fuera! —Golpeé la puerta con duros puñetazos—. ¡Fuera! Necesito saber si ella está bien.

La repentina urgencia de llegar a Anna se apoderó de mí. No podía esperar a Kara. Necesitaba salir. No importaba lo que ella dijera, no podía confiarme de que fuera cierto de todos modos. Tenía que asegurarme, verlo por mí misma.

Bajé corriendo las escaleras y salí por mi puerta de entrada. Si este hombre, Ryder, sabía sobre Anna, y era él quien había matado a la chica, no podía correr ningún riesgo. Una vez que estuve en la calle, vacilé al pasar por Cearno, recordando a William.

Otro arranque de traición me convenció de seguir caminando. Tenía que alejarme de él de todos modos. ¿Por qué él no me dijo tenía el poder de Afrodita, si no lo estaba usando contra mí? Aceleré un poco, y por el tiempo en el que doblé la esquina, estaba corriendo a toda velocidad. Sabía que estaría preocupado, pero no me importaba.

Mientras corría, no sentía nada, pero el dolor y el frío brutal atravesaron mi ropa, ambas sensaciones incesantes e insoportables. Mi cuerpo estaba rígido en respuesta al aire frío de la noche. Mis músculos tiraron de mi apretada piel, impulsándome dentro y fuera de la fuente de mis problemas, como si pudiera salir corriendo de todos ellos. No recordaba cuando habían comenzado las lágrimas, pero las podía sentir ahora, escociendo mis mejillas cuando el viento azotaba por delante de mi cara.

En las oscuras calles de la ciudad, me encontraba agradecida por los toques de luz que las farolas ofrecían. El frío mordía la piel de mis brazos y piernas, y lamenté no haber llevado una chaqueta.

Cuando llegué a la estación de tren, pude haber besado el suelo. Me senté agotada en un banco, tratando de convencerme de que todo estaría bien. Aunque no tenía idea de cómo iba a manejarlo si Anna estuviera herida o algo peor. Tenía que llamarla.



Cada pitido del teléfono era una agonía mientras esperaba que ella lo recogiera. *Por favor, que esté allí. Por favor, atiende*, rogué en mi cabeza, pero fue directamente al buzón de voz. Lo intenté de nuevo y otra vez sin éxito, y finalmente tuve que darme por vencida. Me dije que estaba durmiendo. Ya era tarde.

La espera lo hizo todo peor, como si sentarme allí impotente permitiera que todo me alcanzara y chocara contra mí. Los muros de protección que había pasado mi vida construyendo se derrumbaron, y me senté desnuda y rota, dejando que mis oscilantes sollozos fluyeran libremente fuera de mí. No me importaba si la gente se me quedaba mirando. Las cosas estaban a salvo cuando me escondía, las cosas eran fáciles. Ahora, todo se estaba desmoronando.

Por encima de mi preocupación por Anna, no podía dejar de pensar en William. Me mantenía vigilante debido a él, por el rabillo del ojo, preguntándome si se presentaría. No lo hizo, pero yo practicaba lo que le diría. ¿Por qué? ¿Cómo pudiste mentirme? ¿Era todo sólo un juego? Mis pensamientos se revolvieron por respuestas, razones, una pista. ¿En qué podía beneficiarse él atrayéndome a su vida? ¿Era todo una mentira? ¿Era mi culpa por no haberlo visto? Me sequé las mejillas húmedas y el goteo de mi nariz con la manga y traté de llamar a Anna de nuevo. Sin respuesta.

Las luces del MUNI[1] me sacaron un poco de mi desbordado frenesí. Agradecida de tener todavía mí bolsa colgada a alrededor de mi cuerpo, excavé por el cambio y entré en el tren N, preocupada y enojada.

En el interior, se estaba tranquilo y bastante vacío con sólo unos pocos pasajeros sin rostro que iban y venían cada pocas paradas. Me senté en la esquina de atrás, eligiéndolo para enterrarme a mí misma profundamente en el refugio móvil. Las pocas luces parpadeaban vacilantes dentro y fuera esporádicamente, e inmediatamente relacionada con el sentimiento. Después de todo, ¿No era ese el juego de William, apagarme y

---

[1] *MUNI: El San Francisco Municipal Rainway («Ferrovías Municipales de San Francisco»), también conocido como SF MUNI o MUNI, es el sistema de transporte público de las ciudad/condado de San Francisco, California.

Fuente: Wikipedia.org



encenderme de nuevo en su tiempo libre, completamente fuera de mi control? Era cruel hacerme esclava de mi propio corazón; un corazón que había sido manipulado y engañado. Era cruel, y odiaba tener sentimientos hacia él, incluso ahora. Tal vez si estuviera lo suficientemente lejos, dejaría de sentirme como si me estuviera desintegrando.

Con la cabeza hacia la ventana, vi de prisa el paso de la ciudad con mis ojos aturdidos e inyectados de sangre. Echaba un vistazo a la hora cada un minuto o así, ansiosa por llegar a Anna. Las paredes ajustadas del tren eran mi único consuelo, mientras yo misma me condenaba por poner a mi amiga y a su hija en peligro.

A toda prisa hacia su dirección, miré el número en mi teléfono celular, todavía llamando cada pocos minutos. No sabía que siendo su amiga la pondría en peligro. ¿Cómo podría? La había visto tantas veces en el pasado, sin embargo, y ella nunca había estado en peligro o había sido abordada. ¿Las cosas eran diferentes ahora? Seguramente no se esperaba que la volviera a ver. Yo no lo aceptaría. No podía. Ella y su hija Chloe era todo lo que había dejado, la única cosa que estaba cerca de la familia.

Fue un largo camino hacia su casa, un paseo de treinta minutos que incluía un traslado en BART[2], pero parecía que habían pasado horas. Pensé que tal vez el viaje me permitiría pensar para reponerme, pero aún estaba nerviosa cuando llegué allí. Todo lo que había sucedido esta noche pesaba sobre mí, volviéndome una ruina emocional.

Mientras Anna esté bien, yo voy a estar bien, me consolé. En cuanto a lo que a William concernía, sólo tenía que obtener algo sobre él. La gente tenía que hacer frente a este tipo de cosas todos los días. Bueno, quizá no exactamente esto. Ser traicionado por los poderes de amor de su mitológico encanto, no era tan común, pero las personas sentían la angustia y el dolor, y lograban salir adelante. Eso es lo que tenía que hacer, seguir adelante. Mis sentimientos eran erráticos, lanzándose hacia atrás y hacia adelante entre la confianza y la completa devastación, así fue cómo entré al complejo de Anna. Caminé a través de las casas de la

[2] *BART: Bay Area Rapid Transit («Distrito de Transporte Rápido del área de la Bahía») opera un sistema de transporte ferroviario rápido en toda el área de la Bahía de San Francisco.



ciudad en busca del 32B, agotada hasta la médula. El miedo era mi única fuente de energía, lo único que me mantenía en marcha. Cada parte de mí estaba rogando por un descanso.

Después de encontrarlo, pesé mis opciones. ¿Qué pasaría si esto la ponía más en peligro? ¿Qué sucedería si alguien me había seguido y me veía entrar en la casa? Miré a mí alrededor con cautela, sabiendo que probablemente no podría verlos de todos modos. No podía creer que había puesto en peligro a las dos últimas personas sobre la tierra a las que realmente yo amaba. Me quedé mirando la puerta principal, decidida a que era mejor no hablar con ella.

Hice todo lo posible por permanecer tranquila mientras me arrastraba hacia la ventana, pisando torpemente las coberturas de la maleza. Si tan sólo pudiera ver el interior, ver que ella estaba a salvo, me sentiría mejor. Cubrí mis ojos entre mis manos y el cristal, y la vi, sentada ilesa sobre un sillón reclinable. Mis hombros se relajaron, y sentí que el miedo se disipaba. Ella estaba bien.

Me volteé para irme, satisfecha de verla viva y sana, y tropecé con el seto detrás de mí. Se me escapó un grito de sorpresa y caí hacia atrás.

Oí la puerta abrirse antes de tener tiempo a de mover mis pies. —¿Elyse? —dijo Anna con alarma—. ¿Qué estás haciendo aquí? —Se rió al verme entre sus arbustos—. ¿Estabas espiándome?

Hizo que mi corazón se asentara al ver su familiar rostro. Tenía el mismo botón de nariz cubierta de pecas, y el cabello liso y sedoso que se había vuelto un poco de plata los últimos años. Sus ojos me miraron estrechamente desde sus elevadas mejillas cuando sonrió.

—Te lo juro, cada vez que te veo, yo…

Me puse de pie. —Shhh, —repliqué, agarrándole la mano y corriendo hacia el interior.

—¿Qué está pasando? —preguntó en voz baja.

—¿Por qué no has contestado el teléfono?

—No lo sé. Probablemente esté en silencio. ¿Qué te pasa?

—Todo, —le dije, cerrando los ojos, tratando de desear que todo estuviera en la misma forma que era antes—. Pueden que me hayan seguido. Aunque, tal vez no. Tienes que ser cuidadosa. —Todas las



preocupaciones que había recargado duramente se derramaron en un largo suspiro—. Asegúrate de cerrar la puerta, y...

—¿Elyse?

Mi corazón empezó a latir con ansiedad.

—¿Está todo bien?

—No, —respondí, y caí en sus brazos para mayor comodidad. Me di cuenta de cuan delgada y frágil era, mientras lloraba en su hombro, demasiado delgada.

Después de unos minutos del consuelo tan esperado, me llevó hasta el sofá. El lugar era pequeño y más desordenado de lo que recordaba. Los zapatos estaban alineados juntos a la puerta, los DVDs apilados junto al televisor, y los libros estaban apilados por todas partes donde hubiera espacio, pero estaba tan ordenado como ella podía hacerlo.

Me senté en el desgastado sofá color caramelo. Anna me trajo una manta caliente y té de canela, esperando a que yo estuviese lista para hablar. ¿Cómo podía decirle que ella y Chloe estaban en peligro y era por mi culpa? Estaba agradecida de que me diera tiempo para estabilizarme, para procesar el hecho de que todo estaba bien. Ella estaba bien. Su presencia era reconfortante, y tan nostálgica que apenas notaba el envejecimiento de sus ojos. Al mirar el pasado de la mujer que yo recordaba, la reminiscencia desenterró dentro de mí el recuerdo de nuestro pueblo tranquilo, el cual se quedaba adormecido todas las tardes sin falta, era como un sueño olvidado que de repente podía recordar. Era un lugar seguro, por lo que Anna y yo podíamos ir a unos columpios detrás de nuestra escuela de ladrillos viejos todas las noches después de cenar. Descarrilábamos la parte posterior de las cercas que estaban sueltas y entrabamos al espacio cerrado de manera desapercibida, libres de hacer lo que quisiéramos.

—Voy a salir de aquí, Elyse, —decía ella—. No voy a permitir que este lugar me absorba como lo ha hecho con todos los demás.

El viento azotaba más allá de nuestros oídos, mientras nos lanzábamos a la tenue luz del cielo oscuro. Me encantaba la sensación, de zambullirme de cabeza en una piscina de dulce aire de verano mientras el horizonte se volvía del color de un sorbete de arco iris con la puesta del sol.



—No lo sé. No es tan malo. —Nunca entendí por qué quería salir. El lugar era el paraíso para mí. Tenía todo lo que siempre había querido, una escuela, amigos, una vida normal, pero Anna quería más que eso. Ella quería vivir de verdad.

—¿No está tan mal? Elyse, hay todo un mundo ahí fuera. ¿No quieres verlo? —Pasábamos como un silbido mientras nuestras piernas nos empujaban más alto.

—Lo juro, Cuando tenga dieciocho, Voy a encontrar la ciudad más grande que exista y viviré en el centro de ella. Quiero dormir con el zumbido y los sonidos de la calle e ir a cenar a la una de la mañana. Tal vez voy a estar en Broadway o viajaré con una banda o algo así.

A tu madre le encantará eso, —dije, Mi cabello moviéndose detrás de mí como cintas al viento.

—No me importa. No me voy a casar con Charlie Stanton y planchar sus camisas y cocinarle la comida.

Me reí por el disgusto en su voz mientras maldecía los futuros planes que su madre tenía para ella.

—Bueno, si lo haces, recuerda enviarme fotos de la boda. Eso tendría que verlo.

—¿Estás bromeando? Si me caso con Charlie Stanton, tú te casas con Billy Casey, lo que significa que probablemente seríamos vecinas, en cuyo caso yo estaría en tu casa quejándome todos los días.

—No me voy a casar con Casey Billy. Huele a cecina.

—Lo sé, —se echó a reír—. Pero, si me caso, va a ser con un cantante o un guitarrista de todos modos. No Charlie Stanton.

—Yo creo que no me casaré, —le dije, como si se tratara de una decisión que yo había hecho, y no una realidad que me había visto obligada a enfrentar.

—Sí, yo tampoco. Sólo mudémonos a los Ángeles y vivamos en un apartamento juntas.

—Eso suena divertido, —estuve de acuerdo, pero yo tenía mis dudas acerca de este tipo de cosas. Cuando ella tenía dieciocho, todavía me parecía que debería estar en la secundaria. Agarré mi cadena de metal



aferrándome a ella—. ¿Crees que seguiremos siendo amigas para entonces?

—¿Por qué no lo seriamos? Somos mejores amigas, y seremos mejores amigas hasta que tengamos ochenta y estemos jugando bingo por dinero los martes.

Sentada en su sala de estar, en una realidad muy lejos de la que ella había soñado, volvió el recuerdo, fugaz como lo fue, al fondo de mi mente.

—No sé cómo me metí en esto, —le confesé a ella—. Supongo que se ha descubierto con el tiempo pero...

—¿Qué?

—No me lo vas a creer.

Ella sacudió su cabeza en desacuerdo. —Después de la forma en que has envejecido, te creería si me dijeras que eras la mujer maravilla.

—Bueno, no soy la mujer maravilla, —dije—. Pero finalmente se lo que soy. —Si yo iba a advertirle sobre lo que estaba por ahí, acerca de la amenaza planteada por el consejo, tenía que comenzar desde el principio. No veía ninguna forma de evitarlo. Ella necesitaba saber, para que pudiera protegerse y proteger a Chloe.

Sus ojos se abrieron. —¿Qué?

Tomé un sorbo de mi té y metí los pies bajo la manta. —Hay otros. Aquí en San Francisco.

—Estás bromeando. —Hizo una pausa esperando a que continuara—. Bueno, habla de una vez. ¿Qué dijeron ellos?

—No puedes decirle a nadie, —dije firmemente.

—Oye, Hermanas de sangre para toda la vida, ¿De acuerdo? —Una sonrisa de satisfacción se arrastró por sus mejillas—. Estoy orgullosa de decir que he guardado ese secreto enterrado profundamente. —Ella lo hizo, Ni siquiera Chloe sabía acerca del día que curé a Anna.

—Cuando te dije que estaba siendo seguida por William y Kara...

—Son como tú, —adivinó.

Asentí. —Se llaman a sí mismos Descendientes. Cada uno tiene una habilidad y viven tanto como yo. Ellos dicen que somos descendientes de



los dioses griegos, excepto que los dioses griegos no eran realmente dioses en lo absoluto. No eran más que gente como yo que fueron interpretados erróneamente, tomados por dioses por sus poderes y forma de envejecer.

—¿Tú eres una diosa Griega? —ella preguntó, sus ojos abiertos con asombro.

Yo me eché a reír. —No, no lo soy, pero supongo que ese período de tiempo tuvieron algún efecto en su. . . mi gente, porque ellos siguen usando ese nombre. William dijo que soy descendiente de Asclepio, dios de la curación.

Ella rió. —No jodas, Sherlock.

—Supongo que más o menos sabíamos acerca de la curación, salvo obtener esto. Pero mi lado izquierdo hace lo contrario. La sangre es veneno.

—Sí, claro, —dijo, no muy segura de sí era una broma—. ¿De verdad?

—Bueno, yo realmente no tengo pruebas, pero tampoco estoy segura de querer probarlo.

Me alegré de haber tomado la decisión de no intentar la curación de nuevo después del incidente de las hermanas de sangre. Que fácilmente podría haber matado a alguien.

—Entonces, ¿Estarás bien? —Preguntó ella tomando otro sorbo de té—. ¿No estás en problemas con ellos o sí?

Problema era una forma de decirlo.

—Sí, —contesté con honestidad—. Creo que lo estoy, creo que todos lo estamos.

Le conté a Anna sobre todo eso. Cómo la sociedad entera de descendientes tenía un elaborado sistema y forma de vida, completamente desconocida para la mayor parte del mundo, y que estaba prohibido exponer nada a los seres humanos. Ella estaba en peligro por eso. Le hablé de los acontecimientos de la noche, cómo una decisión inocente para salvar a un ser humano había resultado en su muerte y la muerte de sus atacantes. Como todos pensaron que yo sería quien los salvaría de la corrupción y el mal que gobernaba su raza secreta, y finalmente la amenacé.



Por último, le hablé de William y la desilusión aplastante que sentí cuando me enteré de que mi amor cada vez mayor, para él ni siquiera era real.

—Si yo realmente estoy en peligro, —objetó—, ¿Por qué nadie ha venido a buscarme? ¿Cómo Sabes que Kara realmente mató a esa chica? Ella podría estar actuando así y llevando toda esta cosa a cabo porque está celosa. No estoy preocupada por eso, —dijo Anna con firmeza—. Cuéntame más sobre este chico.

—Él es... Sólo un chico, —dije riéndome un poco a través de mis palabras. Agarré mi té con ambas manos, dejando que el calor calentara mis manos. La sensación me recordó el tacto de William.

—Quiero decir, yo nunca me he permitido tener sentimientos por alguien, y luego, cuando finalmente lo hago, me entero de que no es genuino.

—Mira el lado positivo, —señaló—. Ahora, hay otros peces en el mar. Tú puedes estar en realidad con alguien, incluso si no es él.

—Tienes razón, —dije—, empezando a sentirme mejor.

La puerta del cuarto de Chloe se abrió y ella asomó la cabeza con los ojos cansados y el pelo desordenado. Cada vez que la veía se parecía más a su madre. Era como abrir una ventana al pasado. Ella era la infancia de Anna me acordé y anhelaba los días que pasé a solas con Betsy después de mi partida. Sus ojos color chocolate y el pelo negro y lacio era de Anna. Sus labios y las mejillas podrían haber pertenecido a otra persona, pero el resto lo reconocía.

—Hola bichito Chloe, —dije con una sonrisa alegre.

—¿Estamos siendo muy ruidosas? —Preguntó Anna.

Ella salió con su pijama de rayas y se acurrucó junto a mí en el sofá. —¿Por qué no están durmiendo? —le preguntó a su mamá.

—La estoy manteniendo despierta, —contesté.

Chloe me miró de arriba a abajo, luego sonrió cuando se encontró con mis ojos. —Te estoy alcanzando.

—No me lo recuerdes, —dije empujándola con mi hombro—. En mi mente tú siempre tendrás tres.



—Tengo catorce.

—Dios, —dije mirando a Anna—. Cuando ella se vea mayor que yo, voy a perder.

—Yo también, —dijo Anna asintiendo.

Chloe la miró de una forma en la que comunicaba algo del cual yo no era parte, una preocupación silenciosa entre ellas en la que yo no había sido permitida.

—¿Qué? —Pregunté buscando en ellas.

—Nada —Anna dijo, desdeñando—. Deberíamos volver a la cama.

Mi cuerpo estaba fatigándose de forma rápida y en contra de mi voluntad. —Me parece bien. Estoy exhausta.

—Ok, ¿estarás bien aquí en el sofá?

—Sí, es perfecto.

—Ok, te veo en la mañana, —dijo ella después de agarrar una almohada y una manta extra del closet.

—Buenas noches bichito Chloe, —dije mientras Chloe se deslizaba en su habitación.

11

Traducido por Guillugui
Corregido por Caroliberta y Clyo

No recordaba haberme quedado dormida, así que debió haber sucedido inmediatamente luego de que Anna subiera las escaleras a su cuarto. Como todas las noches desde que murió, soñé con Betsy, reviviendo esa parte de mi vida y deseando su consuelo.

—Cariño, ¿puedes abrir tus ojos? —Habló calmadamente en mi sueño, ni una pizca de preocupación en su voz. La escuché, pero no me animaba a moverme. Estaba desorientada como cuando despiertas luego de un largo sueño y olvidas donde estás. Traté de volver a la cómoda oscuridad, sabiendo inconscientemente el horror que debería enfrentar cuando abriera mis ojos, pero su conversación llamó mi atención y de repente me puse alerta.

—Ha estado aquí y allá en los últimos días. Estoy segura de que estará bien, pero ¿podrían en su lugar venir mañana? —Ella dijo, convirtiendo sus palabras en una pregunta.

—Oh, no, estoy seguro de que está en buenas manos, solamente queríamos pasar y ver como estaba.

—Eso es muy dulce de su parte.

Tomé el riesgo y levanté los parpados sólo lo suficiente para poder ver al hombre parado en el pasillo. Era flaco y alto, vestía un saco de lana gris. No podía ver su cara pero había un niño a su lado, tal vez nueve o diez años, que miraba curiosamente a través de la puerta abierta de mi cuarto. Sus ojos estaban tristes mientras me miraba sin saber que lo estaba espiando.

—No quiero ser insensible, pero ¿estás planeando ponerla en algún orfanato? —Preguntó el hombre.

—En realidad, estaba planeando en quedármela, —contestó segura.

—Eso está bien, ella estará mejor aquí. —Él sonó aliviado con el arreglo, empujando al niño fuera de mi zona visual.

—Exactamente lo que pensé. —Contestó.

—Tenga un buen día, señorita.

La mujer estaba fuera de mi vista, peor cuando apareció a la vuelta de la esquina, vi el reflejo de mi ansiosa cara en sus ojos.



—Ahora que estás despierta, —dijo—. ¿Tienes hambre?

Sin una respuesta, fue a la cocina para hurgar en el refrigerador, actuando como si mi estadía allí, fuese lo más normal del mundo. Su pelo era de un marrón claro terroso atado en una trenza, era de mediana edad y lucía cansada, pero eso no evitó que me fijara en la belleza natural que poseía.

—Soy Betsy, —dijo mientras entraba en el cuarto con un sándwich de pavo—. He dejado un par de libros afuera por si te aburres y quieres leer, no hay TV.

Puso el sándwich en la mesa de luz, dándome la oportunidad para responder, pero no lo hice. —Estaré en el living si necesitas algo.

—Soy Elyse, —escupí—. Ellie —fue todo lo que pude obligarme a decir. No me animé a hacer la pregunta que colgaba tan desesperadamente en el borde de mi subconsciente.

—Que bello nombre, —dijo mientras sonreía y se fue.

En ese punto me di cuenta que estaba en una habitación que parecía haber sido preparada para mí. Un par de ropas estaban colgadas en un ropero abierto, encima de la cómoda color rosa había un par de libros y muñecas apoyadas contra la pared, sus caras de felicidad parecían burlarse de mi devastación.

Había una lámpara en la mesita de luz rosa haciendo juego con la cómoda. El acolchado, también rosa, parecía nuevo y de verdad relucía ahí, parecía que Betsy había preparado este cuarto para mí.

Los días pasaron y no encontraba la fuerza para hablar. La policía iba y venia, el funeral de mis padres pasó en un borrón que me hizo insensible. Me lo guardé para mi misma, cerrando la puerta de mi nuevo cuarto y sumergiéndome en las sombras que encontraba en los rincones. Mi vida consistía en perderme a mi misma leyendo libros y durmiendo. Las palabras de mi padre, seguían haciendo eco en mi cabeza —La gente como nosotros no puede vivir una vida normal si estamos expuestos—. A pesar de mi comportamiento, Betsy siguió viviendo como solía hacerlo. Era una enfermera, yendo a trabajar regularmente, dejándome en mi mundo, comprobándome sólo para avisar que había llegado a casa. Esta noche, no había anticipado un cambio en la rutina cuando Betsy asomó su cabeza, así que sus palabras me agarraron desprevenida.

—Hola, Elyse. —Se pausó—. ¿Te sientes como para salir y venir a leer al living esta noche?

No podía mirar sus ojos, mi mente zumbaba, no estaba segura de qué decir o qué sentir. Había sido criada para evitar esto, romper lazos antes de que se formaran.



—Okey, —dijo mientras cerraba la puerta. Mi conflicto interno debió haber durado demasiado.

Su presencia era un constante recordatorio de la ausencia de mi familia, y el vacío era paralizante, se metía hasta mis huesos y no había momento en el que no doliera. Esto era todo lo que mis padres me podían dar ahora, este vacío, un vació con el que podría haber aprendido a vivir y con el que podría haberme acostumbrado a crecer, porque si me permitiera querer a alguien más, esta pérdida podría volver a pasar.

A pesar del dolor que sentía, Betsy había sido gentil conmigo y yo no quería parecer desagradecida. Me deslicé fuera por la puerta y me encontré un lugar cómodo junto al fuego. Ella me dio una mirada de satisfacción y luego continuó tejiendo en el sillón completamente absorta en su programa de radio. Esta nueva atmósfera, me pegó duro y de repente estaba asustada, confundida y nerviosa. Sentí las lágrimas saladas en mi boca y me di cuenta que ésta era la primera vez que lloraba sobre esto. Preguntándome si se había dado cuenta, levanté la vista y agarré su mirada. Sus brazos estaban abiertos y trepé hacia su cálido manto de amor y dejé correr un océano de dolor.

—¿Cómo llegué aquí? —Pregunté luego de un rato. Era como salir de la niebla, finalmente podía ver las cosas, tenía tantas preguntas.

—Un buen hombre y su hijo te trajeron a mí. Ellos vieron el accidente y pararon, ésta era la casa más cercana. Tuviste suerte de que él se estuviese dirigiendo a casa cuando la tormenta de nieve estalló. —Ella leyó mi expresión y me abrazó más fuerte. No me sentía con suerte para nada. La culpa era fuerte y constante en mi pecho.

—Estaba fuera de tus manos, Elyse. —Dijo, dejándome considerar la idea por un rato.

—¿Qué hay sobre todas mis cosas, la casa… las cosas de mis padres?

—Ahora no te preocupes por todas esas cosas. Déjame ser la adulta a mí, ¿Okey? He hablado con el Sheriff sobre cómo solucionar eso. La casa y todo lo que hay adentro es tuyo, te llevaré allí cuando tú quieras.

Se sentía bien ser reconfortada, que te digan que todo va a estar bien. Sabía que tal vez no todo estuviese bien al final y que las cosas estaban destinadas a cambiar una vez que le contara mi pequeño secreto —que yo era, en realidad, más vieja que ella—. Por ahora me gustaba tener 10 y estaba complacida de caber en su regazo.

—Mi turno para preguntar, —dijo luego de un rato—. ¿Cómo es que a una niña de 10 años le gusta leer Shakespeare?



Miré la copia de Romeo y Julieta que mantenía apretada contra mi pecho y sonreí para mi interior antes de contestar. —Soy sólo un alma vieja, supongo.

Me sorprendió lo cómodamente extraño que se sentía estar juntas, como si ella hubiese estado escrita en mi vida desde un principio. Sabía que no estaba obligada a quererla, peor, podía decir que ya lo hacía — y el amor no es algo que uno puede dejar de sentir fácilmente.

—Un alma vieja, ¿huh? Así que, ¿qué tan vieja eso te hace, treinta y siente? —preguntó bromeando. No tan lejos, pensé.

—Diez —respondí demasiado rápido—. Sólo diez.

—Eso sería qué… ¿quinto grado?

—No lo sé. Nunca tuve grados en la escuela en casa.

—¿Escuela en casa? —Preguntó más que nada para ella misma—. Eso tal vez sea demasiado para mi, cariño. Tengo que trabajar. ¿Qué piensas de ir a la escuela primaria?

Fui confrontada por una mezcla de sentimientos mientras ella hablaba. La escuela nunca había sido una opción para mí, la cosas podían salir mal. ¿Qué pasaría cuando no envejeciera? No le podía decir a Betsy. ¿Qué pensaría ella? Pensaría que estoy loca. Yo sabía que estaba tomando un riesgo, pero mi crecimiento retrasado, mi secreto, nada de eso era de preocupación inmediata, así que acepté.

—Quinto grado será divertido, —dije, de alguna manera. El entusiasmo era real y no podía evitar sentir la anticipación de una nueva experiencia. La gente se cambiaba de escuela todo el tiempo. Decirles adiós a tus amigos era normal cuando eras chico ¿no? Le podría decir a Betsy en su momento, tendría que hacerlo. Por ahora, esto me ayudaría a salir de esta angustia dolorosa que había marcado la pérdida de mis padres.

Las cosas fueron perfectas por los próximos tres años —demasiado perfectas. Recuerdo el día que terminó, el día que Betsy inició una conversación que cambiaria nuestras vidas.

—Elyse, necesito hablar contigo de algo, —comenzó desde su asiento en la mesa donde cenábamos. No esperó mi respuesta—. En los últimos meses he recibido llamadas de tu escuela. Tu profesora, el director, incluso padres preocupados me han llamado.

Estaba shockeada, ¿por qué llamarían? Tenía buenas notas, amigos, una buena actitud, pero Betsy respondió a mis pensamientos.

—Tu peso, linda —dándole una mirada a mi plato a medio comer de pollo, arvejas y papas—. Bueno tu tamaño en realidad. Creo que es tiempo de que te



hagas un control de verdad en el hospital. No me preocuparon las llamadas, sé que eres una chica saludable, yo te alimento y te hago controles. Incluso nunca te has enfermado más que un resfrió, digo, soy una enfermera, creo saber que tan sana está mi hija. ¡Los nervios de estas personas!

Podía decir que ella se estaba culpando por esto, pensando que había hecho algo mal. La frustración en su voz se mezclaba con el sonido de lágrimas contenidas. Bajó el tenedor y enterró su cara en sus manos. —Ayer, Servicios Sociales vino a chequearte, Elyse, mientras estabas en lo de Anna. No sé qué hacer.

Ella esperó, ya sea por algún consuelo, consejo o una explicación, no lo sabía, pero si sabía que le tenía que decir. No podía creer que el momento había llegado, sólo habían pasado tres años. No había esperado que pasara tan rápido, ¿realmente era tan pequeña? Temía las consecuencias de mis palabras, eran una sentencia de muerte que destruiría la vida que conocía, como un sueño del que despiertas.

—Mamá —dije, era la primera vez que la llamaba así. Sus ojos se levantaron de una manera que hicieron parecer que todo iba a estar bien por un momento, pero lo que tenía para decir aparataba toda esperanza de eso. Moví las arvejas en mi plato, no podía mirarla.

—No es tu culpa, he ocultado algo de ti. Te lo tendría que haber dicho hace mucho. —Sus cejas se juntaron, formando un profundo pliegue—. Algo que mis padres me contaron sobre mí.

Su preocupación se convirtió en inquietud. —¿Qué es? —Preguntó.

¿Qué si no me creía? ¿Estaba a punto de perderla? De igual manera, no tenía opción. Su reacción era algo que no podía controlar y le tenía que contar, era hora.

—Sé por qué soy tan pequeña. Es genético, pero no en la manera en la que tú crees. Soy diferente. Envejezco más lento que los demás, mucho más lento, mis padres también lo hacían.

—¿Por qué no me dijiste que tenías una condición médica, Ellie? Tendríamos que estar viendo un doctor.

—No, —dije con fuerza—. No es así. Las personas como nosotros no viven una vida normal si están expuestos.

—¿Personas como nosotros?

—Es lo que mis padres solían decirme.

—¿De qué estás hablando, Cariño? No estoy segura de entender.



—Pensaras que estoy loca, pero es la verdad, lo prometo. Cuando mis padres murieron, tenían casi doscientos años.

Ella se rió incómodamente, esperando que yo estuviese haciendo una broma de todo esto, pero mi cara se mantuvo controlada, mientras esperaba que ella lo registrara.

—Elyse, ¿estás bien? Tú sabes que eso es imposible, Querida, sé que perder a tus padres fue duro para ti, pero esto es un poco…

—Loco, —terminé por ella. La iba a perder. No me creía. Empecé a juguetear con mis uñas, ¿qué estaba esperando? Tendría que correr. Ella intentaría llevarme a un doctor y todo se terminaría. Yo amaba a Betsy, pero no estaba dispuesta a pasar el resto de mi vida siendo pinchada y testeada por científicos locos que buscaban una nueva fórmula para no envejecer. Esta noche huiría.

—Está bien, Elyse, sé que tienes una imaginación salvaje, pero esto es demasiado. Si tienes una condición médica seria, irás a ver un doctor y punto final. —Dijo firmemente.

Sus palabras me picaron, me sentía traicionada y sola. Odiaba estar atrapada en este cuerpo tan joven, sin pruebas de todos los años que he vivido. Nunca nadie les creía a los chicos. Traté de buscar entre mis memorias de algo que hubiese visto o escuchado que pudiese probar que estaba diciendo la verdad, pero eran sólo recuerdos que yo sola había presenciado. Luego me golpeó como una pausa en la tormenta.

—Llévame a mi casa, —le pedí con una mirada suplicante—. Llévame a mi casa primero, y si todavía no me crees cuando o hagas, entonces iré a ver un doctor.

El viaje de 30 minutos fuera de la desolada Chilcoot fue uno silencioso. Betsy estaba concentrada en el camino y su mirada nunca se suavizo. Recorrí los campos llenos de artemisa permitiendo a mi mente divagar, sobre el hecho de ver mi casa de nuevo.

—Dobla aquí. —Le recordé.

Doblamos en el casi invisible camino, que ahora estaba lleno de hierba mala y abandonado. El camino tenía una milla de largo, iba serpenteando por la dispareja superficie de la tierra, siguiendo las grietas que ya dejaban cicatrices sobre el terreno, hasta que un valle surgió. Betsy había estado aquí antes, peor, dudo que la imagen haya hecho que su estomago se apretase como hizo el mío. La casa estaba en el centro del valle, parecía que se había deslizado hacia el punto más bajo posible. Sería difícil para cualquier otra persona encontrarla. Los árboles le daban el camuflaje perfecto.



Mientras estacionaba en la puerta de la casa, Betsy dejo salir un suspiro. Casi podía leer sus pensamientos, se reflejaban claramente en su cara.

—¿Necesitas que vaya adentro? —Preguntó.

—No.

—Entonces tienes quince minutos, y estás castigada.

Estar castigada era la menor de mis preocupaciones en este momento.

—Bien, —le contesté mientras bajaba del auto. Caminé rápido, subiendo las escaleras del porche y haciendo mi camino hasta la puerta principal antes de darme tiempo para pensar. No estaba aquí para recordar el pasado, me tenía que concentrar. Me lancé más allá de la mesa de la cocina, resistiéndome a sentarme y simplemente sentirme en casa, y fui hacia el cuarto de mis padres.

La puerta estaba cerrada, tenía que asegurarme de dejarla de esa manera. Entrar a su cuarto fue como poner sal en una herida y nunca hubiese entrado, si no hubiese sido necesario. La cama aún estaba desarmada y el maquillaje de mi madre aún estaba sobre su tocador. Todo estaba sin tocar, como la escena de un crimen, la prueba de que ellos habían estado aquí. Pero el lugar había empezado a juntar polvo, que probaba en su lugar, que no iban a volver. Me permití tiempo para procesarlo, para respirar el perfume florar de mi madre y examinar las cosas que habían dejado atrás. Incluso sus toallas polvorosas eran muy valiosas para mí ahora.

Recordando que sólo tenía quince minutos, me arrodillé al lado de la cama y corrí mi mano por el suelo debajo de ella, mis dedos sintieron una madera que sobresalía y la saqué, revelando la caja dorada que explicaría todo. Sin mirar adentro, la agarré y salí del cuarto cerrando la puerta detrás de mí. Betsy, luego de ver que volvía, en efecto, con algo, no pudo contener su interés.

—¿Bueno? —Preguntó, olvidando que debía estar enojada—. ¿Me vas a mostrar lo que está dentro de la caja? —Ella no podía estar enojada por mucho tiempo.

Su curiosidad no era sorpresa. La caja era de un bello dorado polvoriento con un grabado florar sobre toda su superficie. Estaba cerrado con un pestillo elaborado como los de los cofres de los tesoros. Una caja como ésta estaba destinada a responder las preguntas de viejos secretos familiares enterrados. El contenido parecía muy ordinario, una pila de fotos, cartas de amor que mis padres se habían escrito durante años, joyería y monedas viejas.

—Aquí, —le dije dándole la caja—. Hay fotos mías de bebe. Nací en 1923, las imágenes no son geniales, pero puedes ver que soy yo.



Ella hojeó entre las fotos con una expresión en blanco y era desconcertante no ser capaz de adivinar su expresión.

—Mira ésta, —continué agarrando una dentro de la caja en su regazo—. Elyse Ellen Alder Summer 1939, —leí de la parte de atrás—. Me ceo de tres ahí, pero tenía dieciséis. —Tomé otra—. Ésta es mía y de mi madre en el arroyo, solía jugar allí todo el tiempo. Julio 1953, —leí de nuevo—. Parecía de seis, pero tenía treinta.

Tomé otra y otra, leyendo las partes de atrás que comprobaban mi historia. Cuando paré, Betsy recogió las fotos y las colocó dentro de la caja de nuevo, perdida en sus pensamientos.

—No sé qué decir, Ellie. —Me miró directamente, prestando más atención a la persona que veía—. Esto es... —Su vos se retrajo hasta el silencio de sus propios pensamientos.

Miedo empezó a bombear por mis venas, Era la única cosa con la que contaba, y era la debilidad que me tiraba abajo.

—Tendremos que irnos, —dijo con mucha decisión—. No podemos quedarnos aquí. Es demasiado peligroso. Nos mudaremos de lugar en lugar cada varios años. Estará todo bien.

El alivio que sus palabras provocaron en mí, fueron como agua fría en un día caluroso. Fui una tonta al pensar que ella me podía traicionar. El miedo, rápidamente me di cuenta, era el verdadero impostor.

—Okey. —Respondí si notar mis lágrimas.

—No estés asustada, Cariño, —me reconfortó—. Todo va a estar bien. —Sentí la piel suave de su mano limpiar la humedad de mi mejilla—. Te amo, Elyse. Superaremos esto.

Me acurruqué lo más cerca posible de su asiento en el Chrysler, doblándome en el hueco de su brazo y lloré.

***

Me desperté con lágrimas en mis ojos, pero fui rápidamente traída al presente por el sonido de Anna en la cocina y el maravilloso olor del desayuno. Sequé mis mejillas mojadas y me recompuse.

—Hice tus favoritas, —dijo mientras me dirigía a la mesa—. Panqueques y huevos.

—Gracias, —no podía recordar la última vez que había tenido un desayuno real. Desde que había venido a la ciudad, había estado sobreviviendo a base de tartas, bagels, cereal, cualquier cosa fácil—. Huele bien.



—Así que, anoche estuve pensando en William. ¿Lo has dejado explicarse a sí mismo? —Preguntó desinteresadamente mientras daba vuelta los panqueques. Anna nunca dejaba pasar nada. Siempre directo al punto, nunca cambiaba. Me hubiera gustado pretender que una noche de sueño había limpiado y refrescado mi mente, que todos mis pensamientos de Kara, Ryder y William se habían evaporado con la niebla del día, pero eso estaba demasiado lejos de la verdad.

—Él no es quien pensaba que era, —dije, tratando de esconder el desapruebo en mi voz.

—Sí, —ella acepto, pero me di cuenta de que no había realmente respondido la respuesta.

—Él me traicionó… y manipuló, —continué—. No necesito una explicación.

—… pero todavía tienes sentimientos por él. —Me cortó al terminar la oración. Por supuesto estaba en lo correcto, probablemente estaba todo escrito en mi cara.

—Bueno, eso es algo que realmente no puedo controlar.

—Aun que tal vez si lo es. ¿Qué si tú tienes tus sentimientos por él, aparte de lo que él está haciendo?

—Eso realmente no importa. No quiero amar alguien que intentaría hacerme eso a mi.

—Así que ¿nunca le has preguntado a él, por qué hizo lo que hizo? —Ella persistió.

—No, en realidad no he hablado con él sobre nada de eso. Yo como que me fui.

—Y se supone que tú tienes que ser la madura, Ella rió—. Tienes 89 años, ¿cómo eres tan ingenua todavía?

—Nunca he tenido sentimientos por nadie antes. —Me defendí—. Soy nueva en esto, pero sigo siendo lo suficientemente inteligente como para saber cuando alguien está tratando de sacar ventaja de mí.

—Sólo estoy diciendo, que si ¿hubo una buena razón por eso? ¿Lo has pensado? —Preguntó, dándome mí plato y sentándose para comer.

—Sé la razón del por qué. —Dije en medio de un bocado de huevos—. No es una buena en lo que me concierne.

—Pero aún es importante que lo dejes explicarse.

Ella estuvo callada por un rato, dejándome considerar su punto de vista mientras comía sus panqueques. Había preparado un buen caso para él, algo



para lo que estaba abierta. No quería estar en lo cierto, pero tal vez ella sólo quería hacerme sentir mejor.

—Tú sabes, —habló rompiendo el silencio—, podrías tomar prestadas algunas ropas de Chloe si quieres tomar un baño y limpiarte un poco. —Me miré para ver que vestía, de alguna manera terminé con la sangre de la joven sobre mi camisa y vaqueros.

—¿Dónde está Chloe? —Pregunté, tratando de empujar los pensamientos sobre Kara lejos.

—Escuela. Ella alcanzó el pastillero verde que estaba en el centro de la mesa y abrió el compartimiento que le tocaba.

—Diablos, quería despedirme. —Dije, notando la cantidad de pastillas que Anna tragaba. Un trago de agua las limpio hacia abajo, como si no hubiese habido nada.

—Está bien, la verás en Acción de Gracias. ¿Vendrás no? —Su voz fue demasiado entusiasta mientras trataba de quitar mi atención del pastillero.

—Sí, seguro, —no dejé que la cuestión me distrajera—. ¿Desde cuándo estás tomando tantas pastillas? —Pregunté, directo al grano, tal como ella lo era conmigo.

—Soy vieja, Elyse. ¿Qué esperabas? —Trató de reírse sobre el tema, pero lo pase por encima y esperé por una respuesta honesta. Ella me miró a los ojos, su ceja levantándose lentamente, como si tratara de decir sin palabras, Así es la vida.

—¿Qué está mal? —Demandé.

La cuestión se alargó más de lo que esperaba, mientras ella trataba de componerse para responder, vi como las paredes de su fuerte defensa empezaban a derrumbarse.

—Tengo cáncer. —Su confesión fue como una helada, congelando todo a su paso con un frió devastador.

—Bueno, es... —No sabía cómo terminar eso, no me atrevía a decir la palabra, incluso pensar que podía llegar a ser terminal.

—Es cáncer de mama etapa cuatro, —admitió con lágrimas en sus ojos, a pesar de sus grandes esfuerzos para contenerlas.

—¿Chloe lo sabe?

—Sí, lo sabe. —Respondió, con un suspiro de derrota.

—Estará todo bien, —dije esperanzadoramente—. ¿Verdad? Digo, gente sobrevive al cáncer todo el tiempo.



Mi intento de consolarla parecía haber hecho todo lo contrario, revelando la terrible verdad, mientras ella no podía contener los sollozos que venían. —¿Qué ha dicho el doctor? ¿No hay una oportunidad?

Sus ojos respondieron antes que sus palabras. —Hemos tratado, pero está muy avanzado, no hay nada más que podamos hacer en realidad.

No podía hablar, ¿qué podía decir? No había palabras de consuelo, porque nada podía mejorarlo.

—Sólo estoy muy enojada conmigo misma, si sólo hubiese ido antes…

—No es tu culpa, —reaccioné con shock.

—¡Lo es! —Lloró—. Le he fallado, Chloe es sólo una niña. ¿Cómo puedo dejarla?

—Esto no es una elección, Anna, es… injusto. No es…

—¿Acaso importa? —Dijo a través de lágrimas de rabia—. Su padre se fue, y cuando yo me vaya, ella estará sola.

—Estaré acá, —dije desesperadamente, tratando de darle algo de paz a su mente.

Ella sonrió a través de sus lágrimas. —Eso es dulce, Elyse, pero ella necesita a su madre. Nadie puede llenar el lugar de una madre, nadie nunca la amara como yo lo hago.

El dolor familiar que sentí en mi corazón mientras ella hacía su punto final, había estado enterrado en lo profundo por años, pero la perdida de una madre nunca se va. Estaba en lo cierto, nunca nadie puede remplazar a una madre. Betsy había sido una amiga y un padre, pero nunca pudo llenar el agujero que se formó cuando perdí a mi madre, nadie la podía traer de vuelta. De repente ese dolor estaba vivo en mí, no podía soportar la idea de que Chloe reviviera mi peor pesadilla, Anna me miró a los ojos, al ver mi rechazo a dejar que sea así.

—Hay cosas que no puedes sanar, Ellie, —concluyó con la necesidad de seguir adelante—. Bueno, conseguiré esas ropas y te buscaré un cepillo de dientes nuevo, necesitas limpiarte antes de encontrarlo y yo tengo una cita con el doctor así que… —Tomé su mano cuando paso a mi lado.

—Estará todo bien. —Prometí.

—Lo sé, —mintió.

—Encontraré una manera. —Dije, esperando que mi habilidad sea la cura—. ¿Cuánto tiempo tengo?



Se pausó y me sentí enferma. —Hay tiempo, —dijo, no tomándose mi promesa enserio. Ella apretó mi mano, pidiendo liberarse y se fue arriba a buscar las prendas.

Dejé el agua de la ducha correr demasiado caliente, tratando de probarme a mi misma que no estaba adormecida. El agua se sintió bien, como si estuviese lavando toda la desesperanza de mi vida, y me quedé más tiempo del que normalmente me quedaría. La bella sonrisa de William todavía quemaba en mi cabeza, pero traté de empujarla fuera. La mirada en los ojos de Anna me había dado un nuevo propósito y yo no la defraudaría. Tal vez sanar era para lo que estaba destinada. No quería volver, no quería ver a William. La mera idea de verlo dejaba un vació desgarrador en mi pecho, pero no iba a dejar que su juego infantil me disuadiera. Sin importar lo que pasara, estaba determinada a curarla, encontraría la manera.

Me metí dentro de los Levis ajustados de Chloe y en una remera rosa fuerte con corazones de diamantes de imitación en el frente, me cepillé los dientes y peiné mi cabello. Mi piel estaba agrietada y seca de una noche llena de lágrimas saladas, busqué por alguna loción, pero terminé en las cremas para arrugas y anti-edad de Anna en su lugar. De repente sentí una punzada de culpa al ver mi reflejo, mi cara de ochenta y nueve años era firme y con mejillas rosadas, mi pelo brillaba con diferentes tonos de marrón, no tenía nada de gris. Era la imagen perfecta de salud.

—Estás casi lista, —Anna llamó desde fuera de la puerta.

—Sí, ya salgo, —respondí. Coloqué los finos envases en su lugar en la esquina, tratando de recordar su lugar exacto—. Okey, estoy lista, perdón por tardarme tanto, pero la ducha sentía bien. ¿Necesitas ir a tu cita?

—En unos diez minutos, —dijo mientras bajábamos las escaleras.

—Debería ir contigo, —le propuse.

—No, tú debes ir a casa. Encuentra a William y escúchalo, si no te gusta lo que tiene para decirte, entonces dale una muestra de lo que piensas y termina con el tema.

—Creo que debería quedarme.

Ella rodó sus ojos. —No puedes, estoy oficialmente echándote. Es un gran asunto, Elyse, hay otros como tu. Es un nuevo mundo, necesitas ser una parte de él.

Metí mis ropas sucias dentro de mi bolso y la seguí hacia la puerta principal. —Supongo que tienes razón, —respondí, pero mi razonamiento era diferente, era la única manera que tenía para aprender como sanarla.



—Malditamente cierto, —Dijo, no puedes huir de tus problemas, Ellie.

—¿Estarás bien yendo sola por tu cuenta? Tienes que tener cuidado, si alguien te sigue, tienes que llamarme. —Me dio una mirada obstinada.

—Soy una mujer madura, Elyse, estaré bien.

—Por lo menos mantén tu teléfono prendido.

La abracé para despedirme, preguntándome cuánto tenía para poder ayudarla. Ella me apretó tanto como su pequeño y frágil cuerpo le permitía, sin miedo a traspasar los límites. Éramos tan unidas como siempre lo fuimos, sin momentos incómodos o conversaciones vacías, sólo amistad genuina.

Hermanas de sangre de por vida.

12

Traducido por DarkVishous
Corregido por Caroliberta y Clyo

El viaje a casa fue largo y no pude dejar de notar que sólo había aumentado más el peso de mi equipaje mental. Aunque mi visita con Anna fue reconfortante y ayudó a aclarar las cosas en términos con William, su enfermedad estaba añadida a mis preocupaciones, y cuanto más lejos me sentía de ella, más impotente me sentía. *Una cosa a la vez*, me recordé. Volver a casa era la respuesta a los problemas de salud de Anna, la única manera de averiguar lo que necesitaba hacer para curarla.

Una parte de mí deseaba a William no cedía. Quería que el tren vaya más rápido por el. Era irracional y un poco tarde, pero me impulsaba tan fervientemente como me había expulsado. Sabía que verlo jugaría un papel en la curación de Anna, que tal vez él podría decirme lo que necesitaba saber, pero no podía escapar del hecho de que *quería* verlo. No importaba lo duro que tratara de empujarlo hacia afuera, el anhelo había enredado sus raíces en torno a mi sentido de la razón, y se mantenía, siempre presente.

Después de que bajé en mi parada, casi corrí las pocas cuadras entre la estación y mi lugar. Cuando finalmente doblé la última curva, algo en mí esperaba verlo, el alivio fue doloroso cuando él entró en mi vista como el sol naciente. Sentado en el porche, con las manos cruzadas sobre las rodillas, estaba esperando. Volvió la cabeza al oír el sonido de mis pisadas sordas, su cara cansada y derrotada. No había una sonrisa estimulante que admirar. Nuestras miradas se encontraron, su comunicativa preocupación, fue mi rendición incuestionable.

—¿Cuánto tiempo has estado aquí? —traté de hacer que mis palabras fueran serenas y firmes.

—Toda la noche, —dijo, todavía sentado.

—¿Dormiste aquí?

—No, no dormí mucho.



No podía descifrarlo. Éste no era el comportamiento de alguien tratando de manipular, y si lo era, se lo estaba llevando un poco lejos.

—¿Por qué? —le pregunté suplicante. Necesitaba respuestas.

—Estaba preocupado. Kara me contó sobre la chica. ¿Por qué huiste, Ellie?— lo miré perpleja. ¿Estaba jugando a más juegos? ¿Acaso no era obvio, porque me había escapado?

—¿Qué pasó? —Él se levantó mientras hablaba, su frente fruncida con preocupación.

No podía hablarle sobre Anna, pero cuanto más pensaba acerca de su mentira, más frustración empezaba a construir. Las emociones en conflicto me enfurecieron, y me moría de ganas de ser fuerte y decirle los pensamientos con los que había estado practicando.

—Te has estado burlando de mí, —repliqué, mi voz quebrada mientras mis lágrimas brotaban. Traté de calmarme, pero el resto salió con un desorden de preguntas. ¿Por qué estás aquí? ¿Por qué me haces esto?

—¿Por qué esperar aquí? ¿Por qué...?

—¿Cómo pude haberme burlado de ti? —preguntó. Él estaba más cerca de mí ahora, mostrando sus rasgos más llamativos, como armas feroces, cada uno luchando contra mi voluntad para enfrentarme a él. —¿Qué he hecho?

Sus rojos labios estaban a mi alcance, húmedos y listos. Yo les deseaba y recordaba tan clara y simplemente como él había sido—. Me mentiste, —susurré—. Me engañaste para que me enamorara de ti.

Abrumada y angustiada, me volví para escapar por la calle, pero dudé al recordar las palabras de Anna. *No se puede huir de los problemas, Ellie.*

Un par de brazos finamente esculpidos me envolvieron para calmar mis hombros temblorosos. Sentí su rostro enterrarse en el fondo de mi pelo, su cuerpo presionando fuertemente contra mi espalda. Suspiré profundamente, no podía negarme al placer de su tacto.

—¿Eso es lo que piensas? —su pecho se sacudió mientras reía.

—No es divertido, —le dije, separándome de mala gana—. ¿Por qué te ríes? —Di la vuelta para mirarlo.

—Tú me amas, —dijo sonriente.



—Sólo porque has estado manipulando mi corazón y mis sentimientos, o lo que sea que hagas. Kara me dijo que tu linaje provenía de Afrodita. Sabes, es cruel jugar con las emociones de las personas.

—Elyse, mi poder no funciona así, —dijo, todavía sonriendo de oreja a oreja.

—¿Qué quieres decir? ¿Cómo qué?

—Es decir, tienes que estar en presencia de la persona para que sea eficaz. Además, sólo lo he intentado una sola vez, y no es una cosa permanente.

Todavía estaba escéptica. Tal vez fuera sólo la negación, porque era demasiado bueno para ser verdad. Me crucé de brazos protectoramente sobre mi pecho. ¿Cómo podía estar segura de que esto no era sólo una parte de su juego?

—No lo sé, —dije, con expresión dudosa.

—Que obstinada, —sus ojos verdes se afilaron y de repente la sensación de familiar euforia comenzó a extenderse. No podía hablar. La sensación era muy fuerte, como mariposas sin los nervios, y era más sugerente de entusiasmo que de amor. Era casi imposible pensar otra cosa más que su brillantez. Era una víctima de ella, una esclava de su propia existencia. Algo me obligó a darle el gusto, y sabía que, sin duda en mi mente, me gustaría darle todo lo que él pidiera. Después de un momento, sus ojos se cerraron, moviéndose rápidamente hacia atrás mientras esperaba que me recuperara.

—Oh, —jadeé, ruborizándome con vergüenza mientras la sensación se disipaba. Me quedé horrorizada al instante de mi absurdo comportamiento, pero también totalmente tranquila de saber que William no era el villano por el que le había hecho pasar.

—… lo que significa, —continuó—, que me amas, como dijiste.

Me quedé mortificada por mi confesión.

—Bueno, ¿Cómo iba a saber? —le pregunté, un poco avergonzada.

—Podrías haber preguntado.

Esa habría sido probablemente la respuesta más racional—. Lo siento, —murmuré.



William parecía volver a su estado normal, satisfecho con mi triste excusa de una disculpa. No sabía que decir, pero él no necesitaba palabras. Él me acercó más, nuestros rostros casi se tocaban. Alargó la mano hacia mi cara, y me sostuvo con ambas manos mientras abría su boca en la mía. Sus labios eran una almohada suave y delicada, moviéndose en un ritmo perfecto con los míos. Su aliento era cálido y sabía a menta, y con cada roce de sus labios mi pulso aceleraba el envío de sangre caliente a través de mi cuerpo. Cuando sus labios salieron de mi boca, no se apartó, pero se quedó cerca, y viajó desde mi mejilla hasta mi oído.

—También te amo, Ellie, —susurró.

Me fundí con el sonido de su rugiente voz, pero dudaba preguntárselo de nuevo.

—¿Cómo puedes estar seguro de hacerlo?

—Bueno, soy una especie de experto, —bromeó.

—Cállate, —Me reí—. Así que supongo que después de esperar toda la noche en mi puerta, ¿es posible que quisieras entrar?

—No, en realidad, estaba pensando sentarme aquí un par de horas más.

Rodé mis ojos y esbocé una sonrisa.

—Sí, voy a entrar, —dijo tranquilamente.

—Bien, porque necesito explotar tu cerebro. Tengo algunas preguntas, —le dije, abriendo la puerta.

—Tengo algunas preguntas también, en realidad, —añadió de repente, más grave—. ¿A dónde fuiste?

—A un motel, —mentí mientras subíamos las escaleras de mi apartamento.

—Linda camisa, —agregó suspicaz—. No pensé que te gustaban los diamantes de imitación.

—Oh, sí, Bueno, Kara manchó de sangre mi ropa, así que yo… recogí éstas en una tienda cercana de segunda mano. Era todo lo que pude encontrar. —Tiré el bolso al sofá—. Ya vuelvo. Quiero ponerme algunas de mis propias cosas. —La culpa se estableció de inmediato mientras me arrepentía de la mentira, pero necesitaba algún tiempo para considerar la



situación con Anna. Estaba segura de que William no aprobaría lo que había planeado.

El tiempo era soleado y perfecto desde ayer, así que me puse unos pantalones cortos de jean y una sencilla camiseta azul. Pasé los dedos por mi pelo liso, y me pellizqué las mejillas para traer algo de color a mi cara.

—¿Estás vestida? —preguntó William desde atrás de la puerta.

—Sí, —contesté, y él asomó su cabeza, su pelo caía sobre sus ojos en la que forma que a mí me gustaba.

—Entonces, ¿acerca de qué deseas explotar mi cerebro? —preguntó, pateando sus apagadas chancletas y subiendo a mi cama tamaño queen.

—Oh, —me pregunté cómo empezar mi pregunta. No podría muy bien preguntarle, *Entonces, ¿cómo puedo curar a mi amiga humana de cáncer?,* especialmente, después del episodio de anoche—. Tenía curiosidad sobre saber más acerca de mi capacidad. No estoy segura de cómo curar algo que no sea una herida abierta.

—¿Cómo qué? —preguntó.

—Cómo… un ojo negro, —improvisé.

Él asintió con su cabeza, preguntándose a sí mismo—. Para ser sincero, no lo sé. La única razón por la que supe cómo podías curar tu pierna fue a causa de Kara. No estoy seguro de cómo lo sabía, pero la noche en la que te apuñaló con la espada, me dijo cómo sanar la herida.

Me senté hacia atrás en mi silla de escritorio para enfrentarme a él—. No me acuerdo de eso.

—No lo harás. Parte de su habilidad, es que ella puede hablar con otros telepáticamente.

—Entonces, ¿ella te lo dijo con su mente?

—Sí, —respondió indiferente—. Sin embargo, deberías preguntarle a Iosif. Él lo sabrá.

Lo observé con curiosidad desde el otro lado de la habitación, dándome cuenta de las pequeñas cosas que lo hacían tan singularmente bello. Echó un vistazo a la hilera de libros que había alineado en mi mesita de noche para facilitar el acceso.



—¿*Romeo y Julieta*? —observó quitándolo de la mesita— Si el amor fuere áspero contigo, sé áspero tú con el amor. Hiere al amor cuando él te hiera a ti y así lo rendirás. —Él me lanzó una mirada de infarto—. Esa es mi línea favorita. —Se tomó su tiempo hojeando las páginas.

Todo en él parecía no menos que perfecto. ¿Cómo su espeso cabello, del color de miel dorada, siempre parecía reflejar la luz cuando él pasaba los dedos por el? ¿Cómo el color verde de sus ojos peleaba con el marrón presionándolo hasta un lejano borde? ¿Cómo sus labios, en forma para el beso perfecto, se deslizaban por encima de sus dientes en una sonrisa que casi me cegaba. Era una sonrisa contagiosa que llenaba la habitación y llamaba la atención inmediatamente. Su cuerpo era robusto y duro, y las rústicas sutilezas de su rostro le daban el aspecto de un hombre, no de un niño. Me sentí como si pudiera pasar horas o incluso días examinando cada detalle, cada imperfección, cada mancha de color en su piel.

—¿Estás seguro de que tu habilidad no hace...?

—¿Qué? —preguntó ansioso por escuchar el final de mi frase.

—¿Tiene efectos duraderos?

Se echó a reír—. Tú dime.

Mis encendidas mejillas me recordaron mi embarazosa confesión en los escalones de la entrada—. Preferiría que no.

—No, —respondió—. Nadie ha experimentado efectos a largo plazo.

—¿Ni siquiera Kara? —No había notado siquiera que la idea me había estado molestando. Yo la había enterrado, con la esperanza de que nunca tuviera que preguntar, pero tenía que saberlo.

Él suspiró y miró hacia otro lado—. Estaba preocupado por eso, —admitió.

—Así que hay algo entre ustedes dos.

—No, —me aseguró—. Kara... ella tiene problemas.

—En cierto modo me lo imaginé, —le dije, moviéndome para sentarme junto a él en la cama. Se deslizó de nuevo para apoyarse en la cabecera, y me situé a su lado.

—Solíamos ser los mejores amigos cuando éramos niños. Antes de la guerra, nos veíamos el uno al otro cada día. Era como una hermana,



realmente. Ya sabes, ella venía y jugábamos a policías y ladrones, nos escondíamos de nuestros padres durante horas, sólo para volverlos locos, rogábamos poder pasar la noche en casa de cada uno. Éramos bastante inseparables.

Me volví hacia él, mis ojos derivaron a la flexión del musculo de su mejilla.

—¿Qué sucedió?

—La guerra. Cuando comenzó, Kara y yo estábamos en nuestros cincuentas, sólo niños. No es una cosa fácil hacer amigos en una guerra, especialmente cuando tu padre es el líder de la rebelión. Kara era lo único que tenía. Cuando el Consejo se enteró de que ella era descendiente de Prometeo, la quisieron. Ellos querían la habilidad de leer los pensamientos. Entonces la capturaron.

Sentí abrirse mis labios con sorpresa—. Así que, ¿por qué ella está todavía con ellos, William? La guerra ha terminado, ¿verdad? ¿Por qué no sale?

—No puede salir, Elyse. No tiene opción.

—¿Por qué?

Colocó el libro que había estado hojeando de nuevo en mi mesita de noche y se volvió hacia mí. La respuesta era obvia para él.

—Ellos la van a matar. Van a matar a su familia.

Todo parecía tan desesperanzado. ¿De verdad esperaban que me pusiera en pie contra un enemigo tan cruel? Sentí que empezaba a doblarme bajo la superante presión. Tiré de mis rodillas hacia el pecho.

—¿Qué se supone que debo hacer, William? No soy una líder. No puedo... ¿cómo se supone que debo derrotar al Consejo? No es posible.

—¿Puedo ser honesto? —preguntó, inclinando la cabeza para encontrarse con mis ojos bajos—. No quiero que lo hagas.

—¿Qué?

—Es como mi papá me dijo, no hay nada seguro. ¿Qué pasa si tiene razón? Sabes, yo pensaba que iba a estar bien con él, contigo teniéndote, simplemente no me esperaba...

—No esperabas, ¿Qué?



—Que mi amor por ti se pondría en el camino. —Él la había dicho antes, la palabra amor, pero no le había creído. Esta vez, hundiéndose, mi protección se fue de repente y abruptamente—. ¿Qué sucedería si te lastimas o mueres? Nunca me lo perdonaría.

Quería cambiar de tema. Era demasiado difícil de pensar.

—¿Por qué mentiste? —e pregunté, obligándole a hablar de otra cosa. —Sobre tu habilidad.

Pensó sobre ello—. No mentí. Técnicamente, —añadió.

—Está bien, ¿por qué no me dijiste acerca de tu linaje?

—No lo sé. Fue una estupidez, —dijo sacudiendo la cabeza—. No quería que dudaras acerca de tus sentimientos. No quería que tuvieras evaluar si sentías o no lo que hacías o si estabas obligada a sentirte de esa manera. ¿Sabes que esto es real, verdad?

—Lo sé, —acepté. Era más real que cualquier cosa que jamás hubiera experimentado, y para ser honesta, no estaba muy segura de cómo manejar una realidad que se parecía tanto a mis sueños.

—Mira, —dijo, con la mano extendida hacia la parte de atrás de su cuello—. Hay algo más que tengo que decirte.

Podía sentir la forma de expresión preocupada en mi cara. Después de todo lo que había aprendido desde que lo conocí, no podía imaginar que hubiera más.

—¿Qué? —dije, temerosa de la noticia.

—Pensé que Iosif podría habértelo dicho, pero creo que él pensó que debería ser yo el indicado —primero.

—¿Es malo?

Se echó a reír—. Eso depende. No creo que sea malo.

Se sentó en la cama y me tomó de las manos—. ¿Sientes el ardor? —El familiar calor pulsaba entre nuestras manos.

—Sí— respondí, a la espera de la verdad.

Me di cuenta de que estaba empezando a ponerse nervioso. Tragó saliva antes de continuar—. Le ocurre cada quinientos años a dos personas.



—Lo sabía, —le dije, apretando los nudillos con fuerza alrededor de él—. Sabía que quería decir algo.

Él sonrió—. Nos ayuda a encontrarnos unos a otros, de modo que cuando lo hacemos, sabemos con certeza.

—¿Saber qué? —insté con impaciencia.

—Que vamos a ser los nuevos madre y padre, los padres de la próxima generación del oráculo.

Esperó por mi reacción, sin saber a ciencia cierta si sería buena o mala. —No lo entiendo, —dije, tratando de dar sentido a lo que estaba diciendo—. ¿Se supone que debemos tener un bebé? ¿Cuándo? —mi respiración comenzó a acelerarse—. ¿Ahora?

Se echó a reír, sintiendo mí histeria venir—. No, —me tranquilizó—. Ahora no. Sólo significa que te guste o no, estás atrapada conmigo. Un tipo de destino que tiene una manera de asegurarse que estemos juntos, como compañeros del alma. —Me besó la mano, calmándome—. Cuando estemos listos, en algún lugar allá lejos en el futuro, sí, se supone que debemos tener un bebé.

—¿Cómo podemos ser los padres de un oráculo?— pregunté, todavía dudando de la posibilidad de esa teoría. —Esas habilidades no están en ninguna de nuestras líneas de sangre.

—El oráculo no es realmente una línea de sangre. Es un fenómeno que ocurre cada medio milenio en una pareja diferente, independiente de nuestra descendencia. Esta vez somos nosotros.

Sabía que Will pensaba en esto como algo bueno, y tal vez yo también lo hiciera, pero me daba miedo que gran parte de mi futuro ya hubiera sido planeado para mí. Así que muchas personas confiaban en mí, tenían expectativas de lo que yo haría y lo que yo sería. Esto sólo era una cosa más de la que no estaba segura que fuera capaz de proporcionar. Pero me gustó la idea de que William era mi alma gemela, de que estuviéramos destinados a enamorarnos. Era lo que siempre quise.

—¿Estás bien? —se rió, echando una sonrisa dolorosamente hermosa hacia mí.

—Estas algo callada.



—Lo siento, —me tambaleé—. Creo que todavía estoy recuperándome de la conmoción de todo.

—Sí, no es exactamente algo que se oye todos los días.

El calor continuaba emanando entre nuestras manos, un recordatorio de que nos pertenecíamos mutuamente.

—Pero tienes razón, —le dije, tranquilizándolo—. No es una mala cosa, —Me incliné para besar sus labios suaves, disfrutando del momento, pero él se apartó mucho antes de lo que yo quería.

—Entonces, lo que estás diciendo es que, tú me amas, —bromeó.

—¿Tengo alguna opción?

Él no pudo contener la sonrisa—. No.

—¿Y ahora qué? —le pregunté, colocándonos de nuevo en la realidad.

—¿Te sientes con ganas de bajar conmigo? —miró su reloj— Es mi turno.

13

Traducido por Tphy
Corregido por anvi15

Desde el momento en que William y yo caminamos hacia Cearno's sabía que algo iba mal. Rachel, Paul y Nics estaban todos en la mesa, y sus manos se movían con ansiedad por la anticipación de que la puerta se abriera.

La sonrisa de William disminuyó.

—¿Dónde está Sam? —él preguntó, intentando ocultar su preocupación.

—Esperábamos que tú lo supieras, —contestó Paul mientras Nics apartaba su silla y se dirigía al baño, claramente molesta.

Fui empática con ella. Si ella sabía lo que yo sabia, podría ver por qué necesitaba irse. Mi estómago comenzó a apretarse en nudos que me hacían querer vomitar. Me olvidé de Sam. Kara había sido forzada a matar a la chica, pero ella no mencionó a Sam.

—Su teléfono seguramente murió, —agregué, esperando que fuese cierto—¿verdad?

—No lo sé, —dijo Rachel, sus ojos fijos en la mesa—. Sólo sigue sonando, y nadie está en su casa.

Miré a William, sabiendo que Kara le había contado sobre lo que sucedió, y vi un pequeño secreto en sus ojos.

—Se supone que él trabaja hoy, —dijo William, intentado facilitarle las cosas a todos—. Él estará aquí.

—¿Si El Consejo… —comencé a preguntar, pero William me miró tan agudamente que me silenció al instante. Rachel señaló con la cabeza a una joven estudiante que estaba en la mesa frente a nosotros, y masculló la palabra "humano". No me había dado cuenta que necesitábamos tomar tantas precauciones en este lugar, pero aparentemente, necesito captarlo rápidamente.

—Deberíamos volver allí, —dijo William, dándome un ligero beso en mi mejilla.

Los labios de Rachel se movieron en una pequeña sonrisa mientras él se iba.

—Así que ustedes chicos realmente lo han golpeado, ¿ah?



—Sip, creo que lo hicimos —contesté, esperando que la conversación alejara mi mente de Sam.

—¿Él te ha, ya sabes, persuadido ya a frotar sus pies o a prepararle el desayuno?

Le sonreí y me senté en una de las sillas vacías de su mesa.

—Aún no. Lo intentó y me hizo darle un beso, sin embargo.

—Espeluznante, —ella bromeó.

—Fue solo por un segundo. Pero él de hecho no lo hizo.

—Ajá, —ella actuaba como si no lo creyera.

Me estaba empezando a sonrojar.

—¿Deberíamos ir a chequear a Nics? —pregunté.

—A ella no le gusta que la chequeen, —contestó Paul—. Se cabrea.

Justo cuando iba a insistir en que fuéramos de todos modos, la puerta del baño se abrió de golpe y furiosa volvió a sentarse en su silla.

—Voy a matarlo —anunció—. Si él hace que me preocupe por nada, lo voy a matar.

—Relájate, él está bien —insistió Paul.

—Cállate, Paul —replicó Nics.

—Te lo dije, —él me dijo.

Entre más se preocupaba Nics, más estaba segura que algo le había sucedido a Sam, y que era mi culpa. Si no hubiera estado ahí, tal vez Kara no los hubiera seguido. Tengo que decir algo. Solo que no sé cómo.

—¿Alguien ha visto a Kara? —pregunté.

Los tres se quedaron en silencio.

—¿Por qué? —preguntó Nics.

Antes de que tuviera la oportunidad de responder, la puerta crujió.

—Es ella, —susurró Rachel. Podía sentir el miedo saliendo de ella—. Y Ryder.

Seguí a los otros, mantuve mis ojos abajo, a pesar de mi urgencia de voltear y echar una ojeada al famoso Ryder quien hizo que Kara asesinara a una inocente chica. El pensamiento me asustó. ¿Por qué estaba él aquí?

—¿Sam? —escuché que dijo Nics suavemente. Tuve que mirar.

Mis ojos encontraron a Ryder primero. Él era mayor, en sus cincuenta en términos humanos, con una áspera barba canosa en su rostro furioso. Vestía una

chaqueta negra y una cadena de oro en su cuello como los tipos de la mafia, y sujetaba a nuestro amigo atrás suyo por la camiseta, golpeado y ojeroso. Algo en Sam se veía diferente, y no podía decidir si era sólo por el abuso o si era por lo que todos tenían miedo… ellos lo habían envejecido.

Sujetándolo por el cuello, Ryder se dirigió hacia la chica humana.

—Vete —demandó, y ella salió como una flecha del café, abandonando sus libros—. Ustedes cuatro, —señaló con la cabeza a unos clientes, una familia de Descendientes, y apuntó hacia la puerta. Ellos obedecieron, mirándonos con remordimiento.

Tan pronto como estuvimos solos, Ryder lanzó a Sam con fuerza contra la pared. Su cuerpo absorbió el impacto y cayó al suelo.

—¡Oye! —chilló Nics, haciendo que todos nos pusiéramos de pie.

—Calla, o serás la próxima —Ryder le ladró.

William corrió hacia atrás, pero Kara debió convencerlo de que parara donde estaba, detrás del mostrador. Sus ojos estaban sobre él, y él no se movía.

Sam dejó salir un gemido de dolor mientras Ryder le daba una patada en el estómago. Impulsivamente, intenté alcanzarlo, pero no pude moverme. Mi cuerpo estaba trabado, congelado en mi lugar, incluso sin poder hablar. Intenté dar un paso, mover los dedos de mis manos y pies, voltear mi cabeza, pero la habilidad de Ryder, cualquiera que esta sea, me ha dejado sin movimiento.

—Hoy todos ustedes van a aprender un poco de control —Ryder se rió de sí mismo mientras recogía a Sam del piso por su cabello—. Si piensan que está bien romper nuestras leyes, piénsenlo otra vez.

Su puño golpeó otra vez el costado del rostro de Sam, haciendo que la sangre manara de su nariz. No podía voltear la cabeza y apartar la mirada, y me di cuenta, que ninguno de nosotros podía. Ryder nos tenía a todos congelados, y cada uno de nosotros era forzado a mirar sin poder ayudar a Sam mientras era aporreado por este demente enloquecido.

—Esta va a ser una advertencia para ustedes. Siempre van a haber consecuencias.

Sentía que las lágrimas corrían por mis mejillas, sabiendo que todo era mi culpa. Si pudiera mover mi cuerpo, estaba segura que intentaría controlar mis oscilantes sollozos.

Los violentos ojos de Ryder voltearon hacia mí.

—Y tú.



Mi corazón comenzó a golpear contra mi pecho. No tenía defensas, ni forma de escapar. Cualquier dolor que él intentara hacerme iba a ser insoportable. Su dura y áspera mano agarró mi mandíbula, pellizcando mis mejillas con sus fuertes dedos.

—No estoy seguro de lo que intentas lograr o cómo te las arreglaste para marcarte a ti y esos humanos, pero te estaré vigilando.

Su puño golpeó mi rostro antes de que lo viera venir. Solo podía respirar, inhalé profundamente y esperé el siguiente golpe. Vino desde el otro lado, y pude sentir la sangre fluir por un lado de mi mejilla. Cuando vino el tercero, el dulce alivio de la inconciencia me salvó.

Tenues voces me trajeron de regreso. Escuché por un tiempo antes de tener el coraje de abrir mis ojos.

—¿Cuál es su línea de sangre?

—No lo sé. ¿Quizás Sofrosina?

—Está empeorando.

—Me recuerda a la guerra.

—¿Qué creen que quiso decir con que ella arreglándoselas para ser marcada?

—Ni idea.

Sentí una mano en mi mejilla.

—Oye, —William dijo al notar que estaba despierta.

Intenté levantar mis párpados, pero estaban hinchados y no podía abrirlos del todo.

—¿Estás bien?

Asentí, pero no hablé. Por la esquina de mi ojo vi a Sam yacer junto a mí. Estábamos en mi cama, y las voces de Rachel, Nics, y Paul venían de la sala de estar de mi departamento.

—¿Está él? —pregunté sin hacer ruido.

—Está bastante mal.

Me senté lentamente, y mi cabeza comenzó a palpitar. Todo mi rostro se sentía como un globo mientras lo examinaba con mis manos.

—Aquí, —dijo William, tomando un cuchillo de cocina del velador en mi lado de la cama. Se cortó el pulgar como había hecho antes y esperó a que sangrara.

—Estoy empezando a hacer de esto un hábito, ¿no es así?

—Sip, ya basta, ¿quieres? —bromeó.



Mancho la sangre del pulgar con su otro dedo y lo aplicó sobre mi ceja izquierda, aliviando solo una fracción del dolor.

—¿Por qué lo haces así? —pregunté—. Tu pulgar no sanará.

—El izquierdo es venenoso, —me recordó, luego colocó su pulgar cortado sobre otra herida en mi labio derecho, sanándonos a ambos.

Nuestra mirada quedó capturada mientras su mano se demoraba, y acercaba su rostro lentamente al mío. Su beso trajo su propia clase de alivio. Todo estaría bien. Su suave boca se apartó con esfuerzo después de semejante experiencia, y me dejé llevar.

—Asqueroso, —se quejó Sam.

—Nada que ver aquí, —dijo William usando su mano como una pantalla de privacidad—. Sólo permanece inconsciente un poco más.

—Seguro, —gimió Sam—, no me importa.

—¿Te encuentras bien? —preguntó William, sin asomo de broma. No estaba segura de cómo lucía, pero esperaba que no fuera como Sam. Sus ojos ya estaban negros, y uno permanecía cerrado por la hinchazón. Pequeños cortes estaban diseminados aquí y allá, pero la mayoría de sus lesiones eran contusiones provocadas por los golpes y patadas. Todo su rostro era un hinchado desastre, y por sobre todo eso, yo estaba bien. Dejó de verse como de dieciocho a verse de treinta en un solo día. Me preguntaba exactamente cuántos años ellos habrían tomado de él, si es que incluso sabía el número.

Sam pestañeó.

—Sip, estoy bien. ¿Cómo luzco? ¿Alguna cana?

—No te preocupes, Nics aún pensará que estás ardiente —dijo William con una sonrisa.

—Cállate —dijo, intentando no reírse—. ¿Está ella aquí?

—Gracias por decirme que despertó, —dijo Nics, atravesando la puerta del dormitorio, Paul y Rachel la seguían.

Sam no intentó sentarse, o incluso moverse, pero su mirada permaneció fija en Nics.

—Me debes, —él dijo, intentando sonreír satisfecho con su labio superior hinchado.

Ella sacudió su cabeza, devolviéndole una sonrisa.

—Te dije que no lo hicieras.

—Aun así me debes.



—Eres un idiota.

—¿Cuánto te duele, de uno a diez? —preguntó Rachel.

Hizo una mueca mientras se movía.

—En algún punto entre 10 y 500.

Sonreí, contenta de saber que él aún tenía su buen espíritu.

—Yo puedo arreglar los cortes, —me ofrecí—, pero no sé cuánto sane la hinchazón.

—Tomaré lo que reciba.

Los cuatro se fueron, dándome espacio para tratar a Sam sin la presión de una multitud.

—Lamento no poder hacer más, —le conté, sanando el último corte de su rostro. La hinchazón aún era dura de ver pero no estaba segura cómo se suponía que sanaran esa clase de heridas. Me golpeé por no preguntar a Iosif cuando tuve la oportunidad.

Necesitaba averiguarlo.

—¿Estás bromeando? Se siente muchísimo mejor, —dijo, cerrando sus ojos.

Mi conciencia culpable se asentó. En mi mente, yo le había hecho esto a él.

—Esto es mi culpa, Sam, —confesé. Sus ojos se abrieron y me miró otra vez—. Kara me estaba siguiendo. Si no hubiera venido…

—No. No te dejaré tomar la culpa por ellos, —insistió—. Ellos me hicieron esto, no tú.

Se sintió bien oírlo liberarme de la culpa, y aunque yo aún me consideraba de cierta forma responsable, al menos no lo mantenía oculto preguntándome cómo podría odiarme por eso.

—Probablemente te sentirás incluso mejor si lavas toda esa sangre seca de tu rostro, —sugerí—. ¿Quieres que vaya por algo de agua caliente en el lavabo para ti?

—Damas primero, —dijo—. Tú tampoco te lo dejas demasiado fácil, —cerró sus ojos otra vez, desesperado por dormir, o quizás desesperado por escapar de lo que había sucedido—. Yo solo voy a descansar por un momento.

No podía imaginar cuan cansado estaba, por lo que él había pasado.

—Seguro, —me deslicé fuera de la cama y me dirigí al baño. Mi corazón se sentía ligero, como si fuera más fácil respirar ahora que tenía el perdón de Sam—. Gracias —dije, mirándolo otra vez—, por no culparme.



—Sin probles, Ma. —respondió con los ojos cerrados.

El agua caliente se tornó rosa mientras la recogía hacia mi rostro. Era un analgésico sobre mis doloridas mejillas, y temía ver lo que ellas debían parecer. Después que mi piel estaba limpia, enfrenté el espejo. Allí ya había un moretón formándose bajo mi ojo izquierdo, y el lado derecho de mi rostro estaba notoriamente más grande que el otro.

Nunca antes me habían golpeado, pero me hizo sentir fuerte, incluso pensar. Sobreviví, y quizás la próxima vez, sepa lo que va a venir. Habiendo sentido el dolor, tal vez mis instintos se sacudan y sea capaz de devolver el golpe.

Acerqué mi rostro al espejo, examinando mis heridas de guerra. No podía creer que él me golpeara. Un fuerte sentimiento se asentó en la boca de mi estómago mientras pensaba en Anna. Odiaba el hecho que Ryder supiera de ella, pero si él no me había tomado, castigándome como a Sam, ser marcada quería decir que estábamos a salvo.

—¿Qué crees que él quiso decir cuando dijo que yo estaba marcada? —le pregunté a William mientras venía a la puerta del baño.

—No lo sé, —contestó, tomando la toalla y limpiándome donde no lo había hecho—, pero eso pudo haber salvado tu vida.

Su toque se sentía bien, y me quedé quieta mientras él examinaba mi rostro.

—¿Tú crees que él pudo haberme matado? —le pregunté cuando terminó.

—Depende de lo que hicieras, —dijo mirándome con interés—. ¿Te sientes capaz de contarme?

Pensé en Anna. Toda mi vida he sido su secreto. Ahora ella era el mío.

Sacudí mi cabeza.

—No.

El resto del día lo pasamos viendo películas en mi nueva TV. Se sentía como la única cosa que pudiéramos hacer para distanciarnos de lo que había sucedido. Sam y yo obtuvimos los lados reclinables del sofá mientras los otros estaban tendidos sobre el piso. Era agradable estar con todos, con amigos, pero no pude apartar mi mente de Anna.

—Sólo se cuidadosa, ¿está bien? —le dije, en una furtiva llamada telefónica desde mi habitación.

—Nunca antes fue un problema, Elyse —ella respondió—. Estoy segura que nada pasará.

—Anna. Prométemelo, —demandé.



Ella miró al teléfono.

—Lo prometo.

Cuando todos se fueron, William insistió en quedarse. No protesté. De todos modos él estuvo durmiendo en mi sala de estar todas las noches desde que Kara irrumpió.

—William, ¿cómo fue que terminé viviendo sobre el Cearno's? —pregunté cuando estuvimos solos.

—¿Qué quieres decir?

—¿De todos los lugares? ¿De todas las ciudades? —reflexioné mientras me acurrucaba junto a él en mi cama—. Creí que Betsy sabía.

—Lo sabe —confesó.

Lo miré atónita.

—¿Cómo?

—Conocimos a Betsy desde el choque. Mi papá y yo fuimos los que te llevamos a su casa después de que sucediera.

El recuerdo regresó de prisa, el dolor fue repentinamente fresco en mi mente. Recordé la imagen del maltrecho auto que intenté borrar un centenar de veces, esos primeros días con Betsy, un dolor vacío que me consumía entonces. Pero por primera vez, algo sobre el recuerdo fue diferente.

—Tú eras el niño, —dije, haciendo la conexión. No necesitaba preguntar. Supe que era él. Él tenía esos mismos ojos tristes con los que me miraba ahora.

Él asintió.

—Nosotros íbamos de camino a visitarte por primera vez desde que tus padres se fueron. Mi papá dijo que la ventisca sería una buena tapadera. Cuando vimos el choque nos detuvimos. No sabíamos que era tu auto. No había nada que pudiéramos hacer por tus padres, pero tú aún estabas viva.

No sequé las lágrimas mientras caían libremente por mis mejillas, pero esta vez no eran únicamente lágrimas de pesar. Era otro sentimiento el que acompañaba la tristeza. William había estado ahí todo el tiempo. El pensamiento era reconfortante.

—No tenía ni idea —dije.

—Me senté contigo en el asiento trasero durante el trayecto. Tú estabas helada, pero fue la primera vez que sentí que mi piel quemaba junto a la tuya.

Noté el calor de su brazo junto al mío y sonreí. Me estaba acostumbrando.



—Fuimos a visitarte a menudo después de eso. Mi papá siempre decía: “El tiempo se va cuando vez a la chica con la que te casarás”.

—Yo nunca te vi —dije, muy tímida para responder la última parte de su oración.

—No se supone que lo hicieras.

No podía creer que Betsy guardara esa clase de secretos de mí, pero supe que ella sentía que era por mi propio bien, para mi protección. ¿Qué pensaría ella ahora, sabiendo que estaba en el centro de todo esto? Sentí que el sueño venía mientras pensaba en ella.

Finalmente vino a visitarme en mis sueños.

—Gracias —dije, cerrando mis cansados ojos.

—¿Por qué? —preguntó.

—Salvarme.

No habíamos planeado dormir juntos en mi cama, pero ahí fue donde terminamos. ¿Por qué no? Me dije mientras me dormía, usando su pecho como almohada.

14

Traducido por AlDaRa
Corregido por anvi15 y Clyo

Desperté junto a William, estábamos emocionados, nos dimos cuenta de la horripilante y embarazosa situación. Abrí mis ojos a la tenue luz de la mañana, para encontrarlo mirándome fijamente.

No pude sacar a relucir una imagen más grata en los primeros momentos de mi día, pero ¿cuánto tiempo se había quedado el viéndome? Le devolví la sonrisa precavidamente, tomando nota de sus piernas extendidas y su cabello relamido. Sonreír provocó que mis mejillas dolieran, y recordé mi rostro. Debo lucir como un total desastre.

—Hola, — me las ingenié para sentarme y colocar mis rodillas sobre mi pecho.

—Hola, — rió entre dientes. —¿Cómo te sientes?

—Mejor, — respondí, sintiendo las zonas adoloridas con mis manos—. ¿luce mal?

Se encogió de hombros.

—El morado se ve bien en ti.

Me reí.

—Genial.

—La buena noticia es que el descanso parece estar trabajando a la perfección en tu cuerpo. —Le dediqué una mirada de extrañeza—. ¿Te cuesta levantarte de la cama, eh?

—De verdad, — gemí. Que humillante. ¿En que estaba pensando, dejando que durmiera en mi cama?

—De hecho, está bien. Eres menos tímida en tus sueños. —Dijo, sentándose en la cama y recargándose contra la cabecera.

—¿Cómo asi? —dije ansiosa.

—Seria un poco como subestimarlo si digo que te acurrucas—, dijo con una sonrisa de satisfacción.

Reí con dificultad mientras intentaba esconder el moretón y mi maltratada cara detrás de mi cabello rebelde. El pensamiento de mi cuerpo sucumbiendo rápidamente a la lujuria natural de William tan pronto mi mente consiente se



apagaba era desconcertante. Quien podría saber lo que mi profundo y aburrido subconsciente deseaba dar a conocer en la noche. Tuvo suerte de que no lo sofocara. De repente, la imagen de un niño estrangulando a su nueva y querida mascota más allá de su capacidad, acompañó mis pensamientos.

—Debiste moverte hacia el sillón. — Esperaba no haberlo despertado toda la noche.

—¿Estás bromeando? Entre más Elyse mejor.

—Pero ¿qué pasaría si te abrazo hasta la muerte o algo por el estilo? — le pregunté, por una parte para sacar información y por otra, considerando la posibilidad de tal cosa.

—Bueno, si eso pasara no podría considerar una mejor manera de irme. "Ven muerte y sé bienvenida. La voluntad de Elyse es esa."

—Así es, Romeo—, sonreí a su ingeniosa referencia, —pero te das cuenta que él muere al final ¿no?

—Un riesgo que estoy dispuesto a tomar.

Miré el reloj con arrepentimiento. 11:26.— Pienso que debemos levantarnos, —dije sin entusiasmo.

—Si, tenemos clases pronto.

Tan pronto como William se dirigió al baño, me estiré de nuevo, enterrando mi cara en el montón de sabanas que habían capturado su permanente aroma. De pronto, de la nada, tocaron a la puerta. Bajé las escaleras en mi pijama, esperando a Rachel o Nics.

—Déjame entrar, —demandó Kara, empujándome de lado mientras respondía a la puerta.

—Wow, —dije mientras pasaba sobre mí hacia las escaleras.

—¿Quién es? —preguntó William.

—Yo, —dijo ella.

Los encontré a los dos en la sala de estar y mantuve mi distancia.

—¿Qué estás haciendo aquí? —dijo el sin darle la bienvenida.

—Estoy feliz de verte a ti también.

—¿Qué está pasando? —pregunté con una voz furiosa.

En realidad no la había perdonado por quedarse atrás y ver cómo nos molían a golpes a Sam y a mí.

—Linda cara, —dijo Kara burlona.



—Basta, —dijo William, tomándola de la muñeca y llevándola a la puerta—. Sál de aquí.

Ella se soltó con el brazo libre— ¿Éstas son las gracias que me das por salvar a tu pequeña novia del tormento?

William me miró, después a ella.

—Explícate, —exigió.

—Elyse es la que se tiene que explicar. ¿Quieres decirle tu pequeño secreto o yo lo hago?

Sacudí mi cabeza. No estaba lista para decirle a William sobre Anna.

—Elyse, ¿Que es? —preguntó con urgencia. Sus ojos estaban centrados en mí, como si tuviera una granada a punto de explotar.

—Mi mejor amiga es humana, —admití—, vive en Oakland.

—Ella pasó la noche allá, —agregó Kara.

Pasó sus dedos por su cabello, peinándolo hacia atrás y alejándolo de su rostro—. ¿Así que, ahí es donde estabas cuando no llegaste a casa?

Asentí. —No sabía nada de esto cuando la conocí. La conozco de la mitad de mi vida. Ella y su hija son tan buenas como una familia.

—¿Qué sabe ella? —preguntó William.

—Todo, —respondió Kara por mí.

El movió la cabeza —¿Qué hay de la hija? ¿Qué sabe ella?

Kara me miró por la orilla de sus ojos y dijo—. No mucho.

La cara de él mostraba dolor y estaba llena de furiosa preocupación, pensó en lo que tenía que decir. Se sentó en el sofá, con los ojos apuntando al piso.

—¿Por qué Ryder no las mató? — Preguntó perplejo.

Kara se encogió de hombros.

—Están marcadas.

—¿Eso qué significa? —pregunté y me acerqué cuando pude ver que no era una amenaza.

—Significa que se les concedió amnistía. Son intocables. No lo entiendo. Nunca había escuchado que un humano fuera marcado antes. Eso no ocurre.

—¿Intocable? Según tu camarada Ryder, Elyse está marcada. No vi que le importara mucho a él.

—Fue lo mejor que puede hacer ¿de acuerdo? —escupió Kara.



—¿Qué se supone que significa eso? —preguntó él, empezando a frustrarse por ella.

—Iba a matar a Elyse, —gritó—, no tenía otra opción.

El se paró rápidamente, nervioso.

—Kara, ¿Qué es lo que hiciste?

Pidió disculpas con los ojos.

—Tenía que decírselo William.

—¿Qué? —rogué—. ¿Le dijiste qué a quien?

—Tenemos que irnos, —insistió William—, ahora. —Tomó mi saco del perchero y me lo lanzó.

—¿Por qué? —pregunté confusa.

—Les dijo en dónde estabas, Elyse, —gritó William.

—Tenía que, —respondió—. Sabía que no la tocarían si sabían que ella sería la nueva madre, pero eso fue todo. Fue todo lo que les dije.

—Sabías que la investigarían desde ahora. ¿Qué pasará cuando hagan la conexión con la profecía? —preguntó William con la voz cortada.

—No se, —respondió con remordimiento.

William tomó mi bolsa y me llevó hacia la puerta, dejando a Kara de pie y sola en mi sala de estar.

—No puedo creerlo, —dijo William murmurando para sí, mientras manejaba como maniaco hacia el instituto—. Después de todos estos años manteniéndote en secreto, ella va y habla.

—Tenía que, —la defendí—. ¿Preferías que me hubiera matado?

Su cara se mantuvo firme y enojada hasta que llegamos, pero no pude decirle que él estaba tan agradecido con Kara como yo.

—No.

—No puedo creer que él iba a matarme, —pensé en voz alta.

—No puedo creer que no matara a tus amigos.

El pensamiento me paralizó. Anna y Chloe estaban en peligro por mi causa.

La idea de que ellas serían asesinadas solo por conocerme me pareció demasiado loca para ser verdad.

—¿Cómo fue que se salieron con la suya, matando tanta gente inocente?

—Ellos dicen que es por un bien mejor, —respondió el honestamente.



Me sentí muda por unos momentos, mirando a la ventana mientras cruzábamos las calles. El silencio lo apuró a hablar.

—Es un retroceso completo, lo sé, —admitió—, pero se salieron con la suya por que pidieron nuestra protección, no hay otra manera.

—¿Qué nadie ve la injusticia? —me hace sentir enferma el solo pensar en ello.

—Sabemos que está mal, pero ¿Qué podemos hacer?

Solo una respuesta parecía ser la apropiada.

—Peleen, —retrocedí, pero él movió la cabeza.

—Hemos intentado pelear, no funcionó. —Respondió, estacionándose en un lugar—. Y según la profecía, eso no funcionara sin ti.

Suspiré y salí del carro cerrando la puerta detrás de mí.

—¿Qué se supone que tengo que hacer?

—No lo sé, —me dijo viéndome sobre el techo del carro—, no quiero que se haga realidad tanto como tú, pero esa es la razón por la que peleamos por ellos. Es la verdad.

Caminamos en silencio por unos pocos minutos, pero me encontraba demasiado frustrada para quedarme callada. Sentía los ojos de William sobre mí, viendo y aguardando para que dijera algo.

—Bueno, es una locura, —respondí—. ¿No es cierto?

¿Por cuanto tiempo, las cosas habían estado así? Una cosa era, retener habilidades por la seguridad de las comunidades, pero ¿matar a gente inocente? ¿Y que esperaban todos que yo hiciera para arreglarlo?. Me detuvo en medio del laberinto que era el estacionamiento para responderme directo a la cara.

—No, locura es poner a las personas que amas en riesgo, para enfrentar una fuerza que indudablemente te destruirá, con un puño de acero que evaporara hasta la más pequeña memoria de tu existencia. Eso es locura. ¿Por qué todos se arriesgarían si saben acerca de la profecía?

—¿Qué tal si la profecía ni siquiera fuera real? ¿Qué si Christoph solo la hizo para tener a las personas esperando por alguien que nunca llegara?

—La profecía es verdad, Elyse. Mi padre la escuchó directamente del oráculo.

—Si es verdad, ¿Por qué Christoph no solo me mata y termina con esto? ¿Por qué no eliminar al enemigo antes de que todo empiece?

—Eso es lo que me temo.



15

Traducido por Fran:)
Corregido por Afroday y Clyo

Nuestra conversación había generado un mundo lleno de emociones para las que no estaba preparada. No había manera de saber a qué atenerse. Si yo estaba realmente en peligro, ¿qué pasaría si ellos vienen por mí? Todo lo que podía controlar eran mis propias acciones, mis propias decisiones, y en este momento necesitaba averiguar qué hacer con Anna antes de que fuera demasiado tarde.

La simpatía brilló a través de la expresión suave de William cuando entramos en el ascensor. Sólo un hombre se unió a nosotros y cuando le miré, de inmediato empecé a oler lavanda. La fragancia floral al instante me hizo relajarme, y por un momento dejé de lado mis preocupaciones. Me sentí como si estuviera recibiendo un tratamiento de aromaterapia. Cuando el hombre salió, me guiñó su ojo azul y se llevo la esencia con él.

—Gracias Henry, —dijo William, cuando la puerta estuvo cerrada.

—¿Qué fue eso? —Le pregunté cuando tomamos el ascensor hasta el piso superior.

—No lo sé. Normalmente, él huele como el chocolate. Supongo que pensó que parecías estresada.

—Lo estoy, —le dije, cuando entramos en la masa de estudiantes Descendientes. Los que pasaban mirando mi cara hinchada—. Necesito encontrar a Iosif.

—Okey vamos, —dijo William decididamente. Obviamente él asumió que necesitaba consejos sobre cómo hacer frente a los nuevos conocimientos del Consejo, y tal vez me gustaría preguntarle sobre eso, pero mi principal preocupación era Anna.

—Creo que debería ir sola, — le dije, parándolo en seco.



Me miró y me di cuenta de que pensó que estaba molesta con él acerca de nuestra conversación.

—Claro, —respondió él y me soltó la mano. Pensé en explicarle, pero no había nada que pudiera decir. No podía saber acerca de mis planes para Anna. Sabía que iba a tratar de detenerme, así que le permití pensar que estaba loca y se volvió para situarse al lado de la puerta de la oficina de Iosif sin decir una palabra.

El profesor contestó antes de que yo llamara.

—Por favor, entra, —me recibió con una sonrisa mostrando los dientes destrozados.

—Hola, —le dije, mientras cerraba la puerta detrás de mí.

—Pensé que podrías estar de regreso. —Parecía satisfecho de sí mismo, y se sentó detrás de su escritorio inclinándose hacia adelante con interés—. Debes de tener más en contra de lo que originalmente el Consejo había pensado. —Sus ojos se desviaron de mí cuando se dio cuenta de los moretones en mi cara—. ¿Cómo puedo ayudarte querida?

Aunque la respuesta a su pregunta me vino a la cabeza de inmediato, pensé cuidadosamente en cada palabra para decirle.

—Bueno, pensé que tal vez podrías decirme algo más sobre mi habilidad, —expliqué, sentándome a mirarlo de frente. Él no necesitaba saber más que eso.

Su expresión se volvió curiosa—. ¡Ah! pero hay otra razón. Un objetivo específico que pretendes lograr y es por eso que esperas aprender de tu capacidad. ¿Estoy en lo cierto?

Estaba más que en lo cierto. Él estaba súper cerca. Mi corazón empezó a latir con fuerza. ¿Sabía lo que estaba planeando? ¿Fue un crimen pensar en curar a un ser humano? Debería haber esperado esto. Estaba en una escuela para personas con habilidades especiales, y aquí estaba yo, tratando de sonsacar información de uno de los más viejos profesores. Me sentía estúpida por no tener en cuenta el hecho de que él podría ser capaz de descifrar mi plan. Me mordí el interior de mi labio superior. Esta fue una mala idea.



—Te aseguro que estoy de tu lado niña, —continuó—. El destino te ha elegido para hacer su voluntad y me designó para ayudarte en el proceso. Sea lo que sea que no quieres que sepa está a salvo conmigo.

No me gustaba que él pudiera llegar tan cerca de mis pensamientos de Anna. Incluso si él estaba tratando de ayudarme, lo mejor para él era hacerlo en la oscuridad.

—Entonces, ¿cuál es su habilidad? —Le pregunté cambiando de tema.

—Intuición. —La fuente de las líneas profundas en su rostro se hizo evidente mientras sonreía ampliamente—. Mi linaje es de Metis. No sé tus pensamientos, pero puedo sentir la esencia de los mismos. No dejes que esto te asuste. Estoy aquí para ayudar.

Su rostro aún tenía una sonrisa amable por lo que es difícil no confiar en él, pero tan pronto como volvió a hablar, la ligereza de su expresión cayó.

—Este objetivo, se supone que debes de asegurarte de cumplirlo. Sea lo que sea lo que necesitas saber. Estoy aquí para dar las respuestas. —La sinceridad de su voz no era nada para ser interrogado.

—¿Por qué harias eso? Ni siquiera sabes lo que es.

—Mi esposa me dijo. —Parecía encontrar humor en las palabras también.

—Pero como sabes, mi esposa no es una mujer común y corriente.

Aunque se refería ligeramente al oráculo, recogí la referencia al instante. Ella seguía entrometiéndose, todavía tirando de las cuerdas, tratando de controlar el resultado de mi futuro.

—Ella está aquí para ayudarte y se está poniendo a sí misma en gran riesgo para ayudar en el éxito de tu destino.

—Mi destino. —La idea de alguien trazando mi futuro por mí era inquietante, sobre todo cuando yo tenía mis propios planes. Pero que esta mujer hubiera visto algo en mi futuro que valiera la pena arriesgar su seguridad no ayudaba tampoco—. Quería hablar contigo en realidad.

—Sé que luchas contra la verdad, pero esta se revelará ante ti.



—¿Incluso si tengo otros planes?

—Me imagino que sí. No importa qué camino tomes, te llevará a donde necesitas estar.

—¿Qué pasa si el camino que tome implica romper la ley de los Descendientes?"

Se rascó la barbilla y sus labios se juntaron en una aprehensiva línea apretada—. Tus decisiones dictarán el curso, pero el final se jugará como estaba predicho.

—Sé que mi habilidad funciona si aplico mi sangre directamente sobre una herida, —dije llegando al punto.

—Sí. Obviamente, cuanto mayor sea la herida, más sangre te verás obligada a sacrificar. —Sabía que con el fin de curar tendría que infligirme dolor a mí misma, pero todavía pensando en eso hizo que mi estómago se revolviera. Temía la respuesta a mi siguiente pregunta.

—¿Qué pasa si lo que quiero curar no es una herida sino un cuerpo?"

Recogiendo la esencia de mi pensamiento, Iosif me dio una inclinación de cabeza de entendimiento—. Eso es algo que viene con un gran riesgo para ti. —Sus ojos se centraron en mí con atención, midiendo mi reacción.

—Está bien, —acepté, sentándome con la espalda recta en la silla. Sabía que habría consecuencias, pero yo estaba dispuesta a pagar el precio.

—En el caso de un cuerpo enfermo, la persona tendría que ingerir la sangre como medicina, pero dependiendo de la severidad de la enfermedad... la cantidad que tendrías que dar podría ser mortal.

Mi corazón casi se detuvo. ¿Matarme? Tenía que estar segura.

—Para curar un cuerpo de cáncer avanzado por ejemplo...

—Sería un sacrificio, —concluyó.

Había supuesto que tendría que huir, esconderme, luchar contra el Consejo, pero nunca espere el solo hecho de matarme. Necesitaba un segundo para digerirlo. Miré mi pulgar, que casi había quedado en carne



viva y me obligué a parar. No podía estar en lo cierto. Mi cuerpo estaba destinado a curar. ¿Cómo podría ser tan débil? Tenía que haber alguna otra manera, una laguna, un truco.

—¿No se podría sacar poco a poco en vez de todo a la vez? ¿Guárdala hasta que tenga suficiente?

—Una vez que la sangre se mantiene fuera de tu cuerpo, pierde el efecto. La única manera es hacer una transferencia inmediata al ser herido.

Mi único rayo de esperanza se apagó como un fósforo en un día ventoso. Mi sacrificio, o mejor dicho mi muerte, era el coste de la curación de Anna.

—Sé que debe ser difícil de escuchar, no es lo que esperabas, —simpatizó.

—No es lo que yo esperaba, —admití—, pero si es la única manera... Resulta que yo no soy tu chica de la profecía, después de todo profesor.

—Las profecías no son para ser interpretadas o arregladas. Se desarrollan a su antojo, nos llevan a todos por sorpresa. Tu sacrificio podría ser la causa de la guerra que pone fin al Consejo. No hay manera de saberlo.

Si lo que decía era cierto, sólo una de las dos cosas iba a suceder. Anna iba a morir, o lo haría yo. La idea era devastadora. Me sentí enferma e insensible y hueca, al igual que mi ser que se había chupado mi cuerpo.

—Creo que acabo de ayudarte en algo que es muy posible que cause tu propia muerte.

—Sí, —respondí decididamente—. Creo que sí.

Cuando Iosif se disculpó de nuestra reunión, me encontré con William que me esperaba en el pasillo esperando respuestas. Estaba agradecida de que en ese momento sus ojos, que llevaban toda la belleza de la tierra y el cielo infinito, no podían dar testimonio de los restos que desmenuzaban mi amor enfermo. Si Iosif estaba en lo cierto, y yo



elegía salvar a Anna en el lugar de mi propia vida, iba a romperme, y cuando pensé en perderle, sentí un nudo en mi garganta. No podía permitirme llorar.

Verlo me hacía cuestionar la decisión que había considerado ya hecha. De repente, no sabía si podía ir a través con él. Después de todos estos años, que por fin había encontrado el amor. No era justo que tuviera que acabar tan pronto. Antes de William, habría muerto por Anna sin pensarlo dos veces, pero como él me miraba, pude ver el amor en sus ojos. Él me necesitaba, también. Tal vez era egoísta, pero tenía que haber otra manera.

—¿Bien?, —me preguntó.

Bien ¿qué? Me preguntaba en mi cabeza. ¿Él habría oído algo? No estaba preparada para enfrentarlo sobre mi elección. Él no lo entendería. No podía mirarlo a los ojos. ¿Cómo podría, sabiendo lo mucho que le rompería el corazón si pongo Anna sobre él? Pero un corazón roto se sana, y Anna si no se trata, sin duda iba a morir. Mi pecho se sentía pesado.

—¿Qué te dijo?

Traté de estabilizar mi voz, actuar como yo misma y devolverle la sonrisa cuando me golpeó con una de las suyas.

—Dijo que las cosas ocurrirán de la forma en que se predijo, no importa lo que haga.

Él levantó las manos—. ¿Eso es todo? ¿Qué se supone que tengo que hacer? ¿Correr? ¿Luchar? Tengo que hablar con él.

—No, —insistí, agarrando su mano antes de que pudiera alejarse—. William vamos. Él sólo quiere decir lo mismo que tu padre dijo: 'negocios como siempre'. Iosif dijo que no importa qué camino tome, que acabará en el mismo lugar. Sólo tenemos que esperar y ver qué pasa.

Suspiró profundamente, cuando las puertas de las aulas empezaron a abrirse y los estudiantes se vertieron en el pasillo estéril—. ¿Esperar y ver?"

—Sí, —dije, persuadiéndolo con un tirón de mi mano.



Caminamos hasta el coche sin decir una palabra. Cuanto más lo pensaba, más me sentía en conflicto. Si en realidad era ella o yo, ¿cómo podría vivir conmigo sabiendo que tenía el poder para salvarla y no lo hice, que yo tenía la cura pero me negué a dársela?

Las lágrimas comenzaron a brotar de mis ojos al salir del ascensor.

Casualmente limpie las esquinas donde habían iniciado la piscina, capturando las gotas antes de que pudieran caer. Traté de decirle que necesitaba tiempo, tiempo para averiguar qué hacer.

—Podrían estar equivocados acerca de mí, William. —reflexioné una vez que estábamos en la intimidad de mi apartamento. En realidad, no importaba si eran correctas o incorrectas. Mi objetivo principal era Anna, y si la salvaba o no, el cumplimiento de la profecía era de poco interés para mí.

—No lo están, —dijo. Pude leer la incertidumbre en sus ojos. Eran tibios, indecisos, preocupados. Los pensamientos fueron sucediendo detrás de ellos de tal manera que no podía descifrarlos, pero estaba clasificándolos más atentamente que escuchándome.

—¿Qué estás pensando? —le pregunté. Nuestros ojos se encontraron, buscándose los unos en los otros por respuestas diferentes.

—Incluso si ellos no saben acerca de la profecía, ellos saben que eres la nueva madre. ¿Y quien sabe lo que Christoph tiene planeado?

—Si vienen por mí, voy a luchar. Si se supone que debo hacerlos caer, tal vez esta es la forma en que comienza. Voy a hacer lo que tengo que hacer, —le dije, mirándolo con mis ojos suplicantes para que entendiera el significado más profundo, pero ¿cómo podría hacerlo?

—¿Y qué es eso Elyse? ¿Sabes lo que vas a hacer? Porque yo no tengo ni idea.

No le respondí. No podía decirle. No estaba segura de que estaba dispuesta a admitirlo a mi misma, pero él nunca me dejaría hacerlo. Él nunca debería saber.

—William, nada ha pasado aún.



—Aún, —señaló. Él caminaba de un lado a otro delante del sofá, pasando los dedos por la parte posterior de su pelo cada pocos minutos—. Tienes razón. No ha pasado nada y no voy a dejar que suceda. No me preocuparé por alguna ridícula profecía. Haré lo que tengo que hacer. Voy a mantenerlos alejados de ti.

—¿Qué vas a hacer si vienen William, hacer que caigan de amor por ti?

—Divertido, —él levantó las cejas—. Pero no hay que subestimar el poder del enamoramiento. Una vez que tengo un agarre, puedo hacer que cualquier persona haga lo que quiero. Entregue su arma, parar una bala por mí, o saltar de un acantilado para salvar a mi perro imaginario.

Los músculos de su mandíbula estaban apretados. Nunca había pensado realmente la capacidad de William en ese sentido, como un arma. La idea hizo que me preocupara por él y empecé a pelar la piel alrededor de mi dedo pulgar. ¿Tratara de luchar cuando yo me haya ido? No quiero si quiera tener que llegar a eso.

—No lo necesitaras. Nos queda tiempo, —dije en voz baja, esperanzada.

—Elyse, —dijo arrodillándose delante de mí y tomando mis manos entre las suyas—. Podrías morir. Cada momento estás en peligro. Cada día es un día que podría llegarte a perderte. —Metió un mechón de pelo detrás de mi oreja—. Por tanto tiempo como te les opongas, nunca estarás a salvo.

Era difícil ver su cara. Tan increíblemente guapo, retorcido de angustia. No quería morir. No quería perderlo, pero parecía como si no importara lo que decidiera, habría consecuencias.

—Bueno, ¿qué se supone que debo hacer? —pregunté—. No puedo cambiar lo que se dijo. Yo no pedí por esto.

—Lo sé. Es que ¿cómo se supone que debo protegerte si no sé lo que viene y cuándo?

—No se puede pensar de esa manera William. Todo lo que tenemos es ahora, este momento. Si vives en el futuro vas a perder las cosas, aquí mismo, ahora mismo, y te arrepentirás más tarde.

Traté de escuchar mis propias palabras, seguir mi propio consejo. No podía dejar de pensar en el tiempo.



—¿Cómo puedes estar tan tranquila con todo esto? —me preguntó, por fin sentándose a mi lado en el sofá.

No estaba tranquila. Me estaba cayendo a pedazos. Lo único que nos mantenía juntos era él, pero mi miedo no iba a volver atrás los relojes. El alojamiento en el futuro no lo haría mejor y dejar que William vea cómo de frágil soy realmente, no serviría de nada.

—La preocupación no va a cambiar nada, —le contesté. El Suspiró.

—Puede que tengas razón.

—Prométeme que no vas a dejar que todo esto lo arruine todo. Tu padre dijo que el futuro jamás era certero, así que, hasta que esta profecía se convierta en realidad, vamos a disfrutar el tiempo que tenemos. —Si no podría encontrar otra forma de curar a Anna, quería todo el tiempo que me quedara para hacer lo mejor posible.

—Mira, voy a tratar, pero no puedes esperar que pretenda que nada de esto sucedió. —Para ser honesta, eso es exactamente lo que esperaba que fuera a hacer.

—¿Por qué no?

—Porque fue así.

Su persistencia era halagadora, pero deseaba que no le importara tanto.

Haría mi elección más fácil, menos dolorosa para nosotros, si tenia que llevarla a cabo.

—Cierto, —reconocí—. Pero no quiero hablar de eso.

—Es una pena, —argumentó—. Necesitamos estar preparados, tener un plan o algo así.

—¿Un plan? —Me eché a reír—. ¿Cómo qué? ¿Vas a hacer guardia en mi puerta toda la noche?"

—Tal vez.

—¿Todas las noches? Vamos William, sé racional. —Se hundió más en el sofá con un suspiro, al darse cuenta de que era un ejército de un único



hombre. Me pregunté a mí misma si esto era una batalla perdida que él tan fervientemente buscaba para pelear.

William continuó quedándose todas las noches después de eso. En un primer momento se negó a dormir en mi cama conmigo, alegando que esa no era la razón del por qué estaba allí, que era una distracción si pasaba algo.

Después de la segunda noche, cedió. Dormir en habitaciones separadas se sentía tan antinatural como una lucha contra la necesidad de respirar, pero ni siquiera así, yo pude mantener alejados los pensamientos desalentadores que se deslizaban por mi mente una vez que cerraba los ojos.

Por mucho que me negaba, me daba miedo, miedo el futuro, el Consejo, de perder a Anna, de dejar a William..., pero sobre todo de la muerte. Me mantenía despierta. No podía evitarlo. Me perseguía como una pesadilla de la que nunca podría despertar. El final, mi final, todo habría terminado. No importaba de cuántas maneras envolviera mi mente alrededor de ese pensamiento, siempre regresaba a la misma conclusión. No había manera de salir de ella. Me tomó un tiempo antes de que esos pensamientos se hundieran profundamente en el fondo de mi mente, sólo emergiendo una y otra vez para apoderarse de mí por la garganta y cortarme el aire.

Cuando sucedía tenía que recordarme a mí misma que no estaba sola en eso. Nadie sale vivo de este mundo, y era bueno que pudiera elegir la manera en que me iría, que podía ayudar a la gente cuando lo hiciera. No sería un desperdicio. Estaría cumpliendo mi destino. Por otra parte, tal vez William era mi verdadero destino, la profecía y el mundo de los Descendientes. ¿Cómo iba a abandonar todo, a mi gente? Los dos lados de mi conciencia luchaban por la paz, desesperados por aceptar mi destino de una manera u otra.

Hice lo posible a escondidas llamando a Anna. Quería verla más que nada, pero William no me estaba dejando fuera de su vista.

—¿Cómo estás? —Era siempre lo primero que le preguntaba, y ella sabía que era algo más que un saludo casual.

—Hoy bien, —dijo ella, pero su voz carecía de verdad.



Era demasiado alegre.

—¿Qué dijo el médico?

—No fui, —suspiró.

—¿Por qué? —Traté de mantener mi tono uniforme, pero se escuchaba la renuncia, la incredulidad y la ansiedad.

—No hay nada que puedan hacer Elyse, —respondió ella con franqueza—. Tuve una charla realista con el Dr. Méndez por el teléfono.

—Bueno, ¿qué dijo?

Mi corazón saltaba como si fuera un fríjol saltarín mexicano tratando de escapar a su manera de mi pecho.

—Él dijo que podría intentar una nueva ronda de quimioterapia, pero... —Su condena me dejó sin remedio—. Simplemente no puedo pasar por eso si no funcionará.

—Tal vez lo haría.

—Está en todas partes, Ellie, ha ido demasiado lejos. —Ella tomó una respiración profunda—. El cáncer se ha ramificado a los huesos y los pulmones. Es la cuarta etapa. Quién sabe si incluso tú podrías ayudar.

—No, —dije alentadora, haciendo caso omiso de la agitación de las náuseas en mi estómago—. Lo haré. Ya se nos ocurrirá algo.

16

Traducido por Nanao-chan

Nada pasó en la semana después de que Kara divulgara nuestro secreto. Las cosas estaban demasiado calmadas, y esperaba que no fuese la calma que viene antes de la tormenta. William me abrazaba fuerte mientras dormíamos, como si no estuviese pegado a mi cuerpo, me caería muy lejos de él. Hice mi mejor esfuerzo para pasar los días sin mirar sobre mi hombro. En las pasadas semanas sabría sobre El Instituto, sólo podía manejar ir a dos clases, Orígenes y Evasión Humana. Simplemente había demasiado en mi mente para preocuparme por alguna cosa de la escuela, pero William estaba desesperado por animarme, y había prometido que esta clase sería diferente.

Cuando caminé hacia Habilidades de Defensa la primera vez, cada cabeza se volvió en mi dirección, como si estuviese de vuelta al quinto grado. La clase debía ser unas tres veces más grande que una clase normal. No había sillas ni pupitres, sólo espacio abierto con cómodos cojines llenos de bolitas y áreas para sentarse en la zona de las paredes. La luz centelleaba a través de las ventanas tintadas en todo lo alto, y la pauta de bloques de edificios de la ciudad permanecía fuera como un telón de fondo en un escenario.

Noté la ausencia de la mano de William en la mía mientras él caminaba detrás de mí, y contuve el impulso de cogérsela.

—Vale, empezad los ejercicios de parejas —dijo la mujer que guiaba la clase, incapaz de esconder el entusiasmo en su voz.

Con una pequeña traza de sonrisa, William se unió al grupo, dejándome con la profesora.

Ella me hizo señas para que la siguiera a su escritorio. Estaba en la esquina, libre de la conmoción que había estallado en sus alumnos. Risas, discusiones, también cracks, bangs, pops, y una variedad de otros sonidos inesperados que llenaban la atmósfera mientras los niños practicaban sus habilidades.

Tomé asiento encarándola dándole la espalda al caos, esperando a que ella hablase. Tenía un pelo rojo y corto hasta la barbilla, pero por la edad en sus ojos, podía decir que si no fuese por el tinte, se vería gris



luminoso. Me miró con cariño a través de sus delicadas gafas plateadas antes de que finalmente comenzara.

—Te pareces mucho a tu madre.

Sus palabras atrajeron mi atención, y paré de mover las uñas. Había cerrado la puerta de ese capítulo de mi vida, esperando que se desvaneciese como el humo, pero aquí las ascuas seguían ardiendo.

—¿Cómo conociste a mi madre?

—Supongo que debería haber sabido que ella no me mencionaría —dijo ella, haciendo una pausa para añadir—. Soy Helen. Éramos mejores amigas.

La curiosidad me hinchó como el arroz en agua. Tal vez ella sabía algo que ayudaría a llenar el agujero que tenía desde que ellos murieron.

Con un chasquido de muñeca la clase se congeló, no sólo el reloj y el péndulo que se balanceaba al ritmo en su escritorio, también los estudiantes. Todo estaba quieto, dejando las emociones que correspondían a cada momento, como una instantánea tomada en el tiempo.

—Lo siento por parar el tiempo así. Sé que es un poco extraño la primera vez, pero es mi único lugar secreto aquí en la escuela para las cosas de valor. Los niños y sus habilidades, simplemente nunca lo saben.

Metió la mano bien profundo en el cajón superior de su escritorio mientras yo la miraba con los ojos como platos a la escena inmóvil a mí alrededor. Era surrealista. Quería tocar algo simplemente para probarme que no lo estaba imaginando.

—Es divertido, ¿eh? —dijo ella con una sonrisa mientras encontraba lo que había estado buscando.

—Alucinante —devolví la sonrisa.

—He estado guardando algo para ti —dijo ella, revelando la baratija escondida—. Es un brazalete. Era de tu madre. Me lo dio a mí antes de que se fuera. Dijo que ella no lo iba a necesitar más.

El brazalete era un aro sólido de oro. Era demasiado pequeño para deslizarse por mi mano, pero se abría por uno de los lados y tenía una pequeña bisagra en el otro. Quedaba perfecto, y quedaba ajustado contra mi piel.

—Es hermoso —dije mientras examinaba los adornos.

Estaba finamente tallado para que su diseño fuera visible por toda su superficie: la señal de Asclepius. El tallado grabado de la serpiente que se doblaba sobre sí misma alrededor del logotipo impreso.



—Tu padre lo hizo para ella —añadió—. Él era realmente talentoso para este tipo de cosas.

Sonreí, recordando cómo le gustaba estar en su tienda detrás de nuestra casa. Incluso después de un largo día de trabajo en el campo, entraba por el olor de la cena oliendo él a metal y madera. Casi todas las piezas de mobiliario que teníamos habían sido hechas a mano por él.

—Nunca entendí por qué me la dio —dijo Helen refiriéndose al brazalete—, pero estoy contenta de que lo hiciera. Te ayudará cuando más lo necesites.

Tomó mi mano con cariño entre las suyas para examinar el brazalete ya puesto en mi muñeca.

—¿Ves esto? —Señaló a los dos módulos que sobresalían y que formaban una figura en el trazado—. Apriétalos al mismo tiempo.

Mientras lo hacía, algo puntiagudo golpeó la delicada piel debajo de mi palma con un rápido pinchazo, y dejé escapar un involuntario sollozo de dolor.

—Auch. ¿Qué era eso? —dije de forma acusadora

Ella rió ante mi reacción.

—Tienes que conseguir una piel más gruesa.

Continuó sujetando mi mano firmemente con la palma hacia abajo, y rápidamente cogió un pañuelo para coger las gotas de sangre que caían desde el pequeño agujero en la base del brazalete.

—Esto es una herramienta —dijo ella—. Póntelo cada día.

Ella abrió el brazalete y pegó su propio pulgar con una tachuela para curar nuestras heridas.

—No tenías que hacer eso —dije mientras miraba lo que parecía un mordisco de serpiente mágicamente curado en la parte interna de mi muñeca.

—Lo hacía por tu mamá todo el tiempo. No es gran cosa.

—¿Hacía ella mucha curación? —pregunté.

—Bueno, ella me curaba muchísimas veces —contestó ella—. Para ser honesta, nosotras éramos un poco imprudentes en nuestros días. Conmigo siendo capaz de parar el tiempo y su habilidad para curar, bueno, siempre empujábamos nuestros límites hasta el borde.

—¿Cómo? —pregunté, sonriendo por el pensamiento del comportamiento suave y dulce de mi madre decayendo en una diversión imprudente.



—Por aquel entonces era diferente. No teníamos realmente ningún plan para sobresalir o algo así, pero siempre estábamos comprobando quién podía montar el caballo más rápido, escalar el árbol más alto. Definitivamente vimos nuestro justo intercambio de ojos morados y huesos rotos.

Miré hacia el brazalete e imaginé a mi madre llevándolo, presionando los sobresalientes y dorados botones que soltarían sus poderes. Ella debería haber sabido lo que significaba tener su habilidad. Me preguntaba si alguna vez había tenido que pelear con el sacrificio al que yo me enfrenté, si había sentido alguna vez que su propósito era más que curar cortes y arañazos. ¿Qué me diría si estuviese aquí? Si el brazalete fuera ella, ¿sería fuerte y se mantendría firme por lo que creía? Pero no sabía en lo que creía. Estaba por mi cuenta en esto.

—¿Qué pasa con los humanos? —pregunté dudando—. ¿Curó ella alguna vez a alguno?

—Sabes que eso no está permitido, ¿verdad, Elyse? —Su tono tenía empatía, pero algo no sincero estaba en su expresión.

—Sí —respondí llanamente, insegura de sus sentimientos al respecto. —Simplemente sentí curiosidad.

La clase volvió a la vida igual de rápidamente que se había congelado, con un giro de su muñeca. Algunos estudiantes seguían cómodamente sentados y quietos en cojines, con sus ojos cerrados por la concentración. Otros se sentaban en cojines encarando a su compañero, intentando evocar alguna reacción interna en ellos. Mientras tanto, los estudiantes con habilidades más visibles habían estallado al caos. Rachel y su novio volaban alrededor de la habitación como moscas atrapadas en una caja, una chica con cabello crespo marrón tiraba objetos con un pulso de fuerza invisible, oleadas de electricidad azul estallaban mientras un chico empujaba energía desde un cohete de luz en la pared.

—Hey —dijo William haciéndome perder la concentración—. ¿Puedo tomarla prestada, Helen?

—Claro —dijo ella con una sonrisa conocedora—. Divertiros.

—Esto simplemente no puede ser real —dije, viendo la escena, pero William ignoró la habitación ocupada y me empujó hacia una de las áreas con sillones.

—Te acostumbrarás. —Una sonrisa se curvó en sus mejillas—. Te dije que esto te animaría. —Nos sentamos con las piernas cruzadas y de frente al otro, y tan cerca que nuestras rodillas se tocaban.



—Así que, ¿qué se supone que tengo que hacer en este ejercicio de parejas? ¿Mira cuánto puedo sangrar antes de morir? —Reí. Esto *me estaba* animando.

Tiré hacia atrás el brazalete, que estaba vacío de los restos de sangre en el tejido, y vi mi carne limpia y nueva.

—Tengo una magulladura en el brazo que puedes intentar curar —ofreció.

—¿Una magulladura? —reí—. Oh, vamos. Creo que puedes lidiar con ella.

El engañosamente elegante brazalete parecía fuera de lugar contra mis ropas normales. El pinchazo afilado estaba aún fresco en mi memoria, la piel aún dolorida, incluso habiendo curado.

—No voy a perder sangre por una magulladura.

—Cobarde —me tomó el pelo con una sonrisilla.

Él tenía razón. Tendría que acostumbrarme. No podía evitar mi habilidad.

—¿Qué tal si practico yo en ti? —sugirió.

—Está funcionando —bromeé.

—No he empezado aún.

—Lo sé.

El resto de la clase fue bien. Fue incluso divertida. William hizo mi pasión irracional crecer incontrolablemente, lo que encontré genial, desde que pensé que estaba suficientemente enamorada. Nics me convenció para curar un corte que tenía en la pierna por patear el borde afilado de una mesa, y Sam nos hizo estar totalmente borrachos y sobrios de nuevo en 10 minutos.

Incluso me encontré a mí misma ansiosa de ir la siguiente semana, pero pensar que todas las clases serían tan libres y suaves sería ingenuo. Después de todo, el título de la asignatura era Habilidades de Defensa. ¿Cómo podría no esperar algún tipo de violencia?

El Jueves, caminé a la clase, cómoda, fácilmente y ansiosa por atender. Las cosas comenzaron como siempre. Los estudiantes estaban en casa en sus cojines alrededor de la habitación, tanto en parejas como ellos solos.

William estaba a mi lado cuando Helen se aproximó, y ambos la saludamos con una sonrisa.

—Hey, Señorita Stanzic —dijo William sonriendo de oreja a oreja, feliz de señalar que había decidido volver.

—Estoy tan encantada de que estés divirtiéndote en la clase, Elyse. Tengo la mejor idea para la lección de hoy —anunció.



—¿Qué es? —dije mordiendo el anzuelo.

—Bueno, en el tiempo que has estado aquí, sólo has tenido que esperar y observar.

Reí, sin pensar en sus planes y siguiendo a William a la esquina donde Nics y Sam estaban discutiendo en voz baja.

—¿Qué pasa? —preguntó William, dando por sentada algo más que un saludo.

—Nada —escupió Sam.

Nics miró hacia nosotros reluctantemente y puso los ojos en blanco.

—Está enfadado porque le dije que no fuera contra mí cuando hacemos duelos. No quiero hacerle parecer malo.

—Debería desafiarte, simplemente para probar que te equivocas —dijo Sam a la defensiva.

—Esperen, ¿cuándo nos hemos batido en duelo? —preguntó William, justo la pregunta que yo quería hacer, pero antes de que pudiesen contestar, la Señorita Stanzic empezó a dar la clase.

—Muy bien todo el mundo —comenzó elevando la voz para tener nuestra atención—. La clase está empezando. —Todo el mundo permaneció quieto, pero cada cabeza se volvió hacia ella, ansiosamente esperando instrucciones—. Como saben, no nos está permitido hacer un duelo sin la presencia de un sanador. Hasta ahora, nunca fue una opción. Estoy excitada por decirles que hoy sí podremos hacer duelos.

Sus ojos encontraron los míos tan pronto como terminó, y supe que reconoció el pánico en mi mirada. ¿Estaba loca? ¿Qué pasaba si alguien salía herido y no podía curarle? Sería mi culpa. La idea era atemorizante. Estos chicos tenían habilidades increíblemente fuertes, y si algo iba mal, ¿confiaba ella en mí para arreglarlo? No tenía experiencia con mi poder para curar, y no estaba segura de querer probarlo con gente viva que realmente podría necesitar ayuda. Atrapé su mirada y sacudí mi cabeza sutilmente, esperando que cogiera el mensaje.

En ese instante ondeó su mano con un chasquido que paró todo movimiento y nos dejó únicamente a las dos sin estar congeladas en ese momento del tiempo.

—Intenta no moverte mucho —dijo ella inmediatamente—. Ellos notarán que he parado el tiempo si algo es diferente, y no quiero que lo sepan.

—¿Por qué no?

—Pueden pensar que no estás a gusto haciendo esto, o tendrán segundos pensamientos.



—Bueno, no estoy cómoda haciendo esto.

—Lo sé, pero tienes que empezar por algún sitio —urgió—. Elyse, tienes que acostumbrarte a usar tu habilidad para que cuando llegue tu tiempo de actuar, cuando sea cuestión de vida o muerte, no dudes.

Mordí el interior de mi mejilla mientras ella esperaba mi respuesta. ¿Sabía algo ella de la profecía? Sabía que ella no tenía idea de mis planes con Anna, pero sus palabras sin embargo tocaron una fibra. Si no podía hacer esto, ¿cómo esperaba tener el coraje de hacerlo cuando un amigo lo necesitara?

—Está bien —estuve de acuerdo—, pero debes decirles que se lo tomen con calma. Si alguien sale herido por encima de cierto punto, no seré capaz de curarle sin...

—Sé cómo funciona —contestó ella—. No les dejaré llegar tan lejos, pero estos chavales necesitan aprender cómo defenderse. Las cosas van a pasar, y es mi responsabilidad enseñarles bien, prepararles para ello.

—¿Para qué? —pregunté. Tal vez supe la respuesta, pero estaba probándola.

—Para la guerra —contestó llanamente, antes de dejar el mundo alrededor mío de vuelta al movimiento una vez más—. ¿Quién quiere ir primero?

William me miró con sospecha, y me pregunté si había notado la breve interrupción del tiempo.

—¿Estás de acuerdo con esto? —preguntó con desaprobación.

—Sip —contesté, intentando parecer segura—. Puedo usar estas prácticas.

Tenía el presentimiento que no se lo tragó completamente, pero no discutió. En vez de eso, miró fijamente a la Señorita Stanzic esperando mi indulto, pero su cara estaba seria y no cedía ante nada.

Todo el mundo estaba callado, dudando en ser el primero en ir, pero en la esquina de mi visión vi a Sam dándole a Nics una mirada retadora antes de levantarse.

—Seré yo, Señorita Stanzic —se prestó voluntario. Estaba sorprendida de ver que no era más auto-consciente sobre estar enfrente de todos desde que había sido pequeño, pero aún más sorprendida de que nadie hablara sobre ello. La clase parecía aceptarlo como algo simplemente desafortunado, y nada más fue dicho.

—Gracias Samuel. ¿Quién más? Necesitamos alguien que se le enfrente.



La mirada de Sam estaba fija en Nics expectantemente, pero ella se dio la vuelta y rodó sus ojos a William y a mí, dándole a su cabeza una sutil sacudida que significaba "no". Él se sonrojó, pero ella sólo le sonrió de vuelta divertida.

—No quiero avergonzarle —susurró en mi oído.

—¿Qué tal tú, Bianca? —preguntó la Señorita Stanzic a una rubia rellenita que estaba mascando chicle. La reconocí como la chica que había estado moviendo cosas con estallidos de fuerza la última clase.

—Seguro —dijo ella, levantándose con confianza. Ella sonrió ansiosamente mientras avanzaba hacia el centro de la clase.

Mientras tanto Sam parecía un niño de diez años con su cara recientemente madura, su actitud de gallito me hacía preocuparme por él.

—¿Él va a estar bien? —le pregunté a William en un susurro.

—Eso espero —contestó William—. Me debe diez pavos.

Me mofé ante su chiste.

—Va en serio.

—Yo también —rió él.

—Vale, las reglas son… —declaró la Señorita Stanzic—: No usen su máxima capacidad. No estamos intentando matar al otro aquí. Intenten mantener la clase intacta. Si rompen una ventana… bueno, es cosa vuestra, y por todos los medios nadie interfiere. Si se desmadran, estaré encantada de echarlos de mi clase. Si no hay un ganador obvio, yo decidiré y si han tenido suficiente y si se rinden, griten "renuncio". ¿Lo tienen?

Sam y Bianca asintieron y fueron a lugares contrarios de la habitación.

—¿Preparados? —preguntó la Señorita Stanzic—. Empiecen.

Bianca disparó un chispazo de energía tan rápido que me quitó la respiración, y no fui la única. Escuché un mantenimiento de respiración colectiva de la multitud que los rodeaba.

La invisible sobrecarga se movió rápidamente por el aire como ondas de calor, distorsionando mi visión, y agarré la mano de William mientras golpeaba de lleno a Sam. Se tambaleó hacia atrás con sorpresa, con su cara llena de dolor, pero volvió a ponerse bien para esquivar el siguiente pulso.

—¡Vamos, Sam! —gritó Nics, y cuando él oyó su voz, se volvió repentinamente decidido.



Bianca debía haber sabido que tenía el primer minuto o así para atacar antes de que el poder de Sam se manifestara, así que dejó escapar una serie de pulsos, intentando sobrepasarle. Él hizo su mejor esfuerzo para esquivarlos, dándole de refilón algunos que le golpearon como una babosa en el hombro, pero sabía que él se estaba concentrando. La chica comenzó a titubear. Pestañeó fuerte y lentamente, intentando aclarar su aparentemente inestable visión, pero no se rindió.

—¿Eso es todo lo que tienes? —murmuró tontamente antes de disparar otro pulso, pero iba tan desviado que golpeó una luz y envió cristal en todas direcciones.

Una vez que Sam la había intoxicado plenamente, no necesitó moverse mucho. Simplemente se quedó quieto y se concentró mientras sus pulsos golpeaban en todos lados menos a él. Durante minutos, Bianca miró a Sam con los ojos como platos y mareada antes de correr a la basura de la esquina a vomitar.

—Hombre, ella realmente puede contener el licor —dijo Sam a la multitud, y todos rugimos de risa. Incluso Bianca dio una sonrisa mientras se levantaba, frescamente sobria, y se fue a tomar asiento.

—Yo iré después —anunció Nics sin que la profesora necesitara preguntarlo. Sam la dio una mirada irritada.

—Yo también —dijo un chico con un poquito de sobrepeso con pelo marrón y rizado.

—¿Cuál es su línea de sangre? —le pregunté a William con una voz silenciosa.

—Cronos. Duerme. Nics ganará —contestó con seguridad.

El duelo fue breve, Nics fue rápida al bloquear su visión, y como normalmente amenazaba a Sam, hizo un halo de luz alrededor de su cabeza. El chico se tambaleó ciegamente, afectando con su habilidad a cualquiera que estuviese en su impredecible línea de visión. La mitad de la clase se desmayó en seco antes de que la Señorita Stanzic terminara.

—Vale Nics —rió la Señorita Stanzic—. Creo que Stan ha tenido suficiente. Levanta el escudo.

Tan pronto como lo hizo, la mirada de Stan la encontró reaccionando. Él había querido ver dónde había estado, pero los efectos de su habilidad estaban aún activos en su defensa, y tan pronto como la miró, ella estaba fuera de combate.

— Dispara —gritó Stan mientras ella comenzaba a caer.



Pasó tan rápido. Él intentó despertarla, pero al tiempo que sus ojos se abrían, su cara estaba ya a pulgadas del suelo, y todos gritamos mientras ella golpeaba el suelo con la fuerza completa de su peso corporal. El lado de su cabeza golpeó contra el linóleo, y todos oímos el sonido de su cráneo golpeando el suelo antes de que viéramos la sangre.

Primero ella estaba silenciosa, incluso con la sangre corriendo libremente desde la piel abierta sobre su ojo, pero después de que el shock se fuera, comenzó a gritar de dolor.

—Stan —dijo la profesora tranquilamente—. Desmáyala.

Él la miró confundido, pero mientras la sangre seguía manando en el suelo en un charco, se dio cuenta de lo que ella pedía. Había demasiada sangre para que sólo saliera del corte de su ojo, pero no podía moverme. Me quedé boquiabierta mientras la miraba. Nics, tan fuerte y tranquila, yaciendo indefensa y herida en el suelo.

—¡Elyse! —gritó la Señorita Stanzic, sacándome de mis pensamientos. No era la única que no reaccionaba. La clase entera parecía congelada como si la Señorita Stanzic hubiese parado el tiempo de nuevo. Incluso William se sentaba inmóvil, con su cara aún con pánico. Salté sobre mis pies sin pensarlo. Había demasiada sangre. ¿Era demasiado tarde? ¿Había esperado demasiado? ¿Cuánto tiempo había pasado?

Me arrodillé a su lado, aparentemente la única apostando a manejar la situación. Me pregunté si simplemente todos se sentarían y mirarían mientras ella moría antes de dar un paso y ayudar.

Aparté su pelo negro mate por la sangre exponiendo el corte en el ojo y vi cómo hacía una telaraña hacia su cabeza partiendo su cráneo. Me pregunté por qué la Señorita Stanzic no había parado el tiempo. Podría haber prevenido esto. *Ella podría parar el tiempo ahora mismo,* pensé, *así podría ayudar a Nics,* pero ella no lo hacía. En tiempo real, presioné los botones dorados de mi nuevo brazalete y salté ante el sentimiento de dolor en mi muñeca. Comencé con el corte de su cuero cabelludo, donde el daño era peor. Había tanta sangre, suya y mía, que no podía decir si estaba funcionando, pero cuantas más gotas caían sobre la carne rota de su cráneo y ojo, podía ver la piel empezando a juntarse. Sus heridas sanaban, y no podía creer que yo fuese la causante.

—Creo que funcionó —dije, buscando confirmación en la Señorita Stanzic.

—Estoy segura de que lo hizo —estuvo de acuerdo, con una sonrisa satisfecha—. Stan, venga, despiértala para ver cómo se siente.



Todos lo miramos con ojos nerviosos mientras ella comenzaba a despertar. Me miró a mí primero.

—¿Estás bien? —pregunté insegura.

—Sip —contestó ella, un poco conmocionada—. Gracias.

La clase terminó pronto tras eso. Todos nosotros estábamos más que acobardados de seguir con los duelos, así que la Señorita Stanzic nos dejó tiempo libre para practicar. Justo cuando estábamos a punto de irnos, todo se congeló, y me encontré atrapada de nuevo en un momento del tiempo con ella.

—¿Piensas que soy horrible? —preguntó, moviéndose alrededor de los cuerpos quietos hasta llegar a mí.

Suspiré.

— No —mentí. No podía hacer sino resentirme por su falta de esfuerzos en parar el tiempo durante el incidente. Así que muchas veces ella podía haber ayudado, y sabía que no lo había hecho a propósito.

—Sí, lo haces —dijo ella, comprendiendo mi respuesta no pronunciada. —Pero está bien. No necesito caerte bien. Necesito que aprendas. Necesito que hagas lo que debes hacer… por todos nosotros.

17

Traducido por Fallen Star
Corregido por Caroliberta

Trate de no pensar en sus palabras durante toda la semana, y durante la siguiente clase estábamos de nuevo haciendo los ejercicios por parejas. Anna parecía estar haciéndolo bien, lo que significaba que yo aún tenía tiempo para trazar un plan. No hubo ninguna señal de Ryder o el Consejo. Ni siquiera Kara Había estado cerca para hacer ondear mis tranquilas aguas.

La señora Stanzic estaba haciendo sus rondas, evaluando técnicas y sugiriendo ideas, mientras William y yo poníamos a prueba a Nics en la manipulación de la luz. Yo nombraba objetos y Nics hacía que cada uno desapareciera. Era un juego divertido, pero fuimos interrumpidos poco después por el sonido de mi nombre anunciándose por el intercomunicador.

—Elyse Adler, por favor preséntese en la quinta planta, —zumbó la voz de una mujer a través del edificio.

—¿Qué creen que quieren? —pregunté con la esperanza de que alguno de ellos lo supiera.

—El quinto piso es la administración, —respondió Nics—. Probablemente sólo necesitan que rellenes un formulario o algo así.

Yo quería creerle, pero tenía un mal presentimiento en el estómago mientras William y yo nos dirigíamos al ascensor.

El quinto piso no se parecía nada al resto del Instituto. Tenía un diseño completamente diferente. El piso entero era una habitación grande con un sinuoso laberinto de cubículos rodeados por puertas de oficinas y un mostrador principal.

—Soy Elyse, —le dije a la recepcionista de pelo gris, cuyos labios se estiraban en un fruncimiento—. Me han mandado a llamar.



Las comisuras de su boca continuaron sin ceder mientras me pasaba una carta—. El informe de las pruebas, —dijo con voz ronca y señaló la oficina de la derecha.

—¿Qué dice? —Preguntó William mientras nos abríamos paso a través de los cubículos.

—Algo acerca de una prueba de evasión humanos.

Cogió la carta de mi mano sin pedir permiso—. ¿Estás bromeando?

—¿Qué?

—No me creo que te hagan hacer esto.

Cogí la carta de nuevo—. ¿Por qué? ¿Qué es?

—Es una prueba que todos tenemos que hacer cuando cumplimos cincuenta. Te ponen en una situación y tienes que salir sin exponer tus habilidades o edad.

—¿Es difícil?

Nos detuvimos justo en el exterior de la oficina de la prueba y los músculos de su mandíbula se apretaban mientras él recordaba—. Fue una de las cosas más difíciles que he tenido que hacer en mi vida.

La expresión de su rostro me dijo que éste no sería un simple examen donde me siente.

—¿Qué te hacen hacer?

—Tuve que ver a un hombre al que asaltaban en la calle sin ayudarlo. El asaltante tenía una pistola, por lo que no podía entrar en un salto. Tenía que dejar que sucediera sin persuadírsele de que se detuviera. El hombre fue golpeado casi hasta la muerte. Fue horrible.

La idea hizo que me doliera el pecho—. ¿Por qué no le ayudaste sin más? ¿A quién le importa una prueba estúpida?

—Ellos matan a los seres humanos que saben de nosotros, Elyse. Si fallas, ellos mueres.

—Eso es… repugnante, —le dije consternada—. Eras sólo un niño.

—Todos hemos tenido que hacerlo. Es su manera de adoctrinarnos. Así no exponemos nuestras habilidades.



—Olvídalo, —decidí en voz alta—. No voy a hacer una prueba como esa.

Mientras me daba la vuelta, lista para realizar mi camino hacia el ascensor, mi cuerpo se congeló y me encontré cara a cara con Ryder.

—¿Vas a alguna parte? —una sonrisa sarcástica se arrastró hasta sus mejillas mientras luchaba por liberarme de sus cadenas invisibles—. Estoy aquí para acompañarte a tu examen.

Podía oler su aliento fétido mientras se acercaba a mí y me agarraba la mandíbula con una mano. Esperaba que él me golpeara como lo había hecho antes, pero en lugar de eso, sus ásperos dedos me pellizcaron fuerte, obligándome a abrir la boca. Hizo alarde de una pequeña píldora azul que tenía en la otra mano antes de empujarla por mi garganta y, en cuestión de segundos, yo estaba fuera de combate.

Oí el alboroto antes de abrir los ojos. Los sonidos eran desconcertantes, no familiares. Lo último que recordaba era atragantarme con los dedos gruesos de Ryder y luego, oscuridad. Al abrir los párpados, las cosas estaban borrosas. Estaba aturdida por la píldora misteriosa. No sabía dónde estaba.

Cuando mis ojos comenzaron a enfocarse y finalmente mi cerebro registró el sonido de gritos de auxilio y alaridos de terror, casi dejé de respirar. Mis dedos se clavaron en el asfalto caliente que había debajo de mi espalda mientras trataba de descifrar lo que me rodeaba. No sabía qué pasaba o cómo pasaba. Los restos arrugados de un autobús urbano yacían de costado en la calle, y el humo estaba saliendo de algún lugar de su interior. Los cuerpos estaban tirados en la acera y la sangre estaba por todas partes, pintada en los rostros de las temerosas personas y agrupada por debajo de los heridos. El caos me abrumó, enviándome a un frenesí interno y mi pecho comenzó a subir y bajar con pánico.

Un hombre mayor con gafas se arrodilló a mi lado, su cabello castaño mojado con sangre.

—No, —dije quedándome sin aliento—. No te puedo ayudar. —Era por su propio bien.

—¿Estás bien? —Rugió a través de los gritos.

No me di cuenta del dolor hasta que me preguntó. De repente me di cuenta de por qué mi pierna derecha se sentía fría. Mis pantalones se



habían empapado de un rojo profundo por una laceración que me atravesaba el muslo. Me impulsé hacia arriba para sentarme tratando de recordar cómo había llegado hasta allí. No tenía ningún recuerdo del accidente.

—Vete, —grité sin saber qué más hacer. No podía caminar—. ¡Fuera! —El hombre me miró con resentimiento y salió trotando para ayudar a otro.

—¡Por favor! —Gritó una mujer a unos pocos metros de distancia. Acunaba estrechamente a su hija y la mecía adelante y atrás, tratando de calmar su dolor. La niña yacía inerte en su regazo, la sangre se filtraba a través de su camisa. Yo dudaba de que lo hiciera sin ayuda.

Miré mi brazalete y me lancé de nuevo en la acera con los ojos cerrados con fuerza. Si curaba a alguien, Ryder los mataría a todos. Sin importar lo que yo hiciera, la niña iba a morir. No había nada que pudiera hacer. Pensé en el día en que mis padres se estrellaron, el día en que murieron. Ahí estaba yo de nuevo, incapaz de salvarlos, inútil, impotente. El grito de la mujer fue desgarrador y no podía escapar de él. Me incliné hacia delante, incapaz de controlarme y vomité sobre el asfalto.

Me dolía el corazón y ardía de ira. ¿Por qué hacían esto? ¿Con qué propósito?

—¡Por favor! —Gritó la mujer. Traté de no escucharla, hacer caso omiso de sus sollozos y de mis propias lágrimas que goteaban en mis oídos mientras yacía allí. Céntrate en el dolor, me dije. Mi pierna me dolía y el frío se estaba propagando.

¿Cómo se supone que tengo que salir de aquí de esta manera?

No fue hasta que oí las sirenas desde la distancia, cada vez más fuertes a medida que se acercaban, que sentí temor pululando en torno a mí. Estaba perdiendo mucha sangre. ¿Qué pasa si me llevaban a un hospital? ¿Iban a hacerme una transfusión de sangre? El vértigo estaba empezando a afectar mis pensamientos y mi corazón latía con fuerza tratando de mantenerme al día con mi herida sangrante.

Los camiones de bomberos llegaron, seguidos por las ambulancias y los coches de policías, todo antes de que pudiera salir de la vista. Como último recurso, traté de levantarme y caminar, arrastrando mi pierna inútil detrás de mí, pero el mundo comenzó a girar.



—Por aquí, —oí una voz llamándome mientras me desplomaba contra el duro suelo.

—No, —protesté, pero era poco más que un susurro. No me había dado cuenta de lo débil que estaba.

Sentí la camilla por debajo de mí y vi las nubes moverse mientras me dejaba llevar. Una parte de mí se alegró de deshacerse de todo el caos mientras me transportaban a la ambulancia. Necesitaba escapar de la mujer que lloraba.

Las puertas fueron cerradas con pestillo dejándome con una señora con un moño azul marino y una cola de cabello baja. Sentí sus manos sobre mi pierna y la escuché diciendo palabras de consuelo, pero no registraba ninguna de ellas. Tenía que asegurarme de que nunca llegara al hospital. ¿Cuántas personas iban a matar si mi capacidad era descubierta en un hospital público como aquel? Con mis últimas onzas de energía me incorporé y lancé mi cuerpo hacia la puerta de la ambulancia. Tenía que salir, por cualquier medio necesario.

—Vaya, —dijo la mujer tratando de contenerme.

—Detén el camión, —exigí—. Déjame salir.

—Cálmate, estás bien.

—Por favor, —rogué, luchando con las fuerzas que me quedaban—. Déjame ir.

Mi corazón se detuvo en el momento en el que le vi una jeringa en la mano. Esto era. Mi última oportunidad antes de que la situación estuviera fuera de mis manos.

Ella trató de sujetarme con un brazo y preparó la aguja con la otra, ya que me retorcía e imploraba por mi liberación. No fue suficiente para mantenerme y justo cuando estaba a punto de quedarme con lo que seguramente era un sedante, me liberé, lanzando la aguja al aire. La mujer cogió su radio, pero antes de que pudiera llamar, la jeringa cayó en mis pies. La agarré y se la clavé en el cuello.

Sus ojos se abrieron y me miró en estado de shock. Cuando cayó al suelo, rebusqué mi camino hacia la puerta de atrás y esperé mi momento. Al principio pensé que tendría que saltar de la parte de atrás a toda velocidad. Imaginaba cómo iba a hacerlo, tratando de convencerme de que no iba a morir en el impacto o atropellada por otro coche, pero por

una vez, la suerte estaba de mi lado. En San Francisco, colinas ondulantes e innumerables coches causaron que el vehículo se ralentizara por el tráfico y di el salto sin matarme.

Cojeé en una pierna hacia la acera. Los conductores y los peatones volvieron la cabeza. Por el camino mi adrenalina debió de haber contribuido momentáneamente, porque tan pronto como apoyé mi cuerpo contra la pared de un edificio cercano, no podía imaginar de dónde había sacado la voluntad para salir de ese camión.

Recé para que nadie llamara al 911 después de verme saltar de una ambulancia en movimiento y me dije que tendría que trasladarme a un lugar más seguro. Sólo necesitaba cinco minutos para descansar, unos pocos segundos para cerrar los ojos.

Centrándome en los sonidos de la ciudad me mantuve lúcida. La gente hablaba y caminaba a mi lado sin detenerse. Oí pasos que se acercaban y luego se desvanecen, pero cuando alguien se detuvo junto a mí, y mis ojos se abrieron de golpe.

—Soy yo, —dijo William, calmando mi alma. Se arrodilló a mi lado, apartando el pelo de mi cara. Dejé que mis ojos se cerraran de nuevo mientras él deslizaba sus brazos debajo de mi cuerpo—. Vas a estar Bien. —Sus labios se encontraban con mi frente mientras me acurrucaba en su pecho. Sólo entonces me permití someterme totalmente a la inconsciencia.

18

Traducido por Anaid Ivashkov
Corregido por Caroliberta

Mi cuerpo estaba rígido por el miedo mientras me sentaba, inmóvil, en un sofá desconocido en una sala desconocida. William estaba a mi lado, pero eso sólo me hacía tener más miedo. Puede que él no sobreviva, y su presencia me hacía temer por dos. Traté de entender dónde estaba clavada en mi posición, pero las ventanas eran completamente negras como la noche. Me sentía atrapada y ansiosa mientras esperábamos nuestro fin, como si la habitación silenciosa estuviese jugando conmigo. Detrás de la pared de noche, era consciente de que había una guerra. Yo quería que haya una guerra —yo era su líder.

El sonido de las alarmas de la ciudad hizo temblar mis huesos.

Esto era un atentado contra nosotros, para asustar a las masas. La alarma siguió, instándome a salir de la casa, escapar, pero no podía. No lo haría. De repente, la tenue imagen sin rostro del oráculo gris apareció. Tenía un mensaje para mí.

—Despierta, Elyse, —gritó.

Mis ojos se abrieron de golpe, todos mis sentidos encontrándose bruscamente con la luz. Todo había sido un sueño. Mi corazón se calmó, y empecé a volver a la realidad. Nada a mi alrededor me era familiar, nada salvo William.

Su sonrisa me devolvió la conciencia—. ¿Soy sólo yo o tú tienes una inclinación a desmayarte? —Había estado esperando pacientemente al pie del sofá azul marino a que yo me despertara, y estaba feliz de verme despierta.

Estiré mis pies por encima de sus piernas, y gruñí contra la almohada que estaba debajo de mi cabeza—. Intenta que te peguen en medio de la cara, o perder la mitad de tu sangre. Veremos qué tal te va.

Me froté los ojos, todavía tratando de encontrar sentido a todo esto. Estaba en el salón familiar de alguien. El aire olía a almendras dulces, y la



pared del mismo color de la cascara de huevo junto con la alfombra crema eran reconfortantes.

—¿Cómo está mi pierna? —pregunté, mirando por encima de la manta que me tapaba.

—Mi mamá se ocupó de eso, —respondió William.

—Hola, cariño —dijo una voz aguda y feliz desde la cocina. Una encimera con tres sillas era todo lo que me separaba de ella. Tenía una cara amable y el cuerpo pesado que caracterizaba a la mayoría de las madres.

—Hola, —respondí.

William puso sus manos bajo la manta y frotó mis helados pies, nuestra piel calentándose por el contacto.

—Intenté ayudar, —dijo—, pero usó sus poderes de madre para evitar que hiciera algo.

—Soy Sofía, —se presentó, acomodándose a mi lado. Su cabello era del mismo color caramelo que el de William, y sus ojos se arrugaron en los bordes cuando me sonrió—. ¿Cómo te sientes?

Flexioné mis pies y sentí como se endurecían los músculos de mis muslos y se contraían.

—Bien, supongo. —Mi pierna derecha tenía poca fuerza, pero podía moverla—. Gracias por curarme.

—Pude cerrar la piel, pero perdiste bastante sangre. Puede que todavía sientas algo de dolor y estés un poco débil, —explicó—. Simplemente dime si necesitas algo, ¿sí? Ahora los dejaré solos.

Cuando nos dejó, William se movió para sentarse en el suelo encarándome.

—¿Qué diablos pasó? —Solté, finalmente haciendo frente al incidente que esperaba no fuera real—. Un minuto estoy en la Sede, al siguiente me despierto en una zona de guerra.

—Obviamente Ryder planeó toda la cosa.

—¿Por qué?

—Estás marcada. Creo que era la única forma en que podía llegar a ti, a través de canales oficiales.



Suspiré. Este tipo iba a ser un problema—, lo odio.

—Bueno, por lo menos pasaste. Su plan como que le salió por la culata.

Negué con la cabeza asqueada—. Personas murieron, William.

Trazó mi brazo con su dedo.

—Lo sé. Ryder me obligó a verlo todo.

—¿Cómo? —pregunté, mortificada.

—Me congeló en un edificio cercado al choque. Mirábamos desde una ventana. —No podía creer que todo esto había pasado. Era demasiado horroroso como para que sea real.

—Ni siquiera recuerdo haberme subido al colectivo. No recuerdo nada.

—Así fue para mí también.

—¿Cómo me encontraste? —pregunté, mirando sus ojos. Me sentía tan agradecida. Me había salvado.

—Estábamos viendo las ambulancias en unos monitores, una vez que saliste, Ryder me dejó ir. Reconocí dónde estabas, entonces corrí a esa intersección.

—No sé que habría hecho. —Se acercó y besó mi hombro.

—No importa. Estás aquí ahora, y estás a salvo.

—¿Estuve fuera por mucho tiempo?

—Unas horas. Pero te levantaste justo para la cena, —dijo—. ¿Qué tal te sientes para comer con mis padres?

Con todo dando vueltas en mi mente, incluyendo el problema de Anna, realmente no quería tener que poner una cara feliz para nadie. Me sentía más motivada a curarla después de todo por lo que me habían hecho pasar. Incluso si la motivación estaba basada en odio, lo aceptaba. A pesar de esto, me estaba muriendo de hambre, y no podía negarme a mí misma una comida casera.

William me ayudó a llegar hasta la mesa, insistiendo en que no debía caminar. Intercambié frases de cortesía con sus padres mientras la Sra. Nickel nos servía porciones de cerdo y pan casero. El olor me recordó a la comida de mi madre, que no había probado en casi cincuenta años. Ansiaba probarla.



—Entonces, —el Dr. Nickel dijo, animándose a iniciar una conversación después de que a todos nos hayan servido—. ¿Has pensado en la profecía?

Las cucharas golpeaban contra la porcelana en el silencio.

—Así es como rompes el hielo, —dijo William, negando con la cabeza—. Simplemente tenías que hablar de eso.

—Creo que es relevante dadas sus circunstancias. Tal vez la prueba haya cambiado su decisión.

Los tres me miraron en busca de una respuesta, pero ¿qué podía decirles?

—Iosif dijo que no importa lo que haga. La profecía se desenvolverá como debe hacerlo.

—Gran consejo, ¿verdad? —Añadió William—. Ahora sabemos exactamente qué hacer.

—Es verdad, hijo —dijo el Dr. Nickel con un asentimiento—. No tomes sus palabras tan a la ligera. Pasará.

William movió el pie, evitando contacto visual con su padre—. ¿Qué si no quiero que pase?

El Dr. Nickel me miró antes de responder—. No es tu elección.

—¿Tiene ella incluso una elección? ¿Qué si ella no quiere esto?

—Ella lo querrá llegado el momento.

La Sra. Nickel y yo nos quedamos calladas mientras ellos hablaban como si yo no estuviera en la habitación.

—Ella no tiene tiempo, —discutió William—. Ellos saben que es la nueva madre, lo que significa que descubrirán el resto pronto. ¿Qué si vienen tras ella?

—¿Cómo lo saben? —saltó el Sr. Nickel.

Negó con la cabeza—. Kara les dijo.

La Sra. Nickel frunció el ceño—. ¿Por qué haría eso?

—Trataba de ayudarme, —dije, incapaz de permanecer callada—. De todas formas no importa. No vendrán tras de mí. Estoy marcada.



—Elyse, eso no es… —cerró los ojos por un momento, ordenando sus pensamientos—. No sabemos por qué, por cuanto tiempo, quién te marcó. No es una protección todavía. No podemos contar con ello.

Los Nickel, todavía conmocionados por las noticias, no dijeron nada.

—Después de lo que la hicieron pasar hoy, creo que deberíamos irnos, —continuó William.

—No podemos. —Respondí sin pensar. No podía dejar a Anna.

William me miró sorprendido—. ¿Por qué? ¿Quién sabe cuando harán algo?

Pensé rápidamente, buscando otra razón para quedarme. —Si se supone que debo llevar a cabo esta profecía, no hará ningún bien que huya. He estado huyendo demasiado tiempo ya —toda mi vida.

El Dr. Nickel sonrió ampliamente—. Me gusta tu forma de pensar.

William me miró, enojado y vencido, y me pregunté si podía ver la verdadera razón por la que necesitaba quedarme. Comimos el resto de la cena en silencio, y cuando acabamos seguí a William fuera del comedor.

—¿Quieres ver mi cuarto? —preguntó—. No quiero quedarme aquí abajo.

El pasillo de arriba era el típico de cualquier familia. Pareciendo a un collage, fotos enmarcadas de los tres llenaban cada espacio de las paredes. También había una niña. No sabía nada de ella.

—¿Quién es? —Pregunté, señalando a la versión joven de la madre de William—. ¿Tienes una hermana?

—Sí, Edith. Está en la casa de una amiga.

Noté que las fotos eran recientes, o por lo menos de los últimos años. No había ninguna foto de bebes o las típicas fotos de boda.

—Entonces, ¿ella tiene la habilidad de tu padre?

—Desafortunadamente sí, y ella cree que la hace reina de su universo de 40 años de edad.

Sonreí ante la idea de una hermana pequeña molestándolo.

Sabía que habíamos llegado a su habitación antes de que él dijera algo. Todo en ella era de él. Apenas entrabas, era imposible no notar la pared



llena de CDs acompañada de todo lo necesario para escucharlos. Altos parlantes, amplificadores, y partes que ni siquiera reconocía estaban adheridos al techo. La luz de la tarde bañaba el piso desde la derecha, y junto a la ventana había una guitarra acústica finamente decorada. Su cama era lo suficiente grande como para que entraran dos y parecía ser lo único en lo que uno podía sentarse, así que me puse cómoda.

—Sabes, —dijo William, recorriendo sus alternativas musicales—. Cualquier cosa que decidas está bien para mí. —Suspiró y sus ojos se encontraron con los míos—. Mi papá tiene razón. Ésta no es mi decisión, es la tuya. Estaré aquí para ti sin importar lo que pase o lo que elijas.

—Mejor no hablemos de eso. —Incluso si era sólo por una noche, estaba desesperada por escapar de las decisiones que me perseguían. Sólo por ahora, quería pretender que nada de eso era real.

—Está bien, —accedió—. Simplemente quiero que sepas eso.

Después de elegir la música de fondo perfecta, hice lugar para él, sacándome mis sandalias y acomodándome para apoyar mi espalda contra la pared. Se acercó a mí, agarrando una almohada y acomodándose casualmente en mi regazo. Con su glorioso rostro tan cera, tan fácil para mis ojos de encontrar, me volví extra consciente del efecto que tenía en mí. Incluso sin el tirón de su poder, seguía sintiéndome atraída a él. William dejó su cabeza en mi regazo mientras escuchábamos la música, insistiendo en que cada tema era mejor que el anterior. Perdida en un encanto que me sacaba y devolvía a los versos de cada canción, gentilmente pasé mis dedos por su cabello y traté de no pensar en mi futuro. Sus ojos estaban pacíficamente cerrados mientras yo examinaba los detalles únicos que lo volvían tan irresistible. Tracé el contorno de su barbilla, la forma de sus cejas, la curva de su labio inferior con mi dedo y, eventualmente, William se sumió en algún tipo de sueño de vigilia.

Mi mano siguió moviéndose, maravillándose ante la piel alrededor del cuello de su remera y bajando por su brazo pecoso. Incluso sus partes más extrañas me parecieron atractivas. La delicada piel de su codo, sus gruesos y fuertes nudillos, no había un milímetro de su persona que no me atrajera. Mientras volvía mi vista de nuevo a su rostro para volver a admirarlo, sus ojos estaban ligeramente abiertos.

—Se siente bien. —Se estiró, enterrando su cara en mí estomago mientras se despertaba—. Mi turno.



Se sentó y casualmente se dirigió a mi cuello, deslizando sus dedos en mi pelo y haciendo que me derrita en la cama. Sus labios, suaves como la piel de una rosa, bailaron ligeramente en el borde de mi clavícula. La sensación que su toque podía generar era algo entre un cosquilleo agradable y una sensación más profunda e intensa de placer que casi me volvía salvaje por él. Era difícil disfrutar del ligero cosquilleo sin que el segundo tomara el control, pero esta vez sí pude. Alcancé su rostro y lo acerqué al mío con una urgente necesidad de sentir sus labios. El beso era todo lo que yo quería que fuera y más, estimulante y satisfactorio, pero yo no había pensado en lo que seguía y empecé a temer. En respuesta a mi beso excesivamente entusiasta, su mano encontró la piel desnuda de la parte baja de mi espalda y me congelé mentalmente ante la sensación. Mi mente me decía que me aleje, pero mi cuerpo deseoso, ávido de más contacto, no hizo caso.

—Espera, —respiré.

Su reacción fue rápida. Se alejó, ojos abiertos y llenos de arrepentimiento.

—Lo siento, —balbuceó.

—No. —Negué con la cabeza—. No lo sientas. —Claramente yo era la entusiasta, acelerando las cosas más de lo que sabía hacerlo—. Es que, nunca hice esto… con nadie. Nunca tuve un novio. Quiero decir, tú fuiste mi primer beso, así que realmente no sé que estoy haciendo. —Estaba divagando. Aclara las cosas Elyse, ve al punto—. Simplemente soy nueva en esto.

—Oye, —cortó mi perorata—. Está bien. Iremos despacio.

Tomé una respiración profunda. —Bueno.

Sabía que se suponía que éramos almas gemelas, pero todo había sido demasiado rápido. William volvió a apoyarse contra la pared, acomodándose con una almohada y yo le seguí, apoyando mi cabeza en su pecho.

—Entonces, ¿yo de verdad fui tu primer beso? —Preguntó, pasando sus dedos por mi cabello.

—Sí, patético, ¿verdad?

—No. En realidad, eres buena besando.



Lo miré. —¿De verdad?

—Sí, mi primer beso fue con Sue Crape por un desafío. Confía en mí, no fue lindo.

—¿Alguna vez tuviste una novia o algo por el estilo? —Pregunté, deseosa por más detalles de su vida amorosa.

—Una vez. —Admitió.

—¿Y? —lo presioné, pinchado su costado.

—Y… —repitió. Sabía que estaba sonriendo—. Era Juliet Harrison. Ahora está viviendo en otra comunidad, pero la gente de aquí la conoce. No estoy muy orgulloso de ello.

—¿Qué pasó?

—Es manipuladora, —suspiró—. Su linaje es Atenea, y siendo descendiente de la diosa de la sabiduría, más o menos sabe todo. ¿Sabes que tan irritante es tener una novia que dice saberlo todo y realmente lo hace? Básicamente me convenció de que debíamos estar juntos, lo que al final, obviamente, resultó ser mentira.

Tenía muchas preguntas, pero permanecí callada.

—Probablemente debería llevarte a casa, —dijo William cuando yo no dije nada—. Me siento raro durmiendo en la misma cama mientras mis padres están aquí.

Alcé mi cabeza y me levanté. —De todas formas, ¿por qué todavía vives con tus padres?

—¿Por qué crees? Todo en lo que piensan es en la guerra y la profecía. Son demasiado paranoicos como para dejarme ir.

Descansando en mi cama al lado de William una hora después me distrajo un rato, pero cuando se durmió, mis conversaciones con Iosif, los Nickel y Anna no dejaron de dar vueltas en mi mente. Miré el pacífico rostro de William mientras dormía, sin querer hacer frente al hecho de que el tiempo no estaba de mi lado. Traté de recordar que debía disfrutar estos momentos, incluso si se estaban alejando como el agua a través de arena.

19

Traducido por *.*ale**
Corregido por anvi15

No fui consciente de cuán cómodo había llegado a ser tener el cuerpo caliente de William a mi lado en la cama, hasta que me desperté con la sensación de su ausencia.

Todo lo que había dejado fue una nota en la almohada con las palabras, —Tengo un plan. Estaré de vuelta el lunes. Sé cuidadosa. Inmediatamente, me acordé de Anna. No la había visto desde que me enteré del cáncer.

Le expliqué que no era seguro, pero la seguridad no era la única razón por la que había estado evitando una visita.

Una vez que la viera, me vería obligada a enfrentar todo lo que había estado empujando a la parte trasera de mi mente.

La presencia protectora de William fue la excusa perfecta para no ir, pero ahora que se había ido, sabía que tenía que hacerlo.

Pensé en lo que diría William mientras conducía mi descuidado Nissan a lo largo del puente de Oakland. ¿Qué estás pensando? Imaginé su expresión preocupada. Estaba un poco nerviosa acerca de las repercusiones, pero ambas estábamos marcadas. Si no iba ahora, que tenía la oportunidad, sabía que lo lamentaría después.

No fue hasta que salí de la autopista que me di cuenta de que me estaban siguiendo.

Reconocí un Lincoln negro que desde el inicio del viaje salió detrás de mí e imitó mi vuelta a la derecha. El coche permaneció muy cerca, mientras me dirigía hacia Anna, sin el más mínimo intento de ser discreta. Empecé a preocuparme. Algo no estaba bien.

Instintivamente tomé una curva equivocada, desviando al perseguidor del camino a la casa de mi amiga, y a los segundos, el vehículo siguió. Conduje constante y lentamente sin estar segura de que esperar. Mi mente estaba frenética.



En mi estado asustado, comencé a acelerar de 35 a 40 y entonces a 50 por el vecindario residencial.

Giré en todas las otras calles, esperando perderlo, pero el Lincoln permaneció persistente y determinado. La adrenalina parecía tomar el control de mí, el miedo estaba actuando por mí. Yo estaba demasiado aterrorizada como para llorar o reaccionar de otra forma que no fuera correr, pero cuando miré el retrovisor para comprobar la distancia entre nosotros. El coche se había ido.

Mantuve mi pie en el acelerador, aún demasiado nerviosa para reducir la velocidad. Tenía que asegurarme de que lo había perdido.

Di vueltas calle tras calle antes de decidir dejar el coche en un callejón detrás de una hilera de casas.

El pánico comenzó a desvanecerse poco a poco con cada segundo que el coche negro no se presentó.

¿Hubo realmente alguien detrás de mí o era solo una broma?

Tal vez comprendieron que tenían a la persona equivocada. Aunque tomando en cuenta mi situación, eso sería poco probable.

Me estremecí ante la idea de no saber dónde estaban en ese momento, o peor aún, lo que estaban tramando.

Me di vuelta en mi asiento para mirar por la ventana trasera, desconfiando de los espejos. Mis ojos bien abiertos buscado, y yo esperaba, pero aún no había rastro del Lincoln. Suspiré pesadamente, envolviendo mis manos firmemente alrededor del volante y apoyando mi cabeza contra el reposacabezas.

Todavía estaba en el borde cuando me bajé, pero no podía ocultarme por siempre detrás de esas casas. Además me llevaría una hora o más salir del laberinto de calles en el que me había enterrado. Un perseguidor no tendría idea de a donde me dirigía.

Para el momento en que llegué a lo de Anna, después de un largo viaje incluyendo dos paradas para las direcciones, estaba tan agradecida de estar ahí, que no se me ocurrió llegar al lugar con cautela. Estacioné el auto, agarré mis cosas y ya me dirigía a la puerta, cuando vislumbré el coche negro esperándome a unos pocos espacios abajo del tramo.



Me paralicé ante la vista de aquello, casi sin percatarme de la esbelta figura apoyada en la pared cercana.

Podría decir que era una mujer por su pequeña contextura, lo cual me hizo sentir ridículamente más a gusto, pero su rostro estaba moldeado en la sombra de la repisa superior.

Mientras me encontraba inmóvil, me pregunté si ese era o no el coche que me estaba siguiendo, si la chica esperaba a alguien.

Tal vez ese alguien era yo. Me dije a mi misma que no pasaba nada. Que tenía que mantener la calma, pero apenas logré mi primer esfuerzo decisivo para seguir adelante, una voz me sorprendió golpeando mis sentidos.

Elyse.

Mi propio nombre sonó en mi cabeza como si hubiese sido susurrado deliberadamente en mi oreja por una voz familiar pero irreconocible.

Inmediatamente me giré esperando ver a la chica que estaba parada justo detrás de mí, pero ella permaneció inmóvil y sin cambios bajo la saliente. El miedo empezó a filtrarse a través de mis poros, formando pequeñas gotas de sudor que helaban mi piel, y aunque ella no había avanzado, podría decir que estaba mirando en mi dirección. Mis ojos recorrían el terreno buscando una explicación razonable, pero no había nada sospechoso en la escena, nada más que ella.

Mientras salía de la sombra del muro hacia el sol, hice la conexión. Era Kara.

Sonreí con alivio, y de inmediato me animé mientras caminaba a mi encuentro. Al menos era ella y no Ryder.

—Hey, — Sonreí, pero ella no correspondió mi entusiasmo en absoluto. Su rostro se mantuvo completamente serio, casi profesional.

Su ropa era mucho más formal de lo que recordaba. Una elegante falda negra y una chaqueta se ajustaban perfectamente a su cuerpo solo para ser contrastadas por las mismas ásperas botas de ejército que le gustaba usar. Sus ojos pintados con un rebelde maquillaje oscuro, se quedaron fijos en mí con intensidad.

—Hey, — respondió con desapego. Su voz coincidía con la que había hablado en mi cabeza. —Hazte un favor. Regresa al coche y ve a casa.



—¿Por qué? — pregunté, confundida por su tono poco amistoso. —¿Por qué todavía estás siguiéndome?

No seas estúpida.

Sus labios no se movieron. Las palabras fueron dichas en mi cabeza como si hubiesen sido pronunciadas por un conjunto de auriculares invisibles. De repente todas las piezas encajaron. El Lincoln negro había sido ella todo el tiempo.

Hice caso omiso de lo último que me dijo.

—Si sabías a donde me dirigía, ¿Por qué me perseguiste Kara? —mis palabras sonaron acusatorias y agresivas. Yo había pensado en ella como una amiga después de que me salvó de Ryder, pero aparentemente engañar es fácil para estas personas.

Tenía la esperanza de asustarte para que evitaras venir aquí en primer lugar.

—Salte de mi cabeza, y háblame como una persona. — Escupí. Me sentía enojada y a la defensiva, y aparentemente esas emociones fueron suficientes para estallar mi nerviosismo. No tenía miedo de ella, aunque tal vez debería haberlo tenido.

—No te pongas irritante conmigo, Elyse. Estoy tratando de asegurarme de que no te maten.

—Pensé que estaba marcada, y también Anna. Así que, ¿Para qué estás aquí? ¿Arrestarme?

Ella se rió e hizo un resoplido entrecortado, como si eso fuera una idea ridícula. Sus rizos negros rebotaron alrededor de su cara cuando sacudió la cabeza.

—Bueno, ¿entonces qué?

—Simplemente no entiendo por qué tendrías que hacer algo que sabes que te pondría en riesgo con el Consejo. La gente es testaruda y estúpida. Veo lo que sucede cuando se pasan. Créeme. No lo hagas.

—¿Cómo me estoy poniendo en riesgo? Voy a ver a mi amiga enferma. Francamente, no veo cual es el tabú acerca de eso. No he hecho nada malo.



Aún. La palabra se empujó a través de mis pensamientos, molesta e inoportuna.

—¿Qué se supone que significa eso?

¿Crees que no puedo ver lo que estás pensando?

La promesa que le hice a Anna se precipito de primer plano en mi mente, y ella asintió confirmando que a eso era a lo que se refería.

—¿Qué te importa? Eso no es asunto tuyo.

Es mi trabajo. El consejo hace que sea asunto mío.

No estaba segura de que hacer, o si su participación significaría que habría consecuencias.

—¿Que me harán ellos si la veo hoy? No pueden castigarme por simplemente visitar ¿No?

Ryder está en su puesto de trabajo, el sólo sabrá lo que le diga.

Una sonrisa desafiante se arrastró hasta sus labios, y parecía satisfecha con el hecho de que tenía algo de poder para sí misma. *Considera esto como una advertencia.*

Se apartó de mi sin despedirse y camino hacia el Lincoln.

—Kara, —la llamé. Ella se detuvo pero no se volteó—. Gracias.

***

—Ya sabes, a las personas normales les gusta usar estanterías, —bromeé desde el sofá en la sala de estar de Anna. William no me había llamado en toda la mañana y ya estaba empezando a preocuparme, pero al menos eso me daba más tiempo con Anna. Cuanto más tiempo pasaba con ella, mas comprendía que no podía confiar en lo que decía acerca de su condición. Ella siempre le quitaba importancia a las cosas, como si no fueran tan grandes. Podría decir que estaba retorciendo la verdad.

Tomé un viejo ejemplar de Moby Dick y empecé a hojear las páginas gastadas.

—Pensé que ni siquiera te gustaba leer. — Se echó a reír mientras hurgaba una caja que tenía a sus pies—. Sí, cuando tenía 12.

—Cierto. — Dije con una sonrisa.



Sus manos temblaban mientras barajaba los objetos de una polvorienta caja de música, algunos álbumes de fotos, un pote redondo lleno de barajitas. Su respiración era poco profunda y forzada, y podría decir que se sentía cansada, pero me mantuve en silencio. Ya sabía qué tipo de respuesta obtendría si le ofreciera ayuda, le sugería reposo o le preguntaba si estaba de acuerdo con los inteligentes y testarudos comentarios de Alec jugando con eso como si no fuera nada.

—Estoy segura de que estaban aquí, — murmulló para sí misma.

—¿A quién le importa Anna? No es necesario encontrarlos en este momento.

Al ver lo duro que trabajaba por hacer parecer las cosas más simples, se me hizo un nudo en el estómago.

—Hey, aquí están, —dijo ella, ignorando completamente mis ojos preocupados—. No puedo recordar la última vez que vi estos anuarios. —Por la sonrisa que se extendió en su rostro valió la pena encontrarlos—. Guao.

—¿Qué? —Pregunté moviéndome para sentarme a su lado en el sillón reclinable.

—Míranos, estábamos tan lindas.

Ella estaba mirando una vieja foto en blanco y negro. Estábamos en la línea para el receso, agarradas del brazo, con cuerdas de saltar en la mano y felices como solo dos niñas podrían estarlo.

—¿El de atrás es Collin? —señalo.

Collin. El nombre surgió como una burbuja de aire en el agua. En el invierno su cabello se azotaba hacia delante y atrás mientras corría hacia la parte superior durante el almuerzo, hipnotizándome con fascinación. Había olvidado a ese chico. Él había estado sólo por un año antes de mudarse.

—Estoy segura de que gastábamos parte de las noches en él, —Ana se rió.

—Días también —agregué.

Los días eran simples en aquel entonces. Bueno, tal vez nunca fueron simples, pero fueron un poco más fáciles por un tiempo.



A continuación saco los álbumes de fotos.

—He estado mirando esto muchas veces de principio a fin, — dijo con una sonrisa melancólica—. Después que Chloe se va a dormir.

Me senté con ella a revivir lo dulces y amargos momentos de su vida. Estaba tan hermosa en su vestido de novia, su rostro juvenil, con un brillo saludable y lleno de vida. Su sonrisa parecía extenderse por toda la habitación, estaba tan feliz. Llevaba el cabello recogido en rizos que ondeaban en torno al velo, detrás de su espalda. El vestido revelaba sus brazos fuertes y su escote no exponía su clavícula en la forma en que sobresalía ahora.

—Lástima que el imbécil se fue dos años después, cuando llegó Chloe. Algunos hombres simplemente no pueden manejar las alegrías de la vida. Han pasado 12 años, y él ni siquiera ha llamado.

—Te lo dije, tenía un mal presentimiento acerca de él.

—Bueno, al menos me dio a mi hija. Todo pasa por una razón.

Yo asentí. —Sí, eso es verdad.

Todo sucedió por una razón, y mientras la observaba mirar hacia atrás en su vida interminable, diciendo adiós a sus recuerdos, consideré que tal vez tengo mi habilidad para curar por una razón. Tal vez me dieron este don solo por una razón, Salvarla.

—Bueno, aquí está mi embarazo— se rió —No es tan halagador.

Su cara era redonda y color de rosa, coincidía con su vientre, el cual estiraba la sección media de su mono al máximo. Sus pantalones estaban enrollados y ella estaba descalza con un pincel en la mano. Ella estaba pintando de rosado las paredes del cuarto de la bebe mientras su esposo estaba con cara de piedra en la esquina derecha de la foto.

—No creo que él estuviese muy contento de que fuésemos a tener una niña, — admitió ella.

—Yo lo estaba, — dije recordando. —Tú estabas tan segura de que era un niño.

Ella se echó a reír. —Lo sé. La llamé Wyatt y compré todo en azul.

—Yo lo supe todo el tiempo. Que quisieras un niño era tan malo. Estaba destinado a ser contraproducente.



—No, Kurt quería un niño. No me importaba si era cualquiera de los dos. — Pasó a través de las páginas. —Ella era tan linda, — Anna se jactó, agarrando el siguiente álbum. —Y tan buena, nunca lloraba.

Fue tan agradable viajar a través de los recuerdos. En cada fotografía había una sonrisa, y era tan bueno verla feliz. Era demasiado joven para esta tortura.

Este cáncer era un ladrón, estaba robándolo todo.

No había escapatoria. Ninguna, excepto yo. Tenía que salvarla. Nunca me perdonaría a mí misma si no lo hacía.

—Me enteré de cómo curarte Anna, — admití gravemente, —Pero es... complicado, —

El silencio agarró mi corazón, y pude sentir que ella quería tener esperanzas, pero no estaba segura de sí debería.

—Está bien, — dijo con sombría comprensión. —He aceptado…—

—No, — la interrumpí. Al verla lo había decidido por mí. —Voy a hacerlo, pero hay consecuencias. — Era la mejor manera en que podía ponerlo sin decirle lo que tenía que hacer.

—Oh. — Ella parecía no estar segura de cómo reaccionar sin los detalles específicos, —¿Cuáles son?

—Son... Vale la pena, —Le respondí honestamente—. Pero, ¿Podrías darme algo de tiempo? ¿Aguantar un poquito más?

Era cruel preguntar, y no tenía otra excusa más que la simple realidad. Yo estaba asustada, asustada y enamorada.

—Sí, — Respondió, —Pero solo prométeme que serás inteligente con esto. No lo hagas si eso significa ponerte en peligro.”

—Soy una gran chica, — bromeé tratando de aligerar la tensión. —Casi noventa, ¿recuerdas? Creo que puedo manejarlo.

Su sonrisa esperanzadora era toda la tranquilidad que necesitaba.



20

Traducido por DarkVishous
Corregido por Anvi15

—¿Me extrañaste? —preguntó William, cuando me sorprendió el domingo por la noche en mi apartamento.

Sonreí.

—Tal vez.

Él me levantó y me tiró sobre la cama.

—Entonces… ¿Cuál es tu gran plan? He estado esperando todo el fin de semana para oír sobre ello. Gracias por llamar de camino.

Se estrelló contra mi lado.

—Sí, bueno, el chico que fui a ver es algo más que un poco paranoico. No hay teléfonos permitidos.

—Entonces, ¿Quién es él?

Me miró como disculpándose.

—No puedo decirlo.

—Oh, vamos, —le dije sentándome—. No voy a participar en cualquier plan del cual no sepa los detalles.

—Es sólo un escenario de emergencia. Ni siquiera tendríamos que pasar por ello.

—¿Y si lo hacemos? —le pregunté, con la esperanza de conseguir un poco más de él.

—Te lo diré cuando lleguemos allí.

Le di una juguetona mirada disgustada. Una mueca que decía, sólo estoy mitad jugando, a la otra mitad no le gusta esto nada en absoluto.

—Hey, estoy tratando de mantenerte a salvo. No es como si estuviera tratando de hacerte mi esclava de amor o algo así.

Levanté las cejas burlonamente, desafiándolo a intentarlo. Su sonrisa se ensanchó mientras se acercaba, pero me sacudí lejos con un grito

reactivo, y él se abalanzó en pos de mí. Su baja risa retumbante se burló detrás de mí, mientras me perseguía por todo el apartamento, listo para hacer frente y luchar conmigo en el suelo. Maniobré por dentro y fuera de mi habitación, rodeando la mesa y, finalmente, el salón antes de darme cuenta de que quería ser atrapada.

Me di media vuelta sólo para ser lanzada en el sofá y me hizo cosquillas hasta que casi no pude respirar.

—Espera. Detente, —jadeé, riéndome sin control—. Esto no es justo. —En verdad, no quería ser capaz de escapar. Quería ser atrapada por él, para que no hubiera manera de salir de su red de afecto. Él me miró a los ojos cuando se pasó los dedos por el pelo, y se movió para besarme. La sensación de sus labios todavía hacía acelerar mi corazón, y la sensación se precipitó a través de mí hasta la punta de cada extremidad.

Sus labios se estiraron en una sonrisa, rompiendo el sello que nuestras bocas habían formado.

—Eso fue fácil. Ni siquiera tuve que usar mi capacidad.

Miré las esmeraldas de sus ojos, y traté de averiguar que los hacía tan diferentes de los míos, ¿Cómo se las arreglaba para dar tanto poder?

—¿Qué sientes al utilizar tu habilidad? ¿Cómo puedes incluso hacerlo?

Se sentó y su expresión se tornó pensativa. Estaba contenta de tener una excusa para verlo. Si era su capacidad o no, algo tenía un asimiento en mí, como si buscar lejos de mí sería negar a mis ojos el origen de la belleza, para estar ciega de la gloria del terreno finamente esculpido de la tierra o la suave luz del amanecer.

—Nadie me había preguntado eso antes. No estoy seguro exactamente de cómo lo hago. Es como cualquier otro comando del cerebro que le ordena al cuerpo. —Abrió y cerró el puño, mirando sus dedos enroscarse y desenroscarse—. Tú no sabes cómo, pero cuando quieres mover una parte de tu cuerpo, se mueve. Sólo miro a quien yo quiera afectar y lo hago.

—¿Es difícil? —pregunté, más que feliz de comérmelo con los ojos.

—Puede ser difícil si estoy cansado o distraído.

—Tienes que usar los ojos, ¿no? —le pregunté inmensamente curiosa.

Me miró con una sonrisa siniestra, como si me amenazara juguetonamente con su peligrosa mirada.



—Sí, mis ojos, esencialmente dirigen el flujo de todo lo que hace el enamoramiento, —respondió—. Sin embargo, he estado trabajando sobre el uso de mis periféricos.

Se volvió y miró hacia otro lado, y me dejó un poco confundida, pero cuando el familiar sentimiento de su hechizo comenzó a penetrar en mi cuerpo, y no pude convencer a mis ojos de apartar la mirada de él, me di cuenta de lo que él había querido decir. Traté de luchar contra ello, no porque me molestara, sino porque me preguntaba qué tan fuerte agarre tenía él sobre mí. Era inútil. Lentamente pero seguro me hundí en la euforia.

Dejé que mis ojos siguieran los contornos finamente estructurados de sus pómulos hasta la esquina de su dura mandíbula y tracé con los ojos el borde hasta la punta de su barbilla. La piel de su rostro, de un luminoso color almendra, era suave y perfecta, como si fuera nueva y recién expuesta. Consideré tocar su mejilla, un roce ligero de mi mano para hacer retroceder las líneas de su pelo suelto que caían sobre sus ojos. Yo hubiera dado cualquier cosa por hacerlo.

—¿Funcionó? —preguntó, liberándome de su influencia—. Ni quise mirar.

—Sí, funcionó, —me reí. Mi cabeza todavía no estaba del todo clara—. Pero sabes que no es necesario.

Él me lanzó una mirada perpleja.

—Oh, vamos. Tienes que saber, desde ahora, que me tienes envuelta alrededor de tu dedo meñique.

—Es bueno saberlo, —bromeó—. Ahora te tengo justo donde quiero.

Tan pronto como William estuvo de vuelta en la ciudad, no llegó a pasar mucho tiempo antes de que toda la banda llegara a tocar a mi puerta buscándolo.

—Tenemos un nuevo lugar, —intervino Rachel.

—¿Quieren venir? —preguntó Sam desde mi puerta.

Todavía era un shock verlo, la nueva versión de la vieja apariencia del chico que me habían presentado.

—Claro, —acepté por los dos.

Se sentía refrescante salir de noche. El resplandor amarillo de las farolas cambiaba el color de las cosas, y yo miraba el mundo en sepia mientras el



grupo se dirigía al tren N. Los árboles se alineaban en las calles formando un dosel de hojas haciendo que la luz de la luna se dispersara por la acera. Nics y Rachel se echaron a reír a carcajadas y bailaron delante del resto de nosotros, mientras que Paul y Sam parecían profundizar en la conversación.

Esto era lo que era sentirse joven y vivo, tener amigos y ser feliz. Robé una rápida mirada a William, sabiendo que era realmente él quien me hacía sentir de esta manera. Su belleza era fuerte en la tenue luz de la noche, como una luna llena contra un negro cielo.

—Me pregunto hacia dónde vamos, —le dije mientras que el tren nos llevaba más profundo al centro de la ciudad.

William se encogió de hombros—. No tengo idea.

—Es una azotea en la ciudad, —respondió Paul desde el asiento a mi lado.

Cuando llegamos hasta allí, el vestíbulo del edificio estaba vacío, con sólo unas pocas cámaras de seguridad para mantenerlo observado. Nics se aseguró de que todos nosotros nos levantáramos del piso sin ser vistos por ningún tipo de vigilancia, y tomáramos las escaleras para acceder a la azotea. Me di cuenta, una vez que salimos a la parte superior del edificio, por qué este nuevo lugar valía la pena la caminata. La vista era espectacular. Las luces de la ciudad se extendían como el océano.

Me abracé con mis codos pegados a mi cuerpo por el aire frío de la noche—. Wow, este lugar es increíble.

—Te lo dije, —dijo Rachel con entusiasmo.

—Muy bien, ustedes chicos están bien para ir, —dijo Nics.

Rachel y Paul, los dos de ellos se esfumaron en el aire.

Sam se inclinó hacia una escalera vieja y oxidada bajo la perilla de la puerta de acceso a la azotea—. Por lo menos le dará a Nics una advertencia si alguien trata de subir por aquí. —Él agarró cuatro sillas plegables de detrás de un orifico de ventilación y las puso para nosotros.

—Entonces, —dijo Nics, mirando a William—. ¿Ya has oído el rumor o deberíamos decírtelo?

—¿Qué rumor? —pregunté.



—Supongo que eso quiere decir que no lo saben.

William se encogió de hombros y meneó la cabeza.

—¿Qué es? —Nics miró a Sam antes de hablar—. La gente está diciendo que el hijo del Dr. Nickel está saliendo con la última sanadora. —Sus ojos se posaron en mí, en busca de respuestas—. ¿Es cierto?

William me miró, dejándome ser la que decida qué decir.

—Sí, —admití—. Es cierto.

—¿La parte de salir o la parte de la profecía? —preguntó William con una sonrisa.

Me sonrojé y tuve que apartar la mirada.

—Las dos cosas.

—¿Qué? —exigió Rachel, cerrando de golpe la puerta al lado de nosotros.

—En serio, ¿cómo no nos dijiste antes? —se quejó Nics.

—Él me lo dijo, —agregó Sam.

William lo miró.

—Gracias. Eso ayuda mucho.

—¿Le dijiste a Sam, pero no a nosotras? —se burló Rachel.

—Soy su mejor amigo, —se defendió William.

Nics dio un empujón a Sam.

—Pensé que yo era tu mejor amiga.

—Tú eres mi mejor novia.

—Bueno, en primer lugar, no soy tu novia…

Sam puso los ojos en blanco.

—¿Estás bromeando?

—¿A quién le importa quién es el mejor amigo de quién? —Intervino Rachel—. Somos todos amigos. Él debería habérnoslo contado a todos nosotros.

—Si hubiera sabido que iba a conseguir un derribe verbal de ustedes dos, —dijo William, conteniendo la sonrisa—, podría haberlo tenido en cuenta.

Paul se echó a reír.

—No lo viste venir, ¿eh?

—Entonces, ¿Qué significa esto? —preguntó Rachel—. ¿Va a haber una guerra?

—No lo sé, —respondí con sinceridad—. No sé realmente lo que todo el mundo espera que yo haga.

—Creo que deberías salir de aquí, —dijo Nics seria—. Ustedes vieron lo que le hicieron a Sam.

—Gracias, Nics, —se burló Sam—. Ella actúa como si me viera como un anciano.

—Sam, —se quejó ella—. Eso no es lo que quise decir.

Rachel tuvo que hacerse cargo.

—Ella sólo está diciendo que si el Consejo descubre…

—Ellos ya lo saben, —interrumpió William—. Le dije que debería irse, pero ella no quiere.

—¿Por qué? —preguntó Rachel.

Los cinco se me quedaron mirando—. Ustedes no lo entienden. —No podía esperar que lo hicieran. Si yo estuviera en sus zapatos, probablemente haría lo mismo, pero Anna me necesitaba, y yo no iría a ninguna parte, sin importar lo que cualquiera de ellos dijera de cualquier lugar—. Además, estoy marcada. Si ellos me quisieran muerta, ya lo estaría.

—Ella tiene un punto, —dijo Paul, mientras apoyaba un pie en el suelo—. Ella no ha hecho nada para demostrar que es lo que todo el mundo piensa que es. Tal vez están esperando que ella haga un movimiento.

Sam asintió.

—Puede que tengas razón. ¿Por qué empezar una guerra contra alguien del que no estás seguro que sea tu enemigo?

—¿Crees que si ella se queda tranquila la van a dejar en paz? —preguntó Nics.

—Bueno, piensa sobre ello, —continuó Sam—. Si ella no hace nada para cruzarlos, ¿Por qué instigarlo? Si ellos vinieran tras ella, sería como poner



fuego debajo de nuestros pies. Las personas irían como locas, a elegir lados, empezando a pelear por nada.

—Ellos no quieren ser los primeros en lanzar el primer golpe, —añadió Paul.

—Yo diría que ya lo hicieron, —dijo Rachel—. Hemos oído hablar acerca de la prueba de Evasión.

—Ese fue Ryder, —aclaró William—. No creo que Christoph haya tenido algo que ver con eso.

—Entonces, ¿qué piensas, Elyse? —me preguntó Nics—. ¿Vas a golpear primera?

—Creo que vamos a verlo o no, —le contesté, pensando en Anna. Sin duda, el Consejo lo consideraría un delito, incluso si era mi único y solo movimiento contras ellos.

21

Traducido por Katiliz94
Corregido por Caroliberta y Clyo

Los amigos de William acordaron mantener en silencio las cosas y descartar cualquier rumor de la profecía que pudiera haber estado recorriendo los vestíbulos. En mi primer día de regreso al Instituto desde el test de Evasión Humana, noté inmediatamente una diferencia. Las personas me miraban fijamente, y aquellos que intencionadamente apartaban la mirada caminaban al otro lado del pasillo.

—Simplemente dices la palabra y estamos fuera de aquí, —dijo William, sosteniendo mi mano protectoramente.

—Está bien, —respondí, restándole importancia. Parte de mi aún esperaba que en una de mis clases aprendería una forma de salvar a Anna sin tener que morir en su lugar. Si significa tolerar unas pocas miradas, que así sea.

Cuando caminé hacia Habilidades de Defensa, Helen me saludó con una sonrisa—. Sobreviviste.

—Por poco, —digo, recordando el traumático suceso. ¿Habían escuchado todos acerca de mi test de Evasión?

—Bueno, has inspirado mi lección para hoy. Debería ser divertido.

—Creo que confunde la palabra diversión con demencia, —me susurró William mientras nos dirigimos a un gigante puf azul—. La última vez que hicimos algo divertido Nics se abrió la cabeza.

Resultó que William estaba en lo cierto. La señora Stanzic estaba loca.

—Hoy vamos a jugar a Salir o Bajar, —anunció a la clase.

William me dio un empujón con el codo—. ¿Divertido o demente?

—Cada persona tendrá una oportunidad de salir por la puerta de la clase. Buscaré un grupo de tres para probarlo y que los pase. Aquellos que lo hagan conseguirán diez puntos.

—Loca, —articulé a William, quien se sonreía a sí mismo.



—Estoy esperando que esta lección pueda enseñarles como salir de situaciones en las que parece que todos los obstáculos están en su contra —. Ella me mira con una sonrisa satisfecha—. ¿Voluntarios?

Nadie se levantó de un salto voluntariamente, pero esta no era una asignatura opcional, y al final fue James, el chico que podía lanzar electricidad, Paul, y Stan, cuya habilidad para provocar el sueño, la última vez casi mató a Nics —tres de todos ellos contra Rachel.

—Tres chicos contra una chica, —se quejó Paul a la Sra. Stanzic—. No es un partido justo.

Ella sólo soltó una carcajada—. Ese es el propósito del ejercicio.

—Puedo aguantarlos, —desafío Rachel con descaro.

El combate entero tardó menos de 30 segundos.

Tan pronto como la Sra. Stanzic dijo “salir”, inmediatamente Rachel rompió en dos un diminuto balón multicolor de luz. Revoloteó alrededor de la habitación como un hada, burlándose de los chicos mientras James dejaba salir chocantes corrientes de electricidad, y Paul la perseguía como un demente. La luz de la bombilla se rompió, y la cabeza de Stan se azotó hacia atrás y hacia delante mientras intentaba enfocar la vista en la forma iluminada que se comprimía a su alrededor más rápido de lo que sus ojos podían moverse.

Después de haber tenido su diversión, la luz se movió a gran velocidad por la puerta y salió incluso antes de que Paul hubiera cambiado de dirección.

—Se los dije, —fanfarroneó Rachel mientras se introducía otra vez en la clase de forma completa.

—Excelente trabajo, Rachel... —dijo la señora Stanzic.

La siguiente en coincidir fue una pecosa morena llamada Penny, que tenía el poder de la invisibilidad, Sam, y Nics, contra Stephan, el musculoso tipo deportista que era descendiente de Eris, diosa de la discordia.

—Al final no están luchando entre ellos, —susurré a William mientras nos derrumbamos profundamente en las sillas de puf azul.

—SÍ, veremos, —dijo, sonriendo.



Cuando la Sra. Stanzic dijo "vayan" esperé que Stephan corriera hacia ellos, pero se quedo parado en su zona frente los tres con una sonrisa picara.

Sam miró a Nics—. Haz algo, —le pidió.

—Lo hago, —le gritó de regreso—. Esta ciego. ¿Qué más quieres de mí?

—Trabajen juntos, —avisó la Sra. Stanzic.

Penny había desaparecido. Esperé que apareciese detrás de su muy confiado oponente y bloqueó su camino, girando en torno a él en el espacio de tonalidad oscura que Nics había construido a su alrededor, pero en vez de eso Sam fue volando de espaldas a la pared.

—¿Qué demonios? —le gritó a Nics.

Su cara se volvió enfurecida—. No fui yo, —escupió ella.

De repente Sam estuvo andando a tientas en torno a su propio mundo de oscuridad en el que Nics debe de haberle metido por venganza. Entonces fue Nics quien comenzó a tropezar y a difamar, y cuando entraron en contacto sus alterados estados, dos de ellos lucharon entre sí por la zona, maldiciendo y gritando. No fue hasta que la invisible Penny comenzó a llevarles la contraria a ambos, tirando de los pelos, golpeando costillas, que imaginé que Stephan estaba usando su habilidad para causar este conflicto.

—Es asombroso, Stephan, —le alabo la Sra. Stanzic mientras permanecía de pie en el punto exacto donde comenzó—. William, ¿puedes contrarrestar esto?

William se erigió, causando que yo quede en una mala postura en el gigante hueco que había creado en el puf. Él se dirigió hacia la lucha libre entre sus amigos, pero a pesar de su intento por detenerles, la pelea continuaba.

—Te odio, —dijo a gritos Nics.

—Suéltate de mí, —rugió Sam mientras rodaban a través del suelo—. Estás loca.

La mano de la invisible Penny tiró del pelo de Sam lo bastante fuerte para que su cabeza se tendiese hacia atrás.

William sacudió la cabeza con frustración.



—Sigue intentando, —incitó la Sra. Stanzic—. Stephan, no necesitas dejar la habitación. No te relajes.

Fue el griterío lo que primero paró, después la lucha libre, a pesar de que Sam aún tenía atrapada a Nics entre sí y el suelo.

—Wooo, —gritó de alegría Paul desde un sillón de espuma verde al otro lado de nosotros—. ¡Bésala, Sammy!

Ellos se miraron el uno al otro —la cuestión era si por amor u odio. Sam bajo su cara lentamente hacia ella, Sus ojos se cerraron.

La Sra. Stanzic dio un asentimiento en nuestra dirección—. Todo bien, William. Gracias.

Los ojos de Nics se abrieron bruscamente mientras William relajó la espalda en la acolchonada silla, liberándolos de su influencia.

—Quítate, —dijo Nics con un ceño fruncido.

—Oh relájate, —dijo Sam, dejándola levantarse—. No era como que tuviera opción. —Él se aseguró de alzar las pestañas hacia William con desaprobación.

—¿Qué? —dijo William con un encogimiento de hombros.

No pude evitar sonreír.

La clase pasó rápidamente, tal vez porque hoy todos lo lograron sin ninguna lesión. Mientras los estudiantes comenzaban a salir de la clase hacia el ruidoso pasillo, decidí que ésta era mi oportunidad para preguntar por Anna, posiblemente era mi última oportunidad.

—Necesito hablar con la Sra. Stanzic sobre una cosa—, le dije a William mientras nos dirigíamos a la puerta—. ¿Te encuentro en el coche?

—Claro, —dijo, antes de continuar bromeando con Sam y Nics. Estaba contenta de que él también estuviera distraído para preguntar por qué.

Esperé a que la última persona dejara la habitación.

—Hola, —dije, acercándome a su mesa.

—Hola, Elyse, —me saludó—. Así que, ¿Cómo estuvo la clase? ¿Te gusto?

—Sí, estuvo bien, —respondí honestamente—. Sin embargo, más bien tengo una pregunta personal.

Ella agitó su muñeca, parando el persistente tictac del reloj de pared.



—Vamos adelante.

—Era la mejor amiga de mi madre, ¿cierto? Estoy dando por sentado que puedo confiar en usted.

Ella sonrió dulcemente—. Por supuesto que puedes.

Realmente no me sentía cómoda explicando mis planes a cualquiera, pero no veía ninguna otra opción. Me senté en frente se su mesa, reuniendo el coraje para hablar.

—Si quiero curar a alguien con un avanzado cáncer, —comencé, pero mientras planteaba la cuestión su boca se cerró prietamente, y apartó la mirada. Preferí no continuar.

—Quieres curar a un humano. —Sus palabras sonaron calmadas, pero seguras.

—No dije eso.

—Los Descendientes no contraen enfermedades, Elyse, —dijo con aire de disculpa. Podía ver que lo sentía por descifrar mi secreto.

Mis ojos descendieron hacia el suelo—. ¿Hay alguna forma para sobrevivir?

Me forcé a mirarla de nuevo, y volvió la mirada hacia mí.

—No deberías estar preguntándome esto.

—Usted no debería esperar de mi que comience una guerra sin romper las reglas, —contrarresté.

Sus ojos se ampliaron, aceptando mi argumento.

—Tu madre lo hizo, —dijo de repente—. Sólo una vez. Necesitas de un respaldo, alguien para curarte cuando estés demasiado perdida.

Tenía la esperanza de que no dijera aquello. Necesitaba una mejor opción, algo que pudiera hacer por mí misma.

—¿No hay otra manera?

—No. —Ella agitó su cabeza—. Sangre sale, sangre entra. Esa es la única forma. El problema es, que en estos días no vas a encontrar a Descendientes dispuestos a arriesgar sus vidas por una humana que no conocen. Lo siento no puedo ayudarte. Tengo niños y una familia.



Suspiré, abatida. La única persona dispuesta sería Chloe, y ella estaba en la penumbra de mis habilidades para sanar. Podría ponerla en peligro con El Consejo—. No puedo pedirle a alguien que haga esto por mí, no cuando el Consejo mataría a cualquiera que esté involucrado.

—Si el Consejo lo averigua, no mataran a tu respaldo. Matarán a tu amiga. —Sus ojos estaban tristes, comunicando su preocupación—. No vale la pena arriesgarse.

Agité la cabeza, aun pensando—. No, estamos marcadas. —El Consejo era consciente de lo que Anna sabía. Había ido a visitarla. Le conté todo. Nada había ocurrido.

—¿Cómo? —Respondió con sorpresa—. Eso no tiene sentido. ¿Por qué protegerían a su enemiga, y a una humana?

—No sé por qué ella está marcada, pero lo está. Toda mi vida hemos sido amigas y nadie la tocó, —respondí—. Yo estoy señalada porque soy la nueva madre.

Sus labios se separaron por el shock—. Supongo que sería una buena razón ¿verdad?

—Si no tengo otra opción, —decidí—, solamente iré directo a ello por mí misma.

—No puedes. —Casi dijo a gritos las palabras—. ¿No te das cuenta de que en el momento que mueras, ella ya no estará protegida? Ella está marcada porque tú estás marcada. Christoph no la necesitará más.

—¿Y para qué la necesita ahora?

—No sé. Tal vez está intentando ganarte al ayudarla, pero al minuto en que te vayas, ella también se irá.

Sus palabras me dejaron sin aliento. ¿Cómo podía no haber visto venir aquello? Había gastado tanto tiempo preocupándome por cómo y cuándo lo haría, en qué me ocurriría a mi y a William, que había pasado completamente de mirar lo que le ocurriría a Anna después de que fuese curada. Aun así, no iba a dejar que eso derrote.

—Le diré que corra. Tendré un plan. A lo mejor puedo hacerlo sin que el Consejo nunca se entere.

—No, seas una mártir, Elyse, —me regañó—. Sé que, obviamente, tu amor por quien sea que quieres curar ha crecido, pero piensa en cuantas



personas están contando contigo. Piensa en que tu madre y padre abandonaron todo para mantenerte viva. No olvides eso.

¿Cómo podría replicarla con lógica? Mis padres habían abandonado sus vidas como Descendientes para asegurarse de que yo esté segura. Matarme por Anna significaría que su sacrificio fue hecho en vano. Incluso así, ahora Anna era mi familia, y tenía que hacer lo que podía para salvarla.

—No puedo simplemente verla morir, —insistí—, no cuando yo tengo la cura.

—Esto es parte del proceso. Como una Descendiente y una sanadora, has de aprender que no puedes salvar a todos, Elyse. Tu madre lidió con la misma cosa, y estoy segura de que el resto de tus ancestros también lo hicieron, pero no puedes asumir el peso del mundo sobre tus hombros.

—Pero está sobre mis hombros. Todos esperan de mi que los salve del Consejo y no tengo idea de cómo hacerlo.

—Confía en tus instintos, y la profecía se cumplirá por sí misma.

—Mis instintos están diciéndome que necesito curarla.

Ella asintió con la cabeza, aceptando mi decisión—. Entonces encuentra a alguien que te ame lo suficiente para ser tu respaldo, sin importar las consecuencias.

22

Traducido por Lis
Corregido por Caroliberta

El reloj comenzó su tic-tac, y entré en el pasillo vacío sin prestar atención a mi entorno. Miré al suelo mientras caminaba hacia el ascensor y atrapé la vista de un familiar par de brillantes botas negras de vaquero que no pertenecían a este lugar.

—Eres demasiado fácil de encontrar. —Antes de que tuviera tiempo para mirar hacia arriba, Ryder me lanzó por el pasillo como una muñeca de trapo. Me golpeó con fuerza contra la superficie de la pared.

El dolor atravesó mi espalda, pero todavía podía moverme. Me puse de pie y traté de hacer una escapada.

—Yo no lo creo, —dijo, deteniéndome en mis pistas. Fue una falsa esperanza creer que podría escapar así de fácil.

Se acercó casualmente a mi forma inmóvil y me volcó como una vaca durmiendo, dejándome caer desinflada sobre el suelo de linóleo. Me dejó sin aire. No podía respirar.

—¿Es cierto?

¿Dónde estaba todo el mundo? ¿Cómo estaba todo este lugar vacío? Rogué desesperadamente que alguien apareciera mientras Ryder se sentó a horcajadas sobre mí, sentándose en mi estómago. Cualquier pequeño poder de respirar que podría manejar para recuperarme de la caída se vio disminuido por el peso de su cuerpo. Por favor alguien, pensé en silencio, que entre en el pasillo.

Como si hubiera leído mi mente, el profesor de Evasión Humana abrió la puerta de su salón de clases. Él asomó la cabeza rubia diminuta, y miró directamente a mí. Pude ver el impacto en su cara, y traté con todas mis fuerzas de hablar con mis ojos —sálvame—, pero después de un vistazo a Ryder, cerró la puerta, y la cerradura chasqueó detrás de él.

Manteniéndome sobria por debajo de su cuerpo, Ryder me soltó de su influencia. Tan pronto como me pude mover, me esforcé, pero eso era todo lo que podía hacer. Abrí la boca y traté de gritar, pero de alguna

manera él aún tenía el control de mi capacidad de hablar, y no salió nada. Me tiré violentamente a su alrededor, tratando de escapar debajo de él. Debería haber esperado el puño cerrado que golpeo mi cabeza hacia los lados, pero el golpe fue rápido y duro. No lo vi venir, y el lado de mi cara golpeó contra el suelo.

—Ahora deja eso, —dijo, como si hablara con un niño—. Te hice una pregunta. ¿Es cierto? ¿Tenemos una pequeña princesa profetiza en nuestras manos?

Me quedé mirando directamente hacia él, tratando de ocultar mi temor con odio. ¿Él no esperaba que le contestara, o sí? Abrí la boca para ver si podía gritar.

—Ayu—

Su mano pesada cayó sobre mi mandíbula antes de que pudiera terminar la palabra, y una vez más, me encontré conmigo misma congelada todavía.

—Sabes, hice un poco de investigación, —dijo, como hablando consigo mismo. Su peso continuó aplastándome, se inclinó y me miró a los ojos—. No he podido encontrar otro sanador. Resulta que eres la única. Yo en realidad nunca creí en la profecía, pero... —Encogió sus pesados hombros de arriba y hacia abajo casualmente—, tal vez me equivoqué. El problema es que nunca te he visto curar a nadie. Quiero verlo por mí mismo. —Su sonrisa daba miedo, y yo sabía que si fuera físicamente posible, yo estaría temblando.

Me estremecí internamente ante el sonido de su navaja. La dejó brillar delante de mí antes de tocar mi mejilla derecha con el metal, y deslizó el filo de su navaja en la cara. Mi cuerpo permanecía inmóvil, pero me retorcía en el interior, gritando, suplicando.

Sentí ambas lágrimas y sangre goteando hacia abajo de la superficie de mi piel y sólo pude ver cómo cubrió su propia mano alrededor de la hoja, agarrándola con la fuerza suficiente para cortar la palma. Luego, con innecesaria fuerza, golpeó mi mejilla con su puño abierto con sangre, teniendo el placer de medio ahogarme con sus dedos.

Cuando los cortes sanaron, Ryder se echó a reír a sí mismo llevando una sonrisa maligna—. Y entonces yo que pensaba que Nickels estaba



tratando de sacar provecho sobre nosotros, pero tú eres el verdadero negocio, amor.

Sentí el aire llenar mis pulmones hasta su capacidad mientras él se puso de pie y comenzó a caminar en círculos a mi alrededor.

—Estoy realmente resistiendo las ganas de matarte ahora, —dijo con una sonrisa burlona—, pero sé que Christopher tiene planes para ti y tus pequeños amigos humanos.

—Puedes pensar que estás a salvo, pero es sólo una cuestión de tiempo antes de llegar a lo que viene. Él tiene sus razones para mantenerte con vida hasta que consiga lo que quiera. Y cuando termine contigo...

Él giró mi cabeza con el pie y se quedó mirándome con sed de sangre en los ojos—. Eres mía.

La punta de su bota golpeó contra mi pecho rodándome a mi vientre y dejando mi cara estrellarse contra el suelo—. Mientras tanto, no te cruces en mi camino. Puedo encontrar maneras de llegar a ti. Los accidentes suceden.

Me dejó allí, de bruces sobre las rayadas y sucias baldosas mientras se alejaba, sus botas haciendo clic, silbando una melodía alegre. Incluso después de que podía moverme, estaba sollozando en silencio por más de sólo el dolor físico. El miedo, las amenazas y la incertidumbre del futuro, las consecuencias de mis acciones, mi existencia, todo salió de mí en forma de lágrimas incontrolables. Cuando al fin me repuse y gané el control total de mi cuerpo, me dirigí al baño. No podía dejar que William me viera así.

Ambas, la sangre de Ryder y la mía se untaron sobre todo el lado derecho de mi cara, y en la penumbra de la luz fluorescente, parecía la escena de una película de horror.

Me volví al agua fría y enjuagué mi piel limpia, evitando mirarme a los ojos. Yo sabía que sólo me haría llorar. Sé más fuerte, me dije. No lo dejes ganar. No dejes que te rompa.

Una vez que la sangre estaba fuera de mis manos y la cara, me enjuagué mi pelo. Utilicé el secador de mano para secar los filamentos húmedos y peinar la parte delantera sobre mis mejillas, tratando de ocultar la piel fresca color rosa que estaba sonrojada y nueva.

—Ya sé —oí exclamar a William con emoción, hice mi camino a través del aparcamiento. Sam y Nics estaban inclinados en contra del Honda de



William, mientras hablaba exuberantemente con sus manos—. Nunca he hecho que dos personas se enamoren el uno del otro antes.

—¿Quién dice que lo hiciste? —Dijo Nics con una sonrisa culpable.

—Yo, —respondió William—. Vamos, Sam. ¿Vas a dejar que ella lo niegue?

—De ninguna manera. —Él negó con la cabeza—. Me voy a quedar fuera de esto.

William levantó las manos en el aire—. ¿Te das cuenta de que hay una treintena de testigos, verdad?

—Te estoy diciendo, no funcionó, —insistió Nics.

—Muy bien. Vamos a intentarlo de nuevo entonces.

—No, —respondieron Sam y Nics al mismo tiempo.

—Él se las arregló para evitar que pelearais. —Dije, tratando de poner una cara feliz. William deslizó su brazo alrededor de mi cintura, y me sacudí cuando su mano rozó las costillas magulladas—. Eso tiene que contar para algo.

Los cuatro nos pusimos de acuerdo para reunirnos en Cearno donde el plan era intervenir a Rachel y Paul.

—¿Estás bien? —Preguntó William una vez que estábamos en el coche.

Bajé la visera para el sol y busqué sangre en mi cara en el espejo—. Sí, ¿por qué?

Me miró con desconfianza—. Sólo me preguntaba. ¿Qué tenias que decirle a la Sra. Stanzic? ¿Qué necesitas preguntarle de todos modos?

—Oh, —balbuceé, no estaba preparada para la pregunta. Pensado en hacer algo, pero tal vez éste era el momento perfecto para abordar el tema.

—Desde la prueba de la evasión, he estado pensando en la curación un montón, y sólo quería hablar con ella sobre qué pasaría si alguna vez fuera obligada a curar a un humano.

Los ojos de William se volvieron inmediatamente serios—. No puedes. —Su voz se disparó—. Sabes que te matarían.

—Bueno, técnicamente estoy marcada, —comencé a argumentar.

—Aun así, ellos sólo matarían a los humanos después.

—¿Qué pasa si el Consejo no lo sabe? —mi voz estaba tranquila, optimista.

—Ni siquiera puedo creer que estés pensando en esto. ¿Estás loca? Tú estás. Estás loca.

—Tú no sabes cómo es, —interrumpí—. Podría haber curado a aquella niña.

—La habrían matado de todos modos.

—Sí, bueno, ¿Qué pasa si Anna o Chloe necesitaban ayuda? ¿Después qué? ¿Esperarías que me quede sentada sin hacer nada?

Estaba atento a la carretera, incapaz de contestar mi pregunta. Ninguno de los dos habló, y se sentía como una eternidad de silencio.

—¿Es así? —Preguntó William, sin mirarme—. ¿Necesitan ayuda?

—Dije qué pasa si, —le contesté, con la esperanza de protegerlo de mi carga—Estoy teniendo un momento difícil con esto, ¿De acuerdo? —No podía pedirle que me ayudara.

No sólo lo pondría en riesgo con el Consejo, sino que podría ser contraproducente. ¿Y si trata de detenerme o se pone en mi camino, pensando que tiene que protegerme? Me sentía tan desesperada.

—Está bien, —aceptó mientras buscaba mi mano.

Dejé que mi cabeza descansara contra el asiento y observé el paso de ciudad a través de la ventana del coche, queriendo que la conversación llegara su fin.

—Así que, ¿qué te parece? —Preguntó William, cambiando el tema—. ¿Hice que Sam y Nics se enamoraran o qué?

Sonreí a través de mi preocupación, dándole las gracias por dejarlo ir—. Definitivamente.

—Es una habilidad muy difícil de desarrollar, —dijo con orgullo.

—Es posible que hayas tenido un poco de ayuda, sin embargo. Creo que estaban secretamente enamorados ya.

Él asintió con la cabeza—. Tenía miedo de eso.



Hablar con él empujó fuera de mi mente, incluso los pensamientos de Ryder. El dolor en las costillas no parecía tan malo cuando estábamos riendo, y se veía tan feliz que me contagió. Estábamos tan felices. La idea de que esto terminara hizo que mi garganta picara.

—Elyse. —Me miró realmente una vez que había aparcado el coche en frente de Cearno—. Te amo, —dijo—. Sabes, he estado esperando por ti toda la vida. Sus ojos se suavizaron mientras me miraba—. No sé, a veces siento que cada momento antes de ti era una perdida. Ahora que estás aquí, a pesar de que las cosas parecen malas, y tenemos la profecía que se cierne sobre nuestras cabezas, por lo menos nos tenemos el uno al otro. —Él presionó nuestras palmas calientes estrictamente juntas.

Las lágrimas que había estado esperando ahorrar para cuando estuviera sola comenzaron antes de que las dejara continuar. Una parte de mí estaba feliz de oírle hablar de mí, como a menudo pensaba en él, pero otra parte sabía que era exactamente lo que no debía escuchar.

—¿Por qué lloras? —Me preguntó, con el rostro visiblemente sintiendo mi dolor.

En otra ocasión, me habría sentido tan eufórica por sus palabras, pero en vez de eso, desgarraron mi corazón. ¿Por qué ahora? ¿Por qué cuando me enfrento a tal sacrificio tenía que descargar sus emociones por mí de tal manera que me hacía necesitarlo? Todo parecía tan incierto, tan injusto, todos menos una cosa. Estábamos destinados, predestinados, como debe ser.

—Me siento de la misma manera, —dije en voz baja.

Confundió mis lágrimas con lágrimas de felicidad y besó mis mejillas con una sonrisa, mientras bajaban por mi cara. Tenerlo cerca se sentía tan bien, como un consuelo y un hogar, pero cada uno de sus suaves besos me recordó lo que estaría perdiendo si curaba a Anna. Sus labios se movieron por mi boca, todavía húmeda por las lágrimas. Me di a ello, sin embargo, aunque sabía que iba a significar más dolor después. No podía hacerle frente a la cruda realidad en este momento. Era demasiado difícil de soportar.

Con los restos frescos de los besos de William en mi mente, estaba desesperada por una solución, una que no pusiera a nadie en riesgo o que requiriera renunciar a mi vida. Tenía que haber otra respuesta, la



quimioterapia, la medicina alternativa, otra opinión, algo. Yo necesitaba un milagro.

23

Traducido por DarkVishous
Corregido por Caroliberta

—Sólo pasa Acción de Gracias con nosotros, Elyse. Estás siendo ridícula, —se quejó William—. No es seguro.

Suspiré y me tiré sobre el sofá.

—William, quiero verla. Ella me invitó. ¿Qué? ¿Debería sólo decir no, no quiero ir?

—Sí, —respondió él con facilidad.

—Ella es mi mejor amiga. Quiero verla.

—No se trata sobre eso. Es peligroso. Tú viste lo que le sucedió a Sam, y Ryder no fue exactamente suave contigo tampoco.

No le había hablado a William sobre el incidente en el pasillo, o del hecho de que el Consejo oficialmente supiera que era la única que debía cumplir con la profecía, y me alegraba de no haberlo hecho. No podía imaginarme qué clase de pelea se hubiera levantado si lo supiera.

—Bueno, si no ahora, ¿Cuándo? —abogué por mi caso mientras él se paseaba alrededor de mi sala de estar—. Los dos estamos marcadas.

—Elyse, eso no te hace invencible. ¿Qué pasa con la prueba de Evasión? Casi mueres. Es evidente que el hombre tiene maneras de llegar a ti.

—Ya he hablado con Kara. Ryder la pasa en un bar cada Acción de Gracias. Él estará fuera.

Se agarró la parte trasera de su cuello, tratando de contener su ira—. No lo sabes con certeza.

—Es un riesgo que vale la pena para mí. —Levanté la vista hacia él desde mi lugar en el sofá, deseando que lo entendiera.

—Bueno, no para mí. Al menos déjame ir contigo.



Negué con la cabeza, dándome tiempo para armar una excusa. ¿Qué se suponía que tenía que decir? Él no podía ver su enfermedad—. No. No quiero involucrarte. Además, deberías estar con tu propia familia.

Pasó los dedos por su cabello—. Estás siendo irracional.

—No te preocupes. Estaré bien.

—No me digas que no me preocupe, —dijo exasperado—. Fui yo el que tuvo que verte ser casi golpeada hasta la muerte, quién pensó que no podría llegar a tiempo cuando estabas desangrándote en esa esquina de la calle.

—Bueno, no puedes decirme que no puedo volver a verla. No voy a aceptarlo.

Se sentó junto a mí, tomando mis manos entre las suyas—. No estoy diciendo eso, —dijo en voz baja—. Sólo estoy diciendo que deberías esperar un poco e ir cuando…

—¿Cuándo, William?

Su ceño se frunció con preocupación—. No lo sé.

—No voy a empujarla simplemente fuera de mi vida. Ella es mi única familia.

Se puso de pie, caminando hacia la ventana, evitando deliberadamente el contacto con los ojos.

—¿Y si es lo mejor? —se volvió para mirarme.

No podía creer que dijera eso—. Iré, —dice con firmeza.

—Bien, —dijo a través de sus labios apretados, y caminó hasta mi puerta, golpeándola detrás de él.

***

Me dirigí vacilantemente, insegura de mi decisión sobre venir, pero tan pronto como vi el rostro de Chloe iluminado, supe que había tomado la decisión correcta. El olor a pavo horneado se derramó fuera de la casa cuando abrió la puerta.

—Bichito *Chlo*, —sonreí radiantemente, mientras ella echaba sus brazos alrededor de mí.

—Por fin, —bromeó—. He estado esperando todo el día.



—Bueno, ¿vas a invitarla a entrar? —se rió Anna desde la sala de estar. No había notado, hasta que ella habló, que estaba acostada en una cama hecha en el sofá.

Mi atención se trasladó de inmediato hacia ella cuando pasé por la puerta—. ¿Cómo estás? ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien, —mintió—. Chloe aquí, no me deja hacer nada. Estoy bajo sus estrictas órdenes de no dejar este lugar.

Se miraron la una a la otra con una sonrisa entrañable, la de Chloe feliz de estar ayudando a hacer la vida de su madre un poco más fácil, y la de Anna agradecida.

—Es mejor que empieces a pelar patatas, —dijo Anna, dando indicaciones desde el sofá—. Cuando hayas terminado con eso, vuelve y te diré qué será lo siguiente.

—Está bien, —dijo con entusiasmo antes de lanzarse a la cocina.

Tan pronto como Chloe estuvo fuera del alcance del oído, miré a Anna—. Entonces, ¿cómo estás en realidad? —pregunté, sentándome a sus pies.

Sus ojos cayeron, revelando la verdad. Su disposición alegre, era sólo una actuación. La dejé en su silencio por un momento, para tomar descanso de tener que hacerlo, o para decir cualquier cosa que no fuera genuina.

—Tú sabes, la enfermedad, el dolor, es duro. No voy a mentir, pero la peor parte… —suspiró, inclinándose más cerca de mí—. Es ella.

Echó un vistazo a la puerta giratoria de la cocina, sus ojos llenos con lágrimas que ella estaba determinada a retener. La culpa se me disparó desde todos los ángulos, como si estuviera perdiendo un combate de boxeo. Apoyé la mano sobre su pierna, pero estaba segura de que la sensación me dio mayor consuelo a mí que a ella.

—Tiene sólo catorce, —continuó Anna con pena—. Es sólo una carga para ella. Quiero decir ella está haciendo la cena de Acción de Gracias y es sólo una niña.

—Está bien, —traté de consolarla—. La carga sería más pesada sin su madre…



—No está bien, —me interrumpió con amargura—. Sólo quisiera que sucediera ya para que así ella pueda mudarse con mi hermana y ser una niña otra vez.

—¿Qué? —susurré con mordacidad en mi voz—. Anna, no hables así.

—Lo siento, es…

—No, —dije forzosamente—. Te lo dije. Voy a curarte. Será pronto, es sólo… Quiero decir, necesito más tiempo. —Verla borró todas las dudas de mi mente sobre la decisión de curarla. Si tuviera que renunciar a mi vida, lo haría, pero si tuviera un poco más de tiempo, tal vez podría encontrar otra manera. Dudé mucho tiempo, y ello vio la verdad a través de mí.

—¿Qué sucederá si me curas, Elyse?

Miré su delgada figura bajo la manta—. ¿Cuánto tiempo tengo? —pregunté, evitando la pregunta.

No me hizo caso—. Si no me lo dices, no querré que lo hagas.

—Bueno, no puedo decírtelo.

Cerró sus ojos, perdiendo la esperanza—. ¿Por qué?

—Porque puedes intentarlo y hablarme, sacándome de ello.

—Probablemente tienes razón, y si ese fuera el caso, entonces no lo hagas.

Ella era tan testaruda. No me molesté en contraatacar.

Suspiró, tumbándose hacia abajo—. Estoy muy cansada.

—Entonces descansa, —dije levantándome, estirando sus piernas fuera de ella. Era mi decisión hacerlo de todas maneras, no la de ella—. Voy a ayudar a Chloe.

No discutió, y cuando cerró sus ojos, me alegré de estar allí para darle un poco de respiro. Después de todo, ella estaba sufriendo mientras me tomaba mi tiempo en llegar un acuerdo con la situación. Era difícil verla con tanto dolor, y lo hubiera hecho en ese momento, si no fuera por William. Le debía a él decirle adiós, y más que nada, estaba asustada.

—Hola, —le dije caminando dentro de la cocina. Ver a Chloe siempre fue un poco chocante para mí. Se parecía tanto a la Anna más joven que yo recordaba—. ¿Puedo ayudar?



Sonrió—. Seguro.

Agarré un cuchillo y empecé a pelar las papas, mirándola con el rabillo del ojo. Había muchas cosas de su madre en cada movimiento que hacía. Siempre había sentido amor por ella, pero ahora algo más profundo me obligaba a protegerla como si fuera mía.

—Entonces, ¿Qué eres este año? ¿Una *freshman*[3]? —pregunté.

—*Sophomore*[4], —respondió—. Ya lo sabes.

—Sí, —admití—. Sin embargo, todavía no me lo creo.

—Tres años más, —dijo con una pícara sonrisa. Ella tenía que recordármelo cada vez que la veía, enfrentándome con cuan cerca parecíamos en edad. Era extraño. Parecía tan joven, tan impresionable.

—Cuatro años más, —la corregí—, y no creo que eso signifique que no tengas que escucharme. Soy el doble de la edad de tu mamá. Recuerda eso.

—Sí, sí, —bromeó.

Me empujó con el hombro mientras cogía un cuchillo y comenzaba a pelar a mi lado.

—Entonces, dame los últimos chismes. ¿Cómo va la escuela?

Sus ojos quedan bajos—. No quiero hablar sobre ello.

—¿Por qué? —le pregunté, captando su malestar.

Ella sacudió la cabeza—. Están esas chicas.

—¿Qué chicas? ¿Qué hacen?

—Tú sabes, encerrándome en el baño, pegando goma de mascar en mi cabello, muy parecido a hacer de la escuela mi infierno personal.

Solté el cuchillo, enojada ante la idea de semejante crueldad. ¿Acaso no sabían que su madre se estaba muriendo?—. ¿Desde cuándo?

---

[3] Freshman: es un término utilizado para describir a un estudiante en el primer año de estudio. Frecuentemente es utilizado para referirse a los novatos o principiantes, a las personas ingenuas y a los estudiantes de primer año.

[4] Sophomore: Se utiliza para describir a un estudiante en su segundo año de estudio.



Todavía no me miraba, y pude darme cuenta de que estaba avergonzada—. Desde el año pasado, —murmuró.

—¿Lo sabe tu madre?

—No, no se lo he dicho. —Sus ojos se quebraron, intencionados y serios—Y no quiero que tú se lo digas tampoco.

Suspiré, luchando con la decisión de mantener esto de Anna, pero la expresión de Chloe era desesperada—. De acuerdo, —accedí.

—¿Se siente ella bien? —Preguntó nerviosamente—. Sé que finge estar mejor de lo que se siente conmigo.

Me volví para colocar las patatas recién peladas en el agua hirviendo, tratando de evitar el contacto visual. La pregunta había sido una clase de sorpresa para mí, y no estaba segura de cómo responder.

—Sí, ella está bien, —traté de decir con tanta naturalidad como me fue posible.

—¿Crees que debería volver con ella?

—No, déjala descansar, —dije todavía de espaldas—. No la despiertes.

—Está bien. —Podía oír la tensión en su voz mientras abría el horno para ladear el pavo.

Traté de recomponerme, pero escucharla preocuparse y agitarse por la condición de su madre, me destrozó. Sabía lo que era perder a una madre. No era justo, no tan joven, y no dejaría que eso le pasara a ella. Tenía que darle un poco de paz mental, decirle que todo iba a estar bien.

—Chloe, —dije suavemente.

—Sí, —se volvió para mirarme, sus ojos cargados con tristeza.

—Tu madre va a estar bien. Ella pasará por esto.

Las palabras eran una promesa solidificando mi decisión, pero para ella no eran nada más que un falso consuelo. Las lágrimas caían por sus mejillas en silencio, aunque habló con una sonrisa.

—Confía en mí, —dije—, tratando de hablar más con mis ojos que con mis palabras—. No voy dejar que suceda.

Me di cuenta por su expresión que ella sabía que estaba tratando de decir más de lo que lo hacía, pero no lo entendía. ¿Cómo podría? Con los



años, Chloe se había enterado de mi edad, pero Anna y yo habíamos guardado el día que nos sanamos entre nosotras. Sin discutirlo más, seguimos preparando la comida, agradecidas de la compañía de la otra.

24

Traducido por Lucia A. y Fallen Star
Corregido por Caroliberta

William nunca dijo nada acerca de mi acción de gracias con Anna. Si él aún estaba enojado, lo guardó para sí mismo. Lo atrapé mirando sobre su hombro de vez en cuando, pero Kara debió haber mantenido en secreto la visita, porque yo no había visto ninguna señal de Ryder.

—Debemos hacer algo este fin de semana, —pensé en voz alta mientras ponía unos waffles congelados en la tostadora. La semana pasada, ambos habíamos tenido que limitarnos a la compañía del otro, sin que nos afecte el mundo exterior.

William estaba tumbado en el sofá, con la cabeza enterrada en un boletín semanal de la oficina principal.

—No se puede, —dijo sin despagar su mirada del artículo. No me ofreció ninguna explicación más. ¿Acaso se mofaba con su ambigüedad a propósito, o es sólo su naturaleza para mantener un cierto nivel de misterio?

— ¿Por qué no? —pregunté finalmente.

—Ya tenemos planes.

—¿Qué planes? —Le pregunté predeciblemente. Sin inmutarse, el contestó, como si hubiera estado esperando para contarme hace días, pero no quería que yo lo supiera.

—Vamos a alguna parte.

—Bueno... ¿a dónde vamos?

—Está un poco fuera del camino, así que vamos a quedarnos el fin de semana, —agregó, sin responder a mi pregunta.

Agarré los waffles, cuando estuvieron listos e hice espacio para mí en el sofá, empujando a un lado los pies de William con mis caderas.

—Entonces, ¿no vas a decirme?

—No, respondió con sencillez.

—¿Me dirás si adivino?

—Por supuesto, —dijo con una sonrisa y dejó su boletín de noticias—. A que no adivinas.

—Bueno, ¿cómo voy a saber qué empacar?



—Ya está empacado. —Una expresión siniestra se añadió a su buena apariencia ya impresionante, por lo que fue difícil molestarme.

—¿Cómo?

—Hice tus maletas ayer por la noche cuando te quedaste dormida. La bolsa está en tu armario.

Mordisqueé una de las bayas fuera de mi waffle.

—¿Qué pasa si te olvidaste de algo?

—No lo hice. —La confianza nunca fue algo que a él le faltara.

—¿Traje de baño? —Le pregunté, esperando un indicio. Se encogió de hombros—. Podría ser necesario.

—¿Qué zapatos empacaste, chanclas o tennies?

—Ambos, —sonrió ampliamente.

— ¿Qué pasa con la ropa interior? —Le dije.

—Sí.

— ¿En serio hurgaste en mi cajón de ropa interior?

Le pregunté completamente mortificada. ¿Qué vio? no soy exactamente del tipo que llevaba ropa interior de niña. Imágenes horripilantes de las bragas de algodón de color rosa que dicen Martes y los viejos Hanes que habían sido lavados muchas veces me hicieron gemir de vergüenza.

Se echó a reír—. No te preocupes. Agarré y guardé. No vi nada.

—Bueno. —Salí disparada, sin creerle realmente.

Mientras el día se deslizó, prolongando el suspenso de lo que iba a venir y cuando, ninguna de mis conjeturas me llevó más cerca de nuestro misterioso destino.

Entre la carga de ropa, me enteré de que no íbamos fuera del estado, pero no quiso decirme en que lugar de California. Yo había eliminado Los Ángeles, San Diego y el condado de Orange, pero no estaba exactamente segura de que él me dijera si me había tropezado con la respuesta correcta.

Demasiado ansiosa, había terminado todos los platos, aspirado, fregado, desempolvado, William incluso me ayudó a fregar el baño de arriba a abajo, haciendo del lugar inmaculado oficialmente.

Finalmente, después de la ducha y la cena, él abrió mi armario y agarró mi bolsa.

—Entonces, ¿estás lista para ir? —Preguntó.



—Bueno, ¿cómo se supone que debo saber si estoy lista, si no sé hacia dónde vamos?

—Buen intento, —dijo, sonriendo de emoción.

—Sólo tenemos que parar en el piso de abajo antes de irnos. Nics y Sam se reunirán con nosotros en Cearno.

Sin dejarme ver en mi maleta de lona, William me la quitó y entró en el coche con ella en la mano.

Nics y Sam estaban esperando en la acera, cerré mi puerta y me pregunté por qué no se encontraban dentro disfrutando un mocha blast[5] o un té de fresa.

No fue hasta que me acerqué a ellos que vi el cartel de CERRADO en blanco y rojo que colgaba desde el interior.

—Hola. —Habló Sam a través de la ventanilla del coche mientras William condujo hacia arriba—. Cearno nos dijo que podíamos aparcar en su lugar. ¿Quieres conducir hasta la parte trasera así no tenemos que arrastrar nuestro equipo hasta aquí?

—¿Equipo? —pregunté, recogiendo la terminología.

—Sí, es pesado, —dijo Nics mientras se deslizaba en la parte de atrás. Sam siguió justo detrás dejando el asiento delantero para mí.

—¿Por qué cerró Cearno? —le pregunté un poco preocupada por el futuro del lugar—. No estará cerrado para siempre, ¿verdad?

—¿Qué? No, —se rió Sam—. Él siempre cierra por Lenaia.

—Sam, vamos, —se quejó William.

—¿Lenaia? —Le pregunté completamente perdida— ¿Qué es eso?

—¿Qué? —Sam se encogió de hombros a la defensiva.

—¿No le has dicho? ¿Cómo se supone que yo iba a saber?

—Lo que sea. Ayúdame a cargar el material en el maletero.

Podía oírlos a los dos discutir en voz baja en la parte de atrás sobre lo que acababa de suceder, pero todo lo que realmente tenía era un nombre. Me di cuenta de que no había visto lo que William había guardado en el maletero. No tenía ni idea de lo que estaban moviendo y empujando ahí atrás, aunque ellos trataban de encajar todo adentro.

—¿Así que, nunca has oído hablar de Lenaia?, —Preguntó Nics detrás de mí.

[5] Un Bebida de café mezclada con helado de vainilla y sirope de chocolate



—No, —admití, volviéndome hacia ella—. ¿Debería? ¿No es una cosa de iniciación o algo?

— No, es sólo día de festival. Es muy divertido en realidad.

—Oh, vamos Nics, ¿tú también? —Se quejó William, volviendo a entrar en el coche—. ¿Son completamente incapaces de mantener las cosas para ustedes mismos?

—Sólo le dije que era un festival, cielos. Ella estaba muy preocupada de que la estemos arrastrando a alguna ceremonia de iniciación o algo así.

—¿En serio? —Se rió—. Bueno, en cierto modo lo es. Nunca olvidará su primera Lenaia.

A medida que continuábamos por la aparentemente infinita y llena de nada autopista I-5 la evidencia de la ciudad, semi-presente, empezó a disminuir. No me podía imaginar adonde íbamos, pero me di cuenta de que éste podría ser un viaje muy largo.

En la oscuridad más profunda dejamos las luces de la ciudad detrás, y las montañas se escondieron silenciosamente y sin esfuerzo a si mismas dentro de la noche, tan bien, que yo no podía decir donde terminaba y comenzaba el cielo.

Después de conducir por varias horas a través de pequeño pueblo tras pequeño pueblo, William paró de forma inesperada. En una salida que la mayoría pasaría por alto. No había ningún nombre de la calle, o la promesa de una civilización lejana, apenas un pequeño atajo en el abismo del espacio abierto. A pesar de la aparente falta de cualquier tipo de estación de servicio o parada de buses, William no mostró signos de detenerse o volver a entrar en la autopista. Él simplemente siguió mientras las luces de nuestro coche eran tragadas por los pliegues naturales del terreno. Sólo después de doblar algunas curvas vi a otros varios grupos de luces intermitentes en la distancia como una pista aérea delineando nuestro camino.

Miré alrededor, en todas las direcciones, al negro vacío que nos rodeaba. —¿A dónde vamos? —Pregunté.

—Ya verás, —respondió William rápidamente, antes de que los demás pudieran revelar nada.

Levanté las cejas, insatisfecha con su respuesta.

—No te preocupes, —agregó—. Hubo otros Descendientes por delante de nosotros. Nosotros no somos los únicos encabezados de esta manera.

—Dificilmente, —dijo Sam.

—Así que, ¿asumo que esto no es un camino de regreso a Los Ángeles entonces?



—Ni tanto, —respondió Nics con una sonrisa.

—En serio, chicos, —les insté—.¿Qué, hay alguna ciudad secreta aquí en el medio de la nada? Quiero decir que esto no es ni siquiera un camino pavimentado.

Sam se rió de mi paranoia—. No sé, William. No creo que a ella le gusten las sorpresas.

—No, si lo hacen, yo sólo... ¿Cómo sabes que otra *gente* no nos va a seguir aquí?— Le pregunté, moviendo la conversación lejos del tema de mí.

Nadie respondió.

—Supongo que no lo sabemos, —dijo Sam desde el asiento trasero—. Nadie nos ha seguido antes.

—Cómo te darías cuenta, —se burló Nics de él.

—Me daría cuenta, —dijo a la defensiva.

—Sí. —Ella sonaba poco convencida. —Al igual que notabas cuando Gino Piloske realizaba un seguimiento de tres días para un proyecto de clase.

—Está bien, —replicó Sam—. En primer lugar, el linaje de sangre de Gino es el de Artemisa. Su habilidad es el seguimiento.

Hizo una pausa por un momento, satisfecho con su respuesta.

—¿Y en segundo lugar? —Preguntó Nics, incitándolo.

—¿Necesito siquiera un segundo?

Sonreí para mis adentros, resistiendo la tentación de dar la vuelta y verlos bromear.

—Bueno, dijiste: 'primero', lo que implica que hay un segundo.

—Está bien. En segundo lugar, sabía que me estaba siguiendo. Simplemente no quería que fracase su proyecto.

—Sí claro, —exclamó ella.

—Cállate, Nics.

—Oh, estoy bromeando, cielos.

Dejé que el sonido de sus disputas se desvaneciera a un ruido de fondo mientras reflexionaba sobre mi pregunta sin respuesta. Fue bueno saber que no era la única que no sabía todos los detalles sobre cómo vivían.

—Estoy seguro de que tienen seguridad, —dijo William, mirando fuera, hacia la carretera con una sonrisa tranquilizadora. Todavía había estado pensando en mis



últimas palabras—. Ellos han creado un comité importante para esto cada año. Nunca lo dejaría quedarse sin protección.

—¿Cuánto tiempo ha tenido Lenaia? Me refiero a ¿cuánto tiempo se ha estado celebrando esto?

—Tanto como cualquier persona puede recordar.

—Oye, —interrumpió Nics beligerante desde la parte posterior.

—Wow, —reaccionó William.

—Bueno, él está giendo gidículo.

—¿Qué? —Pregunté en voz alta.

—Siendo ridículo—, interpretó William.

—Ppara, Sam—, arrastró las palabras Nics. —Sé lo que estás intentandoserr.

—Sam, —le dije regañándolo suavemente. Esta vez tuve que darme la vuelta. —¿Está borracha?

—Estaba molesta conmigo, —respondió él encogiéndose de hombros.

—¿Crees que sólo porque estoy un poco borracha, no puedo pegarte?

De repente, mi visión se desplomó, como si el cielo de la noche profunda se hubiese tragado el mundo a mí alrededor. Todo se había ido, pero de alguna manera todavía seguía allí. Me aferré a mi asiento, registrando el hecho de que todavía podía sentir.

—Oye, —grité—. ¿Qué está pasando? —Pero mis palabras fueron ahogadas por el ruido de todo el mundo reaccionando a la vez. No era la única que fue lanzada a ciegas a través del espacio negro que nos rodeaba.

—Nics, para. No podemos ver, —oí gritar a William, pero para entonces ya era demasiado tarde. Ella levantó su escudo justo a tiempo para que nosotros viéramos como el coche iba de narices directo a una zanja.

—Rayos, —murmuró Nics mientras mirábamos a nuestro alrededor los unos a los otros.

—¿Están todos bien? —Pregunté. Nadie parecía herido.

—Sí, —contestó Sam, rascándose la cabeza, que había chocado contra la ventana.

—Maldita sea, chicos, —espetó William después de ver que no había heridos.

Nadie hablaba. El silencio se hacía más profundo mientras él ponía la marcha atrás, sólo para encontrar que la aceleración nos enterraba más en la tierra suave ondulante.



—¿Y ahora qué? —Me atreví a preguntar con un interés inofensivo.

—No sé, —respondió—. No he visto un coche en el retrovisor en todo este tiempo.

—Te dije que deberíamos haber salido antes, —dijo Sam.

—Eso no tiene nada que ver con esto. Si no hubieras sido tan agresivo… —escupió Nics.

—¿Así que ahora esto es culpa mía?

—Bueno, no todo es culpa mía.

—Eh, —interrumpió William—. ¿No iban Rachel y Paul detrás de nosotros?

—Sí, —respondió Nics.

—Entonces llámalos, —ladró Sam.

—¿Por qué no los llamas tú? —replicó ella.

—Voy a llamar, —dijo William, dejándome ver cómo ponía los ojos sutilmente en blanco—. O tal vez no lo haré. ¿Alguien tiene cobertura aquí?

Después de tres minutos, se decidió que sólo íbamos a esperar al próximo coche. Después de todo, estaba segura de que alguien iría en la misma dirección.

William apagó las luces para ahorrar batería y todos salimos a esperar en la oscuridad, Nics y Sam hicieron un punto para poner tanto espacio entre ellos como fuese posible. Ella con su mal humor sobre el capó del coche y Sam apoyado contra el parachoques trasero ligeramente elevado, William y yo nos instalamos en el suelo a media distancia entre los dos, tratando de no tomar partido. Sin la esperanza de ver los faros en la distancia y no demasiada conversación en la que tomar parte, era fácil escuchar atentamente el sonido de la noche. No me atreví a romper la tensión entre los tres. Los grillos cantaban sus canciones hipnóticas y el viento llevaba un zumbido constante hacia dentro y hacia fuera en la hierba seca y susurraba entre la artemisa. En la distancia, algo que establecía el balance, una resonancia extraña que cortaba a través del reposo. Me centré en esto, tratando de detectarlo. Su patrón desigual parecía demasiado controlado por la naturaleza, desnaturalizadamente deliberada. Las piezas rotas del sonoro murmullo sólo podían ser una cosa—, voces.

—¿Qué? —Dijo William a través de la quietud, dándose cuenta de pronto que estaba alerta.

—Shhh, —le susurré—. ¿Has oído eso? —Había llamado la atención de Sam y de Nics, los cuales parecieron sólo ligeramente interesados. Las voces eran cada vez más claras, cada vez más cercanas, pero todavía estaba reacia a



rendirme. ¿Qué clase de personas paseaban por aquí en la noche? Las personas que no quieren ser vistas.

—Creo que puedo oír algo, —susurró William.

—¿Qué? —Preguntó Nics, intentando dar sentido a la conmoción.

Esta vez William la hizo callar y Sam estaba a punto de unirse. Todos escuchamos con atención mientras las voces se hacían distintas. Había dos de ellos, un hombre y una mujer. Era obvio que él era más viejo y más duro con una voz áspera gruesa como un mafioso de la televisión. La de ella era más enojada, pero más joven y con el toque de un tono dramático que todavía no se había despojado de la edad.

—Oh, no me vengas con esas, Sal. ¿Cuántos trabajos hemos hecho juntos? —Las palabras eran claras, pero distantes. Apenas podía distinguirlas—. Puedo ver a través de ti, y no te gusta nada hacerlo mejor que yo. Puede parecer duro, pero a nadie le gusta matar gente, a no ser que se hayan vuelto locos.

—Lo sé, —respondió él, un poco exasperado—, ¿pero qué podemos hacer?

—Nada, —contestó ella con la mayor naturalidad—, y eso es lo que realmente me quema.

La conversación tocó un período de calma, haciendo difícil decir cuánto más cerca estaban. Por suerte, el coche había golpeado la zanja justo en frente de un parche cubierto de artemisa, que nos cubría lo suficiente para no ser vistos. Si se hubieran ido acercando desde la dirección opuesta, nos habrían descubierto de inmediato.

—Sabes, yo no debería tener que arrastrar a un pobre diablo y a su esposa una milla entre la maleza. Ese es tu trabajo.

—Oye, —su voz ronca se sacudió a la defensiva—. Pensé que estabas diciendo que éste no debería ser el trabajo de nadie.

—Sí, pero sobre todo no el mío. Puedo acceder a la mente. Te doy la información que necesitas saber, y que debería ser. Los cadáveres son de tu jurisdicción.

—Bueno, yo tenía que conducir el coche. No es como que yo quisiera un pedazo de este pastel tampoco.

—El año pasado no había nada como esto. Yo estaba emocionada cuando me dieron la tarea en esta ocasión. Pensé, finalmente, algo fácil y limpio. Daré a mi conciencia un descanso, ¿de acuerdo? Poco sabía yo que estaría trayendo a personas inocentes de la carretera sólo para que la comunidad pueda tener una pequeña fiesta.



—Eh, deja de quejarte. No tienes más que un enfado porque nos ha tocado tomar el primer turno. Aquí viene otro.

Un par de luces brillaban en la distancia, provocándome un nudo en la boca del estómago con la tensión. ¿Estaba a punto de presenciar un asesinato aquí? Miré con ansiedad mientras el coche se acercaba más, y más allá de la mano consoladora de William sobre la mía, era completamente inconsciente de los tres que me rodeaban. Antes de que el coche estuviera lo suficientemente cerca como para hacernos cualquier señal de su marca o modelo, la mujer dijo unas palabras que me tranquilizaron.

—Son Descendientes, —dijo.

—Bueno, ¿qué más da? Por lo menos mantenme entretenido, — pidió él.

—Um, son un chico y una chica—, respondió ella, jugando a un juego que habían traído, obviamente, para pasar el tiempo—. Él es de Hermes. Ella es de Iris. Edades ochenta y cuatro y ochenta y ocho. Están saliendo, muy enamorados en realidad. Los dos son voladores por lo que el viaje en coche ha sido difícil.

Cuando el coche se acercó, ninguno de nosotros se atrevía a moverse, a riesgo de ser vistos por los dos vigilantes. Optamos por ver cómo se desarrollaba sólo para ver patinar al parar a unos pocos metros de la carretera.

—¿Por qué están parando? —Preguntó el hombre.

—Son Paul y Rachel, —susurró Sam.

Los tres esperamos con terror la respuesta de la mujer a sabiendas de que podía leer sus mentes, que en última instancia delataría nuestra posición.

—Uh... hay algo... —la voz de la mujer parecía sorprendida.

—¿Y bien? —Urgió él.

—Están recogiendo a sus amigos que están en cuclillas delante de su coche en la carretera.

—¿En serio? Yo no vi nada. ¿Cómo los perdiste?

—Bueno, discúlpame. Estaba enterrando al Sr. Smith. ¿Dónde estabas tú?

—Teniendo que conducir el coche, —gruñó—. ¿Pueden oírnos?

Era evidente que ella consideraba su respuesta antes de deliberarlo.

—No, no nos pueden oír. Que se vayan.

—Hey, —gritó Rachel desde la puerta abierta—. ¿Qué están haciendo aquí fuera, chicos?

—Nics nos llevó a una zanja, —gritó William de vuelta, manteniendo la escena libre de sospecha.



—¿Yo? —Protestó Nics.

—¿Nos puedes sacar? —Gritó William.

Nics y yo nos quedamos atrás, en la cobertura de los arbustos, mientras que los chicos se ponían a trabajar. Cada uno de nosotros escuchaba todavía con atención por una posible continuación de la conversación anterior, pero los dos se quedaron en silencio y así lo hicimos nosotros tambien.

—Vamos, —nos hizo señas Sam cuando habían terminado—. Vámonos.

Nunca había estado tan ansiosa por salir de ningún lugar en mi vida. Tan pronto como Sam dijo la palabra, me puse de pie y me zambullí en el asiento delantero. A pesar de que mi corazón saltaba violentamente en mi pecho, haciéndome sudar a través del aire frío, parte de mí quería mirar hacia atrás, para mirar a los asesinos a la cara y decirles: yo sé lo que han hecho. Cuando volví la cabeza, inmediatamente deseé no haberlo hecho. El hombre se quedó escondido en las sombras, pero una cara conocida se iluminó en el rojo resplandor de las luces de freno. Nuestros ojos se encontraron y me puse rígida. La mujer era Kara.

Los cuatro conducimos en silencio en un primer momento, siguiendo las luces traseras en frente de nosotros muy de cerca.

—Así que supongo que esto responde a tu pregunta, Elyse, —dijo Sam rompiendo el silencio—. Algo de seguridad.

—Siento haber preguntado, —dije con auténtico pesar.

Su conversación pasó a algo casual y no amenazante, pero yo no estaba prestando atención. En su lugar, me quedé contemplando su reacción a lo que era nada menos que una confesión de asesinato. La idea hizo que mi boca se agriara con disgusto. ¿Cómo podían actuar de manera indiferente? Parecía tan fácil para ellos aceptarlo como un hecho desafortunado, como si nada hubiera pasado, pero no fue fácil para mí. La cara de Kara estaba grabada a fuego en mi visión. Incluso con los ojos abiertos no podía escapar de ella. Apreté la frente contra la fría ventana de vidrio y traté de obligarla a salir de mi mente. Ésta era la segunda vez que había asesinado a un ser humano, que yo supiera. La verdad se colapsó en mí, doblándose hacia arriba como un papel fino hasta que me sentí pequeña y vulnerable. No importaba qué tipo de relación teníamos, su primera prioridad era el Consejo, quisiera ella o no. Nunca podría ser una amiga, no cuando lo que quedaría para siempre sería un enemigo para mí. William estaba en lo cierto, las cosas eran complicadas con ella. No estaba de nuestro lado y me estremecí al pensar en lo que era realmente capaz de hacer.



—¿Estás bien? —preguntó William suavemente, notando el cambio en mi estado de ánimo.

—Sí, un poco sacudida, supongo.

Claramente no se había dado cuenta que era Kara la que estaba allí. Su voz era diferente, más baja y dura. Yo sólo la había reconocido cuando vi su cara. Abrí la boca para decírselo, pero se me cortó la respiración en la garganta. Sería arruinar su noche. Respiré hondo, guardando mi secreto.

—Bueno, ya casi estamos allí. Créeme, el festival mantendrá tu mente fuera de esto.

—Sí, —dije sin convicción. No estaba segura de si eso sacaría de mi mente del tema, o si siquiera quería. Tal vez era mi deber pensar en ello, recordando. Nadie más lo haría.

—Por fin, —suspiró Nics desde la parte posterior y, en ese momento, vi exactamente lo que ella había reconocido. El cubierto camino se curvaba una última vez, poniendo en evidencia la boca de una cueva que se establecía en la base de la ladera de una montaña rocosa. Su apertura fue visible únicamente por un suave resplandor de la luz que se extendió desde el interior de algún lugar profundo.

—¿Vamos allí? —pregunté con incredulidad. No me esperaba una cueva, pero ¿a dónde más podríamos dirigirnos?

—Sí, —contestó Sam. Se inclinó hacia delante para mirarme—. No es lo que esperabas, ¿eh?

—¿De dónde viene está la luz? —Le pregunté antes de darme cuenta de que era probablemente de los otros coches. Estaba equivocada.

—El señor Williamson, —dijo Sam—. Él es descendiente de Helios. Él ayuda con la luz cada año. Es una especie de honor estar en el comité. La gente se emociona mucho al respecto.

—A menos, claro, que te den la tarea de asesinar a aquellos en el camino—, le dije con fría amargura en mi voz.

El coche se quedó en silencio por lo menos durante medio minuto, y podía sentir las cejas levantadas mirándome incómodamente.

—Lo siento—, murmuré antes de que alguien tuviese la oportunidad de hablar, mis mejillas encendidas por la vergüenza—. Debería habérmelo guardado para mí misma.

—Está bien. Creo que estamos demasiado... acostumbrados a ello, —dijo Nics.



¿Acostumbrados a ello? Como si eso fuera una excusa. No pude contener mi reacción.

—Eso es una locura, —solté, girando alrededor para hacer frente a todos ellos. —¿Cómo pueden estar bien con algo así?

—Esto no significa que estamos bien con ello, —agregó Sam rápidamente. La mirada de preocupación en su rostro era difícil de combatir. No quería que pensase que pensaba mal de ella.

—¿Pero viven con ello? —Le aclaré—. Me refiero a que los seres humanos son prescindibles y todo el mundo mira para otro lado ¿Cómo ocurren cosas como éstas?

—No pasa un día en el que no me haga la misma pregunta, —dijo William con tono sombrío. Sus labios apretados en una línea cuando me miró—. Bienvenida a la vida del otro lado.

Con esto, entramos en la cueva, en un mundo que ahora tenía que llamar *el mío propio*, un mundo donde no había vuelta atrás.

25

Traducido por DarkVishous
Correctora Caroliberta

La carretera no estaba pavimentada, pero la tierra era lisa, y cortaba a través de la montaña con facilidad. Una vez que estuvimos en el túnel, nuestros faros arrastraron el sutil resplandor que nos habían traído hasta aquí, y seguimos el único camino que nos llevaba con mayor profundidad bajo tierra. No estaba segura de lo que esperaba que fuera la misteriosa luz, tal vez un sol en miniatura o un sistema de iluminación del Sr. Williamson, pero nunca me hubiera imaginado lo que vimos cuando dimos la vuelta en la última curva. Era demasiado simple, demasiado ordinario. Extravagante, sí, pero nada como lo que yo había estado pensando.

La carretera estaba llena de árboles y farolas de diseño elegante de los años 40, como si, pese al ambiente general parecido al de una cueva, nos hubiéramos conducido al pasado. Letreros de madera sobresalían de los muros montañosos y colgaban como anuncios de escaparate: "Bienvenidos a Lenaia." Un asistente vestido de pies a cabeza con ropa de 1940 nos esperaba al final de la entrada. Se había quedado dormido en su silla, con su gorra de vendedor de periódicos de punta hacia abajo sobre sus ojos y su delgado cuerpo largo extendido delante de él.

—Oye, —gritó William por la ventana. El muchacho se puso de pie, defensivo y alerta, sólo para corresponder con una sonrisa al saludo de William—. ¿Cómo conseguiste quedarte atascado en la presentación, Charlie? —Era obvio que se conocían entre sí.

—Voluntariamente, —respondió, mientras caminaba hacia al coche. —Hola, chicos. —Él inclinó la cabeza en reconocimiento hacia el resto de nosotros.

—¿Por qué? Vas a perderte el nacimiento de nuestra existencia, ¿sabes? —dijo Nics, mirando a través de los dos asientos delanteros.

—¿El qué? —susurré al oído de William, pero todo lo que tenía para ofrecer era la misma respuesta suelta de composición— Ya verás, —su cuidadosa sonrisa probaba las limitaciones de mi curiosidad.

—¿Cómo excusa para evitar a una ex novia? —respondió Charlie.



—Sí, eso es bastante bueno para mí, —se rió Sam.

—Nunca has tenido novia, —bromeó Nics con insensible descuido. —¿Cómo lo sabes? —vi el rostro de Sam acobardarse ante el pinchazo intencional.

—Aun así, —recuperó William por él—, no puede ser fácil estar en el lado malo de Jillian, ¿no es ella de Dolos?

—Sí, —respondió Charlie con una arrepentida mirada—. Estoy intentado permanecer justo fuera de su camino. —Dio unos golpecitos al capó del coche, terminando la conversación—. Bueno, ustedes van por su cuenta a partir de ahora. Agarra tus paquetes fuera del baúl, y sigue la carretera hacia la derecha. Lo de siempre.

—Ya lo tienes, jefe, —dijo William, lanzándole las llaves por la ventana.

William insistió en llevar todo lo que había preparado para nosotros dos, por lo que era la única con una mano libre, me di la vuelta y le dije adiós a Charlie.

Los árboles eran más robustos cuando fuimos a lo más profundo, pulsando sus fornidas ramas contra las paredes del túnel, como si estuvieran teniendo la pesada carga de la montaña. El suave rugido, que sólo podía ser el sonido de mil voces confusas, se hacía más fuerte a cada paso, hasta que por fin la fuente quedó a la vista como un cuadro pintado a la vida.

Me detuve en seco—. Oh, Dios mío.

William, Nics y Sam tenían los ojos fijos en mí, y regalaban sonrisas de satisfacción al disfrute de ver mi reacción.

Los árboles alineados en el túnel eran insignificantes en comparación de lo que estaban delante de mí. El espacio se había abierto en una enorme caverna que estaba llena de nada menos que un maduro bosque caducado completamente. Los crecidos árboles tenían unos gigantescos troncos con el tamaño de las llantas de un tractor y las raíces que sobresalían de la base eran tan altas como lo era yo. Las raíces se enredaban entre sí, creando un dosel de hojas que llovían lentamente como la nieve cayendo al suelo. El suelo estaba cubierto con una gran variedad de plantas verdes, y caminos de tierra proporcionados de una manera alrededor de los árboles.



A pesar de la magnificencia del fenómeno, la gente estaba por todas partes, actuando como si esta escena no fuera nada por lo que hacer un escándalo y pudiera existir fácilmente en el interior de una montaña. A la izquierda podía distinguir un claro donde los grupos comenzaban a reunirse y sentarse. A la derecha, repartidos entre los árboles, había innumerables tiendas, y los Descendientes casualmente hicieron su camino dentro y fuera de ellos a medida que iban y venían.

—Vamos, —dijo William con una sonrisa que me hizo sonrojar. Los demás se habían ido por delante mientras yo permanecía boquiabierta con admiración—. Tenemos que llegar a nuestro lugar.

Mi boca abierta se curvó en una sonrisa, y fui hacia delante para coger su mano.

—Esto es increíble, —dije radiante.

—Sí, ellos hicieron un gran trabajo este año.

—Sin embargo, ¿Cómo vamos a encontrar un lugar? Las tiendas están en todas partes.

—Uso el mismo lugar todos los años. Nadie va allí. Es un poco aislado.

—Perfecto, —dije con una sonrisa sugerente, me di cuenta de que grupos de ojos se volvieron hacia mí, y noté que los rumores se habían extendido.

—Ignóralos, —me susurró William, mientras miraba fijamente a los que observaban.

Opté por centrarme en el paisaje. Grandes árboles y plantas de flores brotaban del polvoriento suelo grueso en la distancia. No estaba segura de qué tan lejos iban, pero al final el verdor se estrechaba, y la superficie de las paredes de rocas comenzaba a mostrarse, lisa y deforme como grandes hojas de madera petrificada. Las vides se arrastraban a lo largo de los planos irregulares de la piedra de tierra, y se disipaba de los árboles.

—¿Te gusta? —preguntó, estrechando su mano alrededor de la mía.

Levante los brazos hacia delante y hacia atrás—. Por supuesto, —le respondí.

—Simplemente pensé que te gustaría algo de privacidad, ya que al parecer eres la comidilla de la ciudad, y es bueno tener un lugar al que



salir corriendo cuando se pone demasiado loco. Podemos acercarnos a todo el mundo, si quieres.

Sonreí—. No, es genial.

—Bien. —Él se movió hacia mí. Cogí un indicio crujiente de su fresco olor cuando él me abrazó—. Entonces, —dijo con un ligero rubor—. Yo, um… he hecho algo para ti. Lenaia es una especie de nuestra versión de Navidad.

—¿Por qué no me dijiste eso? —me quejé. No tenía ningún regalo para él.

—No quería arruinar la sorpresa, —respondió, y me entregó un cuadrado envuelto—. Es un CD, —dijo, emocionado mientras lo abría—. Todas nuestras cosas, ya sabes. He añadido algunos nuevos, también.

—Gracias, —dije, incapaz de mostrar cuan realmente feliz me hizo.

—Y sé que te gusta la poesía, —agregó—. por lo que imprimí mi favorito. Me recuerda a ti.

Esperó en silencio, juzgando mi expresión mientras desdoblaba el papel, y leía su mensaje para mí.

Soneto 107

Ni el alma profética del mundo
Soñando el porvenir, ni mis temores,
Pueden a mi amor fijar un plazo
Que lo encierre en destino limitado.
Su eclipse resistió la mortal luna
Y búrlase el augur de su presagio:
Lo incierto se corona de certeza,
La paz proclama eternos sus olivos.
El rocío de esta época fragante
Renueva mi amor, y aún la Muerte
Es vencida por mis humildes rimas
Aunque en tribus obtusas cause estragos:
Y en ellas tendrás tu monumento
Cuando tumbas de bronce hayan caído.

—William Shakespeare

—Feliz Lenaia, —dijo, al parecer satisfecho con el hecho de yo estaba de color rojo brillante—. Si puedes, olvídate de la profecía y todo lo demás. —Suspiró y se estiró para tocar mi mejilla, y alcé los ojos. Nadie nunca me miró como él lo hizo—. Trata de disfrutar de esto, ¿de acuerdo? Éste podría ser el único momento que podrías tener.

Sonreí y asentí, sabiendo que él estaba en lo cierto. La próxima vez, podría estar muerta.

—Eres demasiado perfecto, —dije abrazándolo largo y fuerte, tratando de alejar esos pensamientos. Nos besamos brevemente, un suave roce de labios—. Por lo tanto, Lenaia se pone loco, ¿eh?

Justo en ese momento, el rugido de una multitud resonó en las profundidades de la selva.

Se encogió de hombros y se rió—. Sí.

—No sé si estoy lista para esto, —bromeé.

—Es una lástima. Tenemos que ir a encontrarnos con Nics y Sam. Probablemente estén esperando a que empiece el show como todos los demás.

—¿Show?, —pregunté.

—El nacimiento de nuestra existencia. Lo recrean cada año. Es una especie de tradición. Ya lo verás.

Sin previo aviso, el sonido de las trompetas irrumpió a través de los árboles, rompiendo el delicado silencio entre nosotros, incitando a las masas a animar.

Él sonrió con emoción—. Está empezando, —dijo, y antes de darme cuenta, él me agarró de la mano corriendo dentro y fuera de los árboles.

—¿Qué pasa con mis cosas? —le grité desde la distancia de mi brazo por detrás.

—Olvídalas. —Oí las palabras desde algún lugar por delante de mí.

A medida que nos precipitábamos hacia el sonido de la gente, levantando tierra del camino detrás de nosotros, el olor de la madera y la tierra llenaban el aire, me di cuenta por primera vez como podría ser verdaderamente satisfactoria la vida de un Descendiente. Finalmente,



toda la tristeza de mi pasado había sido arrastrada por el presente, y aunque una siniestra oscuridad se escondía en algún lugar de mi futuro, no podía sentir el peso ahora. Todo lo que sentía era emoción.

Podía oír la voz de un locutor cada vez más cerca a medida que nos acercábamos. Estallidos esporádicos de risas y agrupados aplausos respondieron a las ocurrencias del hombre, podría decir que ellos estaban justo detrás de los matorrales. La multitud quedó a la vista cuando llegamos al precipicio de la arena hundida, un mar de gente llenaba el enorme antiguo anfiteatro griego que se sumergía en el suelo de la cueva como una piscina vacía. Lo seguí con los ojos, todo parecía pegado a un solo lugar mucho más abajo, en el centro del escenario, y encontré al anunciador. No vestía de esmoquin como lo había imaginado, sino un clásico atuendo griego, envuelto en tela blanca que cubría parcialmente su pecho desnudo y colgaba hasta sus pies. Sentí la necesidad de detenerme y observar como la anticipación emanaba desde el aire como un viento errático, pero William tiró de mi mano, que estaba presa de la suya, y nos sentamos junto a Sam y Nics.

—Esta noche no es una noche cualquiera, —la voz del hombre hizo eco con entusiasmo por todo el teatro—. Después de todo, esta noche ni siquiera existe. ¿Cómo podría existir antes del nacimiento de su existencia? Pero no teman, porque todo comienza ahora.

En ese momento, el lugar se volvió completamente negro. Pensé que Nics había sido el culpable, pero un zumbido extraño parecía estar creciendo poco a poco más fuerte a mí alrededor. Cuando escuché tararear a William junto a mí, noté que era la gente la que estaba creando el ruido. Se hizo fuerte y más fuerte hasta que al final la multitud estaba casi fuera de control con abucheos y gritos. Luego chasquearon. Estaban creando Caos, la primera presencia en la mitología Griega.

Justo cuando pensaba que la gente estaba a punto de explotar, gritaron al unísono, FIAT LUX, y las luces se encendieron de nuevo como si alguien hubiera accionado un interruptor.

—¿Qué era eso? —le pregunté a William.

—"Hágase la luz" en Latín, —se rió—. Hay que acostumbrarse. Hay mucha más participación del público de aquí en adelante.



—Desde el vacío primordial todos emergimos, pero no tenemos tierra sobre la cual pararnos, —agregó el locutor mientras él comenzaba a flotar en el aire—, sin Gaia.

El espectáculo era magnífico, a diferencia de los que había visto en mi vida, nos llevaba a través de las historias de los dioses, algo muy diferente a lo que había aprendido a los libros. William me susurraba todas las partes de la audiencia al oído antes de que ellos las hicieran para que yo pudiera gritar las señales con la multitud. Era como ver el teatro vivo infundido con espectaculares efectos especiales que me hacían cuestionar todo lo que yo sabía acerca de la ciencia y la historia. Era increíble.

—¿Y?, —preguntó William, con los ojos encendidos en anticipación de mi respuesta.

—Lo amo, —le contesté con sinceridad.

—Sabía que lo harías.

Nics y Sam se quedaron donde estaban, mientras océanos de personas comenzaban a fluir alrededor como corrientes en todas las direcciones.

—¿Y ahora qué? —pregunté—. ¿A dónde va todo el mundo?

—Ahora es lo que quieras hacer, —respondió Nics.

—La mayoría de las personas se dirige a la comida, —agregó Sam con entusiasmo—. Ahí es donde yo voy.

La comida sonaba bien. De hecho, la mención hizo tronar mi estomago.

—Está bien. Vamos a comer, —estuve de acuerdo.

—La escuchaste, —dijo Sam, saltando y despegando en una completa carrera hacia el bosque detrás de nosotros.

—Sam, —gritó Nics, y antes de darme cuenta, ella estaba detrás de él.

—Carrera ahora, —gritó William usando mi pierna para impulsarse fuera del asiento.

—William, espera, —me reí—, No sé ni por dónde voy.

—Así que mejor mantén el ritmo, —bromeó, gritando por encima de su hombro. Sus fuertes piernas se apresuraron mientras maniobraba dentro y fuera de los árboles, pero nunca lo perdí de vista. Mi cuerpo se movía más rápido de lo que yo sabía que podía, cómo si un desesperando instinto hubiera pateado en mis pensamientos de que él se escapaba de mis



manos. Cuando se detuvo por delante de mí, sentí que mi corazón se asentaba mientras él miraba hacia atrás con una salvaje sonrisa.

—Gané, — dijo.

Rodé mis ojos en broma.

—Pensé que iba a perderte.

—Nunca me perderás, Ellie, —dijo con un inesperado roce de sus labios con los míos—. Siempre te encontraré.

Me dejé disfrutar el momento a pesar de la verdad, a pesar de que lo que teníamos no fuera permanente. Sin embargo, él tal vez lo haría. Tal vez me iba a encontrar en la próxima vida, en el otro lado.

—¿Lo prometes?, —pregunté con los ojos bajos.

Su dedo levantó mi barbilla para que no pudiera mirar a ninguna parte sino a él—. Lo prometo.

—¿Qué están esperando?, —gritó Sam desde el claro que se extendía delante de nosotros.

Justo en ese momento, el olor de mil sabores diferentes me sobrecogió, y me di cuenta de la fiesta que estaba esperándonos. Nunca había visto tanta comida en mi vida. Las tablas sobre las mesas estaban llenas de todo, desde hamburguesas hasta filet mignon. Una sección aparte estaba fundida con las tradicionales delicias griegas que nunca había visto antes.

—Tienes que probar estos, —dijo Sam más veces de las que podía recordar. Parecía pensar en sí mismo como un conocedor de clases cuando se trataba de la variedad de platos griegos, teniéndome con él para que me diera un recorrido por la comida.

Una vez que tuvimos nuestros platos, nos sentamos debajo de un abedul gigante en el borde del claro.

—¿Así que donde está Nics? —pregunté mientras me comía mi ambrosía y mi néctar.

—Ella tomó su comida de la hoguera junto con Rach y Paul, —contestó Sam.

—¿Por qué no vamos?



William se encogió de hombros—. Ellos probablemente ya se han ido. Les gusta ir a La Caverna antes de que todo el mundo empiece a amontonarse.

—Sí, pero si te quedas atascado en el centro como ellos hacen, no saldremos hasta que se acabe.

—¿Qué es La Caverna? —me sentí como si hubiera hecho un millón de preguntas ya, pero a ninguno de los dos les importaba responderlas.

—Es un lugar donde tienen un… lo que tu llamas, William, ¿un baile?

—Más bien como una celebración tribal, —se rió.

—Básicamente, cada uno tiene su parte justa de los tradicionales “luz de luna” elaborados, y todos se vuelven locos en la pista de baile, —aclaró Sam.

—La música es bastante única, —añadió William.

—Probablemente no se parezca a nada que hayas escuchado.

—¿En serio? ¿Cómo qué? —pregunté, imaginando una variedad de instrumentos musicales del Dr. Seuss.

De repente, un ruido resonó en la cueva tan fuerte que sacudió el suelo en el que estábamos sentados.

Sam rió—. Hablando del diablo. —Dos golpes más secos sonaron en sucesión.

—Está empezando, —dijo William, enfrentando los poderosos brazos. —¿Quieres ir?

—¿El qué está empezando? —Pregunté, un poco sorprendida, cuando el suelo se estremeció una vez más— ¿Eso es la música?

La Caverna estaba más allá de La Cocina, como ellos la llamaban, más allá de la gran variedad de mesas de banquetes, y a través de un estrecho pasillo en el fondo de una pendiente en el suelo de la montaña. Los intrincados golpes de tambor se hacían más fuertes a medida que nos acercábamos, y cuando el pequeño cerrado camino se abrió, el impacto total fue espectacular. La entrada nos puso muy por encima de las masas de baile, así pudimos ver toda la pantalla de actividad sucediendo ante nosotros.



No hubo un intento de enmascarar la apariencia natural de las rocosas paredes de la montaña. Era increíble por derecho propio. La estalactita debía de haber tenido siglos para formarse decorativamente y colgar del techo adhiriéndose a las estalagmitas igualmente impresionantes que se elevaban desde el suelo al igual que los pilares que rodeaban la pista de baile. Los músicos tocaban desde una plataforma que sobresalía de la pared de la cueva. William tenía razón. La música era algo que nunca había oído. Golpeaban enormes tambores de madera con grandes palos como martillos, y otros más pequeños como los bongos para los ritmos más rápidos. Había flautas y varios instrumentos de cuerda en miniatura que colgaban de las correas alrededor del cuello de varías mujeres. El cantante no utilizaba ningún micrófono, pero de alguna manera su profundo zumbido llenaba todo el espacio alto y claro. Él cantaba sin palabras reales, sino que en cambio usaba su voz como un instrumento que empataba con toda la música junta.

No fue hasta que William me preguntó si estaba lista, que caí en la cuenta de que la gente se movía por delante de nosotros hacia abajo a la sinuosa corta ubicación que quedaba en la pista de baile.

—Seguro, —respondí, ansiosa de unirme por primera vez al movimiento de las masas. Mientras nos dirigíamos al camino, pude sentir la energía que emanaba de ellos como calor, y a medida que nos acercábamos, noté que gran parte de la música venía de las propias personas. Algunos cantaban su propia melodía cuando bailaban, pero más tarareaban juntos como uno la única melodía repetitiva.

—No estoy segura de lo que se supone que debo hacer, —dije, hablando por encima de la música. Me quedé tiesa y torpe mientras la gente se balanceaba al ritmo del sonido a mí alrededor.

—Sólo baila, —sonrió, tirando de mí hacia la multitud de cuerpos.

Nunca había bailado. No sabía cómo hacerlo.

—Pero, ¿Hay alguna manera? —le pegunté, insegura.

Sin decir otra palabra, me atrajo por la cintura, apretada a su cuerpo y comenzó a moverse como todo el mundo que nos rodeaba con un lento movimiento inmerso, que me recordaba a la película *Dirty Dancing*. Inclinó el cuerpo hacia atrás sobre su brazo y me bajó, barriendo el polvoriento suelo.



—Me siento ridícula, —reí.

—¿A quién le importa? Simplemente disfruta, —dijo, nuestras caderas todavía balanceándose al compás.

Miré a mí alrededor, todo el mundo sintiendo la música, moviéndose de cualquier manera que quisieran, y parecía más ridículo no bailar. Abrí mi mente al seductor ritmo y dejé que se moviera a través de mí.

—Tienes razón, —le dije, con más confianza— ¿A quién le importa?

Al principio me quedé pegada a una sutil influencia, pero antes de darme cuenta, estábamos bailando como si fuéramos parte del sonido; la representación física de la música.

Bailamos hasta que nos dolió y no pudimos seguir adelante.

—Vamos, —me susurró William al oído—. Volvamos al campamento. Tengo una sorpresa para ti.

—Claro, —acordé, secándome el sudor de mi frente.

Miramos a nuestro alrededor por los demás, pero ellos no estaban a la vista, por lo que los dos abandonamos sin avisar.

—Eso fue increíble, —deliré, cuando caminábamos entre los árboles—. Todo este lugar, el espectáculo, la comida, la música; no puedo superarlo.

Él se rió de mi demasiada exuberante vociferación—. Te lo dije. Nunca olvidarás tu primera Lenaia.

Deteniéndonos más allá de las grandes raíces, esperaba ver el espacio vacío que habíamos dejado atrás y jadeé con sorpresa cuando William apareció a la vista.

—¿Qué es esto? —le pregunté asombrada.

El suelo desnudo de nuestro campamento había sido transformado en un oasis de flores silvestres y sauces como dosel sobre un profundo estanque. Flores de cerezo se derramaban de los árboles exóticos sobre la superficie del agua, en el que flotaban como hojas de nenúfar cubriendo la agrupación con tonos de rosa.

—Esto es para ti.

Mis cejas se levantaron del shock—. Estás bromeando, ¿verdad?, —di un paso adelante y metí la mano en el agua fría, recogiendo un pétalo—. ¿Hiciste esto por mí?



—Bueno, no yo mismo, —admitió—. Tenía a la amiga de mi madre, Lily, haciendo los árboles y las flores, y la mamá de Sam hizo el agua mientras estábamos en la feria.

La belleza de su trabajo pesaba en mi conciencia. Habían tenido tantas molestias por mí, ¿y yo qué? ¿Así podría abandonarlos a ellos y a su profecía, a la próxima generación del Oráculo, y romper el corazón de William?

—No merezco esto, William, —dije, dejando caer los pétalos al suelo. Él me miró con el poder en sus ojos y pasó sus dedos por los míos—. Sí, lo haces.

Pude ver que estaba argumentando mi punto de vista que no era precisamente mostrar mi agradecimiento, y quería que él supiera que amaba esto, que lo amaba a él.

—Gracias, —dije, ignorando el suave dolor, pero persistente en mi pecho—. Realmente, por todo.

—Hey, me alegro de que te estés divirtiendo. —Sonrió y me besó la mejilla. Entonces, de repente sus ojos se iluminaron con una idea a la superficie—. Empaqué nuestros trajes de baño.

Soltó mi mano, dejándola fría y vacía, para agarrar los palos de la tienda.

—Me figuré, ya que íbamos a andar todos sudorosos del baile, que sería bueno bañarnos.

Él estaba en lo cierto. Mi piel todavía estaba pegajosa por el calor de la caverna, el pelo todavía húmedo y fibroso, y mi corazón, que era incitado constantemente por la proximidad de William, todavía bombeaba sangre caliente a través de mi tibio cuerpo.

Después de cambiarnos detrás de un árbol, surgí tímidamente con mis brazos alrededor de mi estómago. La última vez que me había puesto un traje de baño había sido hace quince años, cuando Betsy aún tenía fuerzas para entrar a una piscina. William, que ya estaba nadando con gracia en el agua inmóvil, miró instintivamente hacia mí cuando me vio llegar, pero se apartó cortésmente cuando me lancé a la piscina.

—¿Está demasiado fría? —preguntó, mientras nadábamos hacia cada uno.



—No. Se siente bien. Refrescante.

Una vez que llegamos al centro del estanque, la profundidad parecía disminuir y ambos estábamos de pie.

—Es hermoso, —le dije, mirando las flores de cerezo flotando como una pluma sobre el agua que nos rodeaba.

Él colocó una flor detrás de mi oreja—. Así eres tú.

Suspiré profundamente, tratando de liberar la emoción reprimida que tendía a crear en mí cada vez que William estaba cerca, pero sus persistentes manos lo hacían difícil.

No era necesario tirar de mí para estar más cerca. Parecíamos atraernos el uno al otro de forma natural. El agua goteaba por su rostro de su pelo mojado. Nuestros húmedos labios se unieron, y él me besó suavemente.

—¿Qué pasaría si nunca nos hubiéramos conocido? —le pregunté, reflexionando sobre todos los acontecimientos del pasado que nos habían conducido hasta aquí. Lo tenía apretado contra mí y enterré mi cara en la cálida piel de su hombro.

—Lo hicimos, —dijo simplemente, descansando su mejilla contra la parte superior de mi cabeza.

—No, en serio. —Miré hacia arriba—. ¿Qué pasaría si no me hubiera mudado al piso de arriba, si nunca llegaba a comprar café?

—Te trasladaste a ese lugar por una razón, Elyse, no por casualidad. Me hubiera asegurado de hablar contigo, incluso si no hubieras llegado a tomar un café.

—¿Qué hubiera sucedido si me hubiera quedado encerrada allí todo el día?

Se encogió de hombros—. ¿Y si el rojo fuera azul y el azul fuera verde? ¿Qué importancia tiene?

—No lo sé. He estado preguntándome si puedes recuperarte de un corazón roto. Quiero decir, ¿de verdad crees que es mejor haber amado y perdido, que nunca haber amado?

—Sí, pero ¿quién va a romper tu corazón, Elyse? Definitivamente no voy a ser yo.



Mis dedos formaron ondulaciones cuando peiné la superficie del agua. —¿Ni siquiera si tuviera que hacer algo no me darías la espalda?

—Nunca, —dijo, seguro de la realidad. Miré sus ojos, con la esperanza de ver algo temblar, pero fueron honestos—. Sé que soy joven, y es probable que no sepa nada sobre el amor, o lo que significa, pero he sabido desde el primer día que te vi que estaba enamorado de ti. Nunca he estado tan seguro de nada en mi vida.

La manera en que me miró, como si su vida dependiera de nuestro amor, era esa mirada la que hacía tan difícil para mí aceptar mi elección. No podía imaginarme como iba a ser capaz de descaminarme voluntariamente fuera de ella. Aun así, mi garganta se sentía estrecha con la devastación, como si ya lo hubiera perdido.

***

En el último día, los fuegos artificiales explotaron con ruidos sordos atronados que me golpearon en el pecho como un bombo, cuando todos vimos el espectáculo final. Las brillantes llamaradas de luz iluminaron los altos muros de la cueva con su color, y lo observé con asombro. William se había acomodado en el asiento justo debajo, echándose hacia atrás entre mis piernas como si fuera su propia silla de estar personal. Todavía me tomaba por sorpresa la forma en que actuaba conmigo, de modo informal e íntimo, como si nos hubiéramos conocido de toda la vida. La sensación del peso de su cuerpo en mis piernas hacía a mi corazón acelerarse tres veces de su velocidad normal. No me atreví a hacer un movimiento. El menor signo de malestar haría que se siente y quería más que nada que se quedara allí todo el tiempo que pudiera. Pasé los dedos por su pelo y besé su frente de vez en cuando, sólo para probarme a mi misma que podía, pensando brevemente, que nunca podría superar este sentimiento.

—¿Viste eso? —gritaron mis nuevos amigos con entusiasmo entre oohs y aahs. El show era bastante espectacular. Los fuegos artificiales eran fuegos artificiales, pero fuegos artificiales infundido con habilidades era una categoría totalmente diferente. Las gotas de lluvia se convirtieron en pequeñas chispas al caer, estallando justo antes de llegar a nosotros igual que el cristal haciendo añicos. Una pequeña estrella del tamaño de una pelota de beisbol brilló sobre la multitud sólo para explotar hacia afuera desde el centro como el big bang extendiéndose sobre el universo. Las



palmeras crecieron, en segundos, desde el suelo para ser encendidas como una bomba en la base del tronco disparando hacia arriba unas increíbles flores verdes y amarillas.

De repente, en la tenue luz de todo, algo me llamó apartar mis ojos de la diversión. Del mismo modo un fuego artificial estalló, arrojando su roja brillante brasa a los rostros de la multitud, y la vi. Ella estaba de pie justo por encima de la multitud de personas sentadas, a medio camino escondida en el bosque. Su mirada era deliberada y me pegó de muerte. Mientras la luz roja se apagaba, ella desapareció con ésta en la oscuridad, dejándome con una sensación fría e inquietante que no podía olvidar. Con William convenientemente cerca, y en un momento tan maravilloso, no quise pensar en ella. Me volteé hacia el espectáculo, pero volvió a aparecer en cuestión de segundos como había hecho antes.

¿Qué es lo que quieres? Hablé con el pensamiento en mi cabeza, esperando que ella la oyera.

Sígueme, respondió*. Ven sola*.

Dudé, preguntándome si debería escucharla. Sola. Podría ser peligroso. Era imposible saber quien estaría con ella, tal vez el hombre que la había acompañado antes, tal vez Ryder. Además, no quería hablar con ella, no después de saber lo que había hecho.

¿Por qué? Intenté, pero no hubo respuesta. Kara ya había desaparecido entre los árboles, así que no tenía mucho tiempo para decidirme. Pero, ¿por qué debería seguirla?

Entonces, sin previo aviso, ella dijo la palabra que decidió por mí. *Anna*. Fue la última palabra que me ofreció, a pesar de mi ansiosa súplica de que se explicara. Al final, no tuve otra opción.

¿Cómo iba a salir de esto? No había duda de que iba a seguirla, pero tenía que pensar. William no me iba dejar abandonarlo.

—Hey, —grité sobre el auge—. Es un poco ruidoso. Estaré de vuelta, ¿De acuerdo?

—Iré contigo, —dijo, levantándose.

—No, —insistí—. Voy a estar bien. Quédate. Estás divirtiéndote.

—¿Estás segura? —preguntó, sin convencerse.



—Sí, no te preocupes, —le aseguré—. Voy a estar de pie allí atrás. —Y antes de que tuviera tiempo para protestar, me dirigí a la dirección de Kara.

La había perdido de vista, pero si la encontraba, podría ponerme al día. Con una última mirada atrás a William, que estaba completamente absorto en la chispeante cascada que había entrado en erupción de la base con fuegos artificiales, corté por el bosque en el último lugar. La vi. De inmediato comencé flagelando más allá de los árboles y la cubierta de vegetación, inquieta por el hecho de tener que asociarme con ella en absoluto. Mientras corría, buscando su rostro en el bosque, sentí el irresistible impulso de confrontarla con la pregunta que había estado consumiéndome por fuera. ¿Por qué? ¿Por qué había matado a dos personas más inocentes? Cuando yo estaba tratando desesperadamente de salvar una vida, el asesinato parecía ser un ofensa imperdonable, sin importar cual fuese su razonamiento. ¿No podía simplemente haberles dicho que dieran la vuelta?

Me detuve para escuchar sus pasos, pero ella se había ido. Miré en todas direcciones, y simplemente mientras la última gota de esperanza comenzaba a desvanecerse, ella habló.

Sigue todo recto. Gira a la derecha en la pared de la cueva. Hay una grieta. Aprieta a través de la apertura. Voy a estar allí.

¿Por qué no me dices lo que quieres de esta manera? Pensé, hablando intencionadamente con ella. Mi mente estaba en silencio mientras esperaba a que ella respondiera, pero no dijo nada.

Frustrada por su falta de explicación, continué, mis únicas opciones eran volver atrás o seguir sus indicaciones, y no podía volver. Corrí rápido, sintiendo el sentido de urgencia con cada paso. No había brisa para refrescar mi tibio cuerpo, y el rancio aire se pegaba a mi piel. Cuando finalmente llegué al espacio agrietado en la pared de roca, empujé mi pelo, húmedo de sudor, de mi cara y lo atravesé.

—¿Por qué me traerías aquí fuera? —le pregunté, defensiva y agitada cuando la vi. Instintivamente, mis ojos recorrieron el espacio de la minúscula grieta que ocupábamos, en cualquier señal de compañía, de cualquier amenaza—. ¿Por qué no sólo hablabas conmigo en mi mente? Parecías disfrutarlo. —Pude oír el enfado en mi voz cuando hablé con ella. La imagen de su cara iluminada con las luces traseras de nuestro coche



interfirió en mis pensamientos. En mi mente ella era una asesina sin importar sus razonamientos.

—Hay demasiadas habilidades aquí. Necesitaba escapar de la multitud, por si acaso, para protegerme. —Sus ojos eran débiles y llenos de vergüenza, pero su voz era fuerte y desafiante—. ¿Quieres oír lo que tengo para decir o no?

Casi había olvidado por qué la había seguido en primer lugar. Anna. Mis palmas empezaron a sudar, y mi garganta me dolía por el miedo. No quería pensar en lo que pudiera querer contarme sobre ella. Sabiendo quién es y lo que es Kara, realmente no podía ser algo bueno.

—¿Qué es?

De repente su familiar voz estaba en mi cabeza, tomándome por sorpresa.

Ella está muriendo.

La boca del estomago quemó con resentimiento hacia ella.

—Lo sé, —me burlé, tratando de negar su voz en mi mente—. ¿Me has traído todo el camino hasta aquí sólo para friccionarme? Quiero decir, ¿te gusta ver a las personas inocentes morir?

Comprensión cruzó por su rostro, y una disgustada mirada la siguió poco después. Estaba claro para ella que yo no iba a olvidar lo que había oído. No había ni un rastro de amistad que quedara entre nosotras, nada que esperar o aferrarse. Sólo ira.

—Tú no sabes nada sobre mí, —me espetó.

—Bueno, sé una cosa. Eres una asesina.

Ella vino a mí antes de que tuviera tiempo a moverme. El aire de mis pulmones se vio obligado a salir por el impacto de mi cuerpo blando contra el duro suelo. Ella estaba encima de mí, y se llenaron de lágrimas sus ojos asustados y enojados, dado que tenía un cuchillo en mi cuello.

—Tienes razón, —dijo en voz baja, con una expresión fría y vacía—. Soy una asesina.

Su cuerpo nunca vaciló de la posición dominante que había tomado con su ataque. Ella era fuerte, hábil y precisa. Lista para atacar si era necesario.



—Podría matarte ahora mismo, si quisiera, —agregó, todavía cerniéndose sobre mí.

Se sentía como toda una eternidad estar atrapada bajo su cuchillo, el pánico corriendo a través de mí, mi corazón a punto de estallar. Tenía miedo, no por mí, sino por Anna. Sin mí, ella no tenía ninguna esperanza, iba a morir. Tal vez William ni siquiera supiera lo que me pasó. La muerte significaría una vida desperdiciada. Sin un propósito, nada que dar, sólo un rápido final a una historia sin sentido. El pensamiento me despertó del miedo, y las lágrimas llegaron sin previo aviso.

—Mira, no quiero matarte, —dijo, irritada por cómo había resultado—. Sólo quería advertirte.

—Sé que se está muriendo, —le dije mientras ella se separaba—. Lo sé. —Froté el lugar en mi cuello, donde el cuchillo había estado.

—No es sobre eso. —Sacudió la cabeza—. Es sobre advertirte que no la sanes.

Mis ojos se estrecharon cuando traté de saber. No podía imaginarme que a ella le importase que si yo muriese.

—¿Por qué no? ¿Debido a la profecía?

—No, —dijo ella con fuerza—, porque ellos la matarán, justo después de hacerlo. No seas estúpida.

—Voy a advertirla, le diré que huya, —protesté.

—¿Crees que funcionará? Ellos la encontraran.

Traté de ser fuerte—. Bueno, ellos sólo saben lo que te digo en este momento, ¿no es verdad?

Ella apartó la vista—. Podría ser capaz de ganar algo de tiempo, pero... —su rostro se hizo más difícil—. No voy a prometer nada. Si otras personas se involucran, no arriesgaré mi vida por ti o alguna humana.

Me tragué la posterior sensación de malestar de mi estomago—. Sólo cómprame tiempo. Voy a trabajar.

—Necesitas ir pronto si quieres tener alguna posibilidad, —dijo, mientras se alejaba—. Esta noche.



Tan pronto como Kara abandonó la cueva, mis piernas perdieron su fuerza, y caí al suelo con la cara entre mis manos. La pesadez de mi pecho hacía que fuera difícil respirar.

Esta noche.

26

Traducido por DarkVishous
Corregido por Endri_rios

El retroceso de Lenaia fue solemne, pero no era la única sintiéndome deprimida. Todo el mundo estaba triste por dejarlo, y me alegré de que pudiera esconderme detrás de esa excusa, así no tenía que explicar por qué estaba tan desalentada.

El coche estaba en silencio la mayor parte del camino, con sólo la música de William para llenar el vacío. Me dio tiempo para prepararme. Me negué a aceptar el destino de Anna. No importa lo que dijo Kara, al menos su curación le daría una oportunidad. Ya le había escrito una carta diciéndole que huya, cambie su nombre, agarre a Chloe y comience una nueva vida. La había estado llevando alrededor de mi bolso, lista para este momento. No iba a dejarlos ganar.

Si tenía que ser esta noche, que así sea. La espera había terminado. Observé hacia la cara de William, sus características más llamativas resaltadas por la luz de la luna, y me sonrió. Era una sonrisa que podría desafiar a los cielos, radiante y para corazones. Miré sus peligrosos ojos, siempre tentándome de aplazarlo un poco más, y traté de memorizar la forma en la que me sostenía.

Eran las 10:30 cuando finalmente llegamos. Fuimos directamente a la cama, ambos ansiosos de estar cerca. Su cuerpo estaba caliente y suave debajo de las sábanas mientras se movía para estar a mi lado. Sus fuertes manos encontraron mi cara y me empujaron hacia él para reunirme con sus labios. El roce suave de su boca mientras pasaba sobre mí era suficiente para hacer que me rindiera. Cualquier resistencia que tuviera fue derrotada. Él me podía tener.

Sabía que sería un error dejar las cosas ir tan lejos como yo buscaba, simplemente egoísta. Estar más cerca de lo que ya estábamos dolería más al final, pero su toque me robaba el aliento que necesitaba para protestar. Yo era egoísta, entonces que así fuera.

Arranqué la camiseta fuera de su cuerpo, y él hizo lo mismo por mí. Sus anchos hombros me abrazaron con delicadeza a pesar de su fuerza. Sus

ojos estaban serios y oscuros con intensidad a medida que me tumbaba en la cama y deslizaba su bien definido físico sobre mí. Él miró dentro de mí, como si fuera tan extensa como el cielo.

—Bésame, —pronuncié la palabra suavemente, y él obedeció.

Su cuerpo presionado sobre mí, como sus labios, suaves y delicados, cayendo al mismo ritmo que los míos. Yo quería nada más que dejarme ir, pero no podía. No merecía el amor que él tenía para dar. Debería haberme retirado hace mucho tiempo. No era justo para él llevarnos por un camino que terminaría en tristeza. Era un error, y llevarlo más lejos era cruel.

— ¿Qué sucede? —preguntó, al ver la vacilación en mis ojos.

Tomé aire, sin saber cómo explicarlo—. Es sólo que… quiero. Realmente quiero, pero no puedo, William.

Bajó su frente hasta la mía, nuestras narices tocándose, y dejó escapar un suspiro lento riendo entre dientes.

—Es tu culpa, ya sabes. ¿Ves lo que me haces? —Bromeó—. Si no fueras tan irresistible podría ser capaz de controlarme a mí mismo—. Rodó su espalda, mirando al techo.

Él pensó que era él, que había ido demasiado rápido.

—No, estaba bien. Tú me conoces. Sólo soy tímida.

Se volvió de lado para mirarme a la cara con una sonrisa de aceptación.

—Creo que deberíamos ir a dormir de todas formas. Ya es tarde.

—Si, —estuve de acuerdo a regañadientes. No quería que la noche terminara pero sabía que lo haría finalmente.

—Buenas noches, Ellie. —Su cuerpo se deslizó detrás de mí, con los brazos doblados debajo y por encima de mí, y sus piernas enredadas con las mías, como si él mismo se aferrara a mí como un árbol se aferrara a la tierra. Me agarraba fuerte al momento en que yo yacía envuelta en su cuerpo, sintiendo las raíces su alma cada vez más profundo dentro de mí. ¿Qué pasaría en la mañana, cuando se diera cuenta de que me había ido? La incesante punzada de culpabilidad provocó una sutil náusea. Tragué saliva, empujando la sensación fuera de mi garganta.



Si sólo hubiera otra manera. Mi mente no se detenía, siempre tramando, pensando, con la esperanza de otra opción, pero no había ninguna. Tenía que aceptar mi destino. Todo lo que tenía era este momento, este último precioso momento junto a él que duele como el final de todas las cosas, con el peso de mil angustias envueltas en su breve insignificancia. Sin embargo, tenía que estar agradecida por ello, agradecida de haberlo conocido. Él me había enseñado lo que era estar enamorada, y ¿qué más había, realmente, además de amor? Al final es lo que hay, y a pesar de la angustia que acompañaba mi partida, valió la pena.

Cuando su respiración se hizo lenta, abrí mis ojos. No habría ningún sueño para mí esta noche, no hasta que fuera mi último sueño, el sueño eterno, y yo cerraría los ojos para siempre. Me aferré a la sensación de su pesado brazo sobre mi pecho, su aliento dulce, caliente en mi cuello, antes de encontrar el valor para escapar de sus piernas enredadas. Tomé una profunda respiración y me moví lentamente y en silencio avanzando poco a poco lejos de su cuerpo debajo el capullo de sábanas. Una vez que estuve libre, me volví para mirarlo a través de la oscuridad. La suave luz de luna, que había logrado su camino a mi cuarto, me ayudó a distinguir sus rasgos, tranquilo y satisfecho mientras dormía. Esperaba en silencio que la muerte fuera igual de pacífica.

El aire de la habitación estaba frío mientras me deslizaba de la cama y en mis pies. Mis ojos se posaron de nuevo sobre él cuando estuve de pie, en busca de cualquier señal de movimiento, cualquier notificación de mi ausencia, pero él dormía profundamente. Me detuve y observé su respiración mucho tiempo después supe que no se había perturbado, pero el reloj me molestaba con su persistente tic, recordándome cada segundo que había pasado. Mientras caminaba a la cómoda, levanté los dedos de los pies para que no crujiesen en cada paso. Yo era silenciosa y abrí los cajones sin despertarlo, sacando la última camisa que alguna vez me pondría. No importaba cuál, y una vez que me había puesto mis jeans, no había mucho más que hacer que decir adiós.

Escribí la nota lo más lenta y claramente como pude en la oscuridad, esperando que él viera que se trataba de una decisión deliberada, no un estímulo del momento.

William,



Te amo… Sigo esperando las lágrimas venir, por mi ansiedad de detenerme, pero todo lo que siento es gratitud; por cada respiro, cada recuerdo, cada corta sonrisa, todos los días.

Lo siento. No tuve otra opción.

Doblé la nota en dos y la coloqué en la mesita de noche, tomándome mi tiempo, dándome una razón para no salir. Tenía que apartarme de ese último momento, pero finalmente me di la vuelta y salí por la puerta con silencios pasos lentos, abandonando antes mi deseo de quedarme, dominado por mi necesidad de ir.

Me pareció que finalmente me golpeé durante el viaje. Pero este era mi propósito, el sanar. Noventa años de vida eran más de los que podía pedir, y para acabar con estos dulces recuerdos de amor y felicidad parecía el momento perfecto para partir.

Tenía mis pesares, mis dudas, mis preocupaciones. ¿Me perdonará? ¿Se recuperará? ¿Lo entenderá? Pero nada de eso importaba. Después de años de ver a mis seres queridos morir antes que yo, impotente, mi enfermedad seguía plagándome con la pérdida, por fin tenía la oportunidad de arreglar las cosas. El viejo debe morir antes que el joven, y aunque mi aspecto creaba la ilusión de juventud, tenía una edad mucho más antigua que la de Anna, por casi medio siglo.

Esa era la forma lógica de pensar sobre ello, un argumento para aquellos que se opondrían a mi decisión, pero en realidad, esta elección era una del irracional corazón. Incluso si mi edad no era un factor, no podía soportar ver a Chloe revivir el dolor que yo había conocido, no cuando podía evitarlo.

Mientras conducía, la silueta del horizonte trepó al cielo amaneciendo azul, esperando al primer signo del sol. La luna seguía brillando completa y plateada en la luz gris de la temprana mañana como una moneda brillante en el fondo de una piscina. Debí haberme quedado más tiempo de lo que pensaba, pero el tiempo parecía perfecto. El camino abierto, abandonado por los ciudadanos para dormir, parecía tranquilizarme ya que el camino que había elegido era el correcto.

Usé la llave de repuesto que Anna me había dado en acción de gracias, abriendo la puerta sin hacer ruido, como pude. Si despertaba a Chloe, las cosas se complicarían.



A pesar de las escasas luces que quedaron encendidas, el apartamento estaba oscuro y sombrío, como si la atmosfera hubiera absorbido su enfermedad. El silencio establecía el humor mientras me preparaba para subir las escaleras hacia su habitación. Necesitaba verla primero, para decir un adiós adecuadamente antes de que terminara.

La cama de Chloe estaba vacía, y ella no estaba en la sala de estar. Si ella estuviera aquí estaría durmiendo con su madre, y yo esperaba con todas mis fuerzas que ella estuviera en casa de su tía.

Lancé un suspiro silencioso cuando vi al único cuerpo que yacía inmóvil en la cama; Chloe no estaba en la casa. Con cuidado de no asustarla mientras me acercaba, caminé lentamente y me senté en el borde del colchón. Encontré su mano, y suavemente la puse sobre la mía, pero la única respuesta que dio mientras se esforzaba por levantar los párpados, fue la insinuación de una sonrisa. Ella estaba débil, casi había desaparecido, y yo había llegado justo a tiempo.

—Sabes, Anna, —hablé con voz temblorosa—. Toda mi vida he tenido que llevar la carga de ser la que viva, mirando a todos los que amo envejecer y morir. No sabes lo que ha sido eso, sentirse impotente mientras el mundo roba todo lo correcto debajo de ti. Bueno, tal vez lo haces. Pero no voy a dejar que eso te suceda a ti, o a Chloe.

Su frágil cuerpo permanecía inmóvil e indiferente mientras hablaba, pero se sentía bien hablar con ella, decir lo que tenía que decir. Una parte de mí se alegró de que no fuera capaz de comunicarse. Sabía que ella sólo resistiría, y sería una gran pérdida de energía. Besé su frente con amor. Pronto se sentiría mejor, y todo su sufrimiento llegaría a su fin.

Me encaminé escaleras abajo dirigiéndome directamente a la cocina. Yo ya había sabía lo que pasaría. Un cuchillo iba a ser mi herramienta de elección. El brazalete no produciría suficiente cantidad de sangre. Cuando abrí el cajón a la derecha de la estufa, con la esperanza de encontrar la más puntiaguda que pude, una escalofriante voz invadió mi cabeza.

Elyse. Su tono era tranquilo pero firme, y fue nada menos que una advertencia. Con la mano envuelta alrededor del mango del cuchillo, me volví para mirarla.

—Kara, por favor, — le susurré.



27

Traducido por DarkVishous
Corregido por Endri_rios

El silencio de la sala era tan afilado como el cuchillo en mi mano y consolidado por la frágil tensión, que podría romperse a la primera señal de ataque. Me paré, arma en mano, lista para enfrentar a mi enemigo, para defender mi causa a cualquier precio. No me atrevía a permitir que mis ojos se desviasen por el contacto directo, y la de ella quedó bloqueada por la mía, pero no había nada en ellos buscando una pelea. Sin embargo, sentí los músculos de mi cuerpo en tensión.

Ella mantuvo la calma mientras yo calculaba cómo podía matarla, o al menos impedirle meterse en mi camino. Su postura, demasiado relajada, me dijo que había aceptado cual fuese su destino, o que se sentía segura de que ganaría la lucha entre nosotras. Ninguna me hizo sentir más a gusto.

—Sabes, —dijo rompiendo el silencio—, nunca quise esta vida.

No me importaba lo suficiente como para responder. Sus sentimientos eran la última cosa en mi mente. Traté de mantenerme enfocada en el ataque que estaba segura que vendría.

—Te lo dije, —continuó—, si intentan y se esconden por su cuenta, no funcionará. Ellos las encontrarán.

El odio se filtraba por cada uno de mis poros mientras me suprimía la necesidad de avanzar rápidamente y llevarla al suelo. Si no estuviera tan preocupada por perder mi preciosa sangre, tal vez ya lo hubiera hecho. En su lugar, sólo apreté los dientes y me mordí la lengua.

—Yo podría ayudarte sin embargo…

Mi corazón tartamudeó. ¿La había oído mal? Busqué la falta de sinceridad en su rostro, la broma detrás de sus palabras, pero su expresión se mantuvo firme y desafiante. Ayuda puede significar muchas cosas. ¿Podía ayudarme a sobrevivir al proceso? No pude mantener el tono esperanzado de mi voz.



— ¿Cómo?

Ella asintió y sonrió para sus adentros antes de contestar definitivamente—. Seré tu respaldo.

Mi pecho casi se derrumbó ante la idea, y tomé una profunda respiración llena de alivio.

—Kara, yo… ¿estás segura? —en el fondo no quería esperar por algo demasiado bueno para ser verdad.

—Pienso que lo estoy.

—¿Qué pasa con tu familia?

—Ya les he advertido, les dije que se fueran. Van a estar en riesgo, pero la profecía es la única forma de salvarlos. Han tenido que vivir con miedo demasiados años.

Todo parecía ser un poco demasiado bueno. ¿Cómo sabía que esto no era un plan del Consejo para conseguir que me suicidara y dejar a Anna y a Chloe para que puedan ser asesinadas?

—¿Por qué me estás ayudando? —le pregunté, manteniendo mis ojos en ella—. ¿Por qué ponerte a ti y a tu familia en peligro? No significa nada para ti.

Traté de ser sutil cuando evalué su sinceridad, y vi caer su frente en un odioso ceño fruncido.

—He estado trabajando para el Consejo desde que tenía cincuenta y seis. Nunca he tenido una elección. —Ella apartó su mirada de mí mientras hablaba, como si tuviera miedo de que sus desleales palabras pudieran viajar muy lejos—. Ya es hora de que alguien adopte una posición en contra ellos.

—Exactamente, —estuve de acuerdo. Era gratificante saber que nosotras no solamente salvaríamos una vida, sino que también estaríamos representando algo. Sin embargo, el inquietante pensamiento no salía de mi mente. ¿Cómo sabía con certeza que esta chica estaba de mi lado? Todo lo que ella me había dado era su palabra y la palabra de un enemigo era tan confiable como una base de arena.

—Pero, ¿cómo sé que me estás diciendo la verdad?



Pude ver su procesamiento de mi perspectiva nadando a través de las incertidumbres de había inspirado mi duda. Con el libre acceso al funcionamiento de mis pensamientos, era imposible saber lo que ella estaba buscando, pero pareció entender mi necesidad de una prueba.

Ella exhaló con decisión—. Te lo voy a mostrar. Dame la mano, —dijo, dando un paso adelante con cautela.

Aún un poco cautelosa de su cercanía, puse el cuchillo y lo incliné hacia delante, permitiendo sacar mis dedos atrás y exponer la piel desnuda de la palma de mi mano.

—Si te dejo entrar, verás más de lo que podrías estar lista, pero supongo que es lo mejor. Tienes que ver por qué me quedaría para desafiarlos. —Ella me miró y apretó mi mano en su frente.

Supuse que estaba a punto de experimentar su capacidad a la inversa, pero la transición era difícil de comprender. Estar dentro de su mente era como estar en un sueño. Mis pensamientos todavía estaban presentes en algún lugar a la distancia, pero ella ocupaba el primer plano de mi conciencia. Imágenes se derramaron delante de mí en caóticos borbotones, desordenados, como un video musical o una vida; abarcando la presentación situada en un avance rápido.

Caras desconocidas, y lugares que nunca había visto giraron alrededor, irreconocibles, y sentí por un momento, como si tuviera amnesia.

Intenta y recuerda, advirtió ella.

¿Recordar qué?

Usa mi mente para recordar qué es lo que quieres saber.

Mientras intentaba descifrar mis propias intenciones en medio de la recopilación en medio de la colección de sus pensamientos, una imagen fuera de mí me vino a la vista, empujando todo lo demás a un lado. Al principio, estaba mirando desde el asiento del conductor de un Lincoln negro que me había seguido desde la ciudad. Veía las cosas desde sus ojos mientras ella me observaba cerca sin que yo supiera. En la cafetería, en la casa, en muchas de las ocasiones en las que pensé que había estado sola, ella había estado ahí.

Cada recuerdo abarcaba una amplia gama de sentimientos, pensamientos y emociones, ninguno de ellos representaban la maldad que había esperado de ella. En cambio, me miraba con curiosidad, y un



amargo resentimiento hacia la tarea que le habían dado; reportar todo lo que supiera de mí al Consejo.

Allí había celos por la libertad que tenía, por William, y confusión, mientras se preguntaba por qué moriría por un ser humano, mucho menos uno que ya había vivido muchos años. Luego estaba el odio, no hacia a mí, sino hacia el Consejo. Me encontré a mí misma interesada en lo que podía evocar tanto odio y decidí buscar el origen de su enojo.

Una vez que llegué al núcleo de la emoción, estaba mirando desde sus ojos, a los doce años de edad, a dos amorosos padres y una pequeña hermana que se aferraban el uno al otro en la abrumadora tristeza mientras ella estaba siendo arrancada de sus vidas.

El odio seguía ennegreciendo con cada misión que le asignaban. Los recuerdos se convirtieron en brutales y violentos a medida que avanzaban. Asesinatos, torturas, experimentos. Ella había visto cosas inimaginables. Las fotos parpadearon en su mente hasta que se detuvo para centrarse en un caso singularmente inquietante.

Ella estaba en el apartamento de alguien, y estaba simplemente saliendo de la oscuridad. Un hombre se mantuvo firme y salvaje, bloqueando mi punto de vista de la mujer en el sofá. Sabía de sus recuerdos que este hombre era lo que se llamaba un Cazador. Ella había sido asignada mientras ellos llamaban a un Cazador. Había sido asignada como su observadora como ella a menudo estaba destinada a hacer, dada su capacidad única de acceder a la mente. Si el Cazador necesitaba ayuda extrayendo información, por supuesto ella tendría que ayudarlo, pero los Cazadores eran enviados por lo general por una sola razón; para matar.

Me di cuenta de que ella intentaba limpiar la mente de la mujer, optando por quedarse fuera de ella, y busqué la razón. Entonces me di cuenta, una sensación de temor hizo que mis rodillas casi de doblaran; ella no quería saber el miedo que se tenía estando frente a un Cazador.

—Kara, ve a chequear las habitaciones, —gruñó el Cazador.

—Muy bien, —dijo, contenta de escapar de la horrible escena que de seguro estaba por tener lugar.

Quería saber que era lo que vendría para la mujer sin rostro, pero sus ojos sólo me proporcionaron una visión que la llevó a alejarse de ellos. Dio la



vuelta de la esquina con el sonido del grito ahogado de la mujer, y no volvió a mirar hacia atrás.

Comprobar las habitaciones era una tarea fácil que por lo general proporcionaba refugio frente a los horrores en el juego. Los Cazadores conocían a sus víctimas y elegían momentos en los que estaban seguros de estar a solas. Ni una sola vez en diez años como observadora había conocido jamás a un ser humano inesperado, pero yo podía sentir la anticipación de lo que estaba por venir, y sabía que esto era lo que ella quería que viera.

El apartamento parecía completamente desierto, como ella asumió que estaría. Todas las luces estaban apagadas, y aparte de los continuos gemidos de agonía de la pobre mujer, no había más que silencio. Incluso después de años de dar testimonio de este tipo de atrocidades, su estómago aún se sentía como que estaba lleno de rocas. El sudor perlaba sobre su frente mientras ella se enfermaba en el inodoro del baño de invitados, la última sala para revisar. La vi vomitar, sintiendo el momento culminante de su recuerdo cada vez más cerca. Entonces lo vi, un pie descalzo pequeño, visible justo fuera de la cobertura de la cortina de la ducha. Mi corazón casi se detuvo con el suyo mientras asimilaba la imagen. Los Cazadores no dejaban sobrevivientes.

—*Hola*, —susurró, aunque las palabras fueron silenciosas—. *No voy a hacerte daño, pero tienes que estar muy tranquila o él te escuchará.*

Mientras ella se asomaba por la cortina, quedó desconcertada. La pequeña era muy joven, una niña de sólo cuatro o cinco. La niña retrocedió con un poco de miedo. Sus grandes ojos eran de un suave color marrón que se parecía extrañamente a la hermana pequeña de su recuerdo, y aunque estaban mojados por lágrimas, se quedó tranquila.

Los apagados gritos de la mujer habían acabado, lo que significaba que estaría terminando. Ella no tenía mucho tiempo. Él vendría en su busca.

—*Escucha*, —las lágrimas en los ojos de la niña le hizo doler con compasión—. *Volveré por ti, ¿de acuerdo? No te preocupes.*

Y con eso ella unió todas sus fuerzas para hacer frente al rostro del Cazador.

—¿Qué te tomó tanto tiempo?, —ladró mientras ella volvía a entrar a la sala de estar.



Ella compuso una cara brusca y dio un paso atrás de su rol de "chico malo". Una de las cosas que había aprendido desde el principio fue que en este negocio, no había lugar para la debilidad, no hay tiempo para las lágrimas, y no hay razón para ser educada. La única manera de sobrevivir era ser alguien que no era, caer en una identidad alternativa que fuera lo suficientemente fuerte como para manejar con todo.

—¿Qué? ¿Tienes que llegar a casa a pintarte las uñas o algo así? Estaba buscando el dinero, ¿qué te piensas? —su voz llegó dura y fría.

—¿Encontraste algo? —pero antes de que pudiera responder, el hombre esquivó sus ojos—. Mira aquí, —gruñó, y sentí los pelos en el cuello de Kara ponerse de punta. Se dio la vuelta justo a tiempo para ver la bala que le dio a la niña justo entre los ojos.

***

Anna no se había movido cuando entré en la habitación. Ella estaba quieta y pacífica, por el momento, escapando del dolor. Una parte de mí comenzó a preocuparse porque la miré, y mi estomago se encogió de miedo. Oré que siguiera aguantando. Suspiré con alivio cuando vi la sutil asombrosa respiración luchar en su pecho poco a poco con aumento. No era demasiado tarde.

Me senté a su lado, tomándole la mano, mientras Kara esperaba afuera de la puerta. Los ojos de Anna se separaron brevemente, y su respiración se profundizó, cuando comenzó a sentir mi comodidad. Todo estaría bien.

—La gente no lo entiende, —confesé en voz baja—. Lo que significas para mí, no será entendido por nadie más que nosotras, pero no necesito que así sea. Ya lo sabemos.

Me despegué de la cama, y tomé el cuchillo de la mesa de noche. No había nada más que decir en realidad, sólo una última ingesta de dulce aliento antes de hacer un profundo corte en mi carne. La sangre de color rojo cereza brillaba con un vivido pigmento contra mi piel, pintando brillantes patrones carmesí en la superficie de mi mano. Se caía de la punta de mis dedos sobre la alfombra de color opaco, cada gota un rubí escondido en la arena. El dolor estaba nublado, lavado en el puro choque de todo. Era sólo un efecto secundario, una idea de último momento sobre todo lo que me importaba en ese momento.

Vamos, Elyse, engatusó Kara suavemente mientras entraba en la habitación, y yo movía la muñeca hacia la boca de Anna.

Me sentí obligada a cumplir con mi propósito y sin miedo a seguir adelante. Tal vez me pusieron en la tierra por este acto, este sólo momento, y todo lo demás eran simplemente una serie de escalones que me llevaron hacia aquí. De cualquier manera, no había vuelta atrás, no ahora. Todo lo que quedaba era el misterio de lo que vendría a mí y la profecía. Me sentí casi segura de que estaba funcionando mientras la sangre abandonaba mi cuerpo y desembocaba en su boca. En un principio intentó resistirse, confundida por lo que estaba pasando, pero cuando se dio cuenta de que estaba salvándola, se volvió desesperada por ella, agarrando mi brazo con los ojos muy abiertos.

—Bueno, eso es suficiente, —dijo Kara en voz alta por lo que Anna podía oírla—. Dame el cuchillo, Elyse.

—No, —dije con fuerza a través de la niebla—. Sólo un poco más.

—Bueno, al menos dame el cuchillo.

Oí a Kara respingar mientras se hacía una pequeña incisión en su propia muñeca. —Has terminado, yo…

Cuando sus palabras se cortaron, sentí que mi cuerpo se congelaba. La sensación era muy familiar, y sabía que estábamos en problemas. Miré los ojos aterrorizados de Anna y me di cuenta de que ella también estaba paralizada, aun así sus labios seguían bloqueados en mi muñeca.

—Te dije que encontraría una manera de llegar a ti, —se burló Ryder—. Ellos no pueden culparme si voluntariamente sangras hasta la muerte.

No podía volver la cabeza para verlo, pero oí el chasquido de su puño contra la mandíbula de Kara—. Lo que una pequeña mocosa engañosa resultó ser. ¿Valía la pena? ¿Por un humano?

Anna y yo fuimos capaces de escuchar los guturales gemidos, como otro golpe forzando al aire salir de sus pulmones. Lo odiaba. Mi mente estaba gritando, desesperado por hacer que mi cuerpo se mueva, pero no lo haría. ¿La habría matado? ¿Mataría a Anna? No podía hacer nada, me estaba quedado sin tiempo.

—Siempre hay consecuencias, —bramó Ryder. La cara ensangrentada de Kara apareció a la vista y se estrelló contra el suelo.



Entonces todo comenzó a desvanecerse, y mi existencia comenzó a derrumbarse en torno a mí como el cielo de una pesada noche, me aplastaba contra ella y el suelo de la tierra. Mis sentidos se debilitaron y se confundían con la niebla. El sonido de Kara golpeando se fue disipando, y yo estaba perdida en un estado de *shock,* que me dejó inconsciente de lo que sucedía a mi alrededor. El tiempo era una cosa externa. No tenía ni idea de cuánto tiempo había pasado. ¿Había tomado minutos, horas o incluso días para mí morir?; no tenía manera de saberlo.

Vida. Un laberinto de cruces y ciegos giros donde nunca pretenderás encontrar el camino. Lleno de momentos y puntos de interés que podrían en cualquier momento tomarte por sorpresa, convirtiendo tu mundo al revés. Ya había perdido la vista o el control de mi consciencia, eso estaba claro, pero no importaba, pronto todo terminaría, y así dejé ir mi última gota de fuerza y esperé el final. Entonces, nada. La oscuridad me llevó y perdí el contacto con el lugar en el que estaba, quién era yo, y lo que me estaba esperando.

Nada.

28

Traducido por DarkVishous
Corregido por Anvi15

El tiempo corría como agua derramándose, lentamente y hacia todas las direcciones, entonces cuando me sentí moverme, ligera con el mundo rodeándome, no pude adivinar cuánto tiempo había pasado desde la última vez que estuve consciente. Pero, ¿estaba yo consciente? El mareo, paralizando la debilidad que me tenía dando vueltas, me dijo que sí. Ya sea en vida o muerte, o quizás en algún punto intermedio era dudoso, pero estaba consciente de mi cuerpo y su aflicción. No lo había dejado. Mi mente estaba aprisionada dentro de su forma sólida, registrando la agonía de su completa incapacidad para funcionar. No respondía, sólo era capaz de procesar el dolor, la confusión y el ruido de pasos rápidos y desiguales que pertenecían a otra persona. Luego, a través de la bruma de mis pensamientos, rotos y desarticulados, noté que estaba siendo llevada.

Cada aliento que arrastraba, dentro y fuera de mis pulmones, era una lucha mientras instintivamente entraba en pánico. ¿Dónde estaba? ¿Dónde estaba Anna? No podía recordar lo que había sucedido. ¿Funcionó? Los pasos se aceleraron en una carrera, reaccionando a mi aterrorizado aliento, enviando un cegador dolor a través de mí con cada sacudida hacia adelante. Quería abrir mis ojos, pedir que se detuviera, pero en cambio, eso se convirtió en demasiado. La oscuridad, relajante y tranquila, me llevó una vez más.

***

Despertar de la oscuridad fue fuerte y agresivo. La luz se filtraba como fuego, rompiendo su consentida tranquilidad. Todo lo que pude ver era blanco. No entendía porque luchaba contra ello. La luz era buena. La luz era el otro lado. Era la esperanza, y aunque mis ojos dolían por ella, me obligué a abrirlos y mirar la fuente. El miedo me inmovilizó y robó mi aliento cuando mi entorno entró en foco. La piel de ganilla se arrastró hasta mis brazos y piernas cuando mi piel reconoció el frío aguijón de la mesa de metal en la que estaba estirada, o tal vez era sólo el temor que se penetró cuando me di cuenta en donde estaba. Tres luces colgaban como



péndulos fijos por encima de mi cabeza. A la derecha había un mostrador cubierto con vasos y soluciones químicas que habían sido dejadas para procesar. Estaba en un laboratorio.

A medida que mis sentidos regresaban, noté que la única molestia real que sentía era la intravenosa conectada a la parte inferior de mi brazo. Recordando la profunda incisión que había hecho a mi muñeca derecha, comprobé la herida, pero no había nada más que mi pulsera. Ni siquiera una cicatriz. Mi primer instinto fue arrancar la intravenosa y salir corriendo de allí. No había ventanas, pero tal vez pudiera colarme por la puerta, suponiendo que no hubiera ningún guardia. Todavía sentía la necesidad de escapar, a pesar del hecho de que estaba curada y aparentemente viva. No tenía manera de saber las intenciones de quien fuera que me tuviera aquí, pero antes de que tuviera la oportunidad, fui interrumpida.

El sonido del chirriar de una puerta detuvo la sangre en mis venas, y cerró de golpe mis ojos. El chasquido de unos tacos estaba cerca. Nadie hablaba, pero notaba que era un hombre. Tarareaba en voz alta mientras se ocupaba de los recipientes, vertiendo líquido dentro de otros. Entonces, sin previo aviso, volvió su atención en mí. Sus dedos encontraron el pulso en mi cuello y recorrieron a lo largo de la invisible cicatriz que debería haber sido una herida abierta en mi brazo. Una bola de algodón fue presionada contra la parte inferior del codo cuando retiró la intravenosa. Él era sorprendentemente suave, pero todavía me encogía interiormente por su toque. ¿Qué planeaba hacer conmigo? Antes de que tuviera tiempo de considerar mi próximo movimiento, la puerta crujió de nuevo.

—Está despierta, —dijo el hombre de pie junto a mí. Mis oídos se animaron a su conocida voz—. Iosif.

—Al fin, —oí decir a William. ¿Lo estaba imaginando? Mis ojos actuaron antes de que tuviera tiempo de contemplarlo. Tenía que saberlo. Estos se abrieron de golpe y me encontré con su rostro, repleto de preocupación. Y pensar que nunca iba a volver a verlo, nunca iba a sentir su tacto o escuchar su voz, parecía inimaginable. Él era tan esencial para mí como el aire y el agua.

Él estuvo a mi lado antes de que tuviera oportunidad de hablar, entrelazando sus dedos con los míos y observando mi rostro.

—William, lo siento tanto, —dije sentándome, sintiendo la necesidad de explicarme.



—Hey, hey, hey, —dijo, acostándome de nuevo hacia abajo—. Tómalo con calma. Has pasado por muchas cosas, Ellie.

Sus tristes ojos mostraban tanto dolor, y yo lo sentía diez veces más por causarlo, pero no podía decir que me arrepintiera de mi decisión. Eso era lo único doloroso, pero Anna viviría una vida larga y saludable ahora, y eso significaba todo un mundo para mí. Me pregunté cómo estaría, donde estaría, y finalmente me di cuenta de que no tenía ni idea de cómo había terminado todo esto. ¿Cómo llegué aquí? ¿Por qué estaba con William? ¿Cómo es que estaba viva?

—¿Anna y Kara? —Pregunté, preparándome para cualquier respuesta—. ¿Están vivas?

Él asintió con una reconfortante sonrisa. —Sí. Están juntas, pero tuve que traerte a ti aquí, —respondió con ojos tiernos.

—¿Cómo me encontraste? —pregunté, con la esperanza de recoger un recuerdo de cuándo él había entrado.

—Cuando desperté, te habías ido. Tu nota me ayudó a unir juntas las piezas. Sabía que tenía que ver con Anna. El día que mencionaste que tenías que curarla, sabía que había más que eso. Recordé su dirección de tu refrigerador.

—No podía decírtelo, tú…

Él asintió en acuerdo—. Hubiera tratado de detenerte, —admitió.

Suspiré, agradecida de que entendiera.

—Cuando llegué allí, —continuó—, la puerta estaba abierta y oí ruidos arriba. Casi fui derecho arriba, pero oí a Kara en mi cabeza. Ella me dijo que Ryder estaba allí, y que iba a matarlas a todas ustedes. Así que, traté de ser lo más silencioso que pude, agarré un cuchillo de la cocina, y lo sorprendí por detrás. Lo apuñalé por la espalada, directamente en el corazón antes de que pudiera congelarme. —Parecía difícil para él explicarlo, y podía decir que revivirlo era dificultoso.

No podía creer que todo eso hubiera sucedido mientras estaba inconsciente.

—Por lo tanto, ¿está muerto? —pregunté. Era difícil imaginar a William matando a alguien, incluso si se tratara de Ryder.

—Sí, —respondió—, muy muerto.



El pensamiento fue un alivio—. Gracias. —Las palabras parecían tan intrascendentes. Él no podía imaginarse como mi corazón se llenaba de gratitud por salvarnos.

—Cuando te vi, creí que estabas muerta, —dijo, recordando.

Los muros de mi corazón cayeron ante la idea de él encontrándome de esa manera. Cómo debió haberse sentido, qué debió haber pensado de mí.

—Lo siento tanto, —me atraganté, cayendo en sus brazos—. Tenía que hacerlo.

—Lo sé, —susurró, sosteniéndome tanto tiempo como quise. Cuando me aparté, él supo que era porque quería que continuara.

—Perdiste mucha, mucha sangre. No sé cómo sobreviviste, Elyse, —arrastró fuera con incredulidad.

—Su cuerpo tiene una habilidad asombrosa. Puede soportar una pérdida mucho más allá de la capacidad normal. —Iosif habló por primera vez desde que había abierto los ojos. Me pregunté por qué se había quedado a ver a William y yo reunirnos, pero algo me decía que jugó un papel muy importante en mi supervivencia, por lo que no estaba más que agradecida con él—. Aun así, —continuó—, diría que es increíble que hayas sobrevivido, aunque todos sabíamos que lo harías. Nunca hubo duda en eso. Tu sacrificio puso las cosas en movimiento. Ahora sólo es cuestión de tiempo.

Su profética charla siempre me confundía un poco. Nunca sabía qué debía tomar en serio y qué debería tener en cuenta mientras balbuceaba, pero Iosif había estado en lo cierto. Había dicho que cual fuera el camino que eligiera me llevaría a donde tenía que estar. Con Anna curada, Kara protegiéndola y Chloe; y Ryder muerto, parecía ser exactamente donde necesitaba estar.

—Tú sobreviviste porque estabas destinada a ello, —concluyó de forma definitiva—. Para cumplir con la profecía.

—Y porque soy tu curación, —añadió William, levantando su brazo. Una bola de algodón estaba pegada en el interior de su codo—. Quiero un poco de crédito.

—¿Tú me curaste? —pregunté, impresionada por esa idea.



—Bueno, una vez que llegamos a ti, Iosif y mi padre donaron también. Habías perdido mucha.

Me moví para sentarme, esta vez lenta y fácilmente para que ellos me dejaran estar de esa manera.

—Kara dijo que estaba planeando curarte, pero tenía una paliza bastante mala, así que corté mi mano y te di la mía. Recuperaste la consciencia por un segundo. Dijiste 'curioso como los árboles también son personas, ¿no?'. —Se rió un poco al recordarlo, ahora que yo estaba bien—. Adorable, incluso cuando estás muriendo.

Me tomé un momento para sonreír. Su risa significaba que me había perdonado. Algo sobre lo que había trabajado hasta el momento en que pensé que era el último.

—Tu poder se magnificó por mi toque. —Tomó mi mano, recordándome la calidez que se suponía que nos protegía—. Creo que es eso lo que realmente te salvó, porque incluso después de eso, necesitaste más, al parecer mucho más, y ni Kara o Anna fueron capaces de ello. Te llevé lo más rápido que pude, e Iosif hizo las transfusiones en cuanto llegamos.

La idea era aterradora. Sólo esperaba que todo eso valiera la pena.

—Así que, a pesar de que sobreviví, ¿crees que funcionó? Quiero decir, ¿crees que realmente la sané?

La pregunta era principalmente para mí. Por supuesto él no lo sabría, nadie lo sabría. La idea era que nadie necesitara hacerlo. En un mundo perfecto, me gustaría estar sentada junto a mi mejor amiga, disfrutando de su transformación de estar cercana a la muerte a reanudar con su vida. En cambio, allí estaba yo, recuperándome de mi propia experiencia de muerte cercana, adivinando como estaba ella.

—¿Dónde están? —pregunté.

—La cuestión es esta, Elyse. Yo maté a un agente, tú sanaste a un humano. Es demasiado arriesgado permanecer aquí, —confesó William—. Cuando se figuren que Ryder está fuera de escena, habrá una investigación.

Levanté la vista hacia él—. Así que, ¿qué debemos hacer?



—Kara va a fingir que cuando entró nos encontró a los tres muertos—tú, yo y Ryder—y que ella mató a Anna y a Chloe, cuando se dio cuenta de que Anna había sido sanada.

—Entonces ¿piensan que estamos todos muertos? —Pregunté, confusa—. ¿Cómo es que eso va a funcionar?

—Bueno, no podemos quedarnos en San Francisco, —dijo William francamente.

—¿Y qué pasará con Anna y Chloe? ¿Vendrán con nosotros?

—Kara está escondiéndolas por ahora, y se reunirán con nosotros cuando nos vayamos.

—El Dr. Nickel se hará cargo de los cabos sueltos en la Sede y el Instituto, y yo voy a hablar con el dueño, —intervino Iosif—. El funeral se dispondrá para ambos, a cajón cerrado, por supuesto…

—William, yo… —No tenía palabras para explicar cuanto lo sentía por todo—. No debería ser así.

—Oh, sí debía. Todo lo que sucedió tenía que suceder. Este es el primero de muchos de los eventos previstos que tienen lugar antes de la guerra, —dijo Iosif misteriosamente. Pero no hubo tiempo para más de una explicación.

Cuando la puerta chirrió por tercera vez, esperaba que fuera el Dr. Nickel o Kara, pero en su lugar entró una mujer. La reconocí, tal vez de un sueño. Su rostro estaba tan envejecido como el de Iosif, pero sus ojos eran gentiles. Me di cuenta de inmediato porque estaban fijos en mí intensamente, como si me conociera. Su cabello blanco colgaba libremente sobre sus hombros delicadamente enmarcados.

—Hola. —Ella volvió su atención sobre Iosif cuando habló—. Es el momento. Están viniendo. —A pesar de que sus palabras eran una advertencia, hablaba con una sonrisa.

Su advertencia no iba dirigida a mí, así que no pensé en considerar quién estaba viniendo o para qué era el momento. En cambio, miré a Iosif responder.

—Tu padre arregló un coche. Está esperándote atrás, —urgió él, de repente en estado de alerta. Agarró dos frascos del mostrador que contenían un líquido verde claro que había estado preparando y las



colocó delicadamente en la mano de William, envolviendo sus dedos alrededor de ellos como si el líquido fuera de gran importancia—. ¿Sabes cómo funciona esto? —le preguntó con ojos inciertos.

—Sí, —respondió William con ansiedad. La tensión se disparaba. Podía decir que estaba ansioso de salir por las advertencias de la mujer, y me dio la sensación de que sabía algo que yo no—. Vamos. Te lo explicaré en el coche.

William deslizó sus fuertes antebrazos bajo mis rodillas y detrás de mi espalda.

—¿A dónde vamos? —pregunté, mientras me llevaba hacia la puerta y bajaba la escalera.

Su voz era apresurada y preocupada—. Tenemos que salir de aquí.

—¿Por qué? ¿Qué está pasando?

Cuando salimos al callejón detrás del edificio, me puso sobre mis pies, y vi el coche que estaba esperándonos como Iosif había dicho—un coche fúnebre negro estacionado justo fuera de la puerta.

—¿Ese es el coche? —pregunté incrédula. Esto no podía estar ocurriendo, ¿verdad? No estaba dispuesta a aceptarlo. La vista me hizo temblar.

En lugar de responder, William abrió la parte trasera—. Vamos, entra.

—Whoa, espera. ¿Ahora? —reaccioné con sorpresa. Me habían dicho que un funeral sería organizado. Ese organizado en algún lugar, ¿era ahora? ¿Aquí? ¿Tan de repente?

—Sí, ahora, —instó William.

El pánico parecía emanar de él, e hizo que mi mente nadara con frenéticas preguntas. ¿Qué significaba esto? No habíamos discutido a lo que tendríamos que renunciar, hacia dónde íbamos, cómo serían las cosas.

—¿Cuál es el plan después de esto? Quiero decir, ¿es esto? ¿A dónde vamos?

—Elyse, —dijo William con urgencia—. No lo entiendes. Están viniendo.

—Sí, tienes razón, —dije finalmente frustrada—. No lo entiendo, porque nadie me ha dicho nada.



—Mira, no tenemos tiempo. El Consejo está comprobando las cosas. No sé los detalles. No sé a dónde vamos, así que no puedo decirte lo que va a suceder. —Sus palabras fueron apresuradas y frenéticas, y su mirada angustiada me hizo rendirme. Guardé mis preguntas para más tarde y me metí a la parte trasera de la cabina.

En el momento en que William cerró la escotilla detrás de nosotros, sentí claustrofobia. La tela blanca con penacho que se alineaba en las paredes de la carroza fúnebre era premonitoria e incómoda. La muerte parecía seguirme como una nube oscura cerniéndose siempre por encima. Dos ataúdes llenaban el espacio, y William y yo nos acurrucamos entre ellos sobre el piso del coche. El más femenino era negro y elegante con un esmalte brillante y molduras de níquel pinceladas, estéticas y elegantes. A pesar de su belleza, la idea de fingir mi propia muerte como si hubiera sucedido en realidad dejaba una sensación de malestar en mi estómago. Si William hubiera llegado unos minutos más tarde, este hubiera sido mi ataúd.

—Recuéstate, —indicó William mientras corría una cortina blanca de la ventana trasera.

—¿En el ataúd? —Pregunté, mi voz clavada con un poco de sorpresa.

—Sobre el piso, —dijo, acostándose cerca de mí—. Así ellos no podrán vernos.

—¿Qué va a suceder?

Mi corazón se aceleró al imaginar cuán lejos estaban ellos de nosotros. Seguía imaginándome lo que haría si la oscilante puerta trasera se abría y fuera arrastrada por mis pies, arrojándome fuera de William antes de que tuviéramos la oportunidad de escapar. Tenía el impulso y la voluntad para luchar, pero no tenía ninguna defensa. Aun así, sabía que podía ser despiadada si nos amenazaban, y tal vez tendría que serlo.

—Nada va a pasar, —me aseguró—. Estaremos bien.

Volví mi cabeza hacia su rostro, nuestras narices separadas por centímetros—. ¿Crees que vendrán hasta aquí?

—No lo sé.

Todo estaba tranquilo mientras nos tumbábamos sobre nuestras espaldas, ocultos de la vista, respirando pesadamente en lugar de conversar. William fue el primero en romper el silencio.



—Tenemos que entrar en los ataúdes.

—Lo sé, —respondí.

—… y necesito que bebas esto.

En su mano estaba uno de los frascos que Iosif le había dado.

—Confía en mí, —dijo—. ¿Recuerdas el elixir que Julieta bebió para hacer que pareciera estar muerta?

—Sí, —dije escépticamente.

Levantó el frasco con el líquido verde—. Esto funciona de la misma manera.

Alcé las cejas, preguntándome como una cosa así realmente pudiera existir, si funcionaría—. ¿La has tomado antes?

—No. —Su voz era honesta y comprensiva. No estábamos seguros, pero realmente no había ninguna otra opción.

Traté de no pensar mientras recostaba mi cuerpo sobre la almohadilla de satén fabricada de mi ataúd. Repetí las palabras de William en mi cabeza. Todo iba a estar bien. ¿Cierto? Tenía el frasco contra mis labios, mirando fijamente a los ojos de William, y confiando en él plenamente a pesar de mi miedo.

—Adiós, —dije, citando las últimas palabras de Julieta antes de su muerte de ensueño—. Sabe Dios cuando nos volveremos a ver.

—No digas eso, —dijo con dolor en sus ojos.

Sonreí—. Oh, vamos, es apropiado.

—No, no lo es, —dijo solemnemente.

—Te amo. —Si tuviera que elegir unas últimas palabras, esas se sentían correctas.

—Te amo también, —dijo él, y besó mis labios, hablando más de lo que pudiéramos haber dicho.

Bebí el líquido y William cerró la tapa, sellándome en la oscuridad. Fue entonces cuando me di cuenta de que las cosas no habían salido bien para Julieta. Un escalofrío sacudió mis hombros y comencé a flotar. No ser capaz de ver lo que me rodeaba hizo abrumadora la sensación de flotar, intensa e incómoda. Pensé en llamar a William, quien sin duda sentía los



mismos inquietantes efectos secundarios en su ataúd junto a mí, pero no podía importunarlo. Ellos podrían estar fuera en ese momento. En su lugar, esperé y deseé que el sueño llegara, sentí mi pulso ralentizarse y acortar mi aliento, y entonces oí la puerta trasera del coche abrirse.

—He estado esperando por este día, —dijo una siniestra voz ronca—. Si no hubiera estado ella marcada como intocable, la habría matado yo mismo.

—Y yo te hubiera ayudado, —dijo otro hombre con odio en su voz.

—Una lástima que ella se haya acabado a sí misma. Hubiera sido un placer para mí hacer el trabajo.

Podía oír la sonrisa en la ronca voz del hombre mientras hablaba y reproducía el asesinato en su cabeza.

—Aunque, me pregunto si ella se hubiera unido a nosotros, —dijo su complemento—. Ahora, nunca lo sabremos.

—Lo sabemos. No hay nada sobre ella uniéndose a nosotros en la profecía. Confía en mí, ella necesitaba morir. El Consejo estaba trabajando sobre una esperanza vacía. Ella nos hubiera derribado.

Hubo una pausa cuando los hombres consideraron lo que acaba de decir, pero duró demasiado tiempo. Mi audición había comenzado a desvanecerse junto con mi conciencia en un sueño apacible. Piezas de la conversación se desvanecían dentro y fuera como alguien que estuviera cambiando el volumen hacia arriba y abajo.

—Abrámoslos, —dijo uno de los hombres.

—… no es realmente necesario… —la voz de Iosif fue seguida por su agónico grito, y aunque quise ayudarlo, me estaba hundiendo cada vez más en la profundidad. Incapaz de moverme, incapaz de oír, incapaz de reaccionar, lo único que me quedaba era dormir.

29

Traducido por Fallen Star
Corregido por Afroday

El viento me despertó. La suave brisa recogió mi pelo y lo lanzó a través de mi cara haciéndome cosquillas en las mejillas y la nariz. Por encima de mí, unas ramas proporcionaban sombra, dejando pequeñas manchas de sol que bailaban en pautas en el suelo por debajo de donde yo estaba. Por un segundo, pensé que podría estar de vuelta en Lenaia, pero entre el oro brillante y hojas rojas, pude ver el azul del cielo. Me senté, el follaje seco y la suciedad se pegaron a mi cabello y a mi espalda, y traté de averiguar dónde estaba. William estaba a mi lado, profundamente dormido y sin conocimiento de nuestro nuevo entorno. No había necesidad de molestarlo. La corriente de aire lento a través de los árboles era el único sonido, como un torrente de agua.

Mi último recuerdo era en el interior del ataúd, negro y solo, pero sabía que habíamos sido llevados a algún lugar por un propósito. Recorrí la zona con mis ojos, en busca de cualquier cosa que pudiese ayudarnos a entender lo que se suponía que debíamos hacer a continuación, donde se suponía que íbamos a ir. No había nada en la distancia, nada más que árboles.

De repente, un montón de hojas muertas se estrellaron contra la parte superior de mi cabeza y empezaron a llover sobre mí desde arriba.

—¡Qué mierda…! —levanté la vista, tratando de encontrar la fuente, pero la carcajada de William lo delató.

—Deberías haber visto tu cara —logró decir, aun rodando de risa por el suelo junto a mí.

Su buen humor era contagioso, y me reí de mi propia reacción.

—Entonces —dijo una vez que los dos habíamos ganado el control de nosotros mismos— Me pregunto dónde estamos.

Miré a mi alrededor otra vez—. No tengo idea.

—¿Quieres caminar, ver el lugar de salida? No vamos a conseguir nada más perdidos como estamos ahora. —No parecía preocupado lo más mínimo por nuestra situación. De hecho, parecía todo lo contrario. Estaba feliz de que estuviésemos perdidos.

— ¿No estás preocupado en absoluto? —le pregunté, sintiéndome un poco incómoda—. ¿No tenemos ninguna idea en absoluto de dónde estamos?



—No tengo ni la menor idea. Sé dónde en teoría nos encontramos. Este era mi plan de emergencia después de todo.

—¿Qué se supone que significa eso? En teoría estamos en el planeta tierra. ¿Qué bien hace eso?

—Está bien. Estamos en un refugio seguro.

—Sí, eso es mucho más claro, —le dije poniendo los ojos en blanco.

—Los ancestros de mi tío son de Soteria, diosa de la seguridad. Él puede hacer cosas asombrosas. Lo creó para nosotros.

—¿El bosque? —pregunté confundida.

—No, el paraíso, —corrigió—. Piensa en ello como un conjunto de límites establecidos alrededor de este lugar. Sólo se nos permite a nosotros estar en él, y el que estemos de acuerdo es digno de confianza. Para todos los demás, todo lo que está contenido dentro de las fronteras es invisible.

—Entonces ¿es real o no?

—Es real, pero no es infinito. Tiene límites y más allá de esos límites está… bien, donde quiera que él nos haya puesto. Simplemente no lo podemos ver.

Sin nada más para guiarnos el camino, seguimos el ruido lejano de la caída del agua proveniente de un arroyo cercano. Dejé que mi mente divagase, hablando sólo cuando algo despertaba mi interés o cuando mi conciencia ensombrecida quería empujar mis preocupaciones a un lado.

—¿Crees que estarán bien? —le pregunté a través del sonido de las ramas rompiéndose bajo nuestros pies.

Me preguntaba si debería hablarle a William sobre el grito de Iosif. Tal vez él también lo había escuchado. El sonido inquietante parecía resurgir, no importaba lo mucho que quisiera evitarlo.

— ¿Quienes? —respondió William, sabiendo muy bien que pudiera estar refiriéndome a una serie de personas.

—Todo el mundo, supongo.

—No lo sé, —dijo—. Espero que sí. —Con una sola mirada, supe que había apretado el poco acogedor pensamiento hacia el frente de su mente. Por un momento se detuvo en su galantería juvenil, tirando piedras y colgando de las ramas de los árboles, y me miró de nuevo considerándolo—. Por lo menos estás a salvo.



De repente, su foco cambió, y su expresión solemne se convirtió en una de concentración.

—¿Qué es? —comencé pero me interrumpió.

—Shh, —sus ojos cuidadosos miraron los míos por un breve instante y volvió a concentrarse en algo delante de nosotros.

No estaba segura de cómo no la veía. La hermosa cierva se movía lentamente y con gracia en nuestro camino, su espeso pelaje marrón se mezclaba con el telón de fondo de arce marrón de los troncos y las hojas caídas. William y yo nos quedamos congelados en nuestros sitios, no queriendo asustarla.

De la nada algo, viniendo vagamente desde la derecha, pasó cerca de nosotros y se hundió profundamente en el cuello del animal, un dardo. Di un grito ahogado y un salto hacia atrás, asustada. ¿De dónde había salido? Miré a mí alrededor y no vi a nadie. La graciosa gacela dejó escapar un gemido natural, ya que trató de saltar de su camino a la seguridad, pero el dardo la había desactivado y cayó al suelo con un esfuerzo espasmódico escalonado.

Todo sucedió muy rápido. Mientras luchaba por entender, sentí la mano de William en torno a la mía, tirando de nosotros a escondernos detrás de un árbol.

—Que se vaya, William, —dijo una voz áspera y desorientadora que venía de una dirección que no nos esperábamos.

—¿Tío Mac? —William parecía sorprendido, pero aliviado cuando soltó mi cintura.

—Le dije que se fuera, William. —El hombre salió de detrás de un árbol de tronco ancho, su voz con tono de advertencia. Estaba grueso de cuerpo y sólido como una mula, la barba en su rostro tan espesa que podría ser tierra, pero su apariencia no era lo que me parecía más amenazante. La escopeta de dos cañones en sus manos apuntaba en mí dirección.

—Espera, —balbuceó nervioso William. Sentí su agarre apretando de nuevo—. Tío Mac, somos nosotros. ¿Qué estás haciendo?

La cierva se retorció con rigidez, evidentemente por el dolor. Mis ojos se abrieron entre la pistola y el animal, confundida y entumecidamente asustada.

—Necesito pruebas, —dijo inclinando el arma hacia el mismo William.

—¡Guau! tío Mac. Espera, ¿qué prueba?

Estaba empezando a entrar en pánico. Mis ojos se volvieron hacia la cierva. Se estaba muriendo.

—Cúrala, —exigió, los cañones huecos apuntándome a la cara—. Ella podría ser un espía del Consejo. Necesito saber que es ella.



No creo que me pudiese haber movido si William no me empujara hacia adelante. Estaba todavía congelada en estado de shock.

La cierva estaba inmóvil, quedaba poca vida en sus ojos.

— ¿Qué? —William no podía ocultar el atisbo de duda en su voz, y yo pensé que tal vez él realmente creía que yo estaba con el Consejo.

—Vamos, antes de que sea demasiado tarde, —gritó el hombre.

— ¿Puedes hacerlo? —preguntó William, desesperado e inseguro.

—No lo sé, —le dije. ¿Podría curar a un animal? ¿Qué pasaba si lo intentaba y no funcionaba? ¿Iba este hombre realmente a dispararme? Lo miré un instante para juzgar su sinceridad y no había ninguna duda en la forma en que sostenía la pistola. No tuve más remedio que intentarlo.

Ella reaccionó a mis pasos acercándose, un vano intento por escapar de lo que seguramente pensó que sería su muerte. Sus músculos se estremecieron, tensándose en la palma de mi mano mientras acariciaba su lateral antes de sacar el dardo con un movimiento fluido.

—Es veneno, —murmuré para mí misma, para evaluar la situación. El veneno estaba en sus venas, por lo que la cierva tendría que ingerir mi sangre como Anna. Toqué el brazalete de la muñeca derecha, agradecida de tener una manera de extraerla. ¿Quién sabe qué otra opción se le habría ocurrido al tío Mac? Dispararme en el brazo supuse.

Pulsé los dos botones de oro y sentí las hojas disparándose en mi carne, entonces lo retorcí un poco a la izquierda y pulsé de nuevo, esperando que fuera suficiente para hacer el trabajo. Lo bajé a su boca, dejando que las gotas constantes y rápidas se derramaran en su lengua y para mi alivio, ella comenzó a lamer por instinto. Pasaron varios minutos, pero después de un tiempo, ella comenzó a respirar de manera constante, y una vez que recuperó las fuerzas, se balanceó sobre sus pies y se precipitó hacia de la maleza.

—Mira ahora, no era tan difícil, —sonrió el hombre grande, realmente satisfecho.

—¿Qué demonios, Mac? —gritó William echando los brazos al aire.

—¿Qué pasa contigo? Pensé que era de esperar que quisiera una prueba. ¿Qué te dije cincuenta veces la última vez que te vi?

—No confíes en nadie a ciegas, —respondió William, todavía en estado de shock durante toda la prueba—. ¿Por qué no necesitas la prueba de mí entonces?

—Creo que tú sólo me la darías —él apoyó el arma sobre el hombro, de la manera más casual y se volvió para irse sin decir una palabra.



William y yo nos quedamos inmóviles, mi corazón finalmente comenzó a disminuir de nuevo a su ritmo normal. Se volvió hacia mí y subió los hombros sacudiendo la cabeza. No tenía palabras para expresar su indignación.

—Bueno ¿Me van a seguir? —gritó Mac desde lejos.

—Lo siento, —logró decir William. Miró en la dirección de Mac y suspiró—.Vamos.

—Espera, —le dije cogiéndole por la muñeca. Parecía demasiado cómodo siguiendo al hombre armado por el bosque—. ¿Cómo sabes que estamos a salvo?

—Estamos a salvo, —dijo tomando mi mano—. Estamos tan seguros como lo podemos estar… por ahora.

FIN

Agradecimientos

- **Foro Dark Guardians**
  - http://darkguardians.foros-activos.es/forum

- **Traductora a Cargo**
  - Clyo

- **Traductoras**
  - Salilakab
  - Clyo
  - Flor_18
  - sol_tb
  - maddie
  - Zulex
  - maricel_redbird
  - Nanao-chan
  - Kar
  - **ale**
  - DarkVishous
  - Guillugui
  - Tphy
  - AlDaRa
  - fran :)
  - Fallen Star
  - Anaid Ivashkov
  - katiliz94
  - Lis
  - Lucia A.

- **Moderadora de Corrección**
  - Fangtasiia

- **Correctoras**
  - Endri_rios
  - Caroliberta
  - Anvi15
  - Afroday
  - Clyo

- **Recopilación y Revisión General**
  - Clyo

- **Diseño**
  - Pamee





¡No dejes de Visitarnos!

Encuentra Libros, Traducciones y Mucho

Entretenimiento

¡¡¡Todo para Fans!!!

